

CLAIRE KELLS

# La chica

# El fondo del vaso

 Planeta

CLAIRE KELLS

*La chica  
al fondo del lago*

# Contenido

Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20  
Capítulo 21  
Capítulo 22  
Capítulo 23  
Capítulo 24  
Capítulo 25  
Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Epílogo

Agradecimientos

Acerca de la autora

Créditos

*Para mamá*

# 1

Siempre me gustó el agua. Mi primer recuerdo es abrir los ojos en la alberca de mi vecindario y ver el mundo a través de ese estado extraño. A nadie le sorprendió cuando supliqué entrar a clases de natación a los tres años, mucho más joven que mis hermanos mayores, más aventureros. Cuando mi madre me vio tirándome un clavado desde lo alto, aquel verano antes del kínder, se horrorizó, pero no se sorprendió. Quiso prohibirme ir a la alberca durante una semana; mi papá tuvo una idea distinta: «Tiene que entrar al equipo de natación».

Después del accidente mis instintos cambiaron. Incluso un niño pequeño sabe que no debe respirar debajo del agua, pero de alguna forma mi mente se opuso a todo lo que yo había aprendido en la vida. Pensé que era permanente.

Pensé que el miedo era para siempre.

## 2

La fila de revisión avanza de forma tortuosa como es habitual: alto y siga, el equipaje de otras personas cae junto a mis pies. Después de treinta minutos de disculpas poco sentidas, uno de los revisores de seguridad me hace una señal con la mano.

Observa mi licencia de Massachusetts y sonrío con superioridad.

—¿Estás segura de que eres tú?

—Sip. —Le ofrezco una sonrisa forzada. Esa fotografía no es del momento del que más me enorgullezco: con el rubio cabello despeinado y enredado, los ojos rojos, la piel pecosa más pálida que las nalgas de un bebé. Fue en febrero, una semana antes de los exámenes parciales. Nunca saques tu licencia de manejo en febrero.

—Ahora eres morena.

—Sip. —Los preciosos segundos pasan.

—Okey —dice, y me la da—. Pasa.

Tomo mi licencia y avanzo hacia la fila más cercana. Una familia de seis miembros se agazapa frente a mí, malabareando Uggs, mochilas de Disney y un juego completo de paraguas. Un bebé voltea sus bolsillos y cincuenta monedas de un centavo se riegan por el suelo. Las levanto mientras sus padres persiguen a sus otros hijos.

Cinco interminables minutos después, estoy cruzando la máquina de rayos X, sin zapatos y con los brazos a los costados.

—Pasa —dice la mujer con la cantidad de entusiasmo que uno esperaría de alguien que ha dicho lo mismo mil veces durante el día.

No es que las multitudes se abran a mi paso mientras corro hacia la puerta de embarque, pero me he vuelto buena en esto. Algunas personas

corren con torpeza: las bolsas de mano vuelan, las maletas se tambalean tras ellos sobre los suelos alfombrados. Los tipos de la clase ejecutiva caminan con una gracia ensayada y eficiente. Yo estoy en medio: algo estresada pero no enloquecida. Olvidé cenar, eso sí. Mi estómago da un vuelco cuando paso corriendo junto a las cafeterías y los puestos de helado de yogur.

La cosa es así: pude haber evitado todo esto, pude haber llegado a tiempo, relajada, y disfrutar una cena decente o al menos un sushi en caja antes de mi vuelo. Phil Markey me ofreció un aventón al aeropuerto después del entrenamiento de esta mañana, lo que me sorprendió porque los chicos de último año normalmente no le hablan a las de segundo, en especial a las de segundo que no destacan en la alberca precisamente. Pero no pensé mucho en ello. «¿Un viaje con el capitán adjunto?» Dije que sí.

Mi emoción disminuyó cuando Phil llegó a mi dormitorio con Colin Shea en el asiento de enfrente. Colin Shea: serio, callado y terriblemente talentoso. Lo había evitado desde el primer día del primer año, y también la idea de intentar explicarle a Phil por qué...

Así que me eché para atrás. Mi excusa ni siquiera tenía sentido, era algo sobre que me daban mareos en la carretera y la música *country*. A Phil no le importó, pero Colin sí se dio cuenta. Él siempre se da cuenta.

Como si lo hubiera invocado, Colin sale de la fila en Starbucks justo cuando estoy doblando la esquina. Está pagando un café, un venti, de hecho. «¿Quién compra café justo antes de un vuelo nocturno?» Y no solo un café, sino uno gigante. Ni siquiera se molesta en ponerle crema y azúcar. Le da las gracias al exhausto vendedor, echa unas monedas en el frasco de propinas cuando nadie mira y se va trotando hacia la puerta.

Claramente es el último en abordar. Bueno, el penúltimo. «¿Por qué no subió antes?» Espero que, por Dios, no estuviera aguardando a que yo apareciera. Phil sabía que todos teníamos reservaciones para el mismo vuelo a Boston, y Colin se siente extrañamente responsable de él. Probablemente piensa que llegué tarde por él. Lo cual es verdad, pero nunca lo sabrá.

Espero un minuto y abordo justo antes de que cierren las puertas. Con suerte él estará sentado en algún lugar al fondo. Conseguí un asiento en la fila de la salida de emergencia con una astuta treta, y apuesto a que Colin simplemente eligió la opción más barata.



En la puerta, la empleada reacciona ante él igual que el vendedor de cafés: asombrada por su tamaño y su brillante cabeza calva, tranquilizada por su sonrisa. Escanea su pase de abordar, se lo devuelve e incluso logra ofrecerle un sincero «Que tenga un buen vuelo».

Cuando el anuncio final de abordaje resuena sobre nuestras cabezas, avanzo. La terminal se siente más tranquila ahora, incluso silenciosa. Mañana, el día antes de Acción de Gracias, el caos explotará de nuevo. Un conserje vacía enormes botes de basura. Dos asiáticas tallan los mostradores del Panda Express. Un hombre con barba vestido con un saco de *tweed* ocupa una de esas sillas de masaje, con el celular en la oreja, frotándose las sienes mientras el reloj se desliza hacia la medianoche.

La empleada me ofrece una de esas sonrisas vacías de atención al cliente, del tipo que no espera ser correspondida.

—Que tenga un buen vuelo —dice. Está cansada. Yo estoy cansada. Evité el desastre con Colin Shea y ahora solo quiero llegar.

Al doblar la esquina, la puerta de la cabina se abre ante mí. Una sobrecargo regula la transición de la rampa al avión, donde me recibe con un alegre «¡Bienvenida!». No parece molestarle que abordé tarde, pero a los pasajeros de primera clase sí. Escurren sus toallas calientes y me echan miradas molestas como si me hubiera orinado en su champaña de cortesía.

Me apresuro a pasar por esas codiciadas filas y entro a la estrecha y deslucida área conocida como clase turista. La escena es familiar: padres cansados y bebés llorones, ancianos con bastón, universitarios enviando sus últimos mensajes de texto. El espacio personal importa un bledo en la clase turista. La gente se recarga una contra otra, una sobre otra, todos sobre todos. Phil está en uno de los asientos al frente. Maldito suertudo. Me guiña porque eso es lo que siempre hace; yo le respondo con una sonrisa.

—Lo lograste —dice.

—Por muy poco.

—Es un infierno, ¿no? —Señala con disimulo hacia el caos que hierve detrás de él.

—Uno muy especial —le digo, esforzándome demasiado por sonar chistosa.

Asiente y vuelve a la transmisión de «SportsCenter» en su iPad. No fue la mejor de las interacciones, pero tampoco la peor. Al menos notó mi

presencia. Me preocupaba que nunca volviera a hablarme después del fiasco del viaje en su coche.

Después de revisar con rapidez esas caras desconocidas, bajo la mirada y comienzo a avanzar. Más adelante, un hombre de proporciones generosas se derrama por el pasillo. Me pega con un codo, luego con una rodilla. No se disculpa. Está bien. Así pasa en uno de los días con más viajes del año. La mayoría de las personas pelean con los compartimentos para el equipaje, pero unas cuantas me contemplan mientras avanzo por el pasillo. Un adolescente desvergonzado incluso gira su cabeza para echarle una mirada golosa a mi trasero.

«Diez... once... doce...» 12F. Ventanilla. No es primera clase, pero tampoco es el 32B. Me detengo y miro hacia arriba. Lo primero en la agenda es identificar a los niños en las cercanías: los pequeños son malos, los bebés una pesadilla. Hay dos de estos últimos en las filas que están justo detrás de mí. El pequeño en el 13E trae una camiseta de beisbol y el del 14F nada dentro de una diminuta kurta india. Los cuatro padres me lanzan la misma sonrisa vacilante, como si una actitud positiva pudiera ser la clave para tener un viaje sin interrupciones y libre de lloriqueos. En la fila 15 hay otro chico de unos seis o siete años, pero está completamente concentrado en los aparatos electrónicos de su papá. Es una buena señal. Espero que los más pequeños se hayan saltado sus siestas de hoy y duerman durante todo el vuelo.

Solo hay otra persona en mi fila: un cuarentón con un traje que le queda grande. Habla por teléfono, ordenándole a un pobre becario que termine el papeleo antes de los días festivos. El hombre se ve como si no hubiera soltado una sonrisita desde los ochenta. Me alegra que estemos juntos. No parece platicador.

Maniobro para pasar por delante de sus piernas y me acomodo en mi codiciado asiento con ventanilla. La persiana ya está arriba, revelando el derroche nocturno de San Francisco y el horizonte de Oakland en la distancia. Las luces amarillas salpican las colinas del este y desaparecen en la brumosa división entre el cielo y la tierra. Al oeste, está San Francisco tras una empinada muralla de niebla.

—Disculpe.

La aeromoza se inclina sobre mi fila con una mueca en los labios de un profesionalismo practicado. Pero mis ojos no la observan mucho tiempo;

van hacia el chico de un metro noventa y tres y hombros anchos que está junto a ella.

Colin.

Trago saliva con dificultad.

—¿Sí?

—Este caballero estará con usted en la fila de la salida de emergencia.

A dos asientos, el del traje barato suelta un gruñido. Colin le murmura un «gracias» a la aeromoza y se acomoda con dificultad en el temido asiento de en medio. Tiene unas piernas largas y torpes, y probablemente las usó como pretexto para conseguirse un asiento en la zona con más espacio. Una oleada de molestia me recorre. Definitivamente planeó todo: me vio caminar por el pasillo y tomar mi lugar; luego puso como pretexto que sus piernas son demasiado largas para el 32B o donde sea que debería estar.

Mientras Colin se acomoda, rebusco en mi bolsa haciendo un escándalo. *Laptop*, lector electrónico, plumas, un gorro de natación roto. Algunas monedas y otras cosas que no logro identificar solo con el tacto. Sigo buscando.

*Laptop*. Perfecto. Me pongo los audífonos y la enciendo, pero la batería está muerta. «¿Cómo pasó?» Entonces tomo mi teléfono. Solo tengo una canción guardada en la memoria y es una muestra de la compañía telefónica, pero tendrá que bastar.

Hasta ahora todo bien. Colin estira sus largas piernas y aprieta sus codos contra su cuerpo. Para ser tan alto, ocupa una cantidad de espacio increíblemente mínima. La mayoría de las personas de su tamaño ponen sus codos en los descansabrazos en cuanto se sientan, anulando todo espacio personal. Varios proceden a cabecear y roncar o, peor, terminan recargándose en mi hombro. Al menos Colin tiene algo de conciencia de lo que lo rodea. O al menos se está esforzando mucho en aparentarlo.

Colin pasa su enorme mano sobre su cabeza calva cuando se estira para tomar una copia maltratada de *Grandes esperanzas*. Aunque estoy haciendo mi mejor esfuerzo por mirar hacia otro lado, alcanzo a ver la petición escrita a mano, a nombre de Colin, de regresar el libro en caso de encontrarlo y la dirección de Dorchester garabateada en la cubierta interior. Resisto el súbito e inexplicable deseo de preguntarle sobre eso: «¿Eres de Dorchester?». Cuando nos conocimos hace un año me dijo que era de Boston. Lo que no es exactamente una mentira. Pero Boston te hace pensar en clubes

campestres y ricos herederos; Dorchester significa que probablemente aprendiste a nadar detrás de una reja de malla de gallinero.

Supongo que los detalles no importan. Es mejor actuar con desinterés, cerrar los ojos y dejar que las horas pasen. Porque lo harán, y cuando aterricemos nuestros rumbos van a separarse.

Las luces se atenúan, las llantas dan un bandazo y el avión se mueve hacia atrás. El cascarrabias con traje suelta una última serie de órdenes en su celular mientras el caballero frente a mí ya está roncando. Suena como si su garganta librara una batalla contra sus cuerdas vocales, una verdadera lucha a muerte. Pongo la música de muestra a todo volumen. Lenta y tranquilamente, los ruidos del viaje aéreo se difuminan hasta volverse un zumbido ahogado.

Cierro los ojos. En seis horas habré llegado.

Estaré en casa.



Una playa gris aparece frente a mí, cubierta por un cielo sombrío. La escena parece no acabar nunca, arena y cielo, dos enormes fantasmas unidos en un desolador abrazo. El mar va y viene distraídamente sobre la playa. Me moja los dedos de los pies, los tobillos, las rodillas y luego retrocede.

A la distancia una ola se eleva, negra, sin forma, inevitable. Aunque mi mente procesa la amenaza, mi cuerpo se niega a responder. Mis músculos no se contraen. Mis pulmones se niegan a hincharse. Paralizada, contemplo la pared de agua que crece frente a mí, haciéndose cada vez más fuerte antes de tragarme por completo...

La ola no es de agua sino de ruido: sonidos humanos. Llantos, gritos. El eco distante de las voces provocadas por el pánico.

Jadeando, abro los ojos de golpe y descubro que no estoy sola en una vasta playa gris. Estoy en mi asiento. Unos tubos de plástico cuelgan del techo. Las bandejas para la comida se estremecen en su lugar. La cabina está iluminada por una luz parpadeante, aunque más allá de mi ventana el cielo es de un lúgubre negro sin estrellas.

Al hombre que estaba junto a Colin se le cayó algo y ahora gatea hacia el frente. El avión se lanza en picada en esa dirección, empujándonos a

todos hacia el frente como un sube y baja desbalanceado. Parpadeo varias veces, enfocando las imágenes, rezando porque simplemente desaparezcan, pero el sonido las hace reales. «Dios, el sonido...»

Me cubro las orejas pero encuentro la resistencia de los audífonos. El cable vuela sin peso que lo sostenga, y en algún rincón distante de mi mente considero las consecuencias de perder el celular. Luego el avión se lanza en picada y mi atención se desplaza hacia la ventana.

La persiana sigue abierta, ofreciendo una vista inmaculada de una nada burlona. Podríamos estar en el fondo del mar o en el espacio a un millón de kilómetros; es imposible saberlo. Presiono la frente contra el cristal, esforzándome por ver algo. Lo que sea. Luces, gente, casas, coches. O quizá una pista de aterrizaje llamándonos a tierra.

Pero ahí afuera no hay nada. Nunca había visto una oscuridad tan absoluta. Podríamos estar en cualquier lugar; podríamos estar en ninguna parte.

Las mascarillas de oxígeno rebotan en los asientos como resortes. Una maleta con estampado de leopardo cae en la puerta entre primera clase y turista. Las luces parpadean. Las alarmas resuenan. El zumbido del aire amenaza con reventar mis tímpanos, incluso con los audífonos puestos. Me los quito para enfrentar el violento ataque de lo que está pasando.

Y entonces, finalmente, me doy cuenta de que estamos cayendo. Otras personas, doscientas, comparten esta pesadilla, ven los mismos horrores, experimentan la misma desesperación y oyen el mismo golpeteo del aire y los motores. Nuestros caminos debían separarse de nuevo en Boston, pero no lo hicieron. Estamos aquí. Estamos por llegar al final. Juntos.

No conozco a estas personas. No las quiero ni me importan y ni siquiera sé sus nombres. ¿Sería más fácil si los supiera? ¿O lloraríamos con más fuerza, aferrándonos a los que amamos?

El avión da un bandazo y mi cuello se azota contra el respaldo del asiento. Un dolor agudo corre a toda velocidad por mi pecho, luego desaparece. Siento una mano en mi hombro, tibia, suave, firme. Y en ese momento, todo se queda en silencio. En calma.

—¿Estás bien?

«Colin.»

Su voz es más amable de lo que recordaba, me toma un momento entender por qué: la incertidumbre se ha ido. La timidez también. La careta

que usa para enfrentar nuestras forzadas interacciones ha caído y ha sido reemplazada por una persona diferente, más fuerte, más real.

En ese momento, solo una pregunta se planta en mi mente: «¿Por qué?».

¿Por qué Colin Shea está conmigo, cuando debería estar sentado en otra parte? ¿Por qué no está intentando salvarse a sí mismo como los demás? ¿Por qué no está hablándole a su mamá o papá o a alguien que de hecho le importe?

«¿Por qué de pronto siento como si lo conociera de toda la vida?»

Mi visión se aclara. Ahora puedo ver sus ojos con claridad. Son de un azul vibrante y turbulento, del color del cielo justo antes del alba. Oscuro, pero en cierta forma reconfortante.

—Estoy bien —le respondo.

Levanta el descansabrazo y toma mi mano; el pánico que hierve al fondo de mi garganta retrocede.

—No quiero morir —murmuro, más para mí misma que para él, pero debe de haberme oído porque estrecha mi mano con más fuerza.

—No morirás. —Aprieta nuestros cinturones de seguridad y me pasa una almohada que debe de haber rescatado del asiento junto a él, ahora vacío.

—Esto no es mío...

—Lo sé —dice Colin—. Es para tu cuello.

Los gritos se elevan y caen con el avión en picada; en algún lugar, una puerta se azota y el carrito de las bebidas rueda torpemente por el pasillo. En medio de todo esto, Colin no solo mantiene la calma: la crea. La historia que nos rodea no lo toca.

«De verdad cree que hay esperanza.»

—¿Tienes un teléfono? —Rebusco en la bolsa que hay en el respaldo del asiento, tirando las revistas y las instrucciones para los chalecos salvavidas. Mis manos tiemblan y todo se ve borroso—. Deberíamos intentar hablarle a alguien...

—No nos vamos a morir.

Colin acomoda la almohada detrás de mi cuello y pone una mano firme y fuerte en el hueco entre mis omóplatos. Es un pequeño detalle, pero significativo en un mundo que parece encoger. Es cálido. Y firme también, como si estuviera hecho para esto. Hecho para estar aquí, en este momento, por razones que nunca entenderé.

Juntos, nos agachamos tanto como nuestros cuerpos y el espacio lo permiten. El tiempo comienza a fallar y de pronto se detiene por completo. Las mascarillas de oxígeno revolotean detrás de mi espalda como pájaros confundidos. Los gritos se convierten en llantos. El avión se lanza hacia arriba, hacia abajo, hacia los lados. Quiero asomarme por la ventana para ubicarme, para ver una última cosa, una estrella, una casa, o quizá solo el cielo, antes de morir. Antes de que todo deje de existir.

En lugar de eso, contemplo mis zapatos. Unos tenis viejos y desgastados, blanqueados por el cloro de todas las horas que han pasado junto a la alberca. Una de las agujetas está desatada, no puedo amarrarla con los brazos alrededor de las piernas. Me quedo así, observando la descolorida palomita de Nike, viendo cómo mis lágrimas manchan la alfombra industrial azul. Qué visión más horrible justo antes de morir: manchas de refresco, polvo, una araña muerta. Pero tengo demasiado miedo de ver cualquier otra cosa. Tengo miedo incluso de moverme hasta que Colin dice mi nombre y este terrible horror se desvanece de nuevo.

Solo nos separan unos cuantos centímetros, nuestros rostros están tan cerca que puedo sentir el aroma a menta de su aliento. Debe de haberse lavado los dientes después de tomarse el café. Sé que es un pensamiento extraño en este momento, pero de cualquier modo cruza mi mente como un punto de calma en medio del caos.

Me alegra que esté aquí; es alguien familiar, aunque sea en el sentido más vasto de la palabra. Debe de estar pensando en su familia: sus padres, sus hermanos, si es que tiene. La gente que lo crio, con sus alarmas puestas a las cinco de la mañana del miércoles, esperando a que él llegue a casa.

La pregunta llega a mis labios, sin invitación:

—¿Vas a extrañar a tu familia?

Me observa por un largo momento. Una expresión de dolor cruza su cara, luego desaparece.

—Vamos a sobrevivir, Avery.

Algo en la forma en que dice mi nombre me hace olvidar el equipaje que sale volando y las luces que parpadean, incluso cuando el avión se lanza hacia adelante y luego en picada con una violenta sacudida. Un renovado coro de gritos comienza a elevarse. Alcanzo a ver la cabeza de alguien por un segundo y cierro los ojos con tanta fuerza que me duele.

Un anuncio sale de las bocinas, como si aún significara algo:

—Les habla su capitán. Prepárense para el impacto.

Esta vez la vista desde la ventana muestra oscuros pinos que pasan a toda velocidad como una película acelerada. Un lago brilla en la distancia, reflejando la pálida luz de la luna. Esto no está tan mal, creo. Ver algo tan magnífico, tan natural, justo antes de morir. Siempre amé el agua: los lagos, los océanos, las albercas. Siempre me hizo sentir en casa.

Luego abandono todo y me encuentro con la mirada de Colin. Ahora solo estamos nosotros y nuestros caminos convergen en una espiral hacia la nada. Mientras intento procesar lo que significa encontrarme aquí, con este extraño conocido, una rara serenidad se apodera de mí. Es como si los miles de momentos horribles que precedieron a este se hubieran condensado en algo significativo, algo casi como el destino.

—Tienes los ojos más azules del mundo —le digo.

Una lágrima solitaria resbala por su mejilla, de las que salen sin que las esperes y sin previo aviso. Quiero tocarla. Quiero arreglar las cosas.

Luego un rugido. Suena como si los dedos de Dios arañaran la panza del avión, un rechinado áspero que hace que mi sangre se congele.

—No tengas miedo —me pide en un susurro.

Y entonces nos estrellamos.



### 3

La fecha me grita desde el pizarrón del hospital: Viernes, 10 de diciembre.

«¿Cómo puede ser 10 de diciembre?»

Mientras lo pienso, mi enfermera entra apresuradamente y me dice que es hora de desayunar. Acomoda la bandeja sobre la mesa y el tufo de los huevos preparados llena el cuarto. A diferencia de ayer, o los días anteriores, esta vez no hay menú para el almuerzo.

No hay menú para el almuerzo porque hoy me voy a casa.

En la esquina hay una pila de sábanas extra. En la pared opuesta, un cable eléctrico cuelga de una televisión de pantalla plana que está desconectada. Observo la pantalla vacía por horas y horas, imaginando los rostros salvajes de los reporteros y sus titulares sensacionalistas. Las mismas fotografías de esas montañas desoladas, recicladas una y otra vez, como un comercial que se ha repetido demasiadas veces. Intenté ver otros canales, intenté leer libros o revistas, e incluso ahora, con el pesado aparato sin conectar, escucho las noticias, veo sus rostros y deseo que se vayan.

Una mujer con el cabello rojo como el fuego vino hace unos días para entrevistarme. Me cepillaron el cabello y me cubrieron la cara con maquillaje, tapando la irritación lo mejor que pudieron. Alguien me pasó un suéter rojo brillante para usarlo sobre mi bata del hospital, otra persona me ayudó a abotonarlo.

Hasta ese punto, todo se sentía casi normal, sentada en este cuarto con la televisión prendida, el cielo azul afuera de la ventana y mis padres al pie de la cama. Las noches eran largas y sin pesadillas, el sueño de los sedados. Los días se habían convertido en un ciclo de bandejas de desayuno,

bandejas de almuerzo y siestas. Había vivido en la niebla, una tibia, vacía y maravillosa niebla.

Luego la mujer del cabello rojo comenzó a hacerme preguntas.

«¿Cómo fue cuando el avión estaba cayendo?»

«¿Cómo llegaste a la orilla?»

«¿Tenías miedo?»

Y claro: «¿Qué pasó allá?».

Al final, aventé el control remoto por la ventana abierta, algo que su camarógrafo hípster también grabó. Dos enfermeras los sacaron del cuarto, pero la niebla se había disipado. Después de eso, soñé con rojos penetrantes y azules grasientos. Vi rostros pálidos y congelados que movían la boca sin emitir ningún sonido, como peces muertos. Vi cinturones sin hebillas, llamas sin hoguera y un lago sin fondo. Vi a tres niños, todos muertos en mis brazos. Y vi a Colin salvando a alguien más.

Los doctores me dicen que esto era de esperarse. Dicen que olvidar es la mejor defensa del cerebro contra la devastación psicológica que producen los eventos traumáticos y que estaré mejor si no recuerdo. Quizá los medios no están de acuerdo, pero ellos no sueñan con esto. No despiertan a mitad de la noche jalando las sábanas y preguntándose si esta será la noche en que la muerte por congelamiento los alcance. Los sueños hacen que desee haber muerto en el accidente junto con tantos otros. Así no habría medios, no habría mujer de cabello rojo ni preguntas. Solo una narrativa sombría y lógica. Un bombardeo de fotos e historias tristes. En vez de eso, soy un asterisco, un signo de interrogación. Y por todos esos que celebran mi buena suerte, otros deben de preguntarse: «¿Por qué ella?».

Mi papá entra al cuarto mientras muevo los dedos de los pies. Se ha vuelto un hábito, un chequeo rápido para asegurarme de que aún funcionan.

—¿Dormiste bien? —Me pasa una taza humeante de café. Negro, un poco diluido. Normalmente lo tomo con crema y azúcar, ahora todo lo que quiero es calor. El líquido caliente me recorre, me hace sentir humana de nuevo.

—No realmente.

—Mejorará. —Lo dice como un verdadero médico. Mi papá no es mi doctor, claro, pero encontrarme en un hospital borra las fronteras entre paciente e hija. No le dice nada al personal, pero critica la planeación de mi alta con cualquiera que lo escuche. Excepto conmigo. Conmigo es un

constante bombardeo de órdenes para mi rehabilitación. «Deberías comer más. Quiero que salgas de la cama. Estar en cama hace que la gente se sienta aún más enferma de lo que está. Dale cinco vueltas al piso del hospital hoy. Seis mañana.» Y sigue y sigue. No hay duda de por qué estoy tan exhausta.

—¿Dónde está mamá? —le pregunto.

—Afuera.

—¿Afuera?

Me mira a los ojos y dice:

—Avery, creo que es momento...

—No. —El café se derrama y salpica mis muslos. Papá me lo quita, notando las pequeñas marcas rojas en mi piel con ojo experto. Cuando decide que no es gran cosa, cruza los brazos y me mira con severidad.

—Esta es tu última oportunidad de ver a los niños antes de que nos vayamos.

—Los veré en Boston.

—Avery...

—No quiero verlos. —Me volteo hacia la ventana, odiando el temblor de mi voz—. De cualquier modo los doctores dicen que no recuerdan mucho.

Si yo fuera uno de los pacientes de su sala de urgencias, él se levantaría y se iría. Mi papá no discute con la gente. Si a ti no te importa un carajo, a él no le importa un carajo. Pero yo soy su hija, así que se queda ahí, en silencio, esperándome.

—Bueno —dice.

—¿Bueno?

—No quieres enfrentar lo que pasó, esa es tu elección. Pero tienes que darles algo.

Se va hacia la estación de las enfermeras y vuelve un minuto después con las manos llenas. Está solo, gracias a Dios, pero tiene esa mirada como de doctor de que no aceptará tonterías.

—¿Qué haces?

—Dándote opciones. —Me ofrece un despliegue de artículos: su celular, una pluma, varias hojas de papel en blanco, tres sobres, las llaves del auto y su iPad. Escribe una dirección y, debajo, un teléfono.

—Aquí está toda la información que necesitas para contactar a esos niños.

—Papá...

—No me importa cómo lo hagas. De verdad que no. Pero maldita sea, Avery, no vas a salir de aquí como si nada hubiera pasado. Eres más fuerte que eso.

La verdad es que no soy fuerte. Una persona más fuerte habría respondido a las preguntas de los medios por partes, con detalle y verdades duras; una persona más fuerte habría encontrado la manera de enfrentarlo. En vez de eso, yo le conté al mundo una historia enraizada en la negación y la autopreservación. «Supervivencia.» Qué espléndida mentira.

Papá empuja la mesa con ruedas hacia mí.

—Vuelvo en una hora.



Mis padres regresan con mis papeles del alta. Papá observa mis patéticos esfuerzos por salir de la cama, que me humillan profundamente. Mamá sabe que lo mejor es no decir nada. La silla de ruedas desapareció hace algunos días sin dejar rastro. Sospecho que mi papá pudo haberla lanzado por la ventana mientras yo dormía.

—Puedes caminar, ¿verdad? —pregunta en vez de «¿puedes caminar?». La expectativa es clara. Me pasa un suéter y me observa forcejear torpemente con las mangas. No me presiona, tampoco me ayuda.

Cuando el drama de vestirme termina, meto tres sobres en mi bolsillo trasero. Papá señala hacia la puerta. Mamá hace lo mejor que puede para marcar el paso, el cual es lento. Dolorosa y terapéuticamente lento. Un octogenario con oxígeno nos rebasa en el pasillo.

Juntos llegamos a los elevadores. Estoy por presionar el botón cuando mi padre se encamina hacia la escalera. Sencillamente no se da por vencido.

Resulta que la escalera es buena terapia. Siento que mis piernas son más fuertes con cada paso, como si mis músculos finalmente estuvieran descubriendo cómo volver a funcionar. El frío había endurecido todo: huesos, músculos, articulaciones. Mi cuerpo comenzaba a descomponerse.

—Bien. Te ves más fuerte —afirma mi papá.

Me niego a reconocer el halago velado mientras nos acercamos a las puertas corredizas. Hay un largo trecho hacia el estacionamiento, pero nos tomamos nuestro tiempo. Papá permite descansos, aunque no demasiados. Abre la puerta del asiento trasero y me ayuda a entrar.

—Conoces la dirección.

Es un tramo de doce minutos en coche hasta el hospital para niños. Como la mayoría de los que se construyen para pacientes pediátricos, este ostenta una brillante y acogedora fachada, con ventanas tan enormes que resplandecen ante el reflejo del sol. El terreno se encuentra lleno de padres, niños, bebés y doctores; es ese tipo de caos que engendra esperanza.

Papá llega hasta la entrada principal; debe de pensar que ya caminé suficiente por un día.

—Dejamos el auto y te vemos adentro —dice sin dejar espacio para discutir.

Se alejan en el coche hacia el estacionamiento. Mis primeros pasos son casi mecánicos, una batalla contra los nervios y la tragedia inminente. Me estremezco cuando oigo el silbido de las puertas principales al abrirse; suenan diferente ahora que he pasado tantas horas detrás de unas exactamente iguales.

La sala de espera junto a Urgencias vibra con el miedo frenético de los enfermos y heridos. Los bebés lloran, los padres esperan con el aliento contenido mientras las enfermeras nos llaman.

Las cartas crujen con cada paso en mi bolsillo trasero; es un recordatorio continuo de lo que estoy por hacer. No debía ser así. Prometí que nunca sería así. Y sin embargo, así ha sido y así será.

«¿Qué pensaría Colin de mí ahora?»

Alcanzo a llegar al escritorio principal antes de que las paredes comiencen a girar. Una mujer con un corte ochentero y lentes azules me ofrece una enorme sonrisa.

—Hola, hola, bienvenida al hospital para niños. ¿Qué puedo hacer por ti?

Quiero decir sus nombres: «Tim. Liam. Aayu.» Puedo imaginarme haciéndolo; casi puedo ver sus caras, sus pequeñas manos, sus pequeños cuerpos devorados por esas batas con dibujos de patos que les ponen a los niños en el hospital.

—¿Señorita?

—Yo...

Mientras estoy ahí parada, toqueteando lo que traigo en mi bolsillo trasero, se escucha una alarma. No se parece al sonido constante de los monitores cardiacos. Este es un graznido chillón y desesperado que anuncia una desgracia inminente.

—Código azul, cuarto 438. Código azul, cuarto 438.

«Les habla su capitán. Prepárense para el impacto.»

De pronto ya no es solo el zumbido ahogado de un anuncio de rutina, sino una preparación cruel y asfixiante. Tengo mucho frío por todas partes, siento un escalofrío que comienza en mis pies y se eleva, posándose en la base de mi espalda. Se siente casi febril, como hielo en mis venas.

Volteo hacia la puerta, pero no soy lo suficientemente rápida. Mis piernas ceden y las luces vibrantes del hospital se convierten en sombras. Decido soltarme porque esto es lo que soy ahora. Estoy arruinada. Traumatizada. Perdida.

A veces me pregunto si realmente sobreviví.

## 4

Frío.

Me azota como el aliento de un demonio, intenso y furioso. No estaba segura de cómo sería la muerte, pero esto se siente equivocado en todos los sentidos. Todo está demasiado oscuro, es demasiado ruidoso y el frío no es pasajero ni va de un lado a otro, es un frío que muerde.

Respiro y mis costillas se separan por el esfuerzo. El oxígeno encuentra mis pulmones.

No estoy muerta. «No estoy muerta.»

El agua helada se cuela por alguna parte y ya está por encima de mis rodillas. Los dedos de mis pies están dormidos y a los de mis manos les falta poco. Intento moverlos, pero mi meñique está roto y los otros están jodidamente congelados.

«Colin.» Aún tiene sus dedos entrelazados con los míos; sus nudillos están más blancos que la bandeja de comida del avión. Intento abrirlos a la fuerza, pero requiere demasiado esfuerzo. Me aprieta con todas sus fuerzas.

—Colin. —Lo sacudo—. ¡Colin!

Su tamaño lo hizo un blanco más fácil para los escombros voladores, pero parece haber evitado una herida mortal: no tiene ningún golpe en la cabeza ni heridas profundas. Pero su camisa está salpicada con una buena cantidad de sangre. Aunque sea egoísta, espero que sea la de otra persona, porque quiero que Colin sobreviva. Tiene que sobrevivir.

—Colin, despierta...

—¿Avery? —Abre los ojos con torpeza. Está consciente, está vivo, incluso recuerda mi nombre. Vuelvo a apretar su mano.

—Tenías razón —digo, sonriendo a pesar de todo.

Él logra ofrecerme una sonrisa débil.

—Te lo dije.

El silbido se vuelve extremo, lo cual me revitaliza. Desabrocho el cinturón de seguridad de Colin y lo ayudo a ponerse de pie. El cambio en la gravedad parece despertarlo. Toma el asiento frente a él, luchando por equilibrarse mientras el agua se arremolina en nuestras rodillas y el techo se dobla sobre nuestras cabezas. Nuestra fila en la salida de emergencia está terriblemente compactada, de asiento a asiento y del techo al suelo. Un pequeño fuego ha iniciado cerca y ya consume a las desafortunadas almas de las filas que están frente a nosotros. La cabina se ve como si hubiera pasado por un molidor de carne.

Apenas vamos por el pasillo cuando un ligero sollozo se abre paso entre el caos. A mi memoria le toma un segundo ponerse al tanto, rebuscando entre todo lo que ha pasado, antes de recordar a los niños que vi al inicio del vuelo: el pequeño indio adormilado, el bebé con la ropa de beisbol, el de seis años que jugaba con el iPad de su papá. Los dos más jóvenes lloran mientras se aferran a los cuerpos sin vida de sus madres. El mayor echa un vistazo sobre los asientos, sosteniendo aún el iPad de su papá entre sus manos con fuerza. Sus ojos se posan sobre los míos con una intensidad sorprendente, suplicándome que haga algo.

—¿Puedes ir por los niños? —La voz de Colin se levanta sobre el rugido el agua corriendo.

«Los niños.» ¿Cómo puedo simplemente «ir por los niños»? No me conocen, mucho menos confían en mí. Tendría que arrancarlos literalmente de sus padres.

—Sí —me oigo decir—. Sí, voy por ellos.

Colin se retuerce para salir de la fila y hace un gesto de dolor al apoyarse sobre su pierna izquierda.

—Voy a revisar la parte trasera. A ver si queda alguien con vida.

Asiento con la cabeza, demasiado aturdida para discutir. Mientras Colin avanza hacia la retaguardia, yo esquivo travesaños, cables y otros escombros intentando llegar hasta los niños. Los más pequeños jalan las camisas de sus madres mientras yo desabrocho sus cinturones de seguridad y los saco. El mayor opone menos resistencia, pero se niega a abandonar su iPad, que está hecho pedazos. Los reúno en la fila de la salida de emergencia, lo más lejos posible del agua. Es una lucha con todas las de



perder. La parte trasera del avión está hundida casi por completo y las luces del pasillo parpadean hasta apagarse. Nos vamos a hundir, y no como en el Titanic, con la punta hacia arriba, sino como un coche gigante, que se hunde rápido, jalado por el tren de aterrizaje.

—Quédense aquí un minuto —le digo al mayor.

Abre los ojos de par en par, dejando caer el iPad al agua.

—¡No, por favor! —Toma mi brazo; su mano es pequeña pero fuerte.

No tengo experiencia con niños. Soy la más chica de cuatro hermanos, el pilón en una familia de hombres. Ser niñera nunca fue lo mío. Los pequeños me aterran, los de primaria me dan pesadillas. Tan solo ver a este niño me hace sentir a la deriva.

—Lo siento, pero... —Intento sostenerle la mirada—. Tengo que ayudar.

Con un suspiro, afloja sus manos.

—De acuerdo —susurra.

Me observa mientras avanzo hacia la parte de atrás, pasando junto a una docena de filas diezmadas. La gran mayoría de pasajeros ha muerto. Algunos se encuentran inconscientes. Unos desdichados están atrapados y me gritan mientras intento cortar sus cinturones o mover un pedazo de escombros. Su terrible desesperación retumba en mis oídos. No tengo la fuerza para disculparme, solo voy de una persona a otra, esperando que su suerte sea mejor. Porque, la verdad, el acomodo aleatorio de vidrios, metal y partes rotas no parece nada más que suerte: buena suerte, mala suerte, nada de suerte. Sé que yo tuve suerte. No porque logré esquivar un pesado travesaño de hierro, sino porque estaba sentada junto a Colin.

Los niños más chicos lloran a voz en grito cuando logro regresar a la fila de la salida de emergencia. El más pequeño se sube al asiento e intenta alcanzar a su madre. Lo arranco del lugar de peligro y lo estrecho con fuerza contra mi pecho.

—Colin, tenemos que irnos.

—Solo unos cuantos más —dice, y se lanza a cada fila, jalando cinturones de seguridad y gritándoles a desconocidos inconscientes. Hace a un lado vidrios, escombros, juguetes y revistas. Las maletas y las bolsas se mecen en el agua como manzanas acarameladas.

—¡Colin! —grito hasta que me duele la garganta. El agua gira alrededor de mis rodillas, subiendo con rapidez. Con cada minuto que pasa, el tiempo

nos gana.

En lo que parece ser el último momento, Colin sale del agua en la zona de la fila 20. Tiene a una mujer embarazada bajo su brazo izquierdo, pero ella no parece consciente. Mientras él se mueve pesadamente por el pasillo hacia nosotros, yo lucho por llegar al frente, confiando en Dios para que haya una forma de salir de aquí.

De pronto, el sonido de chapoteo detrás de mí se detiene. Me doy la vuelta y veo a Colin, que observa los asientos de lo que solía ser el frente de la clase turista, pero la pared frontal se desplomó sobre ellos. La primera fila ha desaparecido por completo.

En ese mismo momento lo entiendo: «Phil».

Juntos retiramos tantos escombros como podemos. La carcasa del avión está expuesta, los cables chisporrotean sobre nuestras cabezas. La mampara pesa más que un bloque de cemento, pero de alguna manera Colin logra moverla.

Claramente, Phil está muerto. El lado izquierdo de su cráneo se ve hundido, su cabello está apelmazado por la sangre. Al menos tiene los ojos cerrados. Quizá estaba dormido cuando pasó. Quizá murió al instante. Es un pequeño consuelo, pero es mejor que la otra opción.

—Por Dios —murmura Colin. Por primera vez, parece abatido. Deja que la mampara se acomode suavemente en su lugar y se voltea exactamente en el último segundo, justo cuando el rostro de Phil desaparece.

—Lo lamento —digo.

Él asiente, aturdido. Quiero decir algo más, algo más sustancial que una disculpa genérica, pero no hay nada que hacer. Colin también lo sabe, así que seguimos adelante, hacia el frente. Hacia la salvación, si es que hay alguna.

La cabina de primera clase se ve como una zona de guerra. En algunos lugares, el techo se ha comprimido casi hasta el nivel del suelo. Las ventanas están quebradas, los vidrios flotan en la superficie. Los lujosos asientos de primera clase se hallan sumergidos junto con los pasajeros atrapados en ellos. A nuestro alrededor, rubios cabellos flotan como tentáculos de medusas. Les tapo los ojos a los niños y los empujo para pasar junto a los cuerpos.

Sobre nuestras cabezas una serie de luces parpadea y luego se apaga por completo. Un sonido ahogado vibra bajo nuestros pies.

—¿Crees que haya una salida allá? —Colin señala hacia la cabina de mando.

No lo sé. Pero si he aprendido algo de los últimos veinte minutos con Colin Shea, es que debes sonar como si supieras.

—Por aquí. —Señalo hacia la izquierda. Es imposible ver nada en ninguna dirección, pero aquí arriba las ventanas están rotas y la corriente está en calma. Vamos a necesitar ambas para salir de aquí nadando.

Le paso uno de los chicos a Colin y me aferro a los otros dos. Es mucho más difícil explorar con las manos ocupadas, pero Colin ya tiene a su cargo a la mujer embarazada y no puede con más.

El agua sigue subiendo. Me llega al pecho, la clavícula, el cuello. Mantengo a los chicos sobre el borde del agua para que puedan respirar. Uno de ellos llora de nuevo por su mamá, y yo intento no pensar en mi propia madre, dormida en su cama, sin saber nada.

—Avery, apúrate... —grita Colin a mis espaldas.

Algo en el techo se desploma mientras el agua se arremolina detrás de nosotros. Pateo con fuerza los escombros, abriendo un pequeño espacio, apenas lo suficientemente grande para que pasemos nadando. Colin asiente con la cabeza, lo que yo tomo como un «Tú guías, yo te sigo».

Pero los niños están más reticentes; se tensan en mis brazos. Intento convencerlos de que esto es un juego, algo que hacen todos los osos polares. Con un poco de convencimiento, los niños respiran para tranquilizarse. «Por favor, que sea suficiente.»

En cuanto estamos debajo, pataleo con más fuerza que nunca, poderosas patadas de delfín seguidas de un frenético aleteo de piernas y brazos. Los chicos se retuercen. Con un empujón alejo los paneles y me impulso hacia arriba, aunque no hay luz para guiarme ni ninguna forma de distinguir debajo de arriba. Solo el instinto.

Mis pulmones están por estallar, me duele el pecho. El agua es hielo, un fuego frío que cala y no se va.

«Respira.»

Una patada final y la superficie se abre bajo el cielo. El oxígeno llena mis pulmones. Los niños salen un instante después; uno de ellos jadea desesperadamente, el otro está callado y quieto. Pienso en esto solo un

momento antes de enfocar mi atención en Colin, en las calmadas aguas negras donde debería estar.

—Vamos, Colin —susurro, esperando que me escuche. La luna se ha ocultado detrás de las nubes; nuestro alrededor se ha cubierto de una absoluta oscuridad. El aire es frío y crudo, y la playa está llena de sombras. Ninguna luz salpica el horizonte distante, no hay ninguna señal de civilización. Podríamos estar en cualquier parte.

Podríamos no estar en ninguna.

Mientras este pensamiento me llena, Colin finalmente sale a la superficie. Me toma un momento decidir que es real, aceptar que logramos salir del avión. Colin hace una señal con la mano, confirmando lo mismo, y nadamos hacia la tierra, lado a lado, aferrándonos a los hijos de otras personas. Es solo cuando las nubes se apartan y la luna se filtra entre la niebla que veo los árboles que se extienden frente a nosotros, sobre el lago, como fantasmas.

En el umbral del agotamiento absoluto, golpeo algo con el pie. Rocas, pequeñas piedras.

«La orilla.»

Colin llega a tierra firme primero, luego vuelve corriendo al agua para ayudarme. Toma a los niños y uno de ellos comienza a llorar. Pero el otro, el que lleva la colorida kurta desgarrada, no hace mucho más que retorcerse en los brazos de Colin.

—Respira —le dice Colin mientras lo pone en el suelo—. Tienes que respirar.

Se hinca y le da al chico una suave respiración, cuidándose de no lastimar sus pequeños pulmones. Yo presiono una mano contra su pecho como mi padre me enseñó, de arriba abajo, mientras Colin respira por él. Tras dos minutos, cambiamos posiciones. El niño mayor ha dejado de llorar, pero nos observa con un horror brutal.

Luego un estremecimiento, una tos húmeda y débil. Cargo al pequeño y acaricio su cara como su madre lo habría hecho. El color regresa a sus mejillas.

—Estás bien —susurro—. Estás bien.

Lo acuno por un largo rato, diciéndome que lo salvamos a él y a los otros tres y que eso debería ser suficiente. La verdad es que no es suficiente. Ni siquiera se acerca. Mientras el ala se hunde bajo la superficie, lanzando

un lento burbujeo al desaparecer, no puedo evitar pensar en las doscientas almas que dejamos atrás.

Colin sacude mi hombro con suavidad.

—¿Estás bien?

—Sí —digo aturdida—. ¿Y tú?

Asiente con la cabeza, aunque no estoy completamente convencida de que sea la verdad. Con los niños observando, Colin mete la mano en su bolsillo y saca una linterna con forma de pluma. Un haz de luz blanca sorprendentemente amplio se derrama sobre el agua, deteniéndose finalmente en el rostro del niño mayor, alto y delgado, con ojos verde pálido. El pequeño se permite la más pequeña de las sonrisas.

—Es una...

Colin asiente.

—Una lámpara con forma de pluma. La encontré en la bolsa de un asiento.

—*Wow*.

Colin me la da, y yo dirijo la luz de nuevo hacia cada uno de los niños, solo para revisar una vez más que están bien. Luego enfoco a Colin, y me quedo sin aire.

Tiene una pierna herida y ensangrentada; la pernera de su pantalón está hecha jirones debajo de la rodilla. Me acerco a él, absorbiendo el olor a sangre y agua del lago. Colin intenta no hacerle caso, pero no es un raspón sin importancia. Es claro por qué estaba tan aturdido después del impacto. Ha perdido mucha sangre.

—¿Puedo verla? —pregunto.

—Está bien. Puedo caminar.

—Si te hace sentir mejor, tengo un poco de entrenamiento en..., eh, este tipo de cosas.

—¿Heridas por accidente de avión? —Su gesto de dolor deja entrever una pequeñísima sonrisa.

—Algo así. —Intento sonar lo menos amenazadora posible—. Solo echaré un vistazo rápido.

Extiende su pierna a regañadientes, y bajo la luz se ve como un trozo de carne triturada. Es un montón de sangre, cartílago y músculo, probablemente el resultado del embate de un trozo de escombros. Al menos los huesos parecen intactos; no tiene nada roto hasta donde alcanzo a ver. Y

no se abrió ninguna arteria: no hay chorros de sangre, no hay borbotones. He visto heridas arteriales en el Día de llevar a tu hija al trabajo, el cual para mí era más bien El Día de traumar a tu hija en el trabajo. Ahora comienzo a entender por qué mi padre me hacía ver todos esos horrorosos espectáculos de heridas.

—No creo que puedas caminar así...

El aspecto de su rostro pone fin a la discusión. Reunimos al grupo, animando a los niños a caminar si pueden. La mujer embarazada, que se ve aún más embarazada en tierra firme, sigue inconsciente. Colin la echa sobre sus hombros como si estuviera cargando un pesado costal de yute. Intenta con todas sus fuerzas no cojear, pero es difícil. Con la sangre corriendo por su pierna, finalmente me deja vendarlo. Uso una bufanda que llegó hasta la orilla y rezo para que resista.

El aire, al menos, está extrañamente quieto. Las únicas señales de viento son el crujido de las hojas y las pequeñas olas que llegan a la orilla. La temperatura también es buena para ser noviembre, aunque eso puede cambiar. No sé dónde estamos, pero espero que sea un pequeño parque estatal a unos cuantos kilómetros de una zona residencial. Espero, por Dios, que no sean las Rocallosas.

—¿Aquí está bien? —Colin se detiene y levanta la vista. La densa maleza está enredada, llena de musgo y telarañas. Los árboles a lo lejos parecen extenderse hacia el cielo infinito. Si llueve, o peor, nieva, al menos podremos evitar el embate de la tormenta.

Recogemos unas cuantas hojas y ramas caídas, y nos agazapamos unos contra otros. La corteza de estos altos pinos es callosa y dura, pero eso me hace sentir mejor por alguna razón. Como si fuéramos nosotros contra el mundo y estos árboles fueran nuestros aliados.

—Pensé que haría más frío —digo.

Colin avienta unas cuantas hojas de pino, sopesando el viento.

—Aquí es raro para este momento del año.

—¿Dónde?

Se mira las uñas, llenas de arena. Su silencio lo dice todo: no quiere decírmelo.

—¿A qué hora nos estrellamos?

—Poco después de la una a.m., hora del Pacífico.

—Entonces estamos en algún punto de las Rocallosas.

Su respuesta llega después de meditarlo un rato.

—Es lo más probable.

Me envuelvo con mis brazos y me froto los hombros con la suficiente fuerza como para lastimarme la piel. Va a hacer más frío. Y habrá nieve.

«Peor.»

Nuestras ropas están empapadas. Ahora no hay viento, pero eso podría cambiar. Los niños podrían no sobrevivir a una noche helada en el exterior alpino. Estoy por sugerir que nos movamos hacia el bosque para buscar refugio, pero con solo mirar en esa dirección me siento intranquila.

—Deberíamos hacer una fogata —propongo.

—¿Una fogata? —Colin parece escéptico—. ¿Con qué?

—Álamos. —Aclaro mi garganta para lograr un tono de autoridad—. Con cuerda, si podemos encontrar una. Las agujetas de los zapatos podrían funcionar.

—¿Has hecho esto antes?

«Sí», me apena admitirlo. Mi padre no nos llevaba a acampar por diversión. Nos llevaba a acampar, de excursión, a trepar montañas y a cruzar ríos «para aprender algo».

Asiento con la cabeza.

—*Wow*.

—No es fácil —me apresuro a decir—. No es como se ve en las películas.

—Nunca es así —dice con sarcasmo.

—Pero necesitamos algo afilado. Un cuchillo sería ideal.

—Supongo que no traías ninguno de contrabando en el vuelo.

—No.

—Yo tengo algo. —Uno de los niños abre la mano para mostrar un pedazo de su iPad destrozado—. Es afilado.

No quiero tomarlo. «¿No ha perdido ya demasiado?», pero él pone el trozo de plástico en mis manos con determinación.

—Es perfecto —digo, y él sonríe.

El bosque es un santuario de álamos, así que encontrar algo que sirva como eje no es un problema. El tronco se ve bien, y gracias al clima seco, la leña debe funcionar. No hay cuerda, pero los niños me entregan sus agujetas en seguida y las uso para hacer un arco.

Colin y los chicos observan, fascinados. «Si esto falla...»

Intento no pensar en las consecuencias del fracaso. Esto funcionará. Tiene que funcionar.

Cuando hice esto con mi padre, mis hermanos y yo teníamos un cuchillo. Fue a la luz del día. Y si fallábamos, si el fuego no prendía, recibíamos un sermón y luego lo intentábamos de nuevo. Si fallábamos otra vez, entonces alguien sacaba un cerillo y ahí quedaba todo.

En este caso, nuestro cuchillo es un pedazo de plástico y no es muy bueno para cortar madera. Incluso después de varios intentos de afilar la punta, apenas cabe en la base. Es una labor engorrosa, aun con el arco, que hace que girar el eje sea más fácil. Lo muevo con fuerza adelante y atrás, adelante y atrás, pensando «fricción, fricción, fricción», como si el pensamiento mismo pudiera encender una chispa.

El sudor me corre a chorros desde la nariz y gotea en la madera, lo cual empeora las cosas. El niño más pequeño lloriquea. La emoción del más grande se ha diluido hasta convertirse en una ansiedad palpable.

Colin pone su mano sobre la mía. No me quita el arco ni se da por vencido. Trabaja conmigo, como un compañero de equipo en una carrera de relevos, apoyándonos el uno en el otro para ganar la carrera. Si uno se rinde o hace una salida en falso, todo el esfuerzo se pierde.

—¡Fuego! —grita el niño con la playera de beisbol.

«Fuego.» Una delicada flama naranja, tan frágil como un sueño. Le doy vida con soplidos profundos y desesperados, alimentando la llama con el oxígeno de mis pulmones.

Crece. Prospera. La posibilidad de ver la luz de día se vuelve realidad.

«Luz de día. Aviones de búsqueda. Esperanza.»

—Buen trabajo —dice Colin, aunque fue él quien generó la fricción necesaria para encender el fuego. Sus brazos son puro músculo, fuertes, magros y perfectamente coordinados. Trabajó ese arco con el mismo talento con el que nada de mariposa.

—Gracias —respondo. Mientras los chicos se van quedando dormidos junto al fuego, el silencio se vuelve incómodo—. ¿Crees que estarán bien por esta noche?

Colin asiente.

—Estarán bien.

—¿Y ella? —Le echo un vistazo a la mujer embarazada, cuyo largo cabello castaño se ha convertido en apretados rizos al secarse. No mantengo



la mirada en ella durante mucho tiempo.

Él no responde.

Durante un rato, ninguno de nosotros habla. Tengo el súbito impulso de hacer conversación, sobre lo que sea. Hace una hora estaba escuchando música tecno de muestra para evitar plática innecesaria con este chico. Cómo han cambiado las cosas.

—Entonces —digo—, ¿ibas a tu casa en Boston por las fiestas?

—Dorchester, de hecho. De ahí soy.

Es la primera vez que ha especificado su ciudad de origen, lo cual parece profundamente personal por alguna razón. O quizá me vio observando su libro y sabe que su secreto fue revelado.

—Como sea, no fui el año pasado porque el vuelo es muy caro, pero este año... —Levanta la vista—. No sé. Este año no es el año pasado, supongo.

Lo vago de sus palabras no me sorprende. Colin faltó a una competencia importante hace dos semanas, poniendo toda nuestra temporada en peligro. Decido dejarlo pasar.

—Lamento que te tengas que perder el Día de Acción de Gracias.

Sonríe suavemente.

—Tú también te lo perdiste.

—¿Son solo tú y tu familia inmediata? ¿O es una gran reunión?

—Muy grande —dice—. Tías, tíos, primos. Hay más ovejas negras que nada, pero igual la pasamos bien.

No puedo evitar una sonrisa.

—Parece divertido.

—Es divertido. Los extraño.

—Debe de ser difícil ir a la escuela al otro lado del país.

Me sostiene la mirada por un largo momento.

—Estoy seguro de que lo es para todos.

—Sí. —Pienso en mi papá parado junto las bandas de equipaje, esperando entre una enorme y cansada multitud. Trabaja muchas horas, pero nunca pierde la oportunidad de recogerme en el aeropuerto. En una familia tan ocupada y dispersa como la mía, el viaje en coche de vuelta a casa suele ser nuestro único momento para hablar.

—¿Y qué hay de ti? ¿Eres de Brookline, verdad? —El hecho de que tenga que preguntar refuerza lo poco que hemos hablado, a pesar de que pasamos juntos mucho tiempo.

—Ahí nací y crecí —respondo.

—Es un buen lugar.

«Buen lugar» significa «caro». Y lo es en muchos sentidos: casas viejas e imponentes, jardines bien podados. A unas cuadas de los hospitales de Harvard, a un breve viaje en tren del centro de Boston. Aparte de alguno que otro tipo que se estaciona en la calle durante la noche (lo cual está estrictamente prohibido), en Brookline no es habitual la delincuencia.

En cuanto a Dorchester, solo he estado ahí durante paradas técnicas en nuestros viajes de regreso de Cabo. Mi impresión es que es un vecindario lleno de orgullo y con mucha historia. Los bares son principalmente irlandeses, oscuros y llenos de gente. La gente habla con mucho acento y está muy orgullosa de ello. Sé que Colin se reiría si escuchara mi breve resumen, pero todo vecindario de Boston tiene cierta reputación. Brookline también tiene una: rico, esnob y aburrido. Aunque parte de esto es verdad, también es hogareño, tranquilo y hermoso. Me encantan las casas suntuosas, los largos caminos y las calles que llevan, aparentemente, hacia ninguna parte. Andar en bicicleta es un infierno, pero caminar tiene su encanto.

—Dorchester también es un buen lugar —digo.

Se ríe.

—Lo dice la brookliniana.

Mis mejillas se encienden.

—Lo digo en serio.

—Dorchester es hogareño. Buena gente. Una comunidad fuerte. Lamenté tener que dejarlo.

—Supongo que debí haberlo adivinado por tu acento.

—Se me ha quitado un poco desde que me fui al otro lado del país. Unos días en casa cambiarán eso.

No dice lo que debe de estar pensando: «No hay ni rastro de Boston en tu voz». Lo cual es cierto. Pasé las primeras dos semanas de escuela quitándomelo de las cuerdas vocales. Colin no tiene esos problemas de autoimagen, lo cual es extraño, por decir lo menos. No va a demasiadas fiestas, se resiste a la marea de la popularidad. Me pregunto por qué.

—Deberías dormir —dice—. Faltan como cinco horas hasta que amanezca.

—Estoy bien. —Siento que los párpados se me cierran—. No estoy cansada para nada...

Vuelve a reír, y es tan fácil, tan natural, que casi me hace olvidar dónde estamos.

Casi.

Cuando el sueño finalmente me encuentra, lo que sigue es un duermevela irregular e intranquilo. Mis sueños me llevan de nuevo al avión, los gritos, el fuego y un océano de noche, y cuando despierto, siento como si una parte de mí se hubiera ido.

## 5

Cuando recupero la conciencia, estoy en los brazos tatuados de un enfermero llamado Burt, quien me acuesta en la única cama disponible de Urgencias Pediátricas, con sus máquinas y artefactos preparados y listos. Burt está colgando un electrocardiograma cuando mi padre lo aleja de mí.

Intercambian algunas palabras. Papá habla con su contundente brevedad habitual, mientras Burt asiente con brusquedad en señal de acuerdo. Mi madre se halla de pie en la periferia de su dominio, con la angustia en su cara como si fuera una segunda piel.

Otro doctor entra en el cuarto y se une a la conversación. Mientras tanto, yo estoy tendida en una diminuta cama de hospital, observando el techo mientras ellos deciden qué hacer conmigo.

Es mi padre quien le pone fin a la discusión y va al lado de mi cama. En su voz se escucha un tono más allá de la preocupación, pero no está alarmado exactamente.

—¿Cómo te sientes?

—Bien.

—¿Bien?

—Me mareé.

—Tuviste un síncope.

Me encojo de hombros.

—Una palabra elegante para «mareo».

—¿Te ha pasado antes algo así? —pregunta el otro doctor. Trae una bata lisa y sandalias, lo que le da la apariencia de ir a una batalla; es un atuendo poco común para un pediatra y una razón más para que yo me eche a correr en la dirección opuesta.

—Muchas veces —le respondo—. Al donar sangre, cuando me ponen inyecciones, al pasar mucho tiempo en el sol. —Miro a mi mamá y finjo una sonrisa—. Lo heredé de ella.

—Te desmayaste, Avery —dice mi mamá, metiendo discretamente un Kleenex en su bolsillo—. Fue horrible.

—Estoy bien. —Tomo su mano antes de que pueda agarrar otro pañuelo—. En serio.

El doctor militarizado frunce el entrecejo, pero papá parece satisfecho. Deja que Burt haga el electrocardiograma y unos cuantos análisis más. Pediatría se empieza a sentir como un corredor de la muerte antes de que finalmente me dejen ir.

Burt insiste en una silla de ruedas, y por una vez mi papá cede. Mientras Burt me empuja hacia la salida, intento recordar los últimos momentos en el escritorio de la recepción. ¿Esa mujer vio los sobres siquiera? ¿O quedaron en el olvido en cuanto mis rodillas chocaron con el suelo?

—Papá...

Pone su mano sobre mi hombro.

—No te preocupes.

—Pero...

—Yo me encargo.

No entiendo de qué habla, pero no pregunto. Es hora de ir a casa.

Mi segunda alta del día transcurre sin mayores incidentes hasta que una enfermera anuncia las malas noticias de que perdieron mi ropa. Mi madre, siempre preparada para lo peor, corre al coche y vuelve con la pequeña bolsa de pertenencias que dejé en el otro hospital. No es mucho: una playera XXL gris de manga larga y unos pants negros, que debe de ser lo que vestía el día que nos rescataron. Ambas cosas eran de otra persona, alguien que ahora está muerto. No quiero llevármelas. No quiero nada que me recuerde a Colorado.

Salimos por detrás, evadiendo las camionetas de noticias y los reporteros obsesionados que deben de haberme seguido desde el otro hospital. Pero de los fans no se puede escapar. Cuando alguien con un suero me pide un autógrafo, no puedo negarme. Es un pequeño precio por la supervivencia.



Los aviones están fuera de la discusión, así que manejamos los más de tres mil kilómetros de regreso a Brookline en un Chevy Impala rentado. Les digo a mis padres que no estoy lista para enfrentar lo que queda del año en la universidad, ni al equipo de natación, ni a California hasta el siguiente semestre. Esto es solo parte de la verdad. La otra, una gran parte, es que no estoy lista para enfrentar a mi novio.

Lee llamó al hospital cuando nos rescataron, pero no recuerdo mucho de ese día, salvo el zumbido constante de las hélices del helicóptero. Llamó también al día siguiente, y mi mamá contestó y le dijo que yo aún estaba demasiado débil para hablar. El tercer día llamó cuatro veces más, tan amable como siempre, pero negándose a recibir un «no» como respuesta.

En ese momento, decidió volar a Denver. Lee había visto los encabezados. Tenía tantas preguntas como cualquiera, o más, de hecho. Quería asegurarse de que yo estaba bien, pero también quería saber qué pasó. Los medios no habían reportado muchos detalles gracias a mi apatía.

Iba camino al aeropuerto cuando finalmente lo llamé. Su vuelo de San Francisco a Denver ya estaba abordando. Tenía que venir, estaba decidido.

No sé si fue la palabrería psiquiátrica o los (fingidos) jadeos y sollozos, pero de alguna forma lo convencí de cambiar de opinión. Lee es un «chico rudo» clásico, ha vomitado más de una vez después de un entrenamiento pesado, mide su progreso en términos de dolor y puede beber más cerveza que todos los estudiantes de primer año juntos. Pero ese día, conmigo, quizá por primera vez en su vida, simplemente perdió el control. Podía imaginarlo vagando por el aeropuerto hacia a una estancia vacía, buscando un rincón privado. O quizá no le importó. Quizá lloró justo ahí, en la fila, frente a todos, sin importarle un bledo porque su novia casi había muerto. Debíó haber muerto. Durante días pensó que estaba muerta.

Era demasiado asumir la experiencia de Lee además de la mía. Necesitaba días. Semanas, quizá. Sugerí que viajara a Boston para Año Nuevo. Quizá para entonces yo estaría en una mejor situación para hablar de todo.

Aceptó solo porque tenía que hacerlo, aunque eso no lo detuvo de llamar. Hablábamos tres veces al día sobre cosas estúpidas y sin sentido.

Tracy Callahan se rompió el pie intentando un salto hacia atrás desde el banco de salida. Tom Roche se fue de fiesta antes de la reunión con la UCLA y vomitó en su segunda vuelta de los cien metros de pecho (terminó la carrera con un récord personal). McKellan arruinó a todos con un examen final de química ridículamente difícil, pero Lee pasó gracias a que, generosamente, ajustaron los resultados al promedio del salón (probablemente por el equipo de waterpolo, en opinión de Lee). Al principio nuestras conversaciones se sentían incómodas y forzadas. Con el tiempo se volvieron fáciles, rutinarias. Yo le cuento sobre mi papá y los «ejercicios de aclimatación» que me impone, sobre los libros que estoy leyendo gracias a las generosas donaciones de mis ancianas tías, sobre las luces de navidad de Coolidge Corner, que brillan cuando nieva.

Pero hay ciertas cosas de las que nunca hablamos: los medios, los periódicos, los viajes de esquí, los desastres naturales.

Los accidentes de avión.

Lee no dice nada sobre Colin o Phil, ni siquiera en términos vagos. Como un profesional experimentado, aleja la conversación del pasado. En vez de eso hablamos sobre el futuro: mi regreso a la escuela, el equipo, la forma en que se sentirá nadar de nuevo, rodeada por las conocidas imágenes y sonidos de la alberca Naudler, cubierta por el blanco resplandor de las luces del techo. Hablamos sobre la temporada: las carreras en las que queremos nadar, las metas que esperamos alcanzar. Nos enfocamos en lo que está por venir.

Es más fácil así.



Mientras la temporada navideña se acerca, las comodidades de estar en casa comienzan a menguar. Se hacen arreglos, se dan los últimos detalles para las cenas, familia y amigos vienen y van como si fuera lo más natural y cortés. Yo los esquivo a todos.

El día antes de Nochebuena, cuando Lee llama, estoy escondida en mi cuarto, con mis piernas desnudas dobladas frente a mí, al estilo indio, como a Tim le gustaba sentarse. No puedo recordar que me haya sentado así desde la primaria, pero últimamente se siente cómodo.

—Hey. —Lo pronuncia con su lento acento hawaiano. La gente dice que los hawaianos no tienen acento, pero Lee sí lo tiene. Puedo escucharlo en el ritmo de sus frases, cómo una palabra se mezcla con otra sutilmente, como un suspiro colectivo. Su primer nombre, que no usa habitualmente, suena como poesía. «Kahale».

—Hey. —Me arrastro sobre mi estómago, impulsándome con mis codos —. ¿Cómo va la vida?

—Genial. No me puedo quejar. Me patearon el trasero en la práctica esta mañana. —Procede a contarme sobre la mecánica agonía de nadar setecientos treinta metros al romper el alba. Es algo con lo que puedo sentirme identificada, algo que se siente seguro.

Hace una pausa, y la suave cadencia de sus palabras desaparece.

—Hey, eh... —Traga el nudo que se ha formado en su garganta—. Y...

Lo interrumpo.

—¿Qué pasa, Lee?

—¿Recibiste el *e-mail* del entrenador?

«¿*E-mail*?» Mi mirada va hacia la *laptop* que está mi escritorio junto a un celular nuevo aún en su caja. Son como diques a punto de reventar por la información que contienen, que no tengo ni el deseo ni la fuerza para liberar. Cuando Lee y yo hablamos, es por el teléfono fijo que conservo de mis días de prepa. Ni internet, ni *e-mail*. Las redes sociales son zona roja.

—Um, no.

—Mira, yo solo... no quiero que te tome por sorpresa, es todo.

—¿Que me tome por sorpresa qué?

Se sienta en su cama; los resortes crujen a través la línea.

—Se trata de Colin. —Inhala, larga y lentamente. Yo ni siquiera puedo respirar—. Quizá deberías leerlo.

Un súbito recuerdo de sangre, músculo y hueso cruza por mi mente. Parpadeo con fuerza, apartándolo de mis pensamientos.

—¿Qué dice?

—Aves...

—¿¡Qué dice!?

El chachareo ahogado de los parientes que infestan nuestra casa se calla. Mi voz chillona ha atravesado las paredes, envenenando el aire festivo. Un sollozo obstinado se escapa de mi garganta.

—Aves...



—Te llamo luego —digo.

—Espera —suplica—. Voy a ir, ¿de acuerdo? Ya reservé mi vuelo y todo. —Respira profundamente—. Te extraño tanto...

Sé que es cierto. Lo sé porque extrañar a alguien se ha vuelto parte de mí.

Quizá es todo lo que soy.



Mientras el escándalo de abajo se reanuda, el silencio pierde su intensidad. Me quedo tendida en mi cama y contemplo las estrellas que salpican el techo en la oscuridad. De día son de un color amarillo pálido y pútrido, pero cuando el sol se pone, aún titilan. Una compra de dos dólares que ha resistido casi veinte años de inviernos secos y húmedos veranos. ¿Cuánto cuesta un avión de pasajeros? ¿Doscientos millones? ¿Y qué hay de la parte que se rompió? ¿Qué tiene eso de justo?

Después de horas de dar vueltas a estos pensamientos hasta que la mente se me nubla, dejo de intentar dormir. La *laptop* de mi escritorio es un modelo antiguo, un recuerdo de la secundaria que se quedó aquí cuando me mudé a California. Hace un silbido mientras la pantalla de inicio se enciende, como si estuviera a la vez emocionada y molesta de que he vuelto a fastidiarla.

El internet es aún más lento que el procesador. Las ventanas se cargan con una secuencia torpe y el disco duro supura virus. Cuando fui a la universidad, mi entendimiento técnico se multiplicó por mil; compré lo que todos los demás compraron e instalé lo que todos los demás instalaron. Me convertí del IBMismo a la adoración de Apple. Me deshice de mi BlackBerry y compré un iPhone. Ese era el precio de encajar, y lo pagué gustosa.

Finalmente, Internet Explorer aparece en la pantalla. Intento instalar Firefox y luego Chrome, pero ambos se traban. Pasan treinta minutos antes de que pueda entrar en mi cuenta de correo.

«801 nuevos mensajes.»

Archivo quinientos de golpe, cuidándome de evitar cualquier cosa del entrenador Toll. Solo me toma unos segundos encontrarlo, con su sombrío

encabezado y una lista conocida de destinatarios. Simplemente dice «Noticias».

Mis dedos tiemblan al pasar por las teclas. No quiero leerlo; no quiero saber. Nada. Todas esas personas. Llorando. Gritando. El cráneo de Phil Markey hundido, la sangre corriendo por su oreja izquierda. El entrenador no mencionaría esos detalles en su *e-mail*, pero yo los sé. Los llevo conmigo. Los llevaré conmigo el resto de mi vida.

No puedo soportar la idea de leer sobre el destino de Colin. Este es un hecho de vida, un simple reconocimiento de mis limitaciones físicas y emocionales. Durante semanas me pregunté si el tiempo cambiaría eso, pero no lo ha hecho. Colin me salvó la vida en ese avión.

Y ¿por qué? ¿Para qué? ¿Para que pudiera sufrir en una unidad de cuidados intensivos durante semanas? Dejé de pedirle actualizaciones al personal después de que escuché las palabras «condición crítica» por vigésima vez. Me preocupaba que un día «crítica» no fuera de pronto «estable» o «mejor» o «bien» como yo esperaba, sino «se fue». «¿Ese día al fin ha llegado?»

Cierro la *laptop* y me quedo en la oscuridad por un largo rato. Además de la antigua computadora, mi escritorio está abarrotado de restos de la prepa: notas escritas a mano, plumas mordidas, un bote con monedas. Una pila de sobres ocupa la orilla más lejana, como si hubieran sido desterrados por una fuerza imperceptible.

Hay quince, todos sellados. Todos dirigidos a Avery Delacorte, pero con diferentes remitentes. Newton. Watertown. Lexington. Todos suburbios de Boston, todos a poca distancia en coche. Abro la que tiene fecha de hace tres semanas.

La ortografía es horrenda, pero alguien ha hecho las correcciones necesarias con una letra limpia y pequeña. La escritura misma evoca una fuerte personalidad que sobresale de las líneas rectas y las vocales redondas. Sé inmediatamente de quién es la carta.

*Querida Avery,*

*Resibí (recibí) tu carta. La hamé (amé). Deverías (deberías) venir a cenar a mi casa. Al abuelo le caez (caes) muy bien.*

*Con cariño,*  
*Tim*

Leo las otras. Algunas escritas del puño de Tim, otras con coloridos detalles de la vida de los niños.

Una carta. Yo le envié una carta a cada niño, ninguna de más de tres patéticas líneas. No había detalles personales; no había ningún detalle, en realidad. Solo condolencias y disculpas y un vago sentido de arrepentimiento. Después de tanto trauma, enfermedad y pérdida, me imaginé que nunca se acordarían de mí. Los doctores me aseguraron que probablemente no lo harían.

En cambio, sus abuelos y tíos y otros parientes me enviaron páginas y páginas con noticias. Sus palabras anhelaban una conexión que yo no podía darles. Si Colin fuera capaz, ya me habría confrontado. Me habría exigido saber por qué.

Con esto en mente, abro la *laptop*.

Querido equipo,

Como todos saben a estas alturas, nuestra pequeña comunidad sufrió una terrible pérdida cuando el vuelo 149 se estrelló sobre las Rocallosas en Colorado. Perdimos a una persona increíble y un gran nadador, Phil Markey, quien falleció en la tragedia. Era un miembro invaluable de este equipo y será sumamente extrañado.

Avery Delacorte se está recuperando en Brookline. Su padre me informó que probablemente volverá al equipo en enero. Todos esperamos ansiosos su regreso.

Colin Shea sigue en condición crítica. Ha sido transferido al Hospital General de Massachusetts para estar más cerca de su familia. Por favor, manténganlo en sus pensamientos y oraciones.

Saludos,  
Entrenador Toll

—¿Avery? ¿Estás ahí?

Mamá. Mi corazón se detiene, luego vuelve a latir de nuevo. Pasa un minuto completo antes de que pueda siquiera responder.

—Voy —farfullo.

Cierro mi *laptop* y avanzo hacia las escaleras. No disfruto estas cenas con mi mamá rellenando mi plato y papá preguntando cosas profundamente

personales («¿Todavía te arde la cara? ¿Cómo es el dolor en una escala del 1 al 10? ¿Has tenido problemas con la movilidad de tus dedos? ¿Cosquilleo o adormecimiento?», y más y más...). Cada vez que me siento, se lanza a una nueva revisión de mi historia clínica, justo como las que me hacía en la prepa, cuando me obligaba a ir a su trabajo para tener una «experiencia educativa».

Durante los primeros cinco minutos, comemos en silencio. Todo sabe igual, a cartón, y se pega a mi paladar mientras lo mastico y lo trago.

—Te escuché al teléfono, corazón —dice mi mamá.

—Sí. —Le doy un largo trago a la leche con chocolate—. Colin llamó.

El silencio se vuelve doloroso. Mi mamá da un pequeño trago a su agua purificada y el hielo choca con el vidrio. Papá corta su chuleta.

—Quiero decir Lee. Lee me habló. —Trago con fuerza, pero la comida ya no solo no sabe a nada, además me da náusea. Siento que voy a desmayarme.

—Corazón, ¿estás bien?

—Sí.

Papá baja sus cubiertos.

—¿Tienes náusea? ¿Te sientes débil?

—No. —Me obligo a pasar un bocado de papas por mi garganta—. ¿De dónde sacas esto?

Mi mamá frunce el ceño.

—¿De dónde saco qué?

—Esta chuleta.

—Ah. Del carnicero. Está buena, ¿verdad?

Hago un gesto de dolor. Numerosos pensamientos inoportunos rebotan en mi cabeza. La palabra «carnicero» me enferma, también el sabor de la carne, y aun así no puedo dejar de comerla. Está ahí, es mía; necesito terminarla.

«Condición crítica.»

«Más cerca de su familia.»

«Pensamientos y oraciones.»

—Linda, si no te gusta...

—No, está bien. —Intento sonreír, pero ella sabe. Su gesto de preocupación se intensifica.

—No te ves bien. —Le echa una mirada a mi papá, quien me estudia con su intensidad habitual—. ¿Verdad? ¿Tú no la ves pálida? Quizá es el cerdo...

—Estoy bien —logro decir.

Observo mi comida, acomodada elegantemente en pequeñas pilas. Está hirviendo, como debe estar cualquier cena decente.

—¿Avery? —Mi mamá se hinca junto a mí. Pone una mano suave en mi brazo, pero no ayuda en nada para calmar el temblor de mis manos—. Avery, está bien.

Me levanto y tiro la silla en mi carrera hacia el baño. Lo que sigue es una violenta purga limpiadora. Después de ver la chuleta en reversa, levanto mi mirada hacia el espejo. Las ojeras se han ido y mis pómulos han perdido su escalofriante prominencia. Incluso mi cabello ha vuelto a su tono natural, un suave rubio pálido.

Sí, es cierto: la persona que me devuelve la mirada se ve más saludable. Repuesta, incluso. Es una trampa magnífica.

Vuelvo al comedor y veo a mis padres conteniendo el aliento. Mi mamá tiene un gesto de pánico, pero mi papá logra controlarla.

—¿Estás bien? —me pregunta él.

«Colin no va a sobrevivir.»

«Yo no voy a sobrevivir.»

En vez de eso, digo:

—Sip. Perfecta.

Mamá se pone de pie y toma mi plato.

—Déjalo —digo.

—Cariño...

—Por favor. —Luego, con desesperación—: Déjalo.

La náusea vuelve con toda su fuerza, incluso peor que antes. Pero no es la comida ni mi estómago sensible.

Soy yo.

## 6

Un alba rojiza bordea las sombras de los picos distantes y una densa niebla se arremolina sobre de la puntas de las montañas, unas cimas calvas y afiladas. Incluso el lago se ve monstruoso a la luz del día. Esta escena, tan salvaje como hermosa, revela una verdad que da qué pensar: estamos en algún lugar de las Rocallosas, probablemente a cientos de kilómetros de la civilización.

Colin da unas cuantas zancadas cojeando hacia la orilla del agua. Los tres niños lo siguen, imitando cada uno de sus movimientos. Él toma un trozo quemado de fuselaje, con sus orillas ennegrecidas por el fuego. Se lo pasa al niño mayor. Tiene el tamaño de una libreta, pero hay otros trozos más grandes flotando en la superficie. También equipaje. Cosas que necesitamos. Cosas que podrían ser la diferencia entre morir o sobrevivir.

—Yo busco en el agua... —digo.

—No —responde él con expresión endurecida—. Está demasiado fría.

—Tenemos que intentarlo. —Sigo la mirada de Colin hacia el horizonte del lago—. Podría haber comida, medicinas, suministros.

Colin se hunde en un silencio contemplativo. Algo naranja, sin forma y muy lejano, me llama la atención.

—¿Ves eso? —pregunto, entrecerrando los ojos hacia la pálida luz del sol. Él asiente—. Podría ser un kit de emergencia.

—Espero que no lleguemos a necesitarlo. —Mantengo mi voz baja para que los niños no escuchen la desesperación de esa frase.

—Está demasiado lejos.

Lleva su mirada hacia otros objetos más cercanos: a unos cuantos metros de la orilla, una bolsa rosa flota junto a una maleta enorme y

destrozada, la cual parece estar rebosante de ropa interior. Más allá, una caja de plástico. Botas.

Comienzo a quitarme los zapatos.

—Voy a entrar.

—Avery...

—El sol ya salió. Me secaré con el aire.

—Yo voy —dice él—. Tú cuida a los niños.

—No.

—¿No?

—¡Estás herido, Colin! ¿No has pensado en eso?

—No estoy tan mal...

—Sí estás tan mal. Lo último que necesitamos es que te desmayes en medio del lago.

Colin mira a los niños, a sus ansiosas caras temblorosas. Ellos no dicen una palabra, pero la idea de perder al único hombre en el grupo los ha puesto intranquilos.

—Diez minutos —sentencia él—. Detente si tienes frío o estás cansada.

No le digo sobre el dolor en mi pecho. Basándome en mis limitadas habilidades para el diagnóstico, calculo una costilla rota o dos. Pero he nadado con dolor otras veces.

—Lo haré. —Me muevo con nerviosismo durante un minuto, sin saber cómo sacar el siguiente tema—. Eh, podrías...

Me ve jugar con el dobladillo de mi camiseta. Esta es la única ropa seca que tengo, y parece tonto nadar con ella puesta. Colin gira la cabeza lo suficientemente rápido como para lastimarse la columna.

—Sí, seguro, claro.

Toma las manos de los niños y los gira ciento ochenta grados para que queden mirando hacia los árboles. No tenía que darle la vuelta a todos, pero estoy segura de que prefirió hacer de más que de menos.

El lago es enorme, mide casi dos kilómetros de ancho, y está bordeado por pinos y orillas rocosas. Entro al agua, primero los dedos del pie, luego los tobillos. «Demasiado lento.» Necesito lanzarme de una vez, como lo hago a diario en las prácticas, pero algo en mí se resiste. Es una sensación extraña y aberrante, un instinto enloquecido. Por primera vez en mi vida no quiero nadar.

Colin aún tiene a los niños de espaldas, mirando hacia los árboles. No puedo soportar la idea de explicar por qué cambié de parecer, así que cierro los ojos, respiro profundo y me sumerjo, los dedos, las manos y la cabeza primero; me hundo bajo la superficie.

El frío sube por mi espalda y se asienta en la base de mi cuello, recorriéndome como una droga. El agua se siente absolutamente impoluta, suave como leche. No se parece en nada a las albercas cloradas en las que he nadado por años. No se parece a nada que haya experimentado antes, en realidad.

El frío estremecedor toma un momento para asentarse. Cuando lo hace, primero lo siento en los dedos de mis manos y pies. La sangre corre por todo mi cuerpo, pero es difícil incluso respirar o pensar. Parece que no puedo conseguir suficiente aire, y mis músculos lo están sintiendo. Comienza a acalambarme.

«Sigue adelante.»

La forma más fácil y eficiente para llegar de aquí a allá es el estilo libre, así que intento encontrar mi ritmo, con mi torso sobre el agua. Mis caderas van de un lado a otro, los brazos las siguen. Mantengo los tobillos flexibles, muevo las piernas con esas firmes patadas de dos tiempos que el entrenador me dijo que pasaron de moda en los setenta. En este lugar no importa. Hago lo que se siente natural porque la memoria muscular es todo lo que mi mente puede procesar en este momento.

Respiro a lado y lado, luego hacia el frente, manteniendo mi barbilla apenas por encima del agua para ver dónde voy. En este caso, voy hacia una maraña de maletas atadas con una cuerda elástica. La bolsa de lona naranja está mucho más lejos, al menos a más de un kilómetro y medio de la playa. Demasiado lejos. Así que me conformo con las maletas y nado de regreso a la playa, pateando hasta que mis piernas se rinden.

Colin me observa hasta que estoy a nueve metros de la orilla, con su cara tensa por la preocupación.

—Estoy bien —grito, reforzando mis palabras con un entusiasta saludo con la mano.

Mientras se da la vuelta hacia los árboles, salgo a tropezones del agua. Con los dedos congelados, vuelvo a ponerme mi ropa ensangrentada. Por suerte estas maletas ofrecerán un cambio de ropa, o al menos algo seco y cálido.



—Listo, estoy decente.

Él se da la vuelta. Uno de los chicos corre hacia mis brazos, lo cual me desconcierta un poco.

—Catorce minutos —dice Colin con un suspiro exagerado. Sé que está bromeando, pero veo preocupación en sus ojos.

—Estoy bien —digo.

—Bueno. —No suena convencido—. Veamos qué tenemos aquí.

Mi misión de recuperación consiguió tres maletas de mano y una bolsa de golf. Una de las maletas tiene contenidos comunes de mujer profesionalista: brasieres *push-up*, blusas, vestidos y pantalones de vestir. Nada de abrigos. Y, claro, tenía que ser talla extrachica. Ninguno le sirve a Colin, pero estos vestidos y pantalones podrían servir para los niños si nos ponemos creativos. Yo opto por uno de sus suéteres más grandes y holgados. Las tanguas son rápidamente descartadas antes de que los niños puedan verlas o Colin comente algo al respecto.

Otra maleta debió pertenecerle a un fan de los Raiders de Oakland; cada camiseta, sudadera y pants tiene su logo. Todos son talla mediana, lo cual es una mala noticia para Colin, pero tendrá que conformarse. A grandes rasgos es un buen descubrimiento.

La bolsa de golf parece haber perdido sus palos en el camino, pero un conjunto de porquerías inútiles llena los compartimientos: bolas de golf, soportes, dos guantes y un par de tenis. Enormes tenis de golf. Podrían quedarle incluso a Colin.

Él sonríe mientras se los muestro.

—¿Eres golfista? —le pregunto.

—Supongo que ahora lo soy.

La maleta más pequeña claramente estaba hecha para una niña, con un estampado de gatitos y ruedas rosas. Paso el nudo que se me forma en la garganta. La ropa es aún más indicativa de su joven dueña: *leggings* rosas, sandalias moradas, un paquete de ligas para el cabello sin abrir. Todas las playeras son diminutas, pero servirán para los niños.

—Espero que les guste el rosa —comento. El más grande, quien me dice que su nombre es Tim, toma una sudadera con un caballo al frente.

—Me gustan los caballos —explica.

—¡A mí me gusta el rosa! —grita el niño con el atuendo de beisbol. Su nombre es Liam y tiene cuatro años. Nos lo recuerda al menos una vez cada

hora.

El niño más pequeño no es tan selectivo. Creo que su nombre es Aayu, pero su voz es tan débil que es difícil estar segura. Le cuesta trabajo sostenerme la mirada, incluso cuando le paso el único juguete a la vista. La pequeña sonrisa de su rostro me dice que le gusta.

—Bonito —dice, y me lo regresa.

Colin suspira mientras acomoda todo en pequeñas pilas.

—No hay mucho aquí para ti —me dice.

—Ni para ti.

—Voy a estar bien —me asegura—. Soy más grande.

—Esa es una lógica terrible.

Sonríe, pero se siente tenso. Me pregunto si está pensando lo mismo: «¿Por qué estamos buscando ropa?». Estábamos en un vuelo comercial, lo que significa cajas negras, atención de los medios y demandas. La Junta Nacional de Seguridad del Transporte probablemente comenzó a buscarnos en el instante mismo en que comenzó la turbulencia.

Cuelgo todo en las ramas un de árbol mientras Colin hace su mejor esfuerzo por secar su abultado abrigo de invierno para que los niños duerman en él. También encontramos otros abrigos, pero todos están demasiado llenos de sangre o de agua del lago. Podría tomar días para que se sequen.

Colin me lanza un pasamontañas. Tiene agujeros para la boca y los ojos, y debo verme como un criminal avecindado en las montañas cuando lo deslizo sobre mi cabeza. Los dos niños más chicos comienzan a llorar.

—¡Lo siento! —Me lo saco y los abrazo. Sollozan contra mi playera—. No es real, lo prometo.

Noto que Colin me observa durante todo este triste momento, y rápidamente desvía la mirada. Ya debe de saber que soy la peor con los niños. Apenas puedo esperar a que la mujer embarazada me reemplace en cuanto pueda.

—¿Crees que será suficiente para todos? —le pregunto mientras señalo la ropa.

—Creo que sí. —Se pone de pie para observar los artículos expuestos—. Recorramos el perímetro, veamos qué más podemos encontrar.

Comenzamos en la orilla del lago y avanzamos hacia el sur, volvemos al campamento cada vez que nuestros brazos están llenos o uno de los niños

necesita un descanso. Colin hace al menos una docena de viajes arrastrando enormes cargas de fuselaje, algunos más grandes que el techo de un coche. Los niños lo siguen a todas partes. Él se niega a aceptar ayuda, pero yo hago mi mejor esfuerzo por participar de alguna manera, cargando tanto como mis cansados brazos pueden soportar. Él es una máquina; carga pesos que serían un reto para tres o cuatro hombres juntos. Nunca dudé de la fuerza de Colin, pero esto es algo más. Esto es adrenalina, músculo e instinto de supervivencia.

Al mediodía hemos reunidos suficiente chatarra para construir un pequeño cobertizo contra los árboles. Colin refuerza las paredes mientras los niños y yo rebuscamos entre todo lo que encontramos, lo cual no es mucho aparte del fuselaje. En resumen, hemos recuperado catorce paquetes de comida chatarra entre Doritos, cacahuates y Oreos. Nada de vegetales. Nada de proteína. Las bandejas de comida deben de haberse hundido con el avión, junto con el agua embotellada, los kits de primeros auxilios y todo lo demás que podría haber mejorado nuestra situación.

«Vendrán por nosotros», me digo a mí misma por enésima vez. «Tienen que venir.»

Una vez que los niños descansan, nos detenemos a admirar el trabajo manual de Colin. Nos ha construido un buen refugio, con gruesos bloques de material industrial y un techo resistente.

—La última pieza está justo ahí —dice, señalando a un trozo particularmente imponente de acero—. ¿Puedes ayudarme?

No necesita mi ayuda, pero una parte de mí se siente orgullosa de que haya preguntado.

—Claro.

Mientras se concentra en poner la pieza en su lugar, noto los largos relieves de los músculos de sus antebrazos y hombros. Su quijada está trabada, su expresión neutral. No me queda duda de por qué siempre es el mejor en la alberca. Su vena competitiva sobresale incluso ahora, potenciada por su fuerza.

Amarra la pieza con las cuerdas elásticas y arregla la puerta para que no se abra de golpe con el viento.

—¿Dónde aprendiste todo esto? —le pregunto—. ¿Clases de ingeniería civil?

—Nop. Mi papá instala techos.

Otra sorpresa, pero no dice más al respecto. Los niños nos observan con los ojos saltones y, por primera vez desde que nos estrellamos, la idea de que haga mal tiempo no parece una sentencia de muerte.

—Se ve increíble —digo.

—Tú ayudaste.

—Sí, pero ¡tú arrastraste la mitad del avión por la playa!

Se encoje de hombros, pero sus ojos me dicen que agradece el cumplido.

—El fuselaje es más ligero de lo que parece —asegura con una ligera sonrisa.

—¡Es muy fuerte! —grita Liam. Los niños entran juntos y la puerta hechiza se cierra de golpe.

—Supongo que lo aprueban —dice Colin.

—Supongo que sí.

El momento se prolonga un poco más de lo necesario, después de lo cual nos separamos apresuradamente. Colin va a revisar a la mujer embarazada mientras yo me uno a los niños en el interior del cobertizo.

—¡Mira lo que encontré! —Tim me muestra lo que parece un viejo *walkman*. Es un niño lindo: inteligente, divertido, con un ligero ceceo que constantemente intenta corregir repitiendo ciertas palabras. Probablemente sus padres lo pusieron en clases de dicción a los dos años. Sus padres, que ahora ya no están.

Mueve el objeto con sus pequeñas manos y las piezas de plástico quebrado brillan bajo el sol de la mañana.

—¡Es un GPS de golf! Mi papá tiene uno. —Le da una fuerte sacudida—. Las pilas ya no sirven.

—¿Puedo verlo? —pregunto.

Me lo pasa y de inmediato sé que esta pieza de tecnología de bolsillo no tiene nada que ver con el golf.

—¿Ves? Está roto.

—Tim, no creo que sea un GPS de golf.

Frunce el ceño.

—Entonces ¿qué es?

—Creo que es..., eh, un transceptor. —No menciono que es un transceptor para avalanchas. Es mejor no poner la idea de una ola mortal de nieve en su cabeza.

—Ah —dice, pero puedo ver que está decepcionado. La imagen de Tim aferrándose al iPad destrozado de su padre me duele.

—Un transceptor es un nombre elegante para un radio.

—¡Ah! —Sus ojos se iluminan de nuevo—. Bueno, lo voy a arreglar.

Busca en la siguiente maleta con entusiasmo desenfrenado. «¿Cuántas personas viajan con pilas?» E incluso si encontrara algunas AAA, las posibilidades de que estén secas y funcionales son cercanas a cero. Un transceptor para avalanchas es el tipo de falsa esperanza que no necesitamos; su única utilidad es mantener feliz a Tim. «Olvidalo. De cualquier modo no lo necesitarán.»

Mientras tanto, Liam y Aayu descubrieron dos Pequeños Ponys en la maleta con dibujos de gatitos.

—Es un caballo —anuncia Liam.

—Caballo —repite Aayu. Suena como «cabaio».

Los niños no se parecen en nada. Liam tiene pecas y es rubio, ya está ruborizado por el sol de la montaña. Aayu es un misterio étnico: exuberante piel caoba, ojos ámbar y cabello rizado y profundamente negro. Levantó tres dedos cuando le pregunté cuántos años tenía, pero parecía un poco inseguro. Es pequeño para su edad, con una fragilidad que me preocupa.

Estoy viéndolos jugar cuando Colin abre la puerta.

—¿Puedes salir un momento?

Les digo a los niños que se queden ahí, pero están demasiado interesados en sus nuevos juguetes como para hacerme caso. Tres niños pequeños bajo control. Debo disfrutar esto.

La puerta improvisada rechina al cerrarse. Colin me lleva hacia la arboleda, de modo que el fuerte sigue visible pero velado por las ramas bajas de los pinos cercanos. Sus pasos son extrañamente apresurados.

Entonces la veo: la mujer embarazada está recargada contra un árbol, con las piernas abiertas sobre la tierra. Sus pants están empapados de la cintura para abajo.

Colin observa sus zapatos de golf cubiertos de fango y dice:

—Creo que está en labor de parto.

«Labor de parto.» Las palabras caen en el aire con un golpe seco.

—¿Estás seguro? ¿Ya recobró la conciencia?

—No. —Se frota la cabeza con la mano—. La estaba llevando hacia el sol y..., no sé. Creo que se le rompió la fuente.

Me hincó junto a ella, esta triste y trágica mujer sin nombre. Aunque su cuerpo se contrae, su rostro no registra ninguna respuesta.

—¿Puedes traer la linterna?

—La linterna. —Da unos golpes en sus bolsillos y no encuentra nada—. Claro, seguro. Espera.

Vuelve un momento después con la lámpara en forma de pluma; su haz de luz ya está menguando. La dirijo a los ojos de la mujer buscando una respuesta, una que sea igual en ambos ojos. Su pupila izquierda está inmóvil y dilatada, lo que significa que la derecha no importa. No sobrevivirá a esta herida.

Niego con la cabeza. Colin, a su modo tranquilo y estoico, lo acepta.

—¿Cuánto tiempo le queda? —pregunta.

—Unas cuantas horas cuando mucho.

Se hincó en la tierra, evitando mi mirada mientras toma la mano de la mujer. Sé que no me culpa, pero la culpa es la única moneda de cambio real que tenemos aquí. Culpar a la aerolínea, culpar al clima. Culpar a la mala suerte y a las circunstancias.

Sé que la situación de esta mujer no tiene esperanza, pero tampoco la tenía la nuestra hace ocho horas. Sobrevivimos. Aún estamos aquí, seguimos luchando.

Pongo mi mano sobre la muñeca de Colin y su cuerpo tiembla con el contacto inesperado. Levanta la mirada.

—¿Puedes traerme unas toallas mojadas?

—¿Por qué?

—Porque está en labor de parto y eso es lo que necesitamos.

Si está sorprendido, no lo demuestra. Vuelve tres minutos después con dos playeras recién empapadas con agua del lago. Tenemos dos botellas de agua en espera y una toalla seca para cuando el bebé nazca.

—¿Ahora qué? —pregunta.

—Ahora esperamos.

—¿Cuánto tiempo?

—Las contracciones están separadas por un par de minutos así que..., no sé. ¿Poco?

—¿Alguna vez has...?

—¿Hecho esto?

Espera mi respuesta.

—No —admito.

—Pero ¿has visto a otros hacerlo?

—Un par de veces.

Echa un vistazo hacia el cobertizo, con su puerta cerrada con bisagras como una especie de alarma de niños curiosos. Los niños pueden salir, pero el rechinado del metal despertaría a todo el bosque.

—Ellos no pueden ver esto —digo.

—Me aseguraré de que no vean.

—¿Colin?

Espera a que yo inhale para decir lo que debe ser dicho.

—Si no... Si no puedo...

Pone sus manos sobre mis hombros, sus enormes, tibias y salvadoras manos. El gesto no está hecho para inspirar confianza, está hecho para dar consuelo. Como diciendo: «Lo sé. Lo entiendo. Lloraremos juntos».

Diez minutos después, las contracciones se detienen.



Vi mi primer parto en el asiento trasero de una camioneta Dodge Ram; no era mi hijo, gracias a Dios, pero la chica tenía quince años y yo también, e incluso ahora lo recuerdo como si el trabajo de parto, el dolor y el triunfo de dar a luz hubieran sido míos. Recuerdo esa sonrisa con un espacio entre los dientes en el rostro de la niña al final y sus llantos agónicos al principio. Recuerdo a mi padre diciéndome que «cachara» a ese ser humano nuevecito como si una pelota de fútbol estuviera por salir de su vagina.

Pero más que todo eso, recuerdo el momento en que el proceso se detuvo, la chica entró en pánico y mi papá le dijo que respirara, que simplemente respirara, porque su cuerpo sabía qué hacer.

En su caso, sí lo hizo. Las contracciones continuaron. El bebé salió hacia mis manos, que ya lo esperaban. Una niña. Una niña saludable, rosada y chillona.

Colin no pregunta qué pasa, pero no tiene que hacerlo. El trabajo de parto se detuvo. La madre tiene muerte cerebral. El total sinsentido de esta situación me embarga.

—Colin...

—¿Está cerca?

—Sí, pero... —«¡No puedo hacer una cesárea en el bosque!» No puedo hacer nada porque no soy doctora. Soy la hija de un doctor con un título de preparatoria y apenas tres semestres de universidad.

Me mezo sobre mis talones. Por primera vez desde que nos estrellamos, mi garganta se estrecha y el impulso de llorar me recorre. Dos muertos más. «Dos más que no tenían que morir.»

Colin acaricia mis muñecas con sus pulgares, un movimiento rítmico que desacelera mi corazón y calma mis nervios. Intento pensar.

«Piensa.»

Pero no hay nada que pensar en el parto. Es solo hacer. Me reacomodo sobre mis rodillas y busco entre sus piernas, y con las manos húmedas y temblorosas, intento jalar al bebé. No sé cómo se supone que se haga esto. Aunque mi padre ha hablado sobre usar herramientas, manos y aspiradoras para facilitar el proceso, todo lo que estoy haciendo ahora parece grotesco, peligroso y absolutamente estúpido. Mis dedos se resbalan.

Colin me hace a un lado e intenta lo mismo, aunque sus intentos de alguna manera son más hábiles, sin prisa. Le digo que pruebe reacomodándola, lo cual le puede dar un mejor ángulo. No le digo que intente romper la clavícula del bebé. No puedo soportarlo.

Pero Colin no necesita mis instrucciones. De pronto, maravillosamente, el bebé se desliza hacia sus manos y se presenta al mundo.

Un niño.

Nuestro cuarto pequeño.

No llora mientras Colin lo pone suavemente en mis brazos, pero yo lo mezo de cualquier manera porque él se lo merece. Yo lo necesito.

Colin no dice una palabra. No tiene que hacerlo.

Lloramos juntos.



Tim es el primero en salir del cobertizo. Me encuentra sentada a la orilla del agua, con mis palmas abiertas sobre la superficie. Las sumerjo en el lago y el agua se vuelve de un rojo vivo y brillante. A pesar de todo, mi corazón aún late, mi sangre aún corre.



Como solo un niño de seis años puede, Tim envuelve mi cuello con sus brazos y me abraza con fuerza, el tipo de consuelo que dura por días.

—¿Tim? —pregunto después de un rato.

—¿Sí?

—No me abandones, ¿sí?

Hunde su pequeña mano en una de mis manos rojas y mojadas.

—No lo haré —dice.

Observa un halcón que sobrevuela el lago con sus alas abiertas de par en par, cruzando el cielo.

—¿Avery?

—¿Sí, Tim?

Espero su reacción, pero lo único que hace es mirar el cielo. El sol nada en sus ojos y los hace brillar.

—¿Nos vamos a morir? —pregunta.

Sondea mi cara con esos penetrantes ojos verdes, aplastando mi primer impulso de mentir. No sé qué saben los niños de seis años sobre la muerte. ¿La entienden? ¿Yo la entiendo?

Lo único que sé es lo que hicieron mis propios padres: me dijeron la verdad. Especialmente mi papá. En cuanto tuve la edad suficiente para entender, me dijo lo que le pasaba a la gente cuando se enferma mucho o se lastima gravemente: su corazón se detiene y muere.

—No. —Lo digo ferozmente, lo cual me sorprende hasta a mí—. No vamos a morir.

—Bueno.

No tengo qué preguntarme si lo cree.

Lo sabe.



Colin quiso enterrar los cuerpos solo, así que es mi tarea poner buena cara para los niños. Los más chicos salen gateando del fuerte, ambos desesperados por atención.

—Otra vez tengo hambre —dice Liam.

Aayu repite:

—Hambre.

Miro más allá del lago, hacia los árboles de la cresta de la montaña del valle en el que nos encontramos. El sol ha comenzado su lento descenso hacia el horizonte. El fuego crepita con el viento.

—Prueben esto. —Meto la mano en mis bolsillos buscando el trío de bastones de caramelo que Liam encontró en una de las maletas. Están rotos en varios pedazos, lo cual hace que el ahogamiento sea un peligro menos real. Aun así, hago mi mejor esfuerzo por moler un bastón para Aayu. Tim me ayuda a desenvolverlos.

Con los niños más chicos chupando los bastones, le ofrezco una bolsa de papas fritas a Tim. No parece emocionado, pero la abre de un tirón y mastica una papa humedecida.

—¿De qué es? —pregunto.

Le da la vuelta a la bolsa y lee la etiqueta, pronunciando cada palabra con cuidadosa precisión.

—Crema. —Hace una pausa—. Y cebolla.

—¿Te gustan?

Lo piensa por un segundo.

—Más o menos. ¿Quieres?

Me muero de hambre, especialmente porque no cené.

—No, estoy bien —miento.

—Podemos buscar moras —dice Tim—. Eso es lo que hacemos cuando mi papá me lleva a acampar.

—No todas las moras se pueden comer.

—Ya sé. —Traga un gran bocado de papas—. Pero mi papá tiene una guía.

—Ojalá tuviéramos una ahora.

—Está en mi maleta. —Señala en dirección al lago—. Por ahí, en algún lugar.

El viento ha remontado y lanza una columna de ráfagas que se extienden sobre el lago. La mayoría de los restos flota en la dirección contraria de donde estamos. Extrañamente, la bolsa naranja no se ha movido, pero sigue muy, muy lejos.

«No la vamos a necesitar.»

—Quizá llegará a la orilla luego. —Le doy unas palmadas en el brazo, lo cual me parece raro pero tiene el efecto deseado. Él suspira y vuelve a comer.

Mientras los niños se terminan sus bocadillos, me imagino nuestro cobertizo en un mapa de las Rocallosas de Colorado: un punto en mitad de la naturaleza, tan insignificante como un álamo. Probablemente estamos al menos a tres mil metros de altura, lo cual explicaría la constante falta de aire y el incansable dolor de mis caderas y hombros. Podría tomar días para que mi cuerpo se adapte, quizá más, si estamos a más de cuatro mil metros sobre el mar. Los niños se ven bien por ahora, pero el malestar por la altura puede tardar días en verse. Es una preocupación constante y sin solución fácil. No tenemos los recursos para irnos caminando de aquí solos.

Luego está el clima: tormentas, nieve, viento. Quemaduras por el sol. Quemaduras por el viento. Deshidratación. Congelación. Hipotermia. El sol se extiende sobre nosotros como un ojo gigante en el cielo, retándonos a sobrevivir sin ser vistos. Se siente como una burla. No importa cuántos abrigos y cobijas y cepillos de dientes encontremos, no sobreviviremos a una tormenta de nieve en las Rocallosas. No hay teleféricos, no hay hoteles bañando el paisaje con una luz tibia y acogedora. Este es el tipo de naturaleza que nadie viene a visitar, el tipo de lago en el que nunca nadie nada. Somos los intrusos y no tenemos dónde escondernos.

Por ahora, el cielo es de un azul brillante tocado por unas cuantas nubes que se posan sobre los picos más altos. Completamente sereno, casi reconfortante.

—No te preocupes —dice Tim y me pasa una papa.

Pero me preocupo.

## 7

Las náuseas duran horas y hacen imposible dormir. Tareas mínimas como limpiar el baño y organizar mi clóset solo las empeoran. Me quedo dormida en algún momento después del amanecer. Es mediodía cuando vuelvo a despertar.

—¡Avery!

Mamá de nuevo. Suena molesta.

—¿Qué? —Mi voz apenas se escucha, pero es intencional.

—¡Es Nochebuena y necesito *eggnog* para la cena!

«Nochebuena.» Por primera vez en mis diecinueve años, he olvidado por completo una fecha importante. Me pongo una sudadera y bajo las escaleras cojeando.

—¿En serio?

—Sí, en serio.

Me mira con obvia desaprobación.

—No vas a usar eso en la cena, ¿verdad?

—Quizá...

—Espero que sea una broma. Como sea, necesito *eggnog* de inmediato.

No deja de sorprenderme que mi madre abogada diga cosas como «de inmediato», «crítico» y «taquicardia», mientras mi padre doctor evita a toda costa cualquier término médico. Pero ayuda. Sé que está en modo de crisis cuando dice uno de sus códigos.

—Mamá, sabes que no me muero de ganas de salir...

—Lo necesito, Avery. Es crítico.

—¿Qué tan crítico? Porque los reporteros trabajan los trescientos sesenta y cinco días del año. Podría haber uno en la entrada de la casa ahora

mismo.

—La única persona en el camino es tu tío Ted, quien llega dos horas antes a todo. Ve a decirle que se vaya a dar un paseo y luego tráeme mi *eggnog*. —Se acomoda el mandil y me muestra una sonrisa forzada—. Por favor, corazón.

La veo directo a los ojos.

—¿Es un código azul?

—Sí —dice con mucha seriedad.

—De acuerdo.

—Llévate mi coche. Es más rápido.

—Puedo caminar...

—No. Lo necesito con urgencia. No hay tiempo que perder.

—Como quieras —farfulto. Ella no entiende cuánto odio manejar en la ciudad. Mis amigos de la escuela solían decirme que tenía un problema.

Pero urgente es urgente, así que tomo las llaves y enciendo su Audi de apenas unos meses. Aún tiene ese aroma de coche nuevo, la piel está tan tensa que me lastima el trasero. Aunque el cielo está nublado, me pongo los lentes de sol que dejó en el tablero.

La tienda más cercana está a menos de dos kilómetros. Resulta que mi madre no es la única que olvidó comprar algo fundamental. El estacionamiento está atascado de compradores ansiosos. Los cláxones resuenan. Los carritos están regados por todas partes sobre el concreto como botines de guerra. Quiero ir a otro lugar, un lugar desierto, pero no hay tiempo para eso. Nuestra familia estará en la casa en punto de las seis. En el reloj del tablero se leen las 4:35.

Me estaciono a dos cuadras y camino con la cabeza baja y la capucha arriba. Es mi primer viaje real al mundo público y se siente como algo monumental. Aterrador. Básicamente lo contrario a lo que había esperado que sería.

Me recuerdo a mí misma que es Nochebuena. Un momento familiar. Nadie piensa en accidentes de avión ni en supervivientes ni en las noticias en una festividad tan feliz. Incluso los reporteros tienen límites.

Los lentes de sol son demasiado, pero la capucha se queda mientras entro a la tienda. Nadie me mira. La gente está demasiado preocupada por sus actividades inmediatas. Solo quieren conseguir sus bombones y sus ramas de canela e irse.

Hay una docena de personas arremolinándose en el pasillo de lácteos. Esto puede ser un problema. El *eggnog* es un cálido lujo en Nochebuena, a diferencia de todos los otros días del año. Me abro paso entre la multitud y me estiro a más no poder para tomar el último cartón.

—Oye, ese es mío —gruñe alguien.

Echo una mirada sobre mi hombro. «¿Me está hablando a mí?»

La mujer señala el cuarto de *eggnog* en mi mano.

—Es mío —dice de nuevo.

—Eh, estaba en la repisa...

Está por decir algo cuando abre los ojos de par en par y se lleva las manos a la boca mientras grita:

—Dios mío. Eres esa pobrecita niña del avión.

Su voz se extiende, reverberando por los pasillos, mientras yo me deslizo entre la multitud hacia la salida. Mi madre no va a estar contenta si llego a casa con las manos vacías, pero no puedo esperar en la fila para pagar. Solo quiero escapar. Irme. Correr.

Pero ¿por cuánto tiempo? ¿Por siempre? Colin me diría que le hiciera frente, Colin, quien podría no pasar nunca otra Navidad con su familia.

Con esto en mente, me apresuro para formarme en la fila exprés. Con la capucha arriba y la cabeza abajo. El *eggnog* en la cinta transportadora, la cartera en mi mano. Esto será fácil. Rápido.

Cinco minutos. Diez. Es como la fila de revisión del aeropuerto, ahora que lo pienso. La tarjeta de crédito de alguien es rechazada. Alguien más debe correr hacia la sección de comida congelada porque no quiere espárragos, quiere alcachofas. La madre frente a mí intenta calmar a su bebé llorón, y pienso en el bebé cuya madre murió antes de poder sostenerlo entre sus brazos.

Cuando es mi turno, le doy el billete de cinco dólares a la cajera y salgo corriendo. Un viento inclemente me azota mientras las puertas se abren, haciendo que los ojos se me llenen de lágrimas. Me vuelvo a poner los lentes de sol, sin importarme ya cuán ridículos se vean. «Si alguien me reconoce...»

—¿Avery Delacorte?

Dejo de caminar.

—¿Sí?

Una mujer con un traje sastre a rayas me pone una grabadora demasiado cerca de la cara. Mi primer pensamiento es: «¿Cómo llegó tan rápido?». ¿Un mensaje de texto? ¿Una llamada? ¿Línea directa con un anónimo? Supongo que no importa. Me encontró y ahora quiere su historia.

—De verdad tengo que irme a casa. —Comienzo a caminar con pasos rápidos, entrecortados, casi como de borracho. Se echa a perseguirme con sus tacones de diez centímetros.

—Avery, tengo unas preguntas para ti respecto a tu recuento de lo que pasó durante tus cinco días en esa montaña. Como debes de saber, Tim, el niño mayor, dice que tú lo rescataste...

—Se equivoca.

—¿Se equivoca? Cuenta la historia con mucho detalle.

—Tiene seis años.

—Sí, pero parece que tuvo relación contigo.

—No quiero hablar de esto.

—¿No quieres hablar de esto o no puedes hablar de esto?

Espera a que yo responda, o al menos a que me dé la vuelta. Ninguna de las dos cosas pasa. Jugueteo con mis llaves mientras el Audi de mi mamá aparece en mi campo de visión. El *eggnog* se me resbala de las manos y se derrama en la banqueta. Su contenido denso y oloroso se derrama en la calle.

Levanto los restos de cartón. Cualquier otro año habría ido por más, aunque fuera solo por rehusarme al rechazo. Pero este año no. Quizá nunca más.

—¿Y bien? —presiona.

Tiro la grabadora, un acto exiguo de rebelión que se siente débil, triste y fútil. Debe escuchar el dolor visceral en mi voz. Debe ver el *eggnog* derramado y saber, como todos, que no soy el héroe que quieren que sea.

—Doscientas cuatro personas murieron esa noche —digo, viendo sus rostros, escuchando sus gritos—. ¿No deberías contar sus historias?

## 8

Cuando Colin finalmente sale de los árboles, los niños olvidan su hambre por un momento. Hechizados por sus pasos largos y desgarrados, lo observan cruzar la playa. Cuando Colin se sienta, Aayu extiende una mano cubierta de astillas de bastón de caramelo.

—Para ti —dice.

—Gracias, Aayu —dice Colin—. Pero eso es para ti. Y también esto. —Pone un chocolate Kiss en la mano de Aayu. Los ojos del niño se abren como platos. Colin distribuye dos más a los otros chicos con emoción palpable. Sé que probablemente deberíamos hablar de lo que pasó, pero no me animo a arruinar el momento.

—Y uno para ti. —Pone un Kiss plateado en la palma de mi mano—. Los tenía en mi bolsillo. Se me habían olvidado.

—¿Andas por ahí con «besos» en tu bolsillo?

El chiste parece sorprenderlo un poco.

—No estoy seguro de estar listo para responder eso —dice, y sonríe.

Liam hace se trepa desvergonzadamente en el regazo de Colin. A Aayu le tiembla el labio inferior, así que Colin lo sube también. Mientras tanto, Tim muestra el transceptor en toda su desesperanzada gloria.

—Le limpié todo el fango para hacerle espacio a las pilas —dice.

—Se ve como nuevo. —Colin le hace una inspección completa—. Mejor que nuevo, probablemente. —Busca mi rostro por un momento—. ¿Qué es?

La sonrisa de Tim es triunfal.

—¡Un radio!

—Hmm. —Colin aún me está mirando—. ¿Qué tipo de radio?



—Uno de onda muy corta —digo—. Para..., eh, emergencias en la nieve. Para los esquiadores.

—Ah —dice, evitando la palabra que no se puede mencionar. «Avalanchas.» Gira el transceptor en su mano, con su mirada puesta en el compartimento vacío para las pilas. Otro contratiempo, aunque intento no pensar en ello de esta forma.

—Es un gran descubrimiento. —Colin se lo pasa a Tim, quien está lleno de orgullo.

—Quiero ser ingeniero algún día. —«Ser» suena como «zer». Pone su lengua detrás de sus dientes frontales e intenta de nuevo.

—Puedes ser lo que tú quieras, Tim —dice Colin—. Y lo serás.



La tarde trae consigo fatiga y un apetito feroz. Los niños dormitan sobre un montón de hojas de pino mientras Colin refuerza el cobertizo por décima vez. El fuego arde de forma irregular y el humo gira hacia el cielo. Aún no hay viento.

—El clima es bueno —digo.

Le echa un vistazo al cielo.

—Muy bueno.

—No suenas convencido.

—Bueno, el clima tiene la costumbre de cambiar.

Mantengo mi voz baja en caso de que los niños estén escuchando.

—¿Qué quieres decir?

Se aleja del cobertizo y se sienta junto a mí frente al fuego. Mientras habla, se concentra en el par de cuerdas elásticas que tiene en sus manos.

—Revisé el reporte del clima antes de irnos.

—¿El de Boston?

—De todas partes. —Luego, como si le diera pena reconocerlo—: Es uno de mis pasatiempos.

—Bueno, es... lindo. —Es la cosa más personal que ha compartido desde que nos estrellamos. Lo cual es irónico de alguna manera, porque el clima es la plática de los desconocidos.

—Es un poco ñoño.

—Pues, sí, un poco.

Su sonrisa desenreda el nudo de nervios en mi estómago.

—Como sea, supongo que estamos en algún punto entre Denver y Salt Lake City. El camino del vuelo siempre es más o menos el mismo de San Francisco a Boston.

—Entonces... ¿quizá estamos cerca de Vail?

—Quizá —dice.

—¿Qué decía el reporte del clima?

Levanta la mirada al cielo.

—Nieve más tarde, hoy.

—¿Nieve? —La palabra sale reptando de mis labios.

—Treinta centímetros en Salt Lake. —Hace una pausa—. Probablemente más aquí arriba.

Estiro mi cuello y estudio el cielo por lo que parece ser la enésima vez. El esporádico avión cruzando a unos seis kilómetros sobre nosotros no me tranquiliza para nada, solo me hace sentir más pequeña, como un punto diminuto en un lienzo de madera y verdor. Incluso con la tecnología de la Junta Nacional de Seguridad del Transporte, las cajas negras y los GPS, buscar sobrevivientes en las Rocallosas antes de que caiga una fuerte tormenta pone a otras personas en riesgo, especialmente si las autoridades dan por hecho que nadie sobrevivió.

Colin abandona la cuerda y se hinca frente a mí.

—Nos van a encontrar, Avery.

Sus ojos dicen verdades tan dolorosas que para mí tienen más peso que cualquier otra cosa, más que la altitud o el clima o el hecho de que tres niños dependen de nosotros. Porque una vez que alguien decida que estamos muertos, todo habrá sido por nada. No saldremos de aquí.

Liam se despierta y se talla los ojos. Aturdido, mira a su alrededor y se echa a llorar. Aayu pronto lo sigue. Ahí termina la pacífica siesta. Pronto estarán pidiéndome comida, la cual no tengo. O preguntarán por sus madres, que están muertas. O querrán una cama tibia, la cual nunca más volverán a tener.

—Avery —suplica Colin.

Me levanto antes de que pueda decir algo que me hará sentir peor. Porque ese es mi problema con él, sus mentiras son obviamente mentiras y sus consuelos falsos me hacen sentir pueril y frágil. Por otro lado, sus

verdades son demasiado crudas para soportarlas. El mutuo acuerdo nos pone en un silencioso callejón sin salida, una zona de confort con una población de uno.

Los niños reciben a Colin con abrazos, pero me ven a mí buscando comida. Todo lo que tengo para ofrecer son cacahuates salados y unas cuantas galletas empapadas. Liam las devora, pero Aayu se toma su tiempo inspeccionando cada bocado que lleva a su boca. Tim come con el cauteloso disfrute de un comedor quisquilloso. Puedo imaginármelo en la mesa de la cocina en su casa, comiendo macarrones con queso mientras sus adinerados padres cenan espárragos y cordero. Pero él no se queja. Cuando le paso un pequeño paquete de nueces, me agradece amablemente.

Colin elige una bolsa de papas, luego procede a ofrecerles todo su contenido a los niños, pero se la quito.

—Colin, tienes que comer.

—Lo haré cuando tú lo hagas.

Tim ha puesto dos galletas en cada una de mis rodillas. Ambas Oreos de vainilla, lo que a mi parecer es un insulto para las Oreos normales de todo el mundo, pero aun así se me hace agua la boca. De cualquier manera no parece correcto. Puedo pasar una semana sin comida si es necesario. Los niños no pueden hacerlo.

—No tengo hambre.

Colin levanta una ceja.

—Cené mucho anoche.

—¿En el aeropuerto?

—Sí.

—¿Mientras corrías hacia la entrada o antes?

El rubor en mi cara se detiene en alguna parte de mis clavículas.

—Puedo esperar un poco más —digo—. En serio.

—Al menos cómete esas galletas.

Liam las ha estado observando con ojos hambrientos, pero incluso él retrocede ante el tono severo de Colin.

—Solo si tú te comes una papa.

—Es un trato.

Comienzo con la galleta de mi rodilla izquierda. Esta seca, crujiente y deliciosa. Quizá estoy haciendo las paces con eso de las Oreo de vainilla.

Colin se come una papa mojada. La bolsa debe de haberse perforado en el agua y su contenido parece más sopa de papas fritas que deliciosa comida chatarra.

Echa otra en su boca.

—Mmm. Delicioso.

Aayu se ríe. Liam extiende la mano.

—¿Me das una?

Pronto Colin ha regalado el resto de su sopa de papas. Crea una fantasía para los niños sobre banquetes, acogedoras cocinas y McDonald's. Una vez que comienza a hablar sobre Cajitas Felices, se acaba. Los niños son insaciables. No sé cómo lo hace, cómo les da esperanza a estos niños sin hacerles promesas vacías. Cuando echa un vistazo hacia mí, no puedo animarme a participar. McDonald's parece imposible. Un sueño suburbano.

Miro al interior de la bolsa de plástico. Quedan nueve paquetes de comida más, los cuales nos deben durar hasta la cena. Después de eso, no tengo un plan, porque no se supone que estemos aquí más tiempo. Me niego a pensar en lo que traerá la noche.

—¿Te sabes algún cuento? —pregunta Tim. Colin se encoge de hombros, pero algo me dice que se sabe muchos. Sus ojos brillan cuando lanza su mirada hacia mí.

—Apuesto a que Avery tiene toda una reserva de historias —dice.

—En realidad yo no...

—¡Cuéntanos! —exclama Liam. Tim me observa con sus enormes ojos verdes como la primavera, llenos de ilusión. Pues está por decepcionarse. Realmente no tengo una vena creativa.

—Quizá Colin se sabe algunas...

Pero todos están jalando mi camiseta. Aayu me mira con tal intensidad que parece como si fuera a llorar si no saco algo pronto.

—Bueno, de acuerdo —tartamudeo. Colin dobla sus manos y se inclina hacia adelante, como un niño en la hora del cuento. Liam y Aayu se acurrucan junto a él. Tim se sienta al estilo indio, como probablemente lo hace en el salón del kínder cuando su maestro los reúne para la hora de la siesta. O quizá eso es en preescolar—. Bueno, había una vez una sirena...

—¿Una sirena? —Tim parece escéptico.

—Sí. —Me aclaro la garganta—. Una sirena. Su nombre era Ariel.

Tim frunce el ceño.

—Este ya me lo sé.

—Borra eso. Se llamaba Ofelia.

—Okey... —Sigue escéptico.

La historia comienza con Ofelia, la curiosa niña del mar de Sirenalandia que se vuelve una famosa sirena. No estoy segura de dónde sale todo, o cómo su historia sencilla se transforma en algo mágico. Quizá no es nada mágico. Quizá es tonto. Pero ver los rostros cautivos de Aayu, Liam y Tim es suficiente para justificar todos los giros sin sentido y los agujeros en la historia. A ellos no les importan. Ni siquiera los notan.

Claro, Ofelia no es totalmente ficción. Es bastante autobiográfica: una chica tímida (sirena) nacida en una gran familia, con padres demandantes y con mucho estrés. La más joven de cuatro hermanos, todos chicos salvo ella. Dos hicieron carreras profesionales en el beisbol (aquabol en esta historia), otro trabaja en Hollywood (Hollymar). Pero Ofelia era diferente. Ofelia vivía a su sombra e intentaba hacer propios los sueños de sus hermanos, pero no funcionó. Le gustaba nadar y leer libros. Se agazapaba en las orillas del sofá en las fiestas. No bebió nada de alcohol hasta la universidad.

Colin no conoce a la Ofelia real, la Ofelia que se mudó a California (el océano Pacífico) para escapar de la montaña de expectativas que había en casa (el Atlántico). Pero una vez que llegó ahí, se convirtió en otra persona, una que ella misma no reconocía. Alguien que a sus hermanos (excepto a Edward, el más joven) les habría caído bien y probablemente habrían intentado conquistarla si no fueran parientes. Alguien de quien su papá habría presumido con sus compañeros de golf (el golf es igual en Sirenalandia). Ella no está segura de cómo ocurrió esa transformación, solo pasó. Y ahora, alejada de todas esas viejas expectativas y de frente a un conjunto de otras completamente nuevas, se da cuenta de que extraña a la vieja y menos popular versión de sí misma.

—¿Y cómo termina la historia? —pregunta Tim.

—No lo sé. —Levanto la vista para encontrar a Colin estudiándome con sus oscuros y perspicaces ojos—. Continuará.

Su silencio eleva la tensión en un momento que dura más de lo que debería. Los niños no lo notan, claro, pero yo sí.

—Bueno —digo, dando unas palmadas en mis rodillas para señalar el fin de la hora de los cuentos. Liam salta. Aayu ya se quedó dormido. Colin

lo levanta en sus brazos y lo acomoda en un nido de cobijas y abrigos. Apenas pasa de la tarde, pero el pobre niño se ve como si pudiera dormir durante días. No es el único.

Liam se acomoda junto a él y pronto se queda dormido también. Con los niños más pequeños dormidos, Colin y yo tenemos asegurado un raro momento de paz.

—Me gustó tu historia —dice—. Siempre me han atraído las sirenas.

Reconoce que es un chiste con una sonrisa, pero no sé qué quiere decir realmente. Me pasa una libreta empapada, con sus páginas secas hasta estar casi crujientes.

—¿Qué es esto?

—Para la secuela.

Paso por las primeras páginas. En blanco, tentadoras. Trágicas, también, cuando pienso en las ideas y los sueños para los que estaba destinada.

—Ten. —Pone una pluma verde en mi mano, con la punta masticada.

—No soy escritora —digo.

—A los niños no les importará.

—¿Qué quieres decir?

—Esto es por ellos —dice, y me pregunto de qué habla. ¿La historia de Ofelia? ¿O la historia que le conté a cuarenta caras nuevas el primer día de la práctica de natación? Siempre creí que la gente introduce ligeras variaciones en sus propias biografías hasta que conocí a Colin. La suya ha sido constante.

—Algún día querrán saber qué pasó aquí —dice—. Tenemos que darles eso.

—No estoy segura de poder hacerlo. —«El accidente, esos gritos, aquella mujer y su bebé...»

—Sí puedes —dice él—. Yo te ayudo.

Y así, con el amable aliento de Colin, comienzo donde nuestras vidas se encontraron en el vuelo 149. Filas 12, 13, 14 y 15. Duele recordarlo, pero puedo hacerlo porque Colin lo recuerda también. El miedo. Los pinos cruzando a toda velocidad, las estrellas y la nada.

El horror de dejar a tantas personas atrás. Esta no es mi historia. También es suya. Es nuestra.

Escribo hasta que el fuego se extingue, sometiéndose ante un viento ululante.

Las nubes se aproximan.

## 9

En algún momento, finalmente vuelvo a casa. El tío Ted y otros parientes han establecido un campamento en la sala. Mis padres me arrinconan en el cuarto de lavado.

—¿Qué diablos pasó? —pregunta papá, adoptando el mismo tono de voz que prohíbe tonterías que usa con sus pacientes—. Tu madre y yo estábamos preocupados.

«Preocupados.» Odio la ambigüedad de esa palabra, la forma en que suena como a maestros temperamentales y entrenadores de natación negreros. «Me preocupa la capacidad de Avery para balancear la natación y los estudios. Me preocupa la adaptación de Avery en la prepa. Me preocupa la baja autoestima de Avery...»

—No tengo estrés postraumático.

Él traga saliva ruidosamente, desconcertado durante un momento por esta respuesta.

—Nadie dijo que lo tuvieras.

—Pero crees que es eso. Lo sé.

Recorre mi cara de nuevo. Nadie en esta casa lanza esa palabra con ligereza; mi abuelo tuvo lo que se llegó a conocer como estrés postraumático, resultado del tiempo que pasó en Vietnam. Se voló los sesos cuando mi papá tenía cinco años.

—Avery —dice finalmente—, queremos que veas a alguien. Es todo.

—¿A quién?

Le echa un vistazo a mamá, quien asiente para confirmar que está de acuerdo. Me pregunto cuántas veces han ensayado esta conversación.

—Estamos pensando en Rachel Shriver.



—¿Quién es esa?

—Una de mis colegas de Mass General. Se especializa en... —Respira profundamente, saltándose esa palabra que no se puede decir—... Problemas como los tuyos.

—¿Qué tipo de problemas?

Por primera vez lucha para encontrar una respuesta.

Mamá frota mi brazo.

—No estés a la defensiva. Solo intentamos hacer lo que es mejor para ti.

—Rachel sabe cómo manejar esto —agrega papá.

—¿Qué? Ni siquiera me estás diciendo qué creen que está mal.

Me pongo de nuevo mi capucha, aunque eso hace que mis ojeras sean más obvias.

—Te hice una cita para el viernes. —Su duda inicial se evapora dando paso a una renovada convicción paternal—. Vas a ir, quieras o no.

—Papá...

—Esta conversación se acabó.

—¡Lee viene el viernes! ¿Qué quieres que haga? ¿Hacer que se siente en la sala de espera con una bola de esquizofrénicos?

—No conviertas esto en un problema, Avery. He visto lo que puede pasarle a gente como tú.

—¡No me voy a pegar un tiro!

Fui demasiado lejos. Sus fosas nasales se abren, pero no dice nada. El silencio es aún peor que el dolor de una discusión perdida. El silencio me dice que lo hice enojar, le falté al respeto y, lo peor de todo, lo decepcioné.

Paso corriendo junto a ellos y subo a toda prisa las escaleras. Mis músculos se sienten fluidos de nuevo, los dedos de mis manos y pies funcionan en perfecta coordinación. Eso deja el daño que nadie puede ver, los demonios que nadie puede domar con operaciones o terapia física. Y yo sé en lo más profundo que Rachel Shriver tampoco puede acallarlos.

Al final decido no enfrentar nada. Me quedo en mi cuarto toda la noche mientras nuestros parientes curiosos deambulan por la casa y mis padres inventan excusas por mi ausencia. Solo Edward, el más joven de mis hermanos, se atreve a subir. Toca en mi puerta justo antes de la medianoche; es un sonido suave y de alguna forma reconfortante. No entra, solo susurra un discreto «Feliz Navidad», luego baja las escaleras con el ritmo que acusa a un atleta natural. La mañana siguiente encuentro su regalo afuera de mi

puerta: un traje de baño nuevo, gorro y *goggles* por los que perdí en el avión. En su tarjeta se lee: «Algunas cosas nunca cambian. Con amor, Edward.»

Lo único que puedo pensar es: «Sí, Edward. Sí cambian.»



El día después de Navidad, Edward toca a mi puerta al amanecer.

—¡Es hora de ir a correr!

Estoy despierta, pero eso no cambia mi desagrado por las primeras horas del día.

—Lárgate —mascullo.

—¡No me voy a largar! —Abre la puerta solo un poco y lanza al interior un par de tenis sucios, que caen en el suelo de madera con un fuerte golpe seco.

—¡Eso no me va a convencer! —le grito.

—Entonces papá te va a llevar a Urgencias hoy. Puedes lidiar con todos los Santos crudos.

Diez minutos después, estoy afuera. La temperatura es baja, con un viento penetrante que me pica en los ojos. Cuando salimos del pórtico, el frío seco me remite a otras cosas, otros recuerdos. Edward lo nota y toma mi mano, cosa que no ha hecho desde que éramos niños.

—Vas a entrar en calor en poco tiempo —dice—. Confía en mí.

Nunca fui buena para correr. El golpe del aire contra mi cara siempre hace que me lloren los ojos, aunque tampoco es que haya corrido lo suficientemente rápido como para recibir fuertes ráfagas de aire ni nada. El golpe del concreto bajo mis pies hacía que los huesos me dolieran y cada paso mal dado se convertía en un tropiezo. Nadar era mucho mejor para mí. En el agua siempre me sentí en casa.

Pero tengo que admitir que esto no está tan mal. Edward siempre ha corrido con la gracia de una gacela y la concentración de un marino, pero hoy lleva un paso suave junto a mí. El aire se calienta un poco, o quizá es solo la sangre en mis venas. El cielo es de un pálido azul turquesa, lo más azul que llega a ser en diciembre. La nieve parcialmente derretida bordea las banquetas, hecha a un lado con palas para abrirle paso a un constante

flujo de peatones. Por ahora son todas nuestras. Brookline duerme junto a sus residentes, esperando el embate del tráfico de centros comerciales por la tarde.

Edward me da todo el tiempo que necesito para encontrar mi ritmo, y para mi sorpresa finalmente lo encuentro cuando cruzamos Allston. Cuando Edward comienza a hablar, me sorprende descubrir que puedo responderle sin jactarse.

—¿Ya tuviste suficiente de mamá y papá? —dice con la más ligera de las sonrisas en su cara.

Sonríe ante esto, aliviada por la pregunta. Edward lo entiende; también creció con ellos.

—Diría que esa declaración es real.

—Hacen lo mejor que pueden, pero enfrentan las cosas de forma equivocada a veces.

—Sí.

—Casi siempre.

—Especialmente papá.

Edward asiente, pero parece distraído por un recuerdo.

—No les pregunté sobre ti. Supuse que es tu asunto si quieres hablar de eso.

Doblamos la esquina hacia la avenida Commonwealth y continuamos nuestro trote hacia el río Charles. Una chica que se levantó temprano, de esas femeninas y atractivas, le lanza una mirada a Edward, cuya esbelta complexión y manera de caminar siempre han hecho que las damas volteen a verlo. Es un atleta profesional después de todo.

—Voy a renunciar al equipo —dice. Me tropiezo con un tope, y él me endereza con un rápido movimiento sin perder el ritmo—. ¿Estás bien?

—Sí —exhalo, pero es difícil obviar el tema. «¿Edward va a renunciar!?» Pensé que me enteraría de la conversión de mi papá a la medicina naturista antes de que Edward renunciara al beisbol—. ¿Qué...? ¿Por qué...?

—Ya no lo disfruto.

—¿Disfrutarlo? Sacas como un billón de dólares al año.

Sonríe, pero le falta algo.

—Seis punto cuatro millones, de hecho. Y tienes razón, nadie juega un deporte profesional por diversión. Al menos no solo por diversión. El

dinero es el rey.

—¿No te gusta el dinero?

Se ríe.

—El dinero no lo es todo.

—Papá no estaría de acuerdo.

—Lo sé, créeme.

—¿Le dijiste?

Asiente.

—La mañana de Navidad, de hecho. No fue el mejor momento, pero es duro conseguir su atención en un día no festivo.

Cientos de pensamientos inundan mi mente, ninguno de ellos coherente.

—*Wow*. —Esquivo el siguiente tope, aunque he perdido todo el sentido de dirección en este momento—. ¿Y ahora cuál es el plan?

—No sé. Tengo algunas cosas en el horno.

—*Wow*.

—No dejas de decir eso.

Llegamos a un alto y Edward desacelera hasta detenerse por completo. Por primera vez desde que salimos de la casa, estamos frente a frente. Sus ojos son de un verde brillante y conocido, llenos de asombro de chico. No es sorprendente que haya dedicado la mayor parte de su vida a un juego.

—¿Por qué, Edward? ¿Por qué ahora?

Suspira y su aliento forma una nube blanca mientras el viento azota a nuestro alrededor.

—Porque quiero hacer una diferencia. Hacer algo que amo, y no solo para mí, sino para alguien más. La vida es demasiado corta para perseguir intereses egoístas.

—El beisbol no es egoísta. Lo amas.

—Sí lo amo. Pero algo me ha faltado desde hace mucho tiempo. —La luz se pone en verde, pero ninguno de los dos se mueve—. Además, con mi hombro estos últimos años, siempre jugando con dolor..., simplemente ya no vale la pena. Tengo que dejarlo ir, y ahora estoy listo para otras cosas.

—¿Dejarlo ir? Edward, eres increíble. Veo niños por todas partes con tu camiseta puesta. —Liam, por ejemplo. La imagen de su camiseta manchada de sangre revolotea por mi mente, luego se va.

Se ríe.

—Probablemente las sacaron de las canastas de descuentos.

Pongo los ojos en blanco, pero él no lo ve. Comenzamos a andar de nuevo, un lento regreso a nuestro ritmo anterior. Una ráfaga de aire frío renovada nos recibe mientras llegamos al río Charles. El viento también encuentra al agua, revolviendo la superficie con una ira salvaje. Me alejo del río, enfocándome en el asfalto bajo mis pies.

—¿Mi...? Eh, ¿mi experiencia tuvo algo que ver con esto?

Reduce su paso, pero no se detiene. Lo desconcentré... por primera vez.

—Para serte honesto, sí. Tuvo mucho que ver con eso.

—¿Cómo así?

—Pensé que no volverías. —Su voz titubea, no sé si es por cansancio u otra cosa—. Pensé... —Encuentra su paso de nuevo—. Sé que es un cliché, pero me di cuenta de lo corta que es la vida. Lo impredecible que puede ser.

—¿Y qué son esas cosas que tienes en el horno en L.A.?

Niega con la cabeza.

—Voy a regresar a Boston, de hecho.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Cuándo?

—En la primavera, si puedo arreglarlo. Tengo que vender la casa, romper con mi novia...

—¿Tienes novia? Ya nunca me cuentas nada.

—Perdón, fue un mal chiste. —Su gesto culpable me hace reír—. No tengo novia. Pero sí tengo que vender la casa.

Ha pasado mucho desde que alguno de nosotros vivió en casa, o incluso en las cercanías de la casa. Después de la prepa, todos nos fuimos a la costa oeste: Los Ángeles, Seattle, San Francisco. Como Edward dice, es fácil irse; es más difícil volver. Las situaciones temporales se vuelven permanentes. Las relaciones complican las cosas y cambian las prioridades. Las metas profesionales dictan el futuro. En la escuela, los estudiantes más prometedores de penúltimo año pasan el verano en el campus, haciendo internados que los ponen en una buena posición para el último año y más allá. Yo ya he recibido una docena de ofertas. Todos quieren trabajar con Avery Delacorte, Sobreviviente de un Accidente Aéreo.

Pero sería lindo ver más a Edward. Hablar con él cuando el mundo parece cerrarse sobre mí, como lo hace tan frecuentemente en estos días.

—¿Y tú? —pregunta—. ¿Hay algún plan importante en la mira?

—¿Además de volver a la escuela?

Me encojo de hombros.

—Siento que ya no soy tan bienvenida aquí.

—Nah. Papá te pondrá a trabajar si te quedas.

—Genial —mascullo.

—En secreto te gusta.

—¿La medicina? ¿Con papá? Es como un reformatorio que nunca termina.

—Ajá.

Corremos en silencio por un largo rato. Me duelen las rodillas, pero es del tipo de dolor que te purifica. Con cada zancada se siente como si estuviera desterrando un periodo de inmovilidad permanente. Nunca pensé que Boston sería el lugar donde esto sucedería, especialmente en diciembre. Hace frío, es deprimente. Todo es gris. Y aun así, cuando doblamos la esquina hacia nuestra calle, estoy lista para correr otro kilómetro.

Nuestra casa vibra con una acogedora luz invernal, invitándonos a pasar. Entramos por detrás, para evitar los pisos de madera de mamá. Edward se quita los zapatos y se frota las manos para calentarlas. Mientras lanzo mi gorro y guantes en la secadora, no puedo evitar pensar que por primera vez en semanas mi casa no se siente como una cueva. Se siente como un hogar.

—Gracias —digo. «Gracias por el presente. Por el ejercicio. Por no hacer preguntas. Por ser mi hermano.»

—No hay problema —dice.

Luego me aplasta en un abrazo y también me siento agradecida por eso.

## 10

—Siempre quise un hermano —me dice Tim. Envuelve una piedra plana con sus dedos y la arroja al lago. Está intentando hacer patitos, pero la piedra cae con un pesado golpe.

—Mira, inténtalo así —le sugiero, enredando sus dedos sobre las orillas de otra piedra—. Lánzala un poco de lado si puedes.

Intenta de nuevo con el mismo resultado.

—Como en tu historia —dice, hundiendo otras dos piedras en el lago—. Los que jugaban aquabol. Ofelia tenía suerte.

—Bueno, es lindo tener alguien a quien admirar, no tiene que ser un hermano mayor. Podría ser tu... —Mi mente recibe el destello del hombre con el iPad, de piel clara y ojos verdes. En treinta años, Tim se verá exactamente igual a él—. Podría ser cualquiera.

—¿Y tú? —pregunta—. ¿A quién admiras?

—A ti.

Detiene su lanzamiento a la mitad.

—¿A mí?

—Los niños también. Eres como un hermano mayor para ellos.

Tim mira hacia el cobertizo donde Liam y Aayu están «ayudando» a Colin a ordenar la ropa seca.

—Me alegra que estés aquí —dice, y se queda callado.

Logramos lanzar una docena más de piedras antes de que las nubes eclipsen la puesta del sol, cubriendo al valle de sombras. Tim tiembla, pero fuera de eso no parece notarlo. Sigue hundiendo piedritas en el agua cuando la nieve comienza a caer. Pequeños copos se posan sobre sus hombros.

—Bueno, Tim. Lanza tu última piedra.

No protesta, pero se toma su tiempo para encontrar la piedra perfecta. Cuando finalmente encuentra una, me la pasa.

—Yo contaré los saltos —dice.

—¿Estás seguro de que no lo quieres intentar de nuevo?

—Sí. —Cierra mi mano sobre la piedra—. Quiero ver cómo la haces saltar hasta el otro lado.

Me río, pero su expresión es dolorosamente seria. La piedra es, de hecho, perfecta para los saltos: suave, con orillas redondeadas y dos pequeños surcos para mis dedos. Se acomoda perfectamente en mi palma.

—¿Lista? —pregunta.

Doy unos pasos atrás y me coloco de lado. «El poder viene de la cadera.» Las palabras de Edward me llegan de golpe, el recuerdo es tan vivo que quema.

Es un buen tiro, quizá el mejor que he hecho, pero la piedra desaparece a una distancia humana. Comienzo a disculparme con Tim, pero sus ojos rebosan asombro.

—*Wow* —dice—. ¡Casi le diste a esa cabaña!

—¿Cabaña? —La palabra suena casi ajena—. ¿Qué cabaña?

—Allá.

Señala hacia la línea de árboles en la orilla opuesta del lago, un borrón de sombras y pinos en el ocaso. No hay aberturas obvias en los árboles, no hay estructuras prominentes que mi ojo pueda ver. Tim sigue señalando.

—Ahí —dice.

—¿Dónde?

—¿Ves el árbol grande?

—Todos se ven bastante grandes...

—El más grande.

Lo encuentro, pero me toma un momento. Tim espera hasta que lo he identificado, luego mueve su dedo unos centímetros a la izquierda.

—¿La ves? Está cerca del árbol grande pero un poco más atrás.

—¿Atrás dónde?

—En el bosque. —Suspira y su impaciencia crece.

Entonces la veo. Una diminuta estructura cuadrada, con el aspecto tétrico de una letrina abandonada. Se mezcla con los árboles que la rodean, como si estos la consumieran. En una hora más, la oscuridad la devorará por completo.



Los «y si» comienzan a continuación. «¿Y si alguien vive ahí o al menos sabe de ella? ¿Y si el Departamento de Parques tiene un radio ahí? ¿Y si tiene calefacción?»

Las preguntas se vuelven más fantásticas conforme llegan torpemente a mi cabeza. Una cabaña, una diminuta cabaña desierta. Si alguien viviera ahí, debería haber visto y escuchado caer al avión. Ya nos deberían haber rescatado.

«¿Y comida, suministros o un radio?» Esas cosas aún son posibles.

Esas cosas podrían salvarnos.

—¿Qué tan lejos está? —pregunta Tim.

—Demasiado lejos para llegar ahora —digo, pero ya he hecho los cálculos: dos kilómetros y medio cruzando el lago, al menos nueve para llegar caminando hasta ahí. Nadar me mataría, pero caminar tomaría todo el día. No tenemos equipo para una caminata en el campo, especialmente con tres niños pequeños...

«Olvidalo.»

—Quizá mañana —pregunta.

—Quizá.

Sé lo que dirá Colin: «Ni siquiera pienses en ir nadando». Esta vez no discutiré con él.

Cuando se va el último rayo del sol, volvemos al cobertizo. Tim arrastra los pies, reacio a perder de vista la cabaña. Ambos parecemos presentir que entrar significa conceder esperanza para el rescate, al menos hasta mañana. Echo un vistazo triste hacia la raquítica pila de ceniza en la playa. Con la nieve en camino, tendremos que seguir sin fogata.

Mientras Colin refuerza las paredes por última vez, yo junto la ropa que se ha estado secando en la playa todo el día. Algunos de los artículos más pesados aún están húmedos, pero tendremos que conformarnos. Reúno a los niños y los envuelvo en cuantas capas pueden soportar: pantalones, camisetas, sudaderas, abrigos. Con que estén secos basta.

Lo que queda va para mí y para Colin. Él sigue golpeando pedazos de metal cuando la nieve comienza a caer.

—Colin —lloriquea Liam, presionando el techo con sus manos pequeñas pero fuertes—. Colin está afuera.

Colin debe de escucharlo porque entra momentos después, empapado de sudor. Mientras no estaba, encontré una variedad de trastes para

mantenernos hidratados: tres tazas, cuatro vasos para bebé y unas cuantas botellas perforadas. Le paso un vaso de agua del lago, que se bebe en tres rápidos tragos. Lo relleno dos veces antes de que se detenga para respirar. Está trabajando demasiado duro. Con sus heridas, debería estar acostado, manteniéndose caliente. Descansando. En vez de eso, está ahí afuera moviendo metal y cargando escombros, decidido a proveer a otras cuatro personas. No parece entender que puede necesitar toda esa energía para combatir una infección.

—Te estás excediendo —digo.

—Nah. —Sus ojos brillan en la luz menguante—. Sabrás cuando me haya excedido.

—O sea, ¿cuando te desmayes?

Le da un pequeño trago a su agua del lago. El contraste de las delicadas y pequeñas florituras del vaso y su enorme cuerpo lo hace ver extrañamente domesticado.

—Eso no va a pasar.

—Colin, mírate. Tu pierna es un desastre. No has dormido. Apenas comiste. —Intento mantener mi voz baja por el bien de los niños, pero Tim se la pasa jalándose su gorro como si estuviera intentando liberar sus orejas—. Me preocupo por ti —admito, y suena extrañamente tierno.

Colin observa su vaso, como si buscara la respuesta en el fondo. Se lo cambio por una de las tazas. Bebe con lentitud esta vez, sosteniéndome la mirada sobre el borde.

—Gracias.

—De nada —suspiro.

Estudia la nueva taza, que proclama «El mejor papá del mundo» en letras rojas y abombadas. La ironía no se ha perdido en ninguno de los dos.

—Y... pensé que ibas a Hawái por el Día de Acción de Gracias —dice, dejando la taza en detrás de él mientras se sienta.

—¿Quién te dijo eso?

Se encoge de hombros.

—Lee.

—¿Lee te dijo? ¿Cuándo?

—Hace como un mes.

—¿Hablas con Lee?

Me echa una mirada que me hace arrepentirme de hacer la pregunta.

—Pasamos cuatro horas al día juntos, Avery. A veces intercambiamos unas cuantas palabras.

—Lo siento, es solo que...

—¿No pensabas que yo hablara con nadie?

—Eso no es lo que dije. —Niego con la cabeza, repeliendo un sentimiento que me produce conflicto—. Como sea, sí, se suponía que iría a Hawái en vacaciones. Lamento no haberlo hecho.

Me arrepiento del comentario en cuanto lo digo, pero Colin lo deja pasar. Frota la barba incipiente en su quijada, de un rubio oscuro que complementa su piel oliva. Lo hace verse fuerte, un poco salvaje. Para nada como el estudiante bien rasurado que se queda en silencio en las juntas.

—¿Por qué no te rasuras cuando los demás? —pregunto—. Has estado pelón desde el verano.

—Esa es una pregunta rara —dice forzando una sonrisa.

—No para un nadador.

Secretos. Comparten espacio entre nosotros, más ruidosos que el viento que azota los árboles.

—Lee es un buen tipo —dice—. Me cae bien.

—¿Quién es Lee? —interrumpe Tim.

—Un amigo —respondo, revelando una verdad a medias—. Compartimos muchos intereses.

—Nadar... —Colin deja que la palabra se quede colgando.

—¿No es suficiente? La natación ocupa la mayor parte de mi tiempo.

—Es verdad.

—Es difícil de explicar.

—Maldita sea, y yo que tengo que tomar un camión como en dos minutos...

Tim parece confundido.

—Está siendo sarcástico, Tim. Está bromeando.

—Ah. —Tim lo piensa por un momento—. ¿Y por qué no te estás riendo?

«Porque estoy intentando no hacerlo. Porque no parece correcto. Porque Colin no debería ser gracioso, debería ser el enemigo.»

—Se me congelaron los labios, supongo.

Tim sonrío, pero Colin parece..., no sé. ¿Herido? Se estira para tomar su taza, aunque el agua hace tiempo que se acabó.

—Y entonces —me dice Colin—. ... Ofelia tiene tres hermanos mayores en Sirenalandia. ¿Eso es cierto también para ti?

—Ajá. ¿Y tú?

—Tres hermanas menores.

—*Wow*. ¿Y qué tal?

—Es brutal —dice riéndose—. Aún lo es. Su artículo de decoración favorito es un letrero con diamantina que dice PROHIBIDOS LOS CHICOS. Lo cual significa yo, teniendo en cuenta que soy su único hermano.

Así que Colin tiene tres hermanas menores; quizá eso explica por qué es tan bueno con los niños. Miro a los chicos recargados en él, y la imagen comienza a cobrar forma.

—¿Qué? —pregunta.

—Nada —respondo, dándome cuenta demasiado tarde de que mis labios se han derretido y estoy sonriendo—. ¿Y quién te enseñó a nadar?

—El Bicho.

Tim suelta unas risitas.

—¿El Bicho?

Colin asiente y sonríe por el recuerdo.

—El Bicho es un amigo mío del sur. Un tipo enorme, con la complexión de un defensa. Si me pones en un barco con cien personas, te aseguro que él es el primero en hundirse. —Se ríe—. Pero El Bicho nada muy bien. Como nadie. Para cuando nos conocimos en la alberca de Dorchester ya había ganado peso y años, pero aún tenía una hermosa brazada. Mi mamá le pidió que me enseñara, y lo hizo.

—*Wow* —exclamo, e intento imaginarme tal cosa. Colin nunca ha sido alguien que hable mucho sobre su crianza, pero los rumores de todos modos lo encuentran. Después de faltar a una de las competencias más importantes de la temporada, el chisme se creó, creció y se transformó en algo feo. «Colin tiene problemas legales. El papá de Colin mató a alguien. La mamá de Colin está en un psiquiátrico.» No fue considerado y tampoco justo, pero al elegirse a sí mismo por encima del equipo, Colin puso a todos en su contra.

—El Bicho vino a una de mis competencias el año pasado —dice—. ¿Un tipo grande con una gorra de los Sox, que estaba sentado en la fila de más arriba?

Niego con la cabeza. Los únicos espectadores que merecían mi atención eran mis amigos, cuya presencia solía usar para sopesar mi popularidad. Tres o cuatro siempre iban a mis competencias en casa. Con el paso del tiempo llegaron a ser conocidos como «El séquito de Avery Delacorte». Para seguirles la corriente, incluso firmaba autógrafos de broma. Colin debió de ver ese espectáculo y seguro sintió náuseas.

—Bueno, volverá este año. A los nacionales..., si clasifico, por supuesto.

—Sí clasificarás.

Colin es lo más cercano que puede haber a una apuesta segura; en su primer año calificó en seis competencias. Siete en el segundo. A principios de este otoño, después de perderse dos semanas seguidas de práctica, venció a Beau Jennings, uno de nuestros capitanes y medallista olímpico. No fue un buen momento para Beau, pero resultó ser aún peor para Colin. A la semana siguiente Colin se perdió su competencia y su popularidad en declive tocó fondo.

—Quiero que me enseñen —dice Tim.

—Cuando quieras —dice Colin, lo que hace que Tim ponga una enorme sonrisa.

—De acuerdo —digo, jalando el gorro de Tim sobre su cabeza—. Es hora de dormir.

—Pero no estoy cansado.

—Colin te contará una historia en ese caso.

—Bueno —dice Colin, riéndose mientras los chicos claman por espacio en su regazo—, no esperen mucho después de Sirenalandia.

—¡Por favor! —ruegan.

—Bueno, bueno —dice en tono de broma.

Mientras los niños se acomodan, describe un banquete de Acción de Gracias que suena más como un recuerdo que como un invento: un pavo demasiado cocido y empapado en gravy, con suficiente relleno para alimentar una manada de caballos, salsa de arándano de lata y pasteles de la tienda. Claramente no viene de una estirpe de genios culinarios, pero las descripciones son lo suficientemente vívidas como para hacer que se me haga agua la boca. Para cuando termina, casi puedo probar la deliciosa dulzura del pay de manzana hecho en casa. O más bien del pay de manzana comprado en la tienda con nieve de vasitos.

—... y luego todos beben cerveza y se quedan dormidos frente a la televisión. Fin.

Soy la única despierta para disfrutar el abrupto pero perfecto final, y muestro mi aprobación con un amable aplauso silencioso.

—Un encantador complemento para la gente del mar —comento.

—Me alegra que no me hayan pedido que les cantara una canción de cuna.

—Quizá la próxima vez.

—Con suerte no. Créeme.

—Está bien —digo molestándolo—. Es bueno saber que eres malo en algo.

Me mira como si estuviera hablando en otro idioma.

—Avery, soy malo en la mayoría de las cosas.

—Menciona algunas.

—Con gusto. Veamos. En la ortografía, nunca logré entenderle muy bien a eso. Técnicamente soy disléxico.

—¿En serio? —Simplemente se me sale; no esperaba esto de un chico que mantiene un promedio de 9.9. No es que él ande anunciando esto, pero todos en esas brutales clases de ingeniería saben quién está a la cabeza del salón. Otro golpe contra la popularidad de Colin.

—Mi mamá me ayudó a superarlo. Me compró todos los clásicos y me hizo leerlos cuando era niño. Aún soy un lector penosamente lento, pero ahora al menos lo disfruto.

—No sabía eso sobre ti.

—Los graduados de ingenierías no tienen que leer mucho —dice con una sonrisa de suficiencia—. ¿Puedo seguir con la lista?

—Por favor —suplico, aliviada de que el ánimo tranquilo haya vuelto.

—Bueno, cantar, como ya mencioné. La plática casual. Organizar fiestas. Conocer nuevas personas en grandes grupos. Saber cuándo se debe saludar de mano y cuándo con un abrazo. A mí me gusta saludar de mano, pero siempre que conozco a alguien es un desastre. Extiendo una mano y de pronto estamos en una lucha cuerpo a cuerpo.

Me río, pues he estado en esa misma situación muchas veces. En Boston se usan los abrazos y los señor y señora. En California se saluda de mano y se habla por el primer nombre. Nunca pensé que extrañaría lo cansón de los viejos modos, pero lo extraño.

—Saludar de mano —digo—. Siempre es lo más seguro.

—Me alegra que estés de acuerdo.

—Entonces ¿es por eso que eres tan callado en las fiestas?

—No soy tan solitario como quisieras creer. Solo que tú haces esfuerzos monumentales por evitarme. —No lo dice con rencor, pero igual me lastima.

—No te evito. —Lo deja pasar, pero me merezco algo peor—. Bueno, si quisieras encajar más, podrías hacer algunas cosas diferente —digo.

—¿Como qué?

—Como, pues no sé, faltar a las Eliminatorias de Otoño. Sabes que arruinaste al equipo cuando hiciste eso, ¿verdad? Especialmente tus relevos. Contaban contigo.

Espero a que diga algo más al respecto, pero no lo hace.

—¿Tienes una explicación?

—No. —Me mira mientras lo dice, enfrentando el reto cara a cara. No me atrevo a preguntarle de nuevo, aunque me duele escucharlo mentir. Me duele más de lo que probablemente debería.

El viento ulula en los paneles de las paredes, y entonces comienza la tormenta.

Los copos de nieve se arremolinan a nuestro alrededor con un ritmo que se acrecienta con cada ráfaga de viento.

Frustrada, me muevo al lado contrario del cobertizo, un débil intento de poner distancia entre nosotros. Los niños más pequeños se quedan acurrucados en el regazo de Colin, mientras Tim ocupa el espacio entre yo y Colin, proveyendo una pequeña pero bienvenida barrera. Su delgado cuerpo hace poco por disminuir la tensión que crece entre nosotros.

—Tú duermes primero —declaro antes que Colin pueda decir una palabra.

No discute, pero sé que tampoco va a dormir. Mientras finge tomar una siesta, la nieve se cuela por las grietas en el techo, posándose sobre nuestras cabezas y hombros. Me hace pensar en un *performance* perfectamente sintonizado: un silencioso despliegue de la belleza, la maravilla y el poder inclemente de la naturaleza.

—Avery —dice Colin con los ojos cerrados mientras susurra mi nombre.

—¿Ajá?

—Piensa en algo lindo.

Odio que pueda leer mi mente, especialmente cuando estoy enojada.

—¿Como qué?

—No sé. —Se mueve, intentando ponerse cómodo—. Un buen recuerdo quizá.

«Lindo» abarca muchos buenos recuerdos. La universidad. La alberca Naudler. Lee. Nuestra primera cita. La noche en que bailamos bajo los fuegos artificiales. Nuestro primer beso tímido, nuestro primer beso real. Ver Hawái por primera vez en compañía de alguien del lugar. Dormir en la playa bajo la luz de la luna.

Mi mente pasa por estas cosas pero no se queda ahí. En vez de eso, por razones que solo mi subconsciente puede entender, se va hasta la primera semana de mi primer año de la universidad.

Es el principio de septiembre pero parece otoño, porque en California del Norte todos los días parecen otoño. Los cielos son cristalinos y el sol de un naranja abrasador. La alberca al aire libre brilla como aguamarina pulida, llamándome a lanzarme en ella.

Debe de haber una docena, no, quince carriles, y diez de ellos se agitan con tranquilas y ensayadas brazadas de nadadores de élite. Su técnica es impecable: los codos altos en el estilo libre, con una patada constante que impulsa la máquina. Los que nadan de espalda mantienen sus cabezas perfectamente quietas, rotando los hombros ligeramente mientras sus brazos los siguen. Los que nadan de pecho abren el agua con un rítmico y prístino fluir que se siente casi musical.

Pero hay un nadador que sobresale del resto. Nada de mariposa. Su patada de delfín es poderosa, un ritmo ondulado que comienza en sus cuádriceps y sigue rápidamente en un movimiento fluido. Finalmente sale cuando es apenas legal hacerlo, justo en la marca de quince metros. Su patada es así de poderosa, así de eficiente. Una vez que da una brazada, tiene que combatir la tensión de la superficie y su resistencia.

Para este nadador, estas fuerzas apenas parecen estar en juego. No abre el agua tanto como la monta, impulsando sus tremendos brazos con una patada brutal. Su cuerpo trabaja en equipo, el tipo de ritmo que elude al noventa y nueve por ciento de los nadadores. Es el ritmo de alguien que nació para nadar.



—Es Colin Shea —dice la chica junto a mí. Creo que su nombre es Mandy. O Marjorie. Es una de las dos de primer año que no compitieron en las pruebas olímpicas el año pasado. Me gusta pensar en nosotras tres como la pandilla de la mediocridad.

—Ah, ¿quién es? —pregunto, haciéndome la tonta.

—¿Que quién es?

Otra chica se mete en la plática.

—Es el próximo Michael Phelps. —Y luego, en susurros, como si esto fuera algún tipo de sacrilegio—: Es mejor que Michael Phelps.

Alguien hace sonar un silbato y minutos después todo el equipo está alrededor de la alberca. El alegre chacoteo de mis compañeros de primer año se apaga. El entrenador Toll da un adusto discurso cuyo mensaje de fondo parece ser: «Estos son nuestros nuevos estudiantes de primero. Sean amables con ellos». Luego balbucea sobre prácticas, expectativas y trabajo en equipo. Ah, y divertirse.

«¿Divertirnos?»

El bombardeo de presentaciones es aún peor. Nombres, rostros, un listado de ciudades en estados y países a los que nunca he ido. Mientras los de último año se abren paso entre la multitud, su plática casual me marea. También parecen intimidantes. Chicas bonitas con pieles cobrizas y cuerpos perfectos. Chicos que deberían estar en «Sports Illustrated» o «GQ» o una mezcla de las dos. Un billón de inseguridades que habían desaparecido durante el verano vuelven rápidamente.

—Avery —me dice una de las de último año. No puedo recordar su nombre—. ¿Cuál es tu disciplina?

—Eh, aguas abiertas.

—¿Aguas abiertas? —Frunce el ceño—. Pensé que el entrenador dijo que eras de media distancia.

—Ah, sí. Media distancia. Los doscientos. Me encantan los doscientos.

Su rostro de bronce vuelve a iluminarse. En realidad odio la media distancia, pero cuando el entrenador me reclutó, me lo vendió como la especialidad ideal para mí. Lo que no dijo es que ya tenía una legión de talentosos nadadores de aguas abiertas, más grandes y fuertes que yo, y que con mi 1.67 y mis 56 kilos, simplemente no tengo el cuerpo para los mil quinientos. Además, necesitaba un nadador de media distancia porque su

estrella de los doscientos metros estilo libre se había graduado el mes pasado. Su reemplazo renunció al equipo por «problemas académicos».

La verdad es que hubiera nadado de costado si me lo hubiera pedido. Quería ser parte de ese quipo. En ese momento lo quería más que cualquier otra cosa.

—De todos modos, yo..., eh..., tengo que ir al tocador.

Se ríe.

—¿Me estás pidiendo permiso?

—Eh..., no. —Sonrío de tal forma que me duele la cara—. Lo siento.

Salgo corriendo como loca hacia los vestidores (¿para vomitar? ¿llorar? ¿echarme por el excusado?) mientras el peso de lo que acabo de hacer me cae encima de golpe. ¿Mudarme al otro lado del país? ¿Para nadar? ¿Con esta gente? Soy demasiado pequeña, para empezar. Esas otras chicas podrían comerme como su desayuno. En traje de baño, mi pecho modesto se ve más plano que una tabla de planchar. Mis brazos y piernas están tonificadas pero delgadas. No estoy bronceada. Mi papá impone el bloqueador solar como una ley marcial.

No es que me incomode ser una inadaptada; la prepa no fue exactamente un capítulo brillante en mi historia personal. Se suponía que la universidad sería diferente. Una oportunidad de empezar de nuevo, quizá incluso ser alguien importante. Alguien *cool*.

Me retiro a uno de los compartimentos cerca de las regaderas. Aquí hay silencio, al menos. Estoy escondida. Me miro la clavícula, los tirantes morados que caen sobre mis hombros. Un morado tenue, pero morado al fin, lo cual es devastador, porque todos traen negro. Claro que sí. Todos aquí son atletas profesionales, y yo me aparezco cubierta con algo del último año de la prepa. El diseño del traje es una escandalosa e infantil red de tiras amarillas y círculos verdes sobre un fondo morado. Solía pensar que los toques de verde resaltaban el color de mis ojos, pero ahora me doy cuenta de lo estúpido que suena eso. A nadie en la práctica le importan mis ojos. Debería haber usado negro. El negro es para mezclarse en la multitud.

Para empeorar las cosas, comienzo a llorar. Enormes lagrimones de bebé, una riada emocional que no parará hasta que esté en un lugar seguro, un lugar conocido. Quiero irme a casa, de regreso a Brookline. Quiero volver al club de natación donde crecí, volver a la prepa que me hacía sentir invisible y segura.

—¿Hola?

Es la voz de un chico: profunda, ronca, un poco dura.

«Dios mío, estoy en el baño de hombres.»

—Eh, ¿sí? Salgo en un momento, perdón.

—Tómate tu tiempo. Solo quería asegurarme de que estuvieras bien.

No va a entrar. Fiu. Quizá sí estoy en el vestidor correcto. Abro la puerta y echo un rápido vistazo a lo que me rodea: no hay mingitorios. Solo una fila infinita de compartimentos, las coladeras de las regaderas tapadas con pelo. Sí, este es definitivamente el baño de mujeres.

Echo un poco de agua fría en mi cara y aliso mi cabello para que parezca que corrí a arreglarme algunos gallos. No es que esto importe porque todos usaremos gorras de silicón en diez minutos, pero quizá él no lo notará.

El espejo no es amigable: mis ojos están rojos, mis mejillas hinchadas por el llanto. Si no hablo con nadie, podría hacer que esto pasara como una alergia al sol. Pero ante la más mínima provocación, una palabra, un recuerdo, el sonido de mi nombre, me echaré a llorar de nuevo. Y entonces todos me verán como lo que soy: la nadadora mediocre de Brookline que pensó que podía cambiar. No solo cambiar sino contribuir. Una mirada rápida a esos cuarenta rostros y ya sé que este equipo no me necesita.

—¿Estás bien? —pregunta de nuevo.

Practico unas cuantas sonrisas en el espejo, respiro profundo y avanzo hacia la salida. Apenas estoy fuera de la puerta cuando alguien, un enorme alguien, *wow*, se para frente a mí. Mide al menos 1.95 y sus hombros son anchos y poderosos. Pero su sonrisa es cálida y casi tímida, suaviza el azul eléctrico de sus ojos, el ángulo afilado de su quijada.

—Hey —dice.

—Eh, hey.

Colin Shea.

«De entre toda la gente...»

Lo reconozco por la tabla de posiciones, pero su foto no captura lo atlético de su cuerpo ni la gracia con la que lo lleva. Su rostro también parece distinto. Tiene el tipo de personalidad que dicta cómo lo juzga el mundo: si es grosero, podría describir su apariencia como adusta, con los ojos crueles de un criminal. Si es amable, solo es toscamente guapo.

Su voz ya lo había delatado, su sonrisa solamente lo confirma: es adorable.

—La práctica no empieza hasta dentro de veinte minutos —dice—. ¿Quieres ir a caminar?

No pronuncia completamente la «r» en «práctica», una clara señal de que es de Boston. Mi medidor de nervios baja de 10 a 7, pero aún me preocupa llorar en público. Ese dique aún no se ha sellado después del desastre.

Avanzamos hacia un camino que lleva al campo de golf de la universidad. Algunos hombres están buscando pelotas descarriadas entre los arbustos. Un lago falso brilla bajo el sol de la mañana.

No dice nada hasta que hemos cruzado las espesas ramas de un sauce llorón, el cual nos protege de bolas voladoras y mirones curiosos. Señala hacia una banca de madera junto al tronco y ambos nos sentamos.

—Lamento lo alejado del lugar —dice—. Me han golpeado demasiadas pelotas de golf como para sentarme en otro lado.

—Está bien.

Extiende su mano.

—Soy Colin.

—Avery —declaro, dándole un fuerte apretón. Su fuerza parece transferirse por sus dedos. Me recorre, haciendo que me arme de valor.

—Gusto en conocerte, Avery.

Sonrío, reacia, temblorosa, pero es un inicio. Las lágrimas no llegan. Algo dentro de mí parece encontrar de nuevo su equilibrio, el suelo se afianza bajo mis pies.

—Igualmente. —Me reclino un poco, observando las hojas del sauce mientras el viento las mece—. Eres Colin Shea, ¿verdad? Calificaste para los Nacionales en seis competencias el año pasado.

—Debieron ser siete.

—Ah.

—Es broma.

Pongo una de esas sonrisas fingidas que dicen «por favor, no pienses que soy una perdedora».

—Espero que no andes por ahí aprendiéndote la tabla de posiciones —dice—. Solo haz lo tuyo. No te preocupes por los demás.

—No me aprendí los datos de todos. —Solo los suyos, porque es increíble, un futuro atleta olímpico, seguro. «¿Qué no lo sabe?»

—Pues bien. Y olvídate de todo lo que leíste sobre mí. Son tarugadas.

—¿Tarugadas?

—Mis hermanas me dicen que no diga malas palabras.

—Ya veo.

Extiende sus largas piernas mientras pone sus manos detrás de su cabeza. Su cabello es de un salvaje rubio dorado por el sol, aunque probablemente se vuelve un tono más oscuro en invierno. Se pasa una mano sobre él, desordenando las puntas que se enredan alrededor de sus orejas.

—De cualquier modo —dice—, quiero disculparme por andar de metiche, pero te escuché hablando con Kara.

—¿Kara?

—¿La que tiene un bronceado que da miedo, gorro rojo, y te preguntó sobre tu disciplina?

—Ah, sí —digo suavemente—. Claro. Lo siento, olvidé su nombre.

—Está bien. Yo simplemente le digo Bronceado de Miedo.

Lo veo sonriendo y, por primera vez en toda la tarde, mi corazón encuentra su ritmo.

—Como sea, sé que odias la media distancia.

—¿Qué? —Lo defensivo en mi tono me sorprende incluso a mí—. Nunca dije eso.

—Claro, pero yo sí. Lo puedo ver.

—¿Cómo? Me acabas de conocer.

—Pues nadaste en todas las competencias de larga distancia en la prepa. También aguas abiertas. —Mira sus manos evitando verme directamente—. Lo siento. Admito que investigué un poco. En cualquier caso, eres una nadadora de largas distancias.

No puedo decidir si debería sentirme molesta o halagada de que Colin Shea me haya investigado.

—Ya dejé las largas distancias. El entrenador tiene razón..., no tengo el cuerpo para eso.

—Tienes buen cuerpo para eso. No dejes que el entrenador te convenza de dejar lo que te atrajo a la natación para empezar.

—Pero es mejor para el equipo.

—Es mejor para el equipo si amas lo que haces.

—No siempre.

Se encoge de hombros. No puedo creer que estoy discutiendo con Colin Shea. «Qué desastre.»

—¿Qué es lo que te gusta de las distancias largas? —pregunta.

—Como dije...

—Solo estoy preguntando.

—Es una estupidez... —digo entre dientes.

—Inténtalo.

—Bueno —comienzo a hablar con la voz entrecortada—, la gente siempre pregunta cómo puedo observar una línea negra por horas y horas. Pero para mí, nadar ese tipo de distancias nunca se trató de contemplar la línea negra al fondo de la alberca. Se trata de dejar fuera todo lo demás y solo existir en tu cabeza, en tus propios pensamientos, hasta que el mundo esté listo para recibirte de nuevo.

No dice nada, pero no tiene que hacerlo. Sé que lo entiende. «Él me entiende.»

—¿Es muy tonto? —pregunto finalmente.

—No —responde. La intensidad con la que me mira hace que mis nervios se cimben—. Significa que eres una nadadora de distancia. Está en tu sangre, en tu corazón y en tu alma. Nunca pierdas eso.

—¿Qué sugieres que haga?

—Habla con el entrenador.

—¿En el primer día? No puedo.

—Tienes que hacerlo.

Pongo la vista en el siguiente golfista, un jubilado regordete.

—No entiendes.

—Sí entiendo. —Hace una pausa, como si estuviera pensando en lo que está por decir—. No te lo tomes a mal, pero cuando vi la lista de los nuevos, como que te elegí a ti de entre la multitud. Nadie de aquí es de Boston. —Contempla la tierra durante un rato antes de continuar—. Como sea, tuve algunos problemas en mis primeras semanas aquí. Las prácticas eran pesadas. La cultura fue una especie de *shock*. Crecí nadando en una alberca comunitaria en un vecindario de obreros. No teníamos «equipo». Apenas tenía un traje de baño. Lamento decir que tomaba prestado el de mis primos, lo cual es asqueroso, pero había poco dinero en mi casa. Aquí, el

dinero corre como en un maldito río. —Niega con la cabeza—. Un bendito río, digo.

Nunca había visto a alguien tan enojado consigo mismo por soltar un «maldito».

—Maldito no es una mala palabra —digo.

Levanta la vista mientras combate una sonrisa.

—Sí lo es. Al menos de acuerdo con el libro de mis hermanas.

—¿El Libro de las Malas Palabras?

—Así es. —Toma un respiro y por primera vez, se ve un poco inseguro—. La verdad es que solo quería que te sintieras bienvenida. Y una parte de eso es nadar en tu disciplina.

—Pues lo agradezco. Pero ahora estoy en un equipo.

Asiente, pero sé que se está guardando algo.

—Mira, eres el mejor nadador del equipo —digo—. Es diferente para ti.

—¿Cómo?

—Porque todo lo que tú haces contribuye con el equipo. Ganas todas las competencias; nadas en distintos relevos. Yo solo quiero ser parte de las cosas.

—Pero ¿en los términos de quién? ¿Del entrenador? —No le rehúye a la pregunta—. ¿O en los tuyos?

No sé cómo pasó esto, esta inquieta tensión que me hace sentir como si lo hubiera decepcionado. Todos los demás han puesto expectativas para mí en términos de tiempos, divisiones y carreras. Sus expectativas son personales. No tiene sentido. En un lapso de cinco minutos, Colin Shea se ha identificado como el enemigo.

—Deberíamos volver —digo.

—Claro. —Agacha la cabeza—. Mira, si dije algo que te hizo sentir incómoda...

—No.

La tensión se rompe con unos pasos que se acercan y un animado «¡Oye!».

Me doy la vuelta, esperando ver a todo el equipo contemplándonos, pero es solo una persona: Kahale Cooper, uno de los reclutas de primero. Suelta una sonrisa enorme y sencilla, tan distinta de la inquietante seriedad de Colin.

—Hey —me dice—. Eres nueva, ¿verdad?

—Sí. —Volteo a ver a Colin, pero ya está de pie. Estrecha la mano de Kahale y avanza hacia el campo de golf sin una palabra más.

—¿Era Colin Shea? —pregunta.

—Eh, sí, creo —digo, mirándolo irse—. ¿Por qué?

—Gran nadador. Serio como la fregada, eso sí.

—Sí, pero es...

Levanta una ceja, imaginando las palabras que aún no he dicho.

—Nada. —«Amable.» Iba a decir amable, y no estoy segura por qué no lo hice.

—Soy Kahale, por cierto. Lee para los de tierra firme.

—¿Tierra firme?

—Soy de Hawái.

—Ah.

Sonríe con la misma facilidad que antes. Nunca había conocido a nadie que se sintiera tan cómodo con los desconocidos.

—¿Alguien te ha dicho que tu pelo parece polvo de hadas? En serio. — Su tono es bromista, pero también parece genuinamente cautivado por mi cabello—. ¿Tiene poderes mágicos?

—Creo que es por el cloro.

Se ríe.

—Nah. Todavía no tiene ese brillante color verde.

Resisto el impulso de mirar colina arriba para ver si Colin cambió de opinión. «¿Sobre qué?» No parece del tipo que le da vuelta a las cosas. Quería que yo hablara con el entrenador, esencialmente quería que fuera yo misma. Pues eso sería fácil si tuviera las habilidades naturales de Colin Shea. En vez de eso, soy Avery Delacorte, al límite en todos los aspectos.

—Así que —pregunta Colin—, ¿cuál es tu disciplina?

Esta vez, no lo dudo. Quiero estar en el equipo. Quiero contribuir.

Es lo que quiero más que cualquier otra cosa.

—Media distancia —digo, y la ficción comienza.



## 11

Viernes.

El día antes de Nochebuena; el día de la llegada innegociable de Lee. Comencé la mañana faltando a mi cita con Rachel Shriver. Mis padres nunca entenderán el hecho fundamental de que «ella no puede ayudarme». Es un desperdicio de tiempo y dinero.

El avión de Lee aterrizó a las 4:05 p.m. Él rechazó mi oferta de recogerlo e insistió en que podía tomar un taxi. No me engaña; la verdadera razón de esta amabilidad no tiene nada que ver con la diligencia de Lee, y sí todo que ver con mi nuevo miedo a los aeropuertos. Solo es demasiado amable como para decirlo.

Nunca me he mordido las uñas, pero tengo los pulgares deshechos para cuando un avejentado taxi amarillo dobla la esquina. Se detiene en la casa de al lado, y un tipo musculoso con *jeans*, sandalias y una ligera chamarra sale de él. En cualquier otra persona, este conjunto de clima cálido podría ser insoportable, pero Lee siempre se viste veraniego. Verlo con esos pantalones de mezclilla deslavada me recuerda que aunque algunas cosas cambian, otras no.

—¡Lee!

Deja su equipaje, resbalándose con la nieve a medio derretir mientras voltea hacia mí. Su sonrisa me arranca un suspiro y calienta mi frágil y confundido corazón.

Pensé en este momento durante semanas. Lo anticipé. Lo temí. Lo anhelé. Cuando pasa, se siente como si mi antigua vida hiciera clic con la nueva y el antes finalmente encuentra un hilo que lo une con el después. Cuando él me besa, saboreo el ChapStick en sus labios y el eco de canela en

su lengua. Tiene los labios fríos por el clima de Nueva Inglaterra, pero suaves y conocidos. No está indeciso ni nervioso. Solo me besa como siempre lo ha hecho, como si nada hubiera cambiado.

Cuando se separa, se ha ruborizado. Tiene el cabello largo y revuelto por el viento, a su cara le urge una rasurada. Se ve feliz.

—Dios, es tan bueno verte —dice.

Verlo en mi jardín principal envía una calma que me recorre y hace que los otros pensamientos se vean lejanos.

—No tienes idea —le aseguro, soltando una exhalación que debía de haber estado conteniendo durante horas—. Pero mi casa es la de al lado.

Carga su maleta, las ruedas están rotas, y me sigue a la casa. Mis padres trabajan hasta tarde, lo cual significa que tenemos una hora para estar solos. Lo guío escaleras arriba y lo llevo directamente al cuarto de visitas. Si está decepcionado, no lo demuestra.

—Maldita sea —dice—. Linda casa. Parece vieja. O sea, histórica. Vieja y bonita. —Juguetea torpemente con su equipaje—. ¿Lo es?

—De principios del siglo XIX. —Golpeo la pared, la cual responde con un sonido hueco—. Pero ten cuidado, que está embrujada.

Abre los ojos de par en par.

—¿En serio?

—No. —Me río—. Aunque a mis hermanos les gustaba decir eso cuando yo estaba chica. Asesinatos, violaciones, incluso unos cuantos ahorcados...

—¿Dónde están tus hermanos? Como que quiero patearles el trasero.

Suelta una sonrisa amable mientras se sienta en la cama, que cruje bajo su peso. El mismo pensamiento debe de pasar por la mente de los dos, «sería imposible fajar aquí», mientras nos sonrojamos al mismo tiempo. Esta es la segunda vez en un minuto para Lee, lo cual es poco común, por decir lo menos. Incluso cuando se perdió su traje de baño durante una competencia el año pasado, salió de la alberca como si nada hubiera pasado. Después de una breve discusión con los oficiales sobre las fallas del equipo, se lanzó de nuevo a la alberca para recogerlo. Desnudo. Un universitario nadando desnudo ante el público.

—¿La cama está bien? —pregunto, sin ayudar en nada al rubor.

—Genial.

—Cool.

Toma mi mano y me jala a la cama, lo cual lanza una nueva oleada de mariposas, pero mariposas buenas. Normal, como deben ser las cosas después de una larga separación. Nuestro reencuentro ya no es un obstáculo que superar o una meta que alcanzar. Pasó. Estamos bien. Tras cinco agotadoras semanas, había olvidado lo que era estar en compañía de alguien tan sencillo de tratar.

Bajo la vista hacia nuestras manos entrelazadas y una descarga de energía recorre mi interior, mezclándose con un recuerdo que no tiene nada que ver con esto, como corrientes encontradas.

—¿Emocionado por conocer a mis padres?

—Claro que sí. Creo que me va a caer bien tu papá.

—¿En serio? A nadie le cae bien mi papá.

—A tu mamá debe de caerle un poco bien. —Quita un mechón de cabello de mi cara, torciéndolo entre sus dedos. Aún lo cautiva mi pelo, quizá aún más ahora que es rubio de nuevo.

—¿Y cómo está el equipo? ¿Y la escuela? Estoy tan fuera de onda.

—El equipo está bien. El entrenador se..., eh... —Se aclara la garganta mientras rebusca entre distintas palabras. Lee conoce las reglas ahora—. El entrenador se tomó un tiempo al final del semestre pasado.

—Oh.

—El equipo es como una especie de familia para él, así que, ya sabes, se lo tomó a mal. Pero volverá en enero. —Lee se aclara la garganta, intenta sonar casual—. Y tú, ¿vas a volver en enero?

No hay duda en mi voz cuando digo:

—Definitivamente.

—¿En serio? —Salta de la cama y hace un choque de puños que enorgullecería a Edward—. ¡Eso es genial, Aves! Pensaba que estabas un poco indecisa...

—Quiero volver. Ahora mi vida está en California. —«Mi vida.» Mi vida debería haber terminado en el fondo de ese lago, pero no le digo eso a Lee.

Se sienta de nuevo en la cama y baja la voz.

—Yo... recé por ti. Sé que suena como una locura... Fui criado por ateos, por Dios. —Se ríe con nerviosismo, como si estuviera luchando por mantenerse tranquilo—. Cuando el entrenador salió de golpe de su oficina durante la práctica y nos dijo que habías sobrevivido, lloré en la alberca. —

Me echa una mirada apenada—. Ya sé, llorar en la alberca es para debiluchos, pero lo hice.

Tomo su mano.

—Lo siento, Lee.

—No, yo lo siento. Sé que no te gusta hablar de esto y lo entiendo, de verdad, pero solo es que me ha afectado.

—Lo sé. —Lo acerco más a mí, queriendo asegurarle que, aunque las palabras son solo palabras, no cambian lo que pasó.

—Como sea, ¿tienes hambre? —Se reinstala con facilidad en su buen humor cotidiano—. Porque yo me muero de hambre.

No me atrevo a admitir que mi estómago ha estado hecho un nudo todo el día.

—Claro, podría comer.

—Me alegra mucho que digas eso.

—Pues no soy ajena a tu dieta de ocho mil calorías.

Toma mi mano y me saca de la cama.

—Necesito fuerza para seducirte —dice, y luego se ríe cuando me ve poner los ojos en blanco.

—No creo que se necesiten ocho mil calorías para seducirme.

—¿Cinco mil?

—Quizá.

—Bueno, pues antes de que eso pase, tengo que bañarme para quitarme el avión.

—Buena idea. —Le paso unas toallas antes de que pueda proponer cualquier otra actividad de seducción. La intimidad emocional es una cosa, la física otra completamente. Sé que el tema saldrá, pero no estoy lista para abordarlo ahora.

Mientras Lee busca en su maleta un cambio de ropa, puedo imaginar las palabras de sabiduría de doscientos cincuenta dólares de Rachel Shriver: «Dale tiempo».

Qué falacia.

Lee me deja elegir el restaurante, así que escojo La Taquería de Anna en Brookline: rápida, llena y muy ruidosa. Lee me fastidia porque esto no es California, y cualquier burrito que se consuma fuera de ese estado es de calidad inferior, pero a mí me gusta Anna. Y, lo más importante, es rápido, está lleno de gente y es muy ruidoso, lo que significa que nos perderemos entre la multitud. Si un reportero llega a entrar, Lee lo acabará o al menos lo echará del lugar.

Lee toca en mi cuarto.

—¿Estás ahí? Estoy listo para este burrito de porquería de la costa este que me prometiste.

Normalmente salgo en seguida. Como nadadora, he desarrollado una rutina: alarma, cinco minutos más, orinar, lavarme los dientes, ponerme el traje, ir a la alberca. No me baño y ni siquiera me cepillo el cabello. No reviso mi *e-mail*. Solo me levanto y me voy, apenas consciente mientras camino torpemente por el campus cuando la mayoría de las personas aún sigue dormida, curándose la cruda o superando la peor hora de una trashedada.

Pero esta noche no puedo avanzar. Llevo en mi cuarto casi una hora, revuelta entre cabello, ropa y accesorios. La Taquería de Ann no es un lugar elegante. Sillas de plástico, mesas de formica, vasos de papel. Se ordena en una fila. Dos tipos sudorosos detrás de una ventana de cristal sirven frijoles, carne y guacamole con una cuchara. Algunas veces queso. Mucha salsa. Si no sabes qué quieres, te dicen que te salgas de la fila para que alguien que sí lo sabe pueda comer. Todo su modelo de negocios está basado en la eficiencia, aunque la comida también es bastante buena.

El punto es que puedo ir en pants y encajar bien. Pero esta noche se trata de Lee y no de mí, y como estoy tan desesperadamente obsesionada con lo que significa ser normal, y porque realmente no he salido de la casa salvo por las ocasionales salidas a correr con Edward, quiero que esto sea perfecto. Quiero que signifique algo.

Y así me encuentro parada frente al espejo, considerando un par de pantalones pegados y un top que en realidad no debería usar antes de abril. Es de un blanco brillante y satinado, un color que no es habitual en mí. La verdad es que el blanco ilumina mi pálida y pecosa cara, mis espectrales ojos verdes. Incluso mi cabello se ve un poco más rubio de lo

normal, aunque podría ser solo el tinte deslavado. Volví a mi color natural en cuanto pude bañarme sola.

—¡Tengo hambre! —berrea Lee. Se recarga contra la puerta y esta rechina en su marco. La cerré con seguro, pero si él lo supiera, probablemente se sentiría lastimado.

—¡Voy!

Me toma un minuto entero encontrar un par de aretes que combine: unos pequeños aros de plata incrustados con turquesas. Por eso dejé de usar cualquier cosa que no fueran broches baratos. No solo desaparecían en la alberca, sino que buscar joyería agregaba valiosos minutos a mi rutina de la mañana.

Ensarto los aros en mis orejas, me pongo una chamarra y abro la puerta. La quijada de Lee se cae mientras sus ojos me recorren como una lluvia tibia. Una sonrisa pícara se dibuja en sus labios. Paso junto a él antes de que mi rubor me delate.

—¿Debería cambiarme? Pensé que habías dicho que el lugar era casual...

—Es casual. Vamos.

Le doy el abrigo largo de mi papá, que es igual que el mío salvo por su tamaño. Es horroroso pero caliente, relleno de plumas de ganso de arriba abajo, aunque a Lee apenas le llega a las pantorrillas. Es un poco más alto que mi papá, pero más bajo que Colin.

«Colin.» Su nombre sigue apareciendo en mi mente en formas que amenazan con arruinar la noche entera. Después del último *e-mail* del entrenador, apagué mi computadora y cambié mi *smartphone* por una baratija en eBay. Desafortunadamente, aún no encuentro la forma de apagar mis propios pensamientos.

—¿Está lejos? —pregunta Lee.

—No mucho.

—¿Vamos a congelarnos antes de llegar?

—No si te cierras el abrigo.

Después de pelear con el cierre, Lee entrelaza su brazo con el mío. Su primer paso sobre una capa de hielo casi termina en desastre, gracias en parte a los viejos tenis de Edward. Deben de tener al menos una década.

—Lindos tenis —digo.

—Estás segura de que Edward no tiene pie de atleta, ¿verdad? Porque he visto suficiente de eso en los vestidos...

—Estoy convencida. —Sonríe—. Edward es muy limpio.

—No puedo creer que hayas escondido mis sandalias.

—Pues no quiero que te congeles. —Mis dedos comienzan a cosquillear, pero mi mente lo evade—. Me lo agradecerás después.

—Seguro que sí. —Sonríe—. ¿Estás emocionada por este burrito de porquería?

—¿Vas a molestarme luego si está muy malo?

—Puedes apostar. —Me da un coscorrón y se desliza de lado sobre el hielo. No puedo evitar reírme un poco.

Disminuyo mi paso hasta que recupera el equilibrio. Contempla sus pies, esperando que lo traicionen de nuevo.

—En serio no eres bueno para los climas fríos, ¿verdad? —pregunto.

—¿Quién viviría voluntariamente en un clima frío? En serio. Respóndeme eso.

—Te encariñas.

—Pues me alegra que no sea necesario. Me quedo con Cali.

Exhala entre sus dientes apretados mientras continua caminando con la cabeza baja, los ojos fijos en el suelo. Mantiene su brazo entrelazado con el mío, más por apoyo que por cariño. Pero me gusta. Lee siempre ha sido el fuerte, el seguro, el gregario. Incluso cuando estamos solos, a veces lucho para que me escuche. Aquí, en las calles de mi ciudad, esas batallas no existen. Estoy en mi elemento. El tamaño y la majestuosidad de California están a casi cinco mil kilómetros de aquí, junto con todas las inseguridades que acarrearán.

—¿Estás segura de que se puede llegar caminando a este lugar? —pregunta Lee.

—Está al final de la cuadra. —Señalo hacia la pintoresca y caótica intersección conocida como la esquina Coolidge. Pocas calles de nuestro Boston cercano están alineadas o siquiera planificadas, y Harvard y Beacon no son la excepción. Pequeñas callejuelas se abren desde la vía principal en todas direcciones, confundiendo a los turistas y frustrando a los dueños de tiendas. Recorremos los locales en calma, como si fuera una especie de secreto del que todos estamos enterados.

—¿No acabamos de pasar por esta calle? —pregunta Lee, confundido.

—No.

—Parece conocida...

—Anna está por ahí. —Señalo colina arriba, hacia la pequeña fachada de tienda con paneles amarillos y un interior acogedor. A pesar del frío, la noche se siente eléctrica, llena de expectativas. Mañana es Año Nuevo y la gente siempre se emociona por la ilusión de un nuevo inicio.

Lee ha logrado equilibrarse en los tenis de Edward. Mientras cruzamos la intersección, el escándalo de las conversaciones y el aroma de la comida mexicana recorre la calle. Me levanto la capucha del abrigo y casi me ahorco con la correa al cuello. Es mejor estar fuera de moda que ser reconocida. Lo último que necesito en este momento es que se repita el incidente del *egg nog*.

—Avery, ¿realmente es necesario eso? —Lee jala la correa—. Te ves como una vagabunda del ártico.

—Hace frío.

—Es cierto —reflexiona, y se acomoda su gorro sobre las orejas.

Mientras caminamos, mantengo la cabeza baja y la mirada en las banquetas, que han limpiado con pala. La gente calza Uggs o pesadas botas y se arremolina a nuestro alrededor; desaparecen de mi campo de visión en cuanto pasan y se dispersan. El olor de carnitas y salsa picante hace que me lloren los ojos.

—De acuerdo —anuncia Lee—. Llegamos.

Levanto la vista y veo la conocida fachada amarilla de Anna. La fila llega casi hasta la puerta, y la mayoría de los asientos están tomados. Lee no parece preocupado.

Sostiene la puerta abierta para mí.

—Las damas primero.

—Gracias —digo, y paso junto a él. La fila avanza rápidamente y ordenamos como profesionales, yo porque he estado aquí cientos de veces y Lee porque ha ido a cientos de taquerías en su vida. Conoce la rutina.

—Con que dos burritos, ¿eh? —me burlo mientras pide nuestras bebidas—. ¿Será suficiente?

—Para empezar.

Me dispongo a pagar, pero Lee lanza su tarjeta de crédito en el mostrador.



—Todo el fin de semana yo pago. —Señala hacia una esquina antes de que pueda discutir o al menos agradecerle—. Veo nuestra mesa.

Mientras avanza en esa dirección con nuestra comida, lleno dos vasos con limonada y tomo cinco paquetes de sal; eso le taparía las arterias a un caballo, pero a Lee le encanta la sal. Las mesas no solo están llenas sino abarrotadas. Algunas personas están de pie. Es un milagro que haya podido conseguir una tan rápido...

No.

«No, no, no.»

Las limonadas que llevo en mis manos caen al suelo cuando Colin Shea se levanta de su asiento. Su mirada no se aparta de la mía, con el tipo de conexión que arde y luego quema, mientras el otro pasa de ser posible a convertirse en realidad.

—¿Aves? —Lee ha juntado algunas servilletas—. Aves, aquí hay lugar...

—Lo siento —le digo en un susurro al adolescente empapado a mi izquierda. Comienza a decir una grosería, pero Lee lo detiene con una mirada severa.

—¿Aves?

Me lanzo torpemente hacia atrás, hacia la multitud y hacia la puerta. Un hombre mayor me detiene antes de que me tropiece con la bolsa de su nieta. Hay gritos y burlas y luego, horriblemente, el destello del iPhone de alguien. Fotos. Video.

«¡Oigan, es la chica del accidente aéreo!»

Corro con fuerza, una carrera peligrosa y llena de pánico por las calles de Brookline. Dos veces me resbalo en el hielo. A la tercera Lee me atrapa.

Se ve al borde de las lágrimas.

—¿Qué diablos estás haciendo?

—Él. —No puedo decir el nombre de Colin—. Tú..., ¿por qué no me dijiste?

—¿Por qué estás tan enojada? Shea no es un desconocido cualquiera. —Respira profundamente y su tono se suaviza—. Tú más que nadie deberías entenderlo.

—Bien. Tienes razón. Ve a cenar con él.

—¿Cuál es tu problema?

—¿Mi problema? —Suelto una carcajada—. Tengo problemas que ni te imaginas, Lee. Ve a preguntarle a Colin si realmente quieres saber.

—Te estás portando como loca.

—Quizá es porque estoy loca. —La palabra sale de mi garganta como un sollozo silencioso. Lee observa esta humillante presentación por un momento, pero solo por un momento, porque así de bueno es. Me envuelve con sus brazos hasta que puedo respirar de nuevo.

Lee me acompaña a casa. No me deja para hablar con Colin; ni siquiera vuelve por los burritos. Odio necesitarlo de esta manera. Odio que él sepa que ser «normal» es solo un sueño.

Cuando volvemos a la casa, pedimos comida a domicilio y hablamos sobre las cosas más seguras e irrelevantes. De que Zach Kincaid se ha enamorado de Marjorie Kline. De la descalificación de Alice Lien de la competencia inicial porque intentó amañar las plataformas de salida. Del relleno en los trajes de baño de varias personas, chicos y chicas. Estas historias me ayudan a mirar hacia el futuro, pero más que eso, me ayudan a olvidar el pasado.

Más tarde esa noche, tenemos un encuentro sobre la colcha bordada del cuarto de huéspedes, pero es un caso perdido porque el colchón cruje demasiado, o al menos eso es lo que me digo a mí misma. Al final vuelvo a mi cuarto y él se queda en el suyo. Duerme profundamente, como siempre, y sus leves ronquidos se oyen a través de las paredes.

Mientras tanto yo sueño..., y sueño...

Y sueño...

«Colin.»

Más tarde, despierto ante un cielo aterciopelado; las delgadas nubes seducen al horizonte de Boston. Los témpanos que cuelgan de mi ventana brillan a la tenue luz de la mañana. El año pasado lo habría descrito como mágico. Ahora la palabra que viene a mi mente es «embrujaado».

Mis padres están a dos puertas; Lee está a unos metros, separados por una delgada pared que mi papá construyó durante una costosa (e inútil) remodelación. Dos de mis hermanos han vuelto a su vida en Seattle y L.A., pero Edward duerme en el sótano, que ha sido su cuarto desde que tengo memoria. Su labrador amarillo me observa a los pies de mi cama, con los ojos algo perdidos, como si hubiera fallado como perro de guardia por razones que su cerebro casi no puede comprender.

Nunca me había sentido tan sola.

## 12

Despierto sobresaltada y siento una ausencia que antes no estaba ahí.

—¿Colin? —Mi boca parece recubierta de algodón. El aire que logra pasar hacia mis pulmones es frío, muy frío. Si al menos mi padre nos hubiera enseñado a construir fogatas interiores...

Sin la linterna de pluma, el cobertizo está envuelto en la oscuridad. La busco a tientas, cuidándome de evitar a los niños. Sus suspiros ligeros y sus piernas inquietas confirman su presencia. Al menos todos están aquí.

—¿Buscas esto?

Colin enciende la luz, un tenue brillo que sin embargo me hace sentir mejor. Pone la lámpara en mis manos. Su callosa palma roza la mía.

—¿Has estado despierto todo este tiempo? —pregunto.

—No. Dormí mientras tú estabas despierta.

—Mentiroso.

Se quita el abrigo y me lo pasa.

—Estás temblando.

—Estoy bien.

—Por favor...

—No, Colin. —Pongo el abrigo de nuevo en su regazo.

Nos sentamos uno frente al otro de modo que nuestras piernas están juntas, pero sin tocarse. Cinco centímetros es lo máximo que conseguimos separarnos en este espacio apretado.

—Tim vio una cabaña —le confieso.

Colin busca una explicación en mi rostro, pero la sola palabra promete tanto. «Cabaña.» Comida, techo, suministros. No tengo que decir nada más.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—La vio justo antes de que anoheciera. No había nada que hacer.

—Tenemos una lámpara.

—Una lámpara de pluma. —Espero a que levante la vista—. Colin, ni lo pienses. Está demasiado lejos.

—¿Qué tan lejos?

—Al otro lado del lago.

—¿Exactamente al otro lado?

Asiento con la cabeza.

—Así que un día caminando o una hora nadando.

—Menos de una hora para ti.

—No con estas condiciones —me asegura—. En cualquier caso, tú eres la nadadora de aguas abiertas.

«Así que lo recuerda.» Meto las manos en mi regazo.

—Hace demasiado frío. —Lo cual es una excusa buena y aceptable. Salvo porque Colin no lo cree. Percibió mi inseguridad en la playa esta tarde, la siente ahora.

—Creo que debería intentarlo.

—Colin, no. —Se siente como una afrenta.

—Sé que tú puedes hacerlo, pero ya entraste al agua dos veces. Es mi turno.

—¿Y si te ahogas? ¿Y si llegas y no puedes volver?

—Volveré.

—No tienes que ir. Podemos simplemente esperar a que otras maletas lleguen a la orilla. Ya ha pasado otras veces...

—Tengo que ir.

Pone su abrigo a mis pies, otra oferta que me hace sentir débil e incapaz. Sé que después, cuando el sueño me vuelva a atrapar, envolverá mis hombros con él. No hay nada que pueda decir o hacer para que cambie de opinión respecto a nadar hacia la cabaña. Haría cualquier cosa por los niños.

Cuando despierto al alba, tengo el abrigo sobre mis hombros y Colin se ha ido.



Garabateó un mensaje en un dos de corazones:

«Tengo que intentarlo.»

Arranco la carta del panel y la meto en mi bolsillo. Mi primer instinto es sentir rabia; el segundo, terror. Su convicción desdibuja la línea entre riesgo y locura.

El fuselaje se inclina y gime con cada ráfaga. El cielo de la mañana se ha vuelto de un gris profundo y furioso, cargado de nieve. Aayu se agita en un sueño inquieto, mientras Liam dormita, sin importarle la tormenta que ruge a centímetros de su cuerpo.

Tim me observa con ojos despiertos.

—Tim, ven —digo, intentando mantener mi voz baja para que los demás no nos oigan—. Aquí.

Gatea hasta mí sobre sus manos y pies sin hacer ruido por la franja de toallas que rescatamos de la bolsa de alguien. Lo jalo a mi lado y ajusto el pasamontañas improvisado en su cabeza para que sus orejas queden cubiertas.

—¿Dónde está Colin? —pregunta.

—No sé —miento. «Afuera.»

—Su vara no está.

Colin le dijo a los chicos que la vara era como una espada, pero Tim sospecha cuál es su verdadera función: ahuyentar criaturas que no son bienvenidas. Osos, lobos, pumas. Espero nunca ver o escuchar uno. Cuando nos sentábamos alrededor del fuego, yo siempre lo hacía de frente a al lago.

—Voy a salir a ver. —Reviso el abrigo de Tim para asegurarme de que cada botón esté abrochado—. Quédate aquí y sé valiente, ¿de acuerdo?

—No —grita, jalando mi camiseta. Tiene los ojos húmedos y su pasamontañas empapado de mocos.

—No me iré lejos. Podrás verme todo el tiempo.

Se aferra al borde de mi abrigo mientras salgo. En la puerta, me doy la vuelta y tomo sus manos, intentando calentarlas, aunque tiene buen color. Lo hago porque mi mamá solía hacérmelo a mí y siempre me hizo sentir mejor.

El llanto de Tim se transforma en sollozos y la tensión se apaga lentamente. Soplo en sus manos unas cuantas veces más para calentarlas.

—Eres muy valiente, Tim. Más valiente que yo, eso es seguro.

El viento me lastima la nuca. Tim jala mi gorro para bajarlo, intentando no tirarme del cabello.

—No te vayas lejos —me pide—. Por favor.

—No lo haré.

Mi primer paso al exterior es terrible. Un azote de aire polar me recorre hasta los huesos, como si cayera sobre el hielo. La nieve latiguea mi piel. El lago es apenas visible en la distancia y el bosque es una dimensión ajena con cientos de entradas y ninguna salida.

—¡Colin! —lo llamo, gritando desde lo más profundo de mis pulmones para que me oiga. El viento ahoga mi voz, reduciéndola a un silbido seco.

Camino con torpeza hacia el lago, resbalándome sobre las rocas cubiertas de nieve y hielo. Cualquier esperanza de ver la camiseta roja de Colin en la distancia se desvanece con la arremetida del viento.

Una pequeña vocecita me llama desde el cobertizo.

—¡Escucho algo! —declara Tim entre grito y susurro.

Señala hacia los árboles de detrás pero, más allá, solo hay sombras. Yo no veo nada. Solo árboles y nieve.

—¿Dónde?

—¡Allá! —Señala de nuevo en la misma dirección. Un escalofrío me recorre, pero no sé por qué. Lo único que hay aquí es naturaleza.

«¿O algo más?»

Cuando el viento amaina por un momento, pongo los dedos en mis labios e intento silbar. Un dolor agudo sacude mis costillas, pero no se compara con la idea de haber perdido a Colin. Nada se compara con perder a Colin. Nunca debí haberle hablado de la cabaña.

Luego, en la distancia, un segundo silbido. Al principio suena como un eco, pero este dura más, como si se proviniera de alguien con el doble de mi capacidad pulmonar. Lo raro es que Tim estaba señalando en la otra dirección.

Avanzo hacia el bosque, recordando demasiado tarde que Tim está mirándome. Empuja el trozo de fuselaje para abrir el cobertizo y sale a gatas, pero tiene el buen juicio de cerrarla tras él.

—¡Métete, Tim! ¡Te vas a congelar!

Se detiene, probablemente por una reacción abrupta ante la orden de un adulto. Volteo hacia los árboles. La nieve cae en todas direcciones: sobre mí, a mi alrededor, incluso por debajo. El viento la azota y la lanza sin control. Cuando me doy la vuelta, Tim ya no está.

—¡Tim! —Regreso a tropezones al cobertizo, entrecerrando los ojos ante la bruma—. Tim...

Se lanza a toda velocidad contra mí, una figura hecha de codos, rodillas y suaves sollozos. Lo levanto y lo abrazo, aunque es alto para tener seis años y sus piernas cuelgan casi hasta mis espinillas. Me pregunto si siente la desesperación en mis brazos, el alivio en mi voz.

—No puedes estar aquí afuera, Tim.

—Quiero ayudar.

Tiene la nariz roja y un preocupante color púrpura en los labios, pero fuera de eso, está cubierto de bufandas, gorros, guantes, todo lo que pude encontrar. Bueno. Al menos hice algo bien.

—Sé que quieres ayudar, pero no puedo..., no podemos...

El tono decidido de sus ojos se vuelve comprensivo.

—Podemos hacerlo —me asegura—. Escuché el silbido.

—¿Lo escuchaste?

—Por allá. —Señala vagamente hacia los árboles.

—Pensé que habías dicho que escuchaste algo por allá. —Señalo al sur, con el cobertizo como punto de referencia. Él mira hacia el norte.

—Sí... —Arruga las cejas—. Creí que sí.

Silbo de nuevo. Tim cuenta hasta cinco. En mitad del silencio, un segundo silbido llega, y Tim aplaude.

—¿Ves? ¡Viene de allá!

«Allá» no me hace sentir mejor. Lo único que hay en esa dirección es el bosque, una infinita maraña de árboles.

Estamos a tan solo unos metros del cobertizo, pero la nieve hace que se sientan como kilómetros. Sigo echándole vistazos a la puerta, esperando que Aayu y Liam asomen sus cabezas. Si lo hacen, tendré que acompañarlos de regreso y esperar que Colin encuentre el camino de regreso. No puedo estar aquí afuera con tres niños pequeños.

—Silba de nuevo —pide Tim.

Y lo hago. Cada aliento me duele más que el anterior, un dolor crudo y ensordecedor que atrapa mi pecho y sacude los huesos hasta mis hombros. «Contrólalo con tu mente, Avery.»

Cada vez que silbo, el silbido de respuesta es un poco más fuerte, está un poco más cerca.

Y de pronto se detiene.



Se me llenan los ojos de lágrimas congeladas. La nieve se acumula, húmeda, bajo mi nariz, derritiéndose con cada aliento. Me duelen las costillas como si me hubieran pateado.

Los gritos desesperados que Tim le dirigía a Colin se han desvanecido hasta convertirse en un susurro. Tengo que llevarlo al cobertizo, pero mis pies se rehúsan a moverse. Tengo que encontrarlo. Necesito encontrarlo.

—¡Ahí! —Tim se da la vuelta, jalando mi brazo—. El ruido que escuché antes.

Señala directo hacia el frente. La maleza se sacude en la parte baja con un pesado movimiento de ramas y palos.

La sombra tiene mal aspecto. Firme y constante de una forma que las sombras no deberían serlo. Se cierne en la frágil luz del alba, como si estuviera suspendida.

—Tim. —Me sorprende la escalofriante calma de mi voz—. Métete.

—Pero quiero...

—Ya, Tim.

Su respuesta innata ante una autoridad adulta gana, pero no antes de meter la mano en su bolsillo para darme su juguete favorito: el transceptor para avalanchas. Se siente más pesado que antes. «¿Pilas?»

—Quizá esto servirá —dice.

—Tim, está descompuesto...

—Solo inténtalo. —Se va corriendo al cobertizo.

La comprensión me llena, me inunda. Me inclino para tomar el trozo de fuselaje afilado con el que Colin ha cortado las cuerdas elásticas. El metal se veía sin brillo bajo la menguante luz del sol, pero en este mundo blanco resplandece. Lo golpeo contra la roca, primero con indecisión, luego más fuerte. Más rápido. Comienzo a hablar. Es la misma historia que conté horas antes, la de Ofelia, la gente del mar y Hollymar. Pero el ritmo no es el adecuado. Es escalofriantemente lento. Firme. Controlado. Esta no es una historia para niños.

Es para osos.

La víspera de Año Nuevo en Brookline amanece fría y cruda. Lee quería conocer Boston, especialmente Fenway, pero cambia de parecer cuando damos un paso al exterior. Entonces nos quedamos adentro, viendo películas hasta que el cielo se tiñe de rosado de nuevo, con el ocaso en el horizonte.

Cuando nos hartamos de entretenimiento irrelevante, Lee anuncia que me dará una gran noticia sobre nuestros planes para la noche. Salta de la cama y abre sus brazos de par en par. En una mano tiene su teléfono con un mensaje de texto que parpadea en la pantalla.

—Gruder va a dar una fiesta —declara.

Mi corazón se hunde. Gruder es uno de los capitanes, aunque parece más un jugador de rugby que un nadador. Tiene el pecho fuerte y grueso, los brazos gruesos y pelo en todos lados. Siempre que se rasura para competencias importantes, se convierte en un montón de piel roja y granos, que probablemente intimidan a sus oponentes más que el grito de Tarzán que suelta antes de cada carrera. Pero Gruder además es *cool*. Ser invitado a una fiesta suya significa que lo lograste, al menos en la escala social.

—Estoy confundida. ¿Por qué no está en California?

Lee se encoge de hombros.

—Parece que vino de vacaciones. Su medio hermano vive en Southie. ¿Sabes dónde está eso?

Southie está junto a Dorchester.

—Sí.

—Está lejos.

—No demasiado.

Golpea mi brazo.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Intento vendérselo con una sonrisa—. Solo me sorprende que nos hayan invitado, ya sabes..., porque somos menores de edad y eso.

—Eso nunca ha detenido a Gruder.

—Sí, pero esto no es la universidad.

—¿Crees que los policías de Boston van a pasar la víspera de Año Nuevo atrapando a chicos en fiestas de casa?

—Quizá. —Aunque tiene razón. La víspera de Año Nuevo es un caos en la ciudad. Mi papá me llevó al turno de Año Nuevo en mi último año de prepa, una experiencia que tardaré en olvidar. La sala de urgencias es una zona de guerra, con doctores y enfermeras a un lado y todos los borrachos al otro. Los pacientes eran agresivos o estaban al borde la muerte, empapados en orina y vómito y otros fluidos que era mejor no identificar. Me di cuenta de que esa era la forma que tenía mi papá de decirme que bebiera de forma responsable en la universidad. Aunque sí me tomé bastantes tragos en las fiestas, el mensaje se me quedó. Normalmente era la conductora designada y no me ponía más que alegre aunque no lo fuera.

—Mira, si no quieres ir...

—Quiero ir.



La fiesta nos lleva a un edificio de dos pisos en un triste tramo del sur de Boston. Hay un *pub* en la esquina, pero fuera de eso es un lugar desolado: terrenos baldíos a un lado y una gran casa abandonada al otro. Los gatos callejeros corren por la calle, molestos por el constante flujo de taxis que alteran la paz. La música retuena desde las ventanas abiertas del edificio. Un sucio muñeco de nieve se pudre en el jardín exterior. En general es un lugar miserable con un aire de maldad. O quizá es solo mi humor. Desde el incidente en la taquería he estado de malas.

Nos estacionamos poco después de las diez, una hora adecuada para no parecer ansiosos ni llegar desagradablemente tarde. Mientras Lee me ayuda a salir del taxi, lo último de mi vodka-arándano salpica sobre el borde de mi

vaso. El taxista me echa una mirada molesta. Lee sonríe con tono de disculpa mientras le lanza otro billete de cinco.

—Con calma, señorita —me dice.

Edward siempre ha tenido dos reglas sobre beber: (1) no bebas solo, y (2) no bebas cuando est s de malas. No quiero admitir que he roto una de esas reglas; si alguna vez hubo un momento para ser feliz, es este. Voy a la ciudad, a la fiesta de un estudiante de último año con mi guapo novio. Aunque tengo que admitir que, aunque Lee es muy atractivo de entrada (por ejemplo, recién levantado, con el pelo sin lavar, con los ojos rojos por no dormir), lo lleva a otro nivel cuando sale. Tiene su abundante cabello castaño un poco húmedo, un poco desarreglado. Sus *jeans* le quedan flojos en la cadera, acentuando su abdomen de lavadero y sus largas y magras piernas. Incluso esos andrajosos tenis le están empezando a quedar bien. Y además huele bien, como a aroma de Navidad, aumentada por la fresca fragancia de su loción de siempre. Hundo mis manos en las de él, disfrutando la sensación.

—Te ves increíbles, Aves. —Su voz apenas se escucha por encima del escándalo de la música, pero me encanta, porque eso significa que el cumplido es solo para mí. No hay nadie para escucharlo, nadie para ponerlo en duda o abaratarlo.

Le sonrío mientras el conocido cosquilleo del vodka recorre mis venas. Besa mi sien, que se siente más caliente.

— Aloha! —Gruder jala a Lee en un abrazo varonil y le da unas palmadas en la espalda con la fuerza suficiente como para perforarle un pulmón—. Qué genial que hayan venido, amigo.

—S . Oye, gracias por invitarnos.

—No hay de qué, amigo. Me alegra que vengan. —Cuando los ojos empañados de Gruder pasan a mí, observa sin pena mis senos, mi cadera y mis piernas descubiertas. El vestido que Lee eligió para mí, un escándalo rojo con cuello *halter*, los acentúa.

—Avery, mujer. Te ves increíble. —Luego, con una voz reservada para cortesías comunes—: Horrible lo que les pas ...

—Linda casa. —Entro al lugar. Cuando lo hago, paso lo suficientemente cerca de él para sentir el pelo de su pecho que sale del cuello de su camisa —.  Creciste aquí?

—Nop. Mi papá es de Boston, pero se mudó al oeste y conoció a mi mamá después de que él y su primera esposa se separaron. —Abre la puerta de par en par y nos deja entrar. La gente contiene el aliento mientras entramos, evaluando a cada invitado. Es el tipo de casa que se encoge a tu alrededor, te hace sentir gigante en los estrechos pasillos y los cuartos abarrotados. Las escaleras se tuercen hacia arriba, y la húmeda oscuridad está punteada por ocasionales luces rosas, azules y blancas. La casa vibra con la iluminación, la gente, el ruido. La música se fusiona con el caótico zumbido de los sonidos mezclados y los pies que azotan el suelo. Doy un trago a mi bebida y cierro los ojos con fuerza, regalándome un momento de paz.

—*Wow* —dice Lee sorprendido—. De verdad echaste la casa por la ventana.

—¿Y? —pregunto, metiéndome—. ¿Invitaste a Colin?

Lee palidece. Gruder se permite una pequeña sonrisa.

—¿Qué? ¿El héroe del accidente aéreo? Nop. No lo invité.

—¿Por qué no?

—Pues, para empezar, Lee lo odia. —Gruder le da un golpecillo a Lee en el pecho—. Solo que no le gusta hablar de eso.

—¿Lo odias?

Lee comienza a explicar, pero Gruder lo interrumpe.

—¿No te enteraste? Shea le quitó su lugar en uno de los relevos. O sea, el entrenador no tuvo mucha opción, Shea nadó más rápido, pero aun así. Apesta que te saquen el día antes de las eliminatorias.

Volteo hacia Lee.

—¿Ibas a nadar en las Eliminatorias de Otoño?

—Sí, pero... —Mira el piso, lo cual lo hace parecer más pequeño y vulnerable de algún modo—. Ya no importa.

—Tiene razón, no importa —dice Gruder—. Shea dijo «que se jodan» y no se apareció en la competencia. Todo el equipo de relevos tuvo que salir porque los relevos B ya habían nadado.

Las piezas empiezan a acomodarse en su lugar.

—Y todos los del equipo de relevos A...

—Perdieron la oportunidad de calificar para los Nacionales. Sí. —Gruder choca una mano en la espalda de Lee—. Lo siento, amigo. Mira, si te hace sentir mejor, escuché que el tipo se fue para siempre.

—No —dice Lee, y aparta la mano de Gruder—. No le desearía eso a nadie.

—Sí, sí. Eso no es lo que dijiste hace unos meses.

—Ya lo superé. —Lee tiene problemas para sostenerme la mirada. Si tiene una explicación para el encuentro de la taquería, no me la da.

El aliento apestoso de Gruder me da en la cara mientras se acerca más.

—En cualquier caso, no, no lo invité. ¿Por qué? ¿Acaso se puso, ya sabes, un poco primitivo en el bosque...?

—Cállate, Gruder —grito, lo cual le sorprende a Lee más que a mí, pero Gruder se ríe. Con un extraño orgullo, nos guía por la claustrofóbica arquitectura de la casa. El foco de la cocina está roto, y los trozos del vidrio están tirados sobre los mosaicos del suelo. De vez en vez, el sonido del vidrio triturado se abre paso entre el golpeteo constante de la música rap. Una rubia desaliñada que decidió andar descalza deja un rastro de sangre a su paso.

La mayoría en la multitud, incluyendo a la rubia, se halla reunida alrededor de dos barriles de cerveza junto a la ventana. Uno es para servirse y el otro para socializar. Tres chicas con vestidos reveladores rodean el segundo, susurrando y soltando risitas cuando Lee pasa por ahí. Yo les sonrío un poco; bueno, quizá es una sonrisa ligeramente odiosa, y ellas bajan la mirada hacia la espuma que gira en sus vasos. Comienzan a reírse de nuevo cuando salimos del cuarto.

Vemos a otras cien personas antes de encontrar al hermano mayor de Gruder, a quien sus amigos también le dicen Gruder, lo cual termina por confundir a todos. Podrían ser gemelos, con su rizado pelo en el pecho y sus cabezas gruesas y achaparradas. Pero el Gruder grande claramente no es un atleta. Tiene una gruesa barriga y brazos regordetes. Sus entradas crecen a un ritmo olímpico.

Señala con un movimiento de cabeza mi mermado trago de arándano.

—¿Quieres más?

—Sí...

—Nah, creo que está bien así —dice Lee. Aprieta mi mano pero no me mira.

—Acepto un poco más —le digo al Gruder grande. Suelto la mano de Lee pero no me atrevo a mirarlo a los ojos. No importa; su mirada abre un

agujero en mi cabeza mientras el Gruder grande me sirve un abundante vaso de alcohol.

—Aves, solo digo...

—Ya sé. Llevarla con calma.

—Apenas son las once, ¿sí? Intentemos llegar a la medianoche.

Avanzo hacia la cocina, pero me toma de la muñeca.

—¿Traes tu teléfono?

—Eh... —Rebusco en el área donde deberían estar mis bolsillos. No hay bolsillos. Tampoco abrigo. Seguro me lo quité antes.

Lee frunce el ceño.

—¿Dónde está tu abrigo?

—No sé.

—Creo que está en la cocina. Lleva tu teléfono contigo, ¿de acuerdo? Por si nos separamos.

—Estamos en una casa, Lee. —Mi voz suena gruesa y pastosa y articulo las palabras un poco mal. Me digo que lo intentaré con más ganas la próxima vez; no es lindo verse borracha.

—Solo hazlo, ¿sí? Por favor, hazlo por mí.

—De acuerdo.

Me mira mientras sigo al Gruder grande hacia la cocina. A pesar de los calentadores rotos en todos los cuartos, la casa es un sauna. El sudor corre por las partes traseras de mis piernas desnudas. Tengo el cabello empapado, las puntas se enroscan como lo hacen en las tardes húmedas. Incluso mis músculos se sienten lentos y lánguidos, como si estuviera caminando en arena.

El Gruder grande me toma de la mano, «oye, oye», y me guía entre la multitud. Los barriles de cerveza están en sus posiciones asignadas. Un enorme borracho idiota intenta recuperar el equilibrio mientras otro sostiene el grifo en su boca. Todo me parece un poco tonto.

—¿Qué te da risa? —pregunta el Gruder grande mientras pone un vaso rojo frente a mi cara. Tiene las mejillas sonrojadas y regordetas, como un Santa Claus más joven y moreno.

Ni siquiera me di cuenta de que me estaba riendo.

—El juego de beber cerveza de cabeza.

—¿Quieres jugar?

—Eh. No, no creo...

—Ándale.

Y entonces ahí estoy. Con un vestido. Hago algunos intentos de evitar que se me suba hasta la cadera, pero no es como que mi dignidad sea una prioridad en este momento. El chorro de cerveza cae en mi cara y en casi todas partes menos mi boca. Para cuando estoy de pie de nuevo, mi vestido está arruinado y mi cabello ha perdido su encanto. Al Gruder grande no parece importarle. Gira los rizos empapados entre sus dedos y lame las puntas.

—Oye —digo, ya sin importarme si arrastro las palabras o no—. ¿Quieres ir a Dorchester?

Sonríe, pero es más como un gesto de pervertido.

—¿Dorchester? ¿Por qué diablos quieres ir ahí?

—Porque conozco a alguien.

—Oh, oh. Espero que no sea un amantillo. —Me guiña un ojo como si esperara que eso fuera exactamente.

—No —digo, molesta y sorprendida por la contundencia con la que suena.

El Gruder grande no parece notarlo. Sigue, con un brillo en las pupilas.

—Oye, yo no te juzgo. Podemos ir si quieres.

Los pensamientos revolotean dentro de mí: los escucho, reacciono y los olvido. El Gruder grande sigue hablando, sin darse cuenta de mi revolución interior.

—Entonces... —dice con malicia en los ojos—, ¿quieres ir?

—¿Ir a dónde?

—A Dorchester.

—Ah. —Acomodo los pliegues de mi vestido empapado de cerveza. De alguna forma mi collar de plata se ha caído en mi pecho y Gruder grande mete la mano para sacarlo. Estoy admirando el gusto de Lee en joyería —me dio este collar para mi cumpleaños diecinueve—, cuando Gruder grande toma mi mano y me saca del cuarto. De las bocinas que hay por toda la casa sale una música que retumba en los oídos y suena incluso en el baño. Casi me tropiezo con el abrigo de alguien antes de darme cuenta de que es el mío. Al menos lo parece. Lo lanzo sobre mis hombros y sigo al Gruder grande hacia afuera. La música que flota a nuestro alrededor se corta y el lento y melodioso lamento de *Auld Lang Syne* llena la noche.



—Feliz Año Nuevo —susurra el Gruder grande, pero su intento de romanticismo suena como un jadeo. Da un trago de su cerveza e intenta darme un beso baboso.

Me giro justo a tiempo. Lee. «¿Dónde diablos está Lee?» Los recuerdos de besar su mentón recién rasurado y estrechar su mano se sienten como vestigios de otra vida, aunque solo fue hace unas horas que pasaron esas cosas. Aún estoy intentando procesarlo cuando el Gruder mayor abre la puerta de un coche de golpe y me lanza a su interior.

—¡Oye!

Abro la puerta de una patada mientras él se sube al lado del conductor. Toma mi codo y me jala de nuevo al interior con la fuerza suficiente para causarme dolor. Me voy hacia atrás y lo golpeo en el mentón, pero le doy de lado. El alcohol me inunda por todos lados, es como fango en mi sangre. El Gruder grande no parece ni un poco afectado por la bebida. ¿Tomó siquiera? ¿Planeó esto? Intento patear de nuevo la puerta, pero la cerró usando el seguro para niños. No abre. Estoy atrapada. «Atrapada.»

El *flashback* me golpea con fuerza y de repente. Se cuela entre mis dedos y sube por mi espalda, encontrando su blanco justo en medio de mis ojos. Mi visión cambia. Gruder ya no es un feo veinteañero con quijada cuadrada y ojos malvados. Es enorme, con ojos rojos, jadeante. El interior del coche se desvanece hasta convertirse en un escenario salvaje y cubierto de nieve. Un niño grita.

¿O soy yo, atrapada en una aterradora nada?

## 14

La peste a sangre y sudor anuncia la presencia de un monstruo de más de cuatro metros. Un oso *grizzly* sale de golpe de entre la maleza, sacudiéndose la nieve de los hombros mientras avanza partiendo el aire. Me mira con rabia, rugiendo tan violentamente que suena como un grito.

Sé algunas cosas sobre los osos, gracias, de nuevo, a mi papá. Él nos enseñó a mí y a mis hermanos cómo hacer fogatas con agujetas y cómo atrapar pescados con ramas, pero también se aseguró de que supiéramos cómo sobrevivir a un encuentro con carnívoros. Lo primero: hablar todo el tiempo, dejar que el oso sepa que estás ahí. Luego, retroceder lentamente, esperar que entienda tu mensaje y que te deje en paz. Si no lo hace, busca algo para golpear. Los osos odian el ruido tanto como la gente. Si estas técnicas fallan, quédate donde estás. Jamás corras.

Este oso no tiene intención de retroceder. Sus patas son del tamaño de las puertas de un auto y las garras van a juego. Su hocico brilla en el albor de la mañana. Me mira, me contempla y muestra los dientes.

Yo hago ruido, grito y lanzo piedras hacia los árboles. Los niños seguro ya están despiertos, y solo puedo rezar por que Tim sea lo suficientemente fuerte para retenerlos.

—¡Vete! —grito—. ¡Déjanos en paz!

El oso se tambalea sobre sus patas frontales, listo para atacar.

«Jamás corras.»

Tiene los ojos blancos y llorosos, los míos están inyectados de sangre y son de un verde muy humano. Me pregunto si este oso habrá visto a alguien como nosotros alguna vez. Me pregunto si se habrá comido a alguien como nosotros.

Doy un lento paso hacia adelante. Esto no es exactamente un ataque, pero se acerca. Grito y berreo e intento, frenéticamente, encender el transceptor. El botón de encendido y apagado no responde. Las pilas deben de estar descargadas. Luego, increíblemente, comienza a pitar. Un sonido bajo y sonoro, pero suficiente para perturbar el silencio. Comienzo a ondearlo, convirtiéndolo en un destello de color y ruido.

El oso ruge.

—Este es nuestro territorio. —Doy un paso más—. ¡Vete!

Casi cuatro metros nos separan, una distancia que un oso probablemente puede cubrir en menos de un segundo. Definitivamente lo suficientemente cerca para estirarse y pulverizar mi cráneo con una sola zarpada.

Patea la nieve y su furia se mezcla con la confusión, la decisión o el instinto maternal en ciernes que todas las especies comparten. Cualquiera que sea la razón, me lanza una mirada final, se da la vuelta y desaparece entre los árboles.

Cuando el tiempo vuelve a ponerse en marcha, se ve así: Tim sale corriendo del fuerte, seguido por Liam y Aayu. Rodean mi cadera con sus brazos, hunden sus rostros en mi abrigo. Mis piernas se derrumban debajo de mí. La nieve se revuelve a nuestro alrededor, cubriendo nuestras cabezas y hombros como polvo de hadas.

Y entre todo eso, un pensamiento apabullante: «Colin».

«Colin.»

Su recuerdo, o quizá solo su pérdida, me trae de regreso a la realidad. El Gruder grande está manejando como un maniaco, con sus ojos enloquecidos por la lujuria y el desenfreno. Mi vestido está subido hasta el borde de mi ropa interior, mucho más arriba de donde debería estar.

Conforme mi visión se aclara, giro la cabeza para observar al hermano de Gruder. Lo odio. Odio el alcohol, el juego de la cerveza, el maldito secuestro, pero sobre todo odio la forma en que me llevó de vuelta a ese lugar. Al lago, al oso, al terror.

Impulsada por esta ola de rabia desinhibida, tomo el volante y lo jalo con fuerza a la derecha. El Gruder grande grita como una niñita. Lucha por tomar el volante mientras los faros giran en la oscuridad, las imágenes y sonidos del sur de Boston pasan a toda prisa. Una de las ventanas se baja por su propia cuenta, y el primer aliento de enero me azota como un chorro de agua fría. Inhalo, disfrutando el sabor de la libertad.

Las llantas derrapan en hielo negro una y otra vez, hasta que el coche simplemente sale girando. Se detiene en unas líneas amarillas decoloradas cuando una llanta se atasca en un bache. El exhausto mofle tose una vez, como si confirmara que se acabó la diversión. El Gruder grande arranca sus manos del volante, se lanza hacia adelante y vomita una mezcla de cerveza y trozos de comida china. Le doy un fuerte empujón a la puerta del coche. Esta vez se abre fácilmente, como si al fin el mundo exterior estuviera listo para recibirme.

Ha comenzado a caer una nevada ligera que se derrite en los pliegues de mis manos. Camino hacia una hilera de casas pálidas, algunas iluminadas

por el brillo fantasmal de las televisiones, otras completamente oscuras. Hay un merendero en la esquina, que languidece entre faroles amarillos, con una «E» apagada de manera que se lee Merendero – Comida cali nte 24/7. Unos cuantos viejos comen adentro y sostienen tazas blancas.

El sonido de unas llantas sobre una carretera con baches resuena en algún lugar detrás de mí y luego se pierde en la noche. Eso también comienza a sentirse como un recuerdo. El barril de cerveza, el casi beso, el azote de una portezuela que estremece mis oídos. El rostro cachetón del Gruder grande se desvanece en mi subconsciente como una voluta de humo.

La puerta cascabelea cuando entro. Una mesera robusta me dirige un saludo seco y señala hacia uno de los gabinetes junto a la ventana. El menú llega poco después.

—¿Qué quieres? —Me sirve una taza de café al preguntarme esto.

—Eh... —Las palabras están borrosas, pero el recrujir de la freidora hace que el menú sea irrelevante. Quiero huevos. Quizá unos *hotcakes*.

—¿Y bien?

—Dos huevos, término medio... —pido de memoria. Las meseras de los merenderos odian que leas el menú. No saber qué quieres te hace ver como una *amateur*—. Y unos cuantos *hotcakes*.

Azota los pies al irse; su impecable uniforme blanco contrasta con el cálido interior del merendero. Los gabinetes cafés dan una sensación acogedora y usada, como de sala de los abuelos. Los pisos lucen barridos y los cubiertos brillan. El aire de limpieza y eficiencia habla de un negocio lleno de orgullo de alguien a quien le importa.

El café es un sueño: caliente y fresco, hecho por los dioses del merendero. Mientras lucho con ambas mangas para liberar mis muñecas, se me ocurre por qué es tan difícil quitármelas: traigo el abrigo de mi papá.

Me doy cuenta de esto en cámara lenta, como si intentara resolver un acertijo sencillo. Observo los botones cuando vuelve la mesera.

—¿Esto es tuyo? —Me enseña un celular.

—No.

—¿Segura? Porque lo encontré justo debajo de tu mesa. «Jusssto», «messsa». Su acento me recuerda cada película sobre la mafia que se ha filmado en esta ciudad. Y de una forma sutil aunque más inmediata, me recuerda a Colin.

Pone el celular frente a mí y sigue sus rondas de café. La imagen de la pantalla parece conocida..., de hecho es una foto mía. Bronceada y sonriendo pero desprevenida; el tipo de foto que significa algo para alguien.

Reviso la lista de contactos. Compañeros de equipo, el entrenador, Gruder..., hay cerca de cien llamadas perdidas tan solo en la última hora. Qué raro.

Le doy un trago a mi taza. El reloj antiguo en la pared señala que pasa de la una.

«Oh, no.»

Es el teléfono de Lee. Busco torpemente entre las llamadas perdidas, todas enviadas desde mi teléfono. Claro. Debe de tener mi abrigo y, por tanto, mi teléfono. Y mi cartera. Y todo lo demás.

Esto no está bien.

Mis dedos se deslizan sobre un menú de cientos de nombres. Chicas con extrañas descripciones (Rita Dientes Separados, Marie Arete en la Lengua, Elisa Religiosa...). Chicos que se identifican por sus iniciales. Luego los difíciles de catalogar: Entrenador Maldad, Churro...

Shea.

Al seleccionar el número se abre un mensaje de texto. Todo parece bastante inocente: una pantalla vacía, nada más, sin periodos ansiosos de espera ni silencios incómodos. Mucho menos personal que una llamada, pero más casual que un *e-mail*. Además estoy ebria, así que todo parece buena idea en este momento. Ignoro las cuarenta y ocho llamadas perdidas y escribo un mensaje.

«¿Estás despierto?»

Presiono enviar. Sin dudarlo, sin sentir si quiera un poco de nervios. Me sale naturalmente, como algo que he hecho cientos de veces.

La mesera vuelve con un humeante plato de comida y prácticamente lo arroja sobre la mesa. Al principio creo que está enojada conmigo, pero no, así es su estilo. El golpeteo de platos es la música de elevador de este lugar.

—Gracias.

Gruñe como respuesta y se da la vuelta para volver a la cocina. Miro el teléfono. La luz parpadea con un nuevo mensaje.

«¿Eres Avery?»

Envié tres pequeñas palabras desde el celular de Lee... «¿Cómo puede saber que fui yo?» Quizá los chicos no se preguntan entre ellos si están

despiertos en Año Nuevo. O quizá lo hacen. No lo sé.

«Estoy en el merendero de»

De hecho no tengo idea de dónde estoy. Abro un menú que encuentro entre los saleros. La Timonera. Borro el mensaje anterior y en su lugar escribo:

«Estoy en La Timonera.»

Enviar.

Pasan diez segundos.

«¿Estás bien?»

Ignoro los moretes de mi antebrazo y alejo ese pensamiento. Estoy tan cansada de que la gente me pregunte eso: «¿Estás bien? ¿Segura?».

Envío una respuesta: «Estoy bien».

Nada por un rato. Luego: «Bueno».

El teléfono vibra dos veces más, ambas de «Aves», antes de que pueda escribir una respuesta. Las descarto y observo el cursor parpadeando.

«¿Vienes?»

Enviar.

Una pausa más corta.

«Llego en diez.»

Cierro los ojos, procesando lo que acabo de hacer. Colin viene. En diez minutos. Porque yo se lo pedí.

Puedo deshacerlo. Puedo hablarle y decirle que no me mande mensajes, ni me escriba ni interactúe conmigo de ninguna manera nunca más. Y él cumpliría esas peticiones porque respeta las decisiones que he tomado, no importa cuán egoístas o desinformadas sean.

Tecleo un segundo mensaje, esta vez a «Aves»/Lee: «Estoy bien. Me quedaré en la casa de un amigo».

Otras dos llamadas perdidas. La pequeña luz azul de la pantalla parpadea con un nuevo mensaje.

«CONTESTA EL TELÉFONO.»

Otra llamada perdida. Me siento tentada a apagarlo, pero la siguiente llamada de Lee probablemente será a la policía de Boston. Presiono el número de llamar y espero su diatriba. Contesta después de un solo timbrado, pero no es rabia lo que escucho del otro lado. Es miedo.

—¡Aves! —Exhala como si hubiera estado conteniendo el aliento durante horas—. ¿Dónde diablos estás?

—En casa de un amigo.

—¿Cuál amigo?

—Eh...

Me interrumpe.

—Alguien te vio irte con el horrible hermano de Gruder. ¿Estás segura que estás bien? Tengo muy malas referencias de él.

—Sí. Lo boté. No te preocupes por eso.

Escucho el tono ahogado de Gruder, luego a Lee diciéndole que se calle. Baja la voz cuando vuelve a la línea, como si toda su bravata lo hubiera abandonado de pronto.

—No puedes decirme eso y nada más, Aves. —Su siguiente inhalación se atora en su garganta—. No puedes.

—Lee, lo siento. Estoy bien. Te lo juro.

Lo escucho sentarse, y el resto es fácil de visualizar: se frota su cuello con una mano, con la otra toma el teléfono como un salvavidas. Antes del accidente, nuestra relación era cómoda, los buenos tiempos eran geniales y los malos no existían. Nuestras máximas peleas eran sobre a qué cafetería ir a comer o a qué fiesta llegar primero una noche de sábado. Los dos éramos productos de infancias encantadas. Familias con padre y madre. Ingresos fijos. Sin tragedias reales salvo la muerte de una mascota.

Pero las cosas son distintas ahora. El proceso de unir las cosas de nuevo cuando las piezas ya no encajan se está volviendo una realidad no solo para mí sino también para él. Para nosotros. Habla conmigo como si estuviera recubierta de cristal. Toma mi mano como si pudiera, en cualquier momento, desintegrarme. Cuando me mira, parece estar buscando en lo más profundo de mi alma.

—¿Lee?

Suspira, dejando que el distante sonido de la música flote entre el silencio.

—Necesito saber que estás bien. Es todo lo que te pido.

—Estoy bien, lo prometo.

—Pon a tu amigo en el teléfono.

—¿Mi amigo? —Mi voz suena como un chillido.

—Con el que te vas a quedar. Pásamelo.

El cascabeleo de la puerta frontal me alerta de la entrada de un nuevo cliente. De cierta forma, todo parece predestinado. El momento de la



pregunta, el sonido de la campana. El acomodo de los asientos en un avión. La falla de un motor que había funcionado cientos de veces y que se descompuso mientras estábamos volando sobre uno de los terrenos más salvajes de Estados Unidos. Todas estas cosas me trajeron aquí, a este momento, como una obra de teatro. Estos son los momentos que hacen que el mundo gire sobre su eje. Esto es por lo que estoy aquí. Viva.

Colin.

Me encontró.

## 16

Les sacudo la nieve y acompaño a los niños de regreso al interior del cobertizo.

—¿Dónde está Colin? —pregunta Liam. Aayu comienza a llorar.

Tim no dice nada, pero su ánimo lúgubre es un reflejo del mío. Cuando piensa que no estoy mirando echa un vistazo a la puerta, esperando que se abra.

Nos acomodamos apretándonos unos contra otros, maximizando el calor corporal. Un viento frío se cuela por las rendijas del fuselaje, burlándose de mí en cada milímetro de piel que no está cubierto. Al menos los niños están envueltos. Liam y Aayu finalmente se quedan dormidos, pero Tim continúa sorbiéndose los mocos mientras jala los hilos de su pasamontañas. Le dije que se lo quitara un momento porque estaba muy mojado, y ahora lo sostiene en su regazo como un premio de consolación.

—Lo encontraré, Tim. —Tomo su mano y la aprieto. Sus guantes son rojos y azules, con un estampado de la mascota de los Patriotas. Apenas puedo sentir sus dedos a través del grueso material.

—Dejó de silbar.

—Debió de tener una razón.

Jala uno de los hilos hasta que se suelta.

—¿Y si hay más osos?

—Pues aquí viven. ¿Cómo te sentirías si un oso entrara en tu casa y durmiera en el suelo?

—Me enojaría.

—Yo también. Pero ¿qué tal si el oso te explicara que estaba perdido y que necesitaba un lugar donde quedarse durante un tiempo?

—Los osos no saben hablar.

—Es cierto, no saben. —La lógica de Tim me hace sonreír; apuesto diez dólares a que a este niño le encanta ir a la escuela cada mañana—. Aun así podemos comunicarnos. Como con el oso que nos acabamos de encontrar... No hablamos el mismo lenguaje, pero ambos nos hicimos entender.

—¿Cómo?

—Pues, para empezar, tu radio lo molestó mucho.

El brillo de sus ojos verdes le da calor a mi corazón.

—¿Lo hizo?

—Muchísimo.

—Una de las maletas tenía pilas. —Dobla sus manos en su regazo, y en ese momento se ve como el niño de primero de primaria que probablemente es—. Eso es todo lo que hice.

—Pues hiciste mucho, Tim. Nos lo quedaremos para que se mantenga alejado.

—¿Y si no?

—Lo hará.

—¿Por qué?

—Porque se lo dije.

—¿Tú mandas?

Asiento, aunque lo último que sentí en ese lugar fue que yo mandaba. Me sentía como alimento para oso.

—¿Segura?

—Totalmente.

—¿Y Colin? ¿Lo molestarán a él? —Jala su gorro para acomodarlo por debajo de su nariz mucosa, hasta su mentón tembloroso. Espera mi respuesta con terca paciencia, y el sentimiento que se agita dentro mí no es solo dolor, me quema.

—¿Avery?

—No. No lo molestarán.

—¿Segura?

—Totalmente.

Tim se acerca un poco más. Vuelvo a ponerle su capucha y la amarro alrededor de su quijada. Su gran tamaño lo hace verse como un esquimal miniatura. Los bordes de peluche realzan el efecto.

—Mi mamá y mi papá están muertos —dice después de un rato. El tono inexpresivo y resignado con el que lo dice hace que mi estómago se tense —. ¿También Colin está muerto?

Tomo su cara entre mis manos.

—No —le digo—. No está muerto.

—¿Segura?

Esta vez no lo dudo. Esta vez los rastros de incertidumbre en mi voz se han ido.

—Totalmente.



Los niños duermen en un estado de despreocupación. Dedico la siguiente hora a observar la tormenta, que pasa por varias fases de su vida natural: una ventisca de nieve y ráfagas de viento, los ocasionales ululatos del aire, el silencio que les sigue. En esos momentos, encuentro el tiempo y el espacio para pensar.

Colin no se habría lanzado a nadar sin calcularlo desde todos los ángulos. Habría intentado minimizar la distancia y, por tanto, el esfuerzo. Salió al alba para tener tiempo y caminar de regreso si era necesario. Pero los silbidos me dicen que nunca llegó al agua.

Sonaban cercanos, demasiado cercanos. Pero ¿para qué hacernos señales? Si es que en realidad eran una señal. En cuyo caso podría estar herido o incluso perdido.

No puedo dejar a estos niños durante todo un día, pero tengo que hacer algo. Colin me buscaría si la situación fuera al revés. No lo dudaría. La única diferencia es que él cargaría a los tres niños en sus brazos. Yo apenas puedo con uno.

Despierto a Tim con unos ligeros empujones.

Ve que sostengo un neceser lleno de lo que queda de nuestros alimentos. En este caso: una bolsa de caramelos y tiras de fruta seca que encontré metidos en un cierre. Les echa un vistazo a los dulces y luego a mí.

—¿Te vas? —Me mira como si acabara de asesinar a un cachorrito.

—Voy a buscar a Colin.

—Ah, bueno, está bien. ¿Puedo ir?

Me acerco a él. Se ve extrañamente pálido, su frente está sudorosa.

—¿Estás bien, Tim?

—Sí —dice. «¿Un niño de seis años me mentiría?» Siento la piel de su frente: está tibia, pero no febril; aún no, al menos.

—¿Seguro?

—Sí —responde, un poco contrariado. Quito mi mano, con su sudor colgando de las puntas de mis dedos. No se ve bien, pero claro, ninguno de nosotros está de lo mejor. Quizá solo tiene frío.

Acomodo otra bufanda alrededor de su cuello.

—Tim, necesito que te quedes aquí.

Asiente como si ya se lo esperara.

—Necesitas que cuide a Liam y Aayu.

—Sí.

—¿Y si no me hacen caso?

—Lo harán. —Subo el cierre de su abrigo hasta su mentón—. Ellos te admiran.

Mira sobre sus hombros, inseguro.

—Recuerda lo que dije. Eres el jefe del fuerte ahora.

No estoy segura de dónde saqué eso de «el jefe del fuerte», pero a Tim parece gustarle. Me echa una mirada seria y adusta. Casi sonrío, pero hacerlo heriría su orgullo. En vez de eso, le doy las tiras de fruta y los caramelos y le digo que está a cargo.

—Pero no le des caramelos a Aayu. Creo que es demasiado pequeño. Y mantén el transceptor perdido. —Aprieto la mano de Tim—. Volveré en una hora, lo prometo.

—¿Segura?

Esta vez, lo decimos juntos:

—Totalmente.



El cielo es de una tenue paleta de negros, grises y blancos. Como nativa de Nueva Inglaterra he visto bastante nieve, pero nada como esto. Los finos copos blancos se evaporan hasta convertirse en nada, mezclándose con el

cielo gris. Es una calma falsa, el ojo de la tormenta. Las nubes moteadas me dicen que la Madre Naturaleza solo se está tomando un descanso.

Viajo ligera: ropa interior larga, dos pares de pantalones, un abrigo, dos suéteres, tres camisetas y un par de botas de una maleta que llegó a la orilla ayer. Las botas son al menos tres tallas más grandes que mis pies, y los guantes estilo camuflaje y el gorro claramente fueron hechos para un leñador. Todo esto hace que mi andar sea lento y engorroso.

Lamo mis labios y suelto un suave silbido. Una parvada de pájaros cruza el cielo sobre mí. Silbo dos veces más, pero la única respuesta es mi propio eco, que rebota en las montañas hasta desaparecer en el mismo silencio exasperante.

Mi primer instinto es seguir el camino que probablemente tomó Colin. Después de diez pasos en el bosque, todo comienza a verse igual. Incluso si el sol logra penetrar las nubes, no tendré el beneficio de la luz del día. Las ramas son gruesas y están cargadas de nieve, oscureciendo mi vista del cielo. Mientras me encuentre en este bosque, parecerá que estoy en lo más profundo de la noche.

Con esto en mente, me doy la vuelta. La nieve, el pálido sol, las nubes que se mueven sobre mí..., todo se siente como una farsa, como una broma cruel e implacable. La nieve revolotea y cae sobre mí, en una exquisita danza con el viento. Me acerco al lago, donde de alguna manera todo se siente más claro, más posible. Mientras busco en el perímetro signos de color o movimiento, silbo hasta que se me entumen los labios.

Un tenue y diminuto sonido llega hasta mi conciencia, luego se desvanece. Lo escucho, lo dejo ir. La nieve se levanta a mi alrededor, suave como una caricia.

Pongo las manos en mis rodillas y me inclino hacia adelante, dejando caer mi mentón hacia mi pecho. Mi visión se reduce y todo lo que queda es mi propio reflejo brillante. Mis mejillas son de un rojo crudo y preocupante, mi piel muestra las deladoras quemaduras del sol y el viento. También veo mis ojos. Los ojos de mi padre. Los de Edward. Ellos encontrarían la forma de sobrevivir aquí. Ellos lo convertirían en un hogar.

Me pierdo en estos pensamientos, buscando consuelo en lo conocido, en recuerdos que de alguna forma podrían animarme. Pero no llegan. Mi única emoción es la pena. Mi único pensamiento, quizá más ruidoso que cualquier otro en toda mi vida, es cuán desesperadamente quiero encontrar a Colin.

Tim. Aayu. Liam. Pensar en sus rostros inocentes y quemados por el viento me trae de regreso. No puedo perder mi delgada conexión con la realidad, con la esperanza. Los niños me necesitan.

«Necesitar.» Tan peligroso como la esperanza, tan incierto como el futuro. Yo necesito a Colin Shea, y es un tipo de necesidad pura, motivadora. Lo entiendo ahora, y eso me da fuerza, me impulsa a seguir.

Vuelvo al bosque, caminando torpemente entre lomos de nieve. Norte, este, sur, todo se ve igual, especialmente ahora, después de sesenta centímetros de nieve. Pero la respuesta está ahí afuera, está cerca.

«¿Dónde estás?»

El árbol alto al otro lado del lago amenaza a través de la niebla. El Árbol de Tim, como él lo llama. La cabaña está en algún lugar cercano, un destino imposible.

Colin habría comenzado por la distancia más estrecha hacia el otro lado, que no es desde aquí. Recorro la arboleda, justo como Colin lo habría hecho. La nieve es más superficial, más fácil de andar. Está menos expuesto y por tanto unos cuantos grados más cálido, lo cual haría la diferencia al prepararse para una nadada como esta.

Veo un pequeño istmo que sobresale en el lago, quizá a unos ciento ochenta metros al sur del cobertizo. Esta pequeña tira de tierra le habría ahorrado cincuenta metros, una distancia que Colin puede nadar en veintidós segundos en un mal día, pero un lago de montaña en condiciones de tormenta de nieve no es una alberca olímpica. Él habría querido esos veintidós segundos. Habría luchado por conservarlos.

Desde aquí también es visible la cabaña. Apenas se percibe, pero parte del techo está expuesta. Quizá la vio, o quizá no. No estoy segura de que importe. Él sabía que estaba ahí.

«No debiste haberlo hecho. Es una locura.»

Me doy cuenta ahora. La distancia es demasiado grande y las condiciones demasiado adversas. Quizá volvió. Quizá decidió...

«Ahí.» Me doy la vuelta de golpe. El sonido es tan leve que casi resulta inaudible: agitado, con una dureza que me hiela la sangre. Viene del bosque.

Avanzo con lentitud junto a la primera fila de árboles a pesar de que la sensatez me dice que no lo haga. Hundo las botas en la nieve más superficial y suave. Las sombras me conducen a una inhabitable nada.

Comienzo a recitar los escalofriantes poemas de Emily Dickinson sobre la muerte porque son las únicas palabras que me vienen a la mente. Con suerte serán suficientes para mantener a los osos alejados.

Tres árboles se ciernen sobre mí: arriba, alrededor, por todas partes. Las líneas de la poesía se convierten en cantos sin aliento, y entonces estoy gritando. «¡Colin!»

No hay respuesta. Ni un solo sonido, ni un silbido del aire. Una ráfaga de viento serpentea entre los árboles y una columna de niebla se levanta bajo mis pies.

Bajo la vista hacia mis botas.

Y ahí, medio enterrada en la arena, está la camiseta roja de Colin.



Cuando Colin entra a la acogedora luz del merendero, todo lo demás desaparece. El teléfono queda momentáneamente olvidado. Lee está olvidado. Todo se condensa en el pequeño espacio que nos separa, un paréntesis que se siente imposible y sencillo a la vez.

Nuestros ojos se encuentran al mismo tiempo. Los suyos son de un azul oscuro y tempestuoso, más intensos que nunca. Como yo, se ve sorprendido, sin aliento. Me pregunto si está esperando que yo salga corriendo.

—¿Mesa para uno? —le dice con rudeza la mesera, justo como me lo dijo a mí. Colin le muestra su sonrisa tímida y eso la suaviza como mantequilla sobre el pan. O quizá es el traje, gris oscuro, diseñado hasta la perfección. Un delicado detalle sobre su magro y poderoso cuerpo. La corbata hace juego con los toques de gris de sus iris, un color sutil y clásico. Nunca antes lo había visto con traje. Nunca lo había visto en nada más que trajes de baño, camisetas y la ropa militar que rescatamos en el vuelo 149. O sea, *wow*. Simplemente no sé qué más decir, redefine el concepto de verse mejor arreglado. Jalo el abrigo de mi papá sobre mis hombros, apenas de pronto por mi vestido manchado de cerveza.

Colin se desliza en el gabinete, sosteniéndome la mirada todo el tiempo. Es Lee quien rompe el silencio con su voz desde la bocina. Debo de haberla prendido por accidente.

—¿Aves? ¿Estás ahí?

—Sí.

Colin mira el teléfono con un ligero toque de... ¿preocupación? ¿Decepción? ¿Angustia? Y de pronto todo eso desaparece. Le paso el

teléfono.

Lee suspira escandalosamente y sigue expresando sus reclamos, sin saber lo que acaba de pasar.

—Mira, Aves, esta mierda...

—¿Lee? —La voz de Colin es silenciosa pero firme. Me sorprende lo conocida que suena, como si la hubiera estado escuchado todo el día—. Habla Colin.

La pausa es dolorosa.

—¿Colin? ¿Colin Shea?

—Sí, soy yo. Me encontré con Avery en un merendero de mi barrio.

Eso no es exactamente cierto. De acuerdo con la dirección en el menú, técnicamente estamos en Quincy, a unas calles de Dorchester. No es como que a Lee le importe o siquiera entienda la diferencia. Ayer describió Boston como una telaraña de grava.

—¿Te encontraste con ella? ¿Estaba sola?

—Sí.

—Mmh. —Lee lo medita durante un momento—. ¿Estás seguro que no había un tipo con ella? Chaparro, peludo, con cara regordeta.

—No lo vi.

—Bueno, eso no cambia el hecho de que le voy a patear el trasero.

Le quito el teléfono a Colin.

—Lee, no. Está bien. Me escapé.

Colin palidece en el mismo momento en que Lee pregunta:

—¿Hiciste qué?

—Nada. Mira, ¿podemos arreglar esto mañana?

—No. —La voz de Lee es tensa, controlada—. Voy por ti.

—¿En qué? Has estado bebiendo.

—En un taxi. Gruder me pedirá uno.

—¿En Año Nuevo? Buena suerte.

Lee lo considera, pero la molestia de su respuesta me dice que no le alegra. Escucho que Gruder dice algo como: «Puedes quedarte aquí», en parte como una oferta, en parte como disculpa.

—Pon a Shea al teléfono —me dice Lee—. Y quítame del altavoz.

Su tono entrecortado me lastima, pero hago lo que me dice. Colin toma el teléfono, frotándose el mentón perfectamente rasurado mientras escucha

lo que sea que Lee tiene que decir. Asiente con la cabeza unas cuantas veces; fuera de eso dice muy poco.

Después de un rato, me pasa el teléfono de nuevo. Lo llevo a mi oreja, aterrada de lo que vendrá, sintiendo el dolor de la sobriedad demasiado pronto.

La voz de Lee es apenas un susurro.

—Te amo, Aves.

Luego cuelga.

El contraste de color hace más lenta mi capacidad de formar un pensamiento coherente. Pasa momento antes de que me dé cuenta de que esta tira roja no puede ser su camiseta porque me la dio la noche anterior. Desperté con ella acomodada alrededor del cuello y bajo mis brazos.

No, ese rojo no es de una tela.

Es sangre.

Comienzo a sentir las arcadas. Pero no sale nada, no he comido nada sustancial en treinta y seis horas. Se siente como si mi cuerpo se estuviera rechazando a sí mismo, volteándose de adentro hacia afuera. Estos espasmos fuertes y estremecedores me hacen caer de rodillas. Mis ojos se llenan de lágrimas, provocadas por el frío o el dolor o algo más.

No se me ocurre que la sangre pueda ser de nadie más. Sé que Colin estuvo aquí; puedo sentirlo en el silencio vacío e infinito. Una parte profunda y desconocida de mí siente su ausencia. Él está aquí, en alguna parte, herido, perdido. Probablemente muerto.

Arranco una rama del árbol más cercano y la arrojo al vacío. No hay respuesta. No oigo ningún rugido enojado y burlón del oso que lo trajo hasta aquí. No hay nieve sobre el lienzo de las ramas de árbol. No me atrevo a mirar sobre mi hombro.

En vez de eso, bajo la mirada. La sangre dejó un rastro que, sin embargo, ya está mayormente enterrado; conduce hacia la profundidad del bosque. Si lo sigo, podría no encontrar nunca la forma de salir.

En un momento de mayor cordura, habría perdonado a Colin por intentar ayudarnos. En este momento, todo lo que siento es rabia. Una rabia profunda y espeluznante que comienza en lo más profundo de mi pecho y

colorea cada uno de mis alientos. Quiero gritar: «Tres niños. ¿Qué se supone que debo escoger entre tú y tres niños?».

Sé que mi hora casi ha llegado. Tim no aguantará mucho más.

—¡Colin! —grito hasta que el dolor en mi garganta empata con la agonía en todas partes—. ¡Colin!

Una sombra se cuela entre los árboles. Levanto la vista. El sol, increíblemente, se ha abierto paso entre las nubes, y un rayo de luz grisácea permea la penumbra. Brilla sobre las manchas de sangre de la nieve, causando un efecto demoníaco pero cautivador. Ahora veo adónde lleva el rastro.

Y ahí, en la distancia, tan lejos como puede llegar mi vista, veo la vacilante y encorvada sombra del cuerpo de 1.95 de Colin.

Comienzo a correr.



Lo encuentro desplomado contra un árbol; la nieve a su alrededor está saturada de sangre. Tiene los ojos cerrados y está quieto. No se mueve a pesar del escándalo que hice para encontrarlo.

—Colin. —Lo sacudo con fuerza—. ¡Colin!

Pellizco la punta de sus dedos hasta que la piel se pone blanca.

—¡Despierta!

Parpadea con rapidez al abrir los ojos mientras aparta su mano. Sus ojos azules reflejan la mirada aturdida y borrosa de alguien en *shock*. Pongo una botella de agua en su mano izquierda porque no será capaz de levantar nada con la derecha. La carne de su hombro ha desaparecido casi por completo.

—Tómate esto.

—¿Avery?

—Tómatelo.

Lo hace, y eso lo reanima un poco. Me quito todas mis capas exteriores: abrigo, dos suéteres, tres camisetas, dos pares de pants, hasta que estoy en mi ropa interior, ya sin importarme mucho la modestia. Tengo que detener el sangrado.

Observa con ojos cansados mientras desgarro las camisas y envuelvo con ellas su brazo y pecho. No puedo estimar cuánta sangre ha pedido, pero

es considerable. Hay algunas arterias mayores que cruzan la parte alta del brazo y el área del hombro, y lo único que puedo hacer es rezar para que no se haya abierto ninguna.

Intento ponerlo de pie, pero resulta un esfuerzo casi cómico. Es del doble de mi tamaño.

—¿Puedes caminar? —pregunto con tanto tacto como me es posible.

—Sí. —Se levanta, pero rápidamente se derrumba. Apenas se mantiene consciente y, si se desmaya, no tendré más opción que dejarlo atrás. Ya pasó una hora. Tenemos que apresurarnos.

—Intenta de nuevo —le pido.

Mi espalda grita de dolor mientras él se apoya en mí para sostenerse. Aprieto los dientes y pongo todas mis fuerzas en esos primeros pasos. «Será más fácil después de esto», me digo. Colin encuentra su ritmo, justo como lo hace en la alberca.

No hay nada parecido a una alberca en nuestro agónico camino por el bosque, pero Colin logra mantener un movimiento vacilante. Cada vez que cierra los ojos, lo levanto con un fuerte empujón. La sangre sale a chorros de su herida, dejando un rastro en la nieve. Mi único consuelo es que un oso hambriento ya nos habría matado.

Salimos de los árboles bajo un cielo que ya oscurece. Faltan ciento ochenta metros para llegar al cobertizo. «Un paso a la vez.» Se tropieza y yo lo atrapo. Sangra, y yo hago lo que puedo para contener el flujo. Casi llegamos.

«Casi llegamos.»

Después de lo que se siente como una eternidad, llegamos al cobertizo. Colin no tiene la fuerza para gritarles a los niños y yo me he quedado sin voz, pero igual lo intento:

—¡Tim!

Miro hacia la playa buscando señales de los niños, o al menos pequeñas huellas regadas por la nieve. No pueden haber ido lejos. Aun así, un pánico abrasador me recorre. «¿Y si fueron al bosque? ¿Y si...?»

—¿Avery? —Tim asoma la cabeza—. ¡Colin!

Tim se lanza hacia nosotros, pero se detiene en seco cuando ve la sangre. Quiero evitarle esto, pero Colin tiene que entrar.

—Tim, ¿puedes ayudarme con la puerta?

Jala hasta abrirla con toda la fuerza electrizante de un niño de seis años. Liam y Aayu están en la esquina con los ojos muy abiertos. Tim saca las tiras de fruta para distraerlos. Aayu cae en la trampa, pero Liam comienza a llorar.

—Colin está herido —comenta entre sollozos.

—Estoy bien, amiguito —dice Colin—. Estoy bien.

—Tienes sangre.

El mentón de Aayu tiembla.

—¿Sangre? —Lo pronuncia «zangue».

Mientras Colin se hunde en el suelo, le paso dos tazas más de agua.

—Bebe.

Lo hace, pero su brazo izquierdo tiembla ante el esfuerzo. Mis dedos buscan su muñeca para tomarle el pulso. Va muy rápido. Demasiado rápido. Si no está en *shock* aún, está jodidamente cerca.

—No te veas tan preocupada. —Colin intenta sonreír—. Es solo un poco de sangre.

«¿Un poco?» Pese a este comentario, Colin se niega a ver la herida. Ha demostrado su habilidad para recorrer una tundra congelada con una pierna herida, pero por alguna razón, la sangre parece perturbarlo. Como si prefiriera sentir el dolor más que hablar de él.

—Colin, esto es serio...

Quita mi mano de su muñeca, suave y respetuosamente, como si entendiera por qué estaba ahí, pero ahora quiere que yo piense en otras cosas. Su voz es amable, casi íntima.

—Está bien —dice.

Intento respirar pero no puedo. Las palabras no salen.

Recorre mi rostro con su pulgar, atrapando mis lágrimas en su piel.

—Está bien, Avery. ¿Te acuerdas? —Sé que habla del vuelo, pero en este momento se siente como si estuviera hablando de mi vida entera. Nadar. La escuela. El futuro. «Todo va a estar bien.»

—Ahora tengo que confesar algo. —Suelta una sonrisa, principalmente para mí, pero también para los niños.

—¿Qué?

—Me da un poco de miedo la sangre.

—¿Un poco?

—¿Eso me convierte en un gallina?

—Definitivamente —dice Tim con la más absoluta seriedad. Esto pone una muy necesaria sonrisa en el rostro de Colin, pero no duda. Su atención se dirige a los suministros que Tim ya ha reunido por mi solicitud: calcetines limpios, hilo dental, una aguja, pequeñas tijeras y agua. Gracias a Dios por el kit de costura de la profesionista.

—Necesito ver la herida. —Mantengo mi voz calmada, intentando recordar lo que mi papá me dijo sobre dar malas noticias. Sé directo. No lo endulces. Haz pausas para preguntas—. Por la cantidad de sangre y la formación de la herida...

—No te he contado sobre cómo me hice la herida —me recuerda.

—La presunta herida... —corrijo, en un primer intento de bromear con él—. Podría cerrar la herida con suturas.

—Suturas con hilo dental.

—Así es.

Aprieta los dientes.

—¿Podría pensarlo?

—No sé. Tengo que verla primero.

—¿Has hecho esto antes?

—Una vez. A mí misma.

—¿Te suturaste a ti misma?

—Sí. Mi papá me observó mientras me cortaba el brazo del codo a la muñeca, ensartaba la aguja y me cosía a mí misma. —Represento esto en cámara lenta mientras describo los pasos.

Colin echa un vistazo horrorizado a mi brazo.

—Es broma.

—Ah.

Tim nota mi cara y sonrío.

—¡Es sarcasmo! —dice, y Colin se ríe.

Aayu y Liam observan esta rudimentaria escena médica con asombro, juntando sus pequeñas manos con una atenta expectación. Espero que esto no los marque de por vida.

—Bueno —dice Colin. —Hagámoslo.

—Vas a estar bien.

—Lo sé. Confío en ti.

Mi papá me enseñó a suturar cuando tenía siete años. Mis primeros pacientes (¿sujetos de prueba?) fueron mis hermanos. Cuando uno de ellos



llegaba a casa con una cortada fea, papá me hacía atenderla, limpiarla y coserla si era necesario. Se sentía más como un castigo que como un privilegio, tanto para mí como para ellos. Por primera vez empiezo a entender por qué importaban esas lecciones.

El primer paso es valorar el daño. En suma, es considerable. Profundos tajos en la piel y el músculo, mucha sangre. Tendones expuestos y esquirlas de hueso. Colin usó parte de sus pantalones como torniquete y ha funcionado maravillosamente; la sangre que llena sus mangas tiene horas de haber salido y está casi seca. Tengo que admitir que estoy impresionada. La mayoría de las personas no aprietan lo suficiente un torniquete.

Me muevo rápidamente. Unas cuantas cortadas con las tijeras acaban con el abrigo, luego el forro polar, luego dos playeras de algodón. La capa más cercana a la piel es de una tela afelpada y está apelmazada con la herida, unos hilos morados se mezclan con el cartílago. Ninguno de los chicos, incluyendo a Colin, está mirando en este punto; Colin cuenta chistes para distraer a los más pequeños, y Tim cierra los ojos. Me alegra. Ahora que de hecho puedo ver la piel, está claro que algo atacó a Colin. Una serie de tajos del grosor de un dedo se extiende desde la clavícula hasta el bíceps; parece el resultado de un violento movimiento de ataque.

Colin mantiene la cabeza girada mientras yo investigo las heridas. Su cuerpo absorbió el embate del daño y tiene los músculos destrozados en algunas partes y los tendones brillantes, blancos y deshechos. El hombro mismo ha perdido su arquitectura compleja y elegante y apenas parece una articulación.

En resumen: está mal. Es devastador para un nadador que necesita esos músculos para abrirse paso en el agua, para empujar todo el peso de su cuerpo con cada brazada. Este hombro no levantará ni empujará nada por mucho tiempo.

—De acuerdo. —Respiro. Esto no es solo sobre su carrera en la natación, es sobre salvar su brazo. Quizá su vida, si comienza a sangrar de nuevo.

Me pongo a trabajar de la forma en que mi papá me enseñó: lenta, tranquilamente. Apegándome a la rutina. Sin distraerme. Aflojar el torniquete. Aplicar presión donde sea necesario. El cuerpo humano es una máquina; todo lo que haces es ayudar a que se repare a sí mismo.

—¿Cómo va? —Colin tiene el rostro cubierto de sudor.

—Bien. Parece que la mayor parte del sangrado ya se detuvo.

Tiene suerte. El torniquete hizo su trabajo, no morirá desangrado. Extiendo el hilo dental y coso el músculo y piel expuesta.

Cuando doy la última puntada, intento no fijarme en el desastre de la reparación. Aún podría sangrar, lo que sería catastrófico por la cantidad de sangre que ya ha perdido. La herida podría infectarse. Y no hay nada que yo pueda hacer por los músculos dañados, nervios y tendones. Necesita cuidados médicos especializados y avanzados; los necesita desde hace horas.

—¿Sientes tus dedos? —le pregunto.

—Sí.

—Bien. —Quizá se ha salvado de daño neurológico mayor, o quizá solo me está diciendo lo que ambos queremos escuchar—. ¿Puedes moverlos?

Intenta cerrar la mano formando un puño, pero sus dedos son lentos y torpes. Apenas logra tocar su dedo índice con su pulgar antes de soltar un gruñido de frustración.

—Eso es lo más que puedo.

—No te preocupes. —Comienzo a envolver su hombro con un calcetín limpio. Se necesitan cinco de ellos atados para poder darle la vuelta a su pecho—. Dale un tiempo.

—Voy a... Va a...

—No estoy segura. —Amarro lo último del vendaje, desesperada por algo que lo distraiga. No quiero ser quien le diga que probablemente nunca volverá a nadar.

Una emoción distante cruza su rostro y luego desaparece.

—Es un dolor dickensiano.

—¿Dickensiano? Eso suena como algo que diría mi bisabuela.

—Me gusta esa expresión. Me da la oportunidad de hacer referencia a mi escritor favorito.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—O sea... —Es raro, esta súbita necesidad de encontrar una excusa—. Te vi leyendo *Grandes esperanzas* en el avión.

—Ah. —Suena sorprendido, pero el momento pasa antes de que pueda retractarme.

—Como sea, ya terminé —digo.

Les echa un cuidadoso vistazo a los calcetines. Están limpios y blancos, una combinación que parece relajarlo.

—Gracias —dice—. Esto se ve mucho mejor.

—Mucho mejor —dice Tim—. ¡Tu brazo casi estaba colgando!

Tim no abrió los ojos hasta que le pedí que me pasara los calcetines, pero su buen humor es contagioso.

—¡Guácala! —dice Liam, y Aayu asiente con la cabeza.

—Guácala.

—Sí fue muy guácala —comenta Colin con una de esas sonrisas juguetonas que podrían derretir un glaciar—. Pero la doctora Delacorte, aquí presente, me arregló muy bien.

—¿Quién es la doctora Del-cor? —pregunta Liam.

—Avery —aclara Colin—. Su apellido es Delacorte.

—¿Es una doctora de verdad? —Liam me mira con escepticismo.

—No, solo soy una estudiante universitaria.

—¿Tienen hijos? —pregunta Tim.

—¿Hijos?

Tim frunce el ceño.

—Los casados tienen hijos.

—¿Casados? —Puedo sentir que mi rostro se ruboriza—. ¿Quién está casado?

—Tú y Colin.

No soy la única buscando desesperadamente una respuesta. Colin está haciendo todo lo que está en su poder para evitar mirarme directamente.

—No, Tim. —Fuerzo una sonrisa incómoda—. No estamos casados.

—Ah. —Tim lo piensa por un minuto—. ¿Por qué no?

—Porque solo somos amigos —dice Colin—. Vamos juntos a la escuela.

—Pero son muy viejos para ir a la escuela.

—A la universidad. —Doy un respiro tembloroso—. Se refiere a la universidad.

Aayu se sube a mi regazo y da unas palmaditas en mi pierna. Luego se estira y le da unas palmaditas a Colin.

—Casados —dice.

—No —respondo, molesta—. No estamos casados. Solo somos amigos.

Aayu sonríe.

—¡Casados!

Liam comienza a canturrearlo también. Quiero cavar un agujero y meterme en él, quizá no salir nunca. Jamás pensé que un par de niños pudieran avergonzarme así.

Colin los levanta con su brazo bueno, lo cual les provoca un ataque de risa. Niego con la cabeza, aliviada de que el momento haya pasado pero aterrada de que vuelva a ocurrir. «¿Todo este tiempo pensaron que estábamos casados?»

Pobre Tim. Perdió a sus padres y ahora probablemente siente que perdió a otros dos. Lo tomo de la mano y lo llevo afuera, echándole un vistazo rápido a Colin mientras salgo.

Una vez que estamos a una distancia a la que ya no nos pueden escuchar, me acucillo y levanto su cabeza hacia mí.

—Tim, lo siento. No quise confundirte de esa manera.

Baja la vista a sus botas.

—Está bien.

—Debimos haberte dicho desde el principio que solo somos amigos.

—Aun así sentiría confusión. —Hace una pausa. Dice «confusión» una segunda vez, corrigiendo el ceceo que tiende a colarse cuando no está concentrado.

—¿Por qué?

Levanta la vista hacia mí con esos ojos verde pálido, una misteriosa mezcla de inocencia y sabiduría.

—Porque Colin te ama.

## 19

«Te amo.»

Es la primera vez que Lee me dice esas palabras. Becky Wilson, mi mejor amiga de la infancia, siempre creyó que este era el paso más importante en una relación, más importante que no salir con otras personas e incluso que tener sexo. Y ahora supongo que tiene razón porque esas palabras se sienten importantes. Se sienten enormes. Como si el eje sobre el que giro hubiera cambiado de sentido de pronto.

La mesera vuelve para ver mi avance. Hace «pff» y mira a Colin.

—¿Y tú, cariño?

—Me encantaría un jugo de naranja —dice—. Gracias.

—¿Es todo? Vamos, te ves como alguien que podría comerse una vaca y quedarse con hambre. —Observa su enorme figura y sonrío juguetonamente.

—Bueno. —Le pasa el menú a la mesera—. Quiero huevos con tocino, el tocino crujiente, los huevos casi crudos. Pan de trigo.

La mesera sonrío, al menos lo más cercano a una sonrisa que esta cascarrabias puede ofrecer.

—¿Ves? —dice, echándome una mirada molesta—. Este es un hombre que sabe lo que quiere.

Toma nota y zapatea de vuelta hacia la cocina. La interrupción aminoró la tensión, o quizá es solo el alcohol llegando a mi hígado. Me estiro para tomar mi café.

—Lo siento —dice—. Es que estoy acostumbrado a este lugar.

—Creo que le caes bien.

Él le da un trago a su vaso de agua.

—Nah.

Cuando lo baja de nuevo, me preparo para un sermón, pero no hay nada severo en su expresión, nada remotamente juicioso en la forma en que me mira.

—Pues... —dice—. Feliz Año Nuevo.

El alivio me recorre.

—Feliz Año Nuevo.

Afloja su corbata, lo cual me parece un hábito nervioso. Pues bien, así somos dos.

—La comida es buena aquí. —Señala mi plato con un movimiento de cabeza—. Excelentes *hotcakes*.

—¿Vienes seguido?

—Solía hacerlo. Crecí a unas cuadras de aquí.

La mesera toma otra orden detrás de nosotros y la conversación se detiene en seco. No sé qué decirle o siquiera por dónde empezar. Así que le doy un trago a mi café, odiándome por tener que automedicarme con cafeína. Colin ni siquiera está un poco tomado, a pesar de su indumentaria formal y lo tarde que es. Además huele delicioso, como si acabara de salir de la regadera.

—¿Saliste? —pregunto.

—Solo a cenar —dice.

—¿A cenar con quién?

Arquea una ceja.

—¿Por qué preguntas?

—Porque tú... —Bajo mi taza para verlo bien. Aún pelón, pero con una quijada recientemente rasurada. Ojos adorables, aún más azules de lo normal bajo la luz tenue. Debo de estar incomodándolo porque se afloja de nuevo la corbata y hace un amago de tomar el jugo de naranja que aún no ha llegado.

—¿Porque yo qué? —pregunta.

—Porque te ves como de un millón de dólares.

Un ligero rubor sube por su cuello.

—Más bien de cien.

—¿El traje?

Asiente con la cabeza.

—Solo tengo uno. Por suerte mi vecino de al lado es sastre. El mejor en la ciudad, si quieres mi opinión.

El mejor en la ciudad, el mejor en la cuadra, no importa. Colin se vería bien con una sábana. «¿O es el alcohol lo que habla?»

—Te estás ruborizando —dice.

—Tú también.

Sonríe.

—Pues gracias por el cumplido al traje. Mis hermanas se sentirían complacidas.

—¿Tus hermanas?

—Mis compañeras de la cena. —La mesera llega con su jugo de naranja, y se estira para tomarlo como si fuera un salvavidas—. Un vecino muy generoso insistió, dijo que merecíamos una salida elegante.

—La mereces, Colin.

Se encoge de hombros, forzando una sonrisa.

—¿Y qué te trae por acá?

—Gruder dio una fiesta.

Con el sonido del nombre de Gruder su sonrisa se desvanece y sus ojos se oscurecen.

—¿Quién intentó lastimarte?

—Nadie. —Mi rostro se ruboriza—. Exageré lo que pasó.

—Dijiste que te escapaste de él.

—No necesito un héroe, ¿sí? Ya tienes esa casilla marcada. —Suspira mientras contempla su jugo de naranja. La culpa me recorre—. Lo siento.

—No, tienes razón. —Levanta la vista—. No es mi asunto.

Le doy un trago a mi café para pasar la incomodidad.

—Ni siquiera supe su nombre. Es el hermano mayor de Gruder.

—¿Y vive en el sur?

—Colin, en serio. No te pongas en modo salvador conmigo. Gruder es tu compañero de equipo...

—Era.

Esa palabra cae en el aire, ardiendo.

—¿Qué?

—No voy a volver.

—¿Nunca?

Voltea hacia la ventana, y durante un largo momento observa la calle vacía.

—Ya no puedo nadar.

—¡Esas son pendejadas! —Unos cuantos ancianos estiran el cuello para mirarme con enojo, pero yo estoy impasible—. Consíguete un cirujano que pueda arreglarte el hombro.

La mesera le trae sus huevos con tocino. Colin le da las gracias, luego procede a bañar sus huevos con sal y pimienta. Come con dolorosa meticulosidad, estudiando su comida como si contuviera los secretos del universo.

—Colin...

—No es tan fácil, Avery. —Hace el plato a un lado—. Tengo destruidos nervios, tendones, todo. Apenas puedo levantar mi brazo, mucho menos nadar. —Intenta mover su mano derecha sacándola de su regazo, haciendo un gesto de dolor cuando no logra ni alcanzar la mesa. No está usando un cabestrillo, pero probablemente debería—. Impresionante, ¿no? —dice con amargura.

—Mira, mi papá conoce a muchos ortopedistas. Él puede ayudarte.

—No.

—¿No?

—No voy a pasar el siguiente año de mi vida en salas de operaciones. —Suspira, volviendo a su volumen normal—. Tengo otras prioridades.

—Ya sé, pero...

—Debería haber dejado de nadar hace mucho. —Me mira a los ojos al decir esto, sus iris negros como la tinta—. Aquí es donde tengo que estar.

Observo la mesa y cuento los pequeños golpes y raspones que ha acumulado a lo largo de los años. ¿Cuántas conversaciones difíciles han tenido lugar aquí? ¿Cuántas primeras citas, cuántas despedidas? Quizá no somos tan únicos después de todo.

La mirada de Colin viaja una vez más hacia la ventana. Un grupo de parranderos con abrigos de lana y zapatos de vestir pasa tranquilamente, tropezándose en gruesas pilas de nieve. Ambos los observamos durante un rato, temerosos de mirar cualquier otra cosa, especialmente el uno al otro.

Cuando desaparecen en la esquina, Colin toma su tenedor. Los huevos ya se enfriaron, pero no parece notarlo. La mesera se acerca y rellena su jugo de naranja. Dice con un guiño:



—Refil gratis de Año Nuevo.

—Gracias —le responde con una sonrisa que desvanece en cuanto ella se va.

Cuando termina su comida, de pronto se siente muy tarde. Rebusco la cartera de Lee, pero, por supuesto, mis bolsillos están vacíos porque él siempre lleva todo consigo. Colin paga la cuenta antes de que pueda escupir mi excusa.

—Soy un desastre. —Levanto la vista con desesperanza—. Lo siento. Te pagaré.

—Yo invito —dice, aunque las implicaciones siempre se sienten enormes cuando un chico paga la comida. Colin sale de gabinete y se estira para tomar mi abrigo. Gracias a un litro entero de cafeína, soy lo suficientemente ágil para tomarlo primero. Me lo cierro y me pongo la capucha.

—Lindo abrigo —dice en tono de broma.

—Es un poco grande.

—¿Es de Lee?

—De mi papá. Es una larga historia.

—Apuesto a que sí.

Su auto es un Honda de los noventa, pero la pintura aún brilla y el interior huele a limones frescos, como si tuviera una caja de ellos debajo del asiento. Como el merendero, el coche da una sensación de orgullo, viejo pero bien cuidado. Las piernas de Colin apenas caben debajo del volante, pero nunca ha tenido problemas con los espacios apretados. Suelta el *clutch* como si fuera una extensión natural de su pie.

—Entonces —dice—, ¿adónde vamos?

Abro un poco la ventana para sentir el aire, aunque no es el frío lo que me tonifica. Incluso mi mente se siente más clara. No solo clara sino viva. Como si el aire mismo vibrara.

—¿Tu casa está cerca de aquí? —pregunto.

Me echa un vistazo mientras cambia a segunda velocidad. El motor ronronea pese al frío, o quizá es porque Colin sabe cómo manejarlo.

—Bastante cerca.

—¿Podemos ir?

Aprieta un poco más el volante y sus músculos se tensan desde los hombros hasta las manos. Pero la apariencia de su cara no es de indignación

y ni siquiera de sorpresa, es más bien curiosidad.

—¿Quieres ir?

No sé de dónde salen esas palabras o por qué se siente tan correcto decir las.

—Quiero conocer a tu mamá.

Mientras Colin se encarga de los niños, me siento a la orilla del agua, registrando eventos, emociones y errores que me perseguirán por siempre. Pero la verdad se ha vuelto mi deber. Esta es su historia, si sobrevivimos, esto será parte de las personas en las que se convertirán.

Espero, rezo por que este sea el capítulo más difícil de su vida. Sus padres se han ido, su forma de vida se perdió con ellos. No hay duda de por qué Tim malinterpretó los instintos de sobrevivencia de Colin como amor. Estos niños necesitan una familia y ahora son míos. Míos, y solo tengo diecinueve, sin experiencia en crianza. Sin sentido de lo que está bien, lo que está mal y lo que debemos hacer para darles esperanza.

Mi mirada se posa sobre el Árbol de Tim y, a su izquierda, el techo inclinado de la cabaña. Nunca sabré cómo la vimos siquiera. Los bosques son infinitamente densos, un ejército de monotonía. La cabaña misma está encajada entre las sombras.

—¿Te importa si me uno?

Colin se tropieza mientras camina con dificultad entre la nieve, pero se endereza antes de que pueda intervenir.

—¿Estás loco? No puedes estar aquí afuera.

—Loco de inquietud, sí.

—Hablo en serio.

Hace muecas mientras se arrodilla en la nieve, sosteniendo su brazo derecho cerca de su pecho. Los vendajes de camisetas y calcetines han aguantado bien, pero ni de cerca lo suficientemente bien.

—Creo que deberíamos hablar sobre lo que pasó —comenta.

—Podemos hablar adentro, donde hace más calor.

—No —agrega—. No cerca de los chicos.

Mete su mano izquierda en el agua y las hojuelas de sangre seca tiñen el lago de un rojo opaco.

—Mi plan era nadar —dice.

Espero a que siga, que explique. Un súbito sentimiento de resentimiento y vergüenza nubla mis pensamientos. A diferencia de mí, al menos Colin estaba dispuesto a intentarlo.

Además lo habría logrado. Ahora nunca lo hará. Nadie lo hará porque yo simplemente no puedo nadar tan lejos en estas condiciones.

—¿Y qué pasó? —pregunto, aunque una parte de mí no quiere una respuesta. Los profundos cortes de su piel y el rastro de sangre en la nieve, solo pueden significar un encuentro con algo terrible.

Cambia su peso y roza su cabeza con su mano húmeda.

—Escuché un ruido —dice.

—¿Qué clase de ruido?

—Sonaba enojado. Grande. Soy un chico de ciudad y nunca había visto un animal salvaje en mi vida, a menos que cuentes a Jimmy Ricks, el tipo más cruel de mi barrio. —Hace una pausa ante el recuerdo—. En cualquier caso, era un oso. Enorme, además. Olía como a carne podrida.

—Entonces ¿tú lo atacaste?

—Lo mínimo. —Suspira, como si le apenara admitir esto—. Intenté hacerlo correr. Asustarlo un poco. El cobertizo estaba a solo unos..., ¿qué? ¿A menos de doscientos metros? No podía quedarme ahí y esperar a que los encontrara.

«Ya nos había encontrado», pienso, pero espero a que continúe.

—Como sea, se lanzó contra mí. No fui lo suficientemente rápido para esquivar el primer golpe.

—Y entonces tú... —Lucho para formar las palabras sin conjurar una imagen extraña de un hombre contra un oso en mi mente—. ¿Usaste una vara para combatirlo?

—Intenté. Le di unos buenos golpes pero..., no sé. Me preocupa.

A mí también me preocupa. Me preocupan los niños, las criaturas desgarrándonos miembro por miembro y las noches infinitas en un bosque sin fin. Me preocupa el rastro de sangre que Colin dejó para lo que sea que esté ahí afuera. Me preocupan los cuerpos que enterramos.

—¿Avery? —Su voz se tensa. «Lo sabe.» Lo sabe porque lee mis silencios tan bien como mis palabras, justo como lo hizo el día que nos conocimos.

Espera a que le sostenga la mirada. Cuando finalmente lo hago, pregunta casi desesperadamente:

—¿Alguien salió lastimado?

—Todos estamos bien. —Quiero inclinarme hacia él, pero mantener cierta distancia se siente más necesario que nunca—. Mi papá me enseñó cómo lidiar con osos.

—¿Cómo?

—Habla mucho. Déjales saber que estás ahí. No corras. Si un oso te confronta, muéstrale que no le tienes miedo.

—Pues fallé en ese aspecto —dice.

—Todos lo hacen.

Se frota la barba de varios días hasta que su piel se pone roja bajo las yemas de sus dedos. Su barba está saliendo de un rubio pálido, un tono más claro que la pelusa en su cabeza.

—Quizá tendré la oportunidad de redimirme ante ti y los niños.

—¿Redimirte? Colin, has hecho todo por nosotros.

—Yo solo... —Exhala, lenta, larga, angustiosamente—. ¿Estás segura de que estás bien?

—¿Tú estás bien? Porque nosotros estamos bien.

—Sí —responde, lo cual sé que es una mentira en cierto sentido, la verdad en otro.

Sumerjo mis manos en el agua como una especie de bautismo en las orillas de la nada. Él debe de saber lo que estoy pensando: tenemos que encontrar otra forma de sobrevivir. Otro giro de la naturaleza o del destino o de la suerte para poner nuestras esperanzas en él.

En vez de eso, escuchamos un grito.



Colin no puede correr, así que me deja adelantarme. Los veinte pasos hacia el cobertizo se sienten como un millón de kilómetros.

Abro la puerta con un empujón, cuidando no golpear a nadie en el proceso.

—¿Qué pasa?

Reviso el estrecho interior. Aayu sostiene un guante rosa mientras llora en la esquina. Liam señala a Tim.

«No.»

—Estoy enfermo —dice Tim.

La tierra a sus pies está cubierta de bilis. Mientras comienza a disculparse, vomita de nuevo, su delgado cuerpo se contorsiona por el dolor mientras intenta recuperar el aliento entre arcadas. Colin distrae a los otros niños y yo levanto a Tim entre mis brazos y lo saco cargando.

Tomo su mano y limpio su mentón, pero fuera de eso, lo único que puedo hacer es observarlo. Tiene los ojos rojos y acuosos, su piel es de una palidez mortal. Sus músculos tiemblan por el esfuerzo que requiere rechazar lo que sea que comió o no comió.

Después de un rato, las arcadas se detienen. Tim se hunde en mis brazos, pero está temblando y su piel se siente caliente. Intenta sonreír.

—Me siento mejor.

Quiero llorar, pero mi padre me lo habría prohibido. Cuando ves a las personas en su peor momento, tú necesitas estar en tu mejor momento, o al menos mejor que ellos.

—Tim, ¿qué pasó? —Meto sus manos desnudas en un par de guantes—. ¿Comiste algo del bosque? Está bien si lo hiciste...

—No. —Frunce el ceño—. Creo que es porque no tengo mis agujas.

«¿Agujas?»

—¿Qué agujas?

Se encoge de hombros inútilmente.

—Mi mamá sabe.

«Pero ella no está aquí.»

Lo acerco más a mí, lo suficientemente cerca como para distinguir el aroma de algo dulce en su ropa.

Dulce como el azúcar.

Los niños están adentro de nuevo, incluyendo a Tim, quien se sintió mejor tras cuatro tazas de nieve derretida. No tuvimos más opción que quitar uno de los paneles de los costados para que circulara el aire, pero no estoy convencida de que servirá de mucho. Con cinco personas en un espacio tan pequeño, el aire está condenado a contaminarse, y ya lo ha hecho. Solo es cuestión de tiempo antes de que alguien más se enferme.

—¿Cuánto puede pasar un diabético sin insulina? —pregunta Colin.

—Depende. Quizá una semana, si lo haces todo bien.

—¿Y si no?

Niego con la cabeza.

—No lo sé. —Y es verdad, no lo sé. He visto este tipo de niños en la sala de urgencias de mi papá y se recuperan con sueros e insulina. Desafortunadamente, no tenemos nada de eso.

—¿Y ahora qué? —pregunta.

—Lo hidratamos lo mejor que podamos. Es lo único que podemos hacer.

—No es suficiente.

—Claro que no es suficiente. Necesita un hospital y tú también.

Colin endurece sus rasgos convirtiéndolos en líneas controladas y tensas, ahogando una frustración reprimida que no tiene adónde ir. Contempla la fría niebla por un largo rato.

—Estará bien —dice finalmente.

—Colin...

—Estará bien, Avery. —La dura intensidad en sus ojos es suficiente para callarme, pero no alcanza para convencerme. Desearía que lo fuera. Desearía tener su convicción, aunque ya debería haber titubeado, debería haberle fallado.

Lo sigo al interior del cobertizo. Los niños se ven como muñecos de nieve, con cada parte de su cuerpo cubierta salvo el blanco de sus ojos. Aayu se ve cómodo. Liam tiene las mejillas rojas y el cabello de Tim está cuajado de sudor. Los más pequeños corren a los brazos de Colin.

—A ver —digo, tomando el abrigo de Tim—, quítate esto por ahora. —Saco sus brazos de los agujeros demasiado grandes, inhalado la azucarada dulzura que se aferra a él como una enfermedad. Es una enfermedad, claro. Una peligrosa. Dejo el abrigo a sus pies.

—¿Cómo te sientes? —pregunto.

—Bien.

—¿Has estado tomando agua?

—Ajá.

—Bien.

—Tengo que ir al baño mucho.

—Ya sé. Está bien, no intentes aguantarte.

Hunde su barbilla en su pecho, apenado por este pequeño robo a su dignidad.

—Lamento haber perdido mis jeringas —dice—. Mi mamá me dijo que nunca hiciera eso.

—Está bien, corazón.

«Corazón.» Mi propia madre solía decirme así, luego crecí. «Quiero que crezcas, Tim. Quiero que lo tengas todo.» Froto sus manos hasta que la piel se pone rosa de nuevo. Está ardiendo: su piel está húmeda, pegajosa y febril. Desearía que fuera yo en vez de él.

Mientras Colin distrae a los otros niños, deslizo una mano bajo sus gorros y siento sus frentes para tener una idea de la temperatura corporal. Es un examen impreciso, uno que mi padre desprecia, pero el único termómetro que encontramos estaba partido por la mitad.

Colin manipula los agujeros en el pasamontañas para que sea convierta en gran agujero en vez de tres. Lo desliza sobre su cabeza de modo que sus ojos, nariz y boca siguen siendo visibles. Liam se ríe.

—Te ves chistoso.

Colin hace un gesto. Aayu y Liam sueltan unas risitas.

—Bien, es hora de cenar —declaro. Como antes, Colin distribuye los bocadillos y tazas de nieve derretida.

Liam frunce el ceño.

—¿Tienes leche? —pregunta.

—No, Liam. Lo siento.

Asiente, parece aceptarlo. Colin se asegura de que Aayu reciba suficiente comida mientras Liam come como un campeón. Tim aleja su comida.

—No tengo hambre —declara, así que le sirvo más agua.

Mientras los otros niños devoran sus tristes cenas, Colin se estira sobre sus cabezas y toca mi hombro. No dice nada, solo deja su mano ahí, una presencia firme y tranquilizadora. Un gesto de solidaridad, un reconocimiento de todo lo que hemos pasado juntos. Hemos perdido



mucho: el avión, esa gente. Tanta gente. Y sin embargo aquí estamos, luchando por otro día, otra hora.

Inconscientemente me descubro buscando el tacto de Colin. Liam y Aayu gatean hasta su regazo, y Tim se agazapa en el mío. Con un reacomodo que se siente insignificante y enorme a la vez, nuestros cuerpos se tocan como en el momento previo a que nos estrelláramos.

Colin es tan cálido... Incluso a través de todas las capas de camisas y abrigos, un calor furioso brota de él en ondas. No es maligno ni preocupante, no como la fiebre de Tim. No, es más simple que eso. Es vida. Pura, resistente. Pulsando en su sangre como una llama.

—No soy tan fuerte como tú —susurro.

Su pulgar recorre la curva de mi quijada, su tacto se suaviza a cada paso.

—Tú eres más fuerte —dice.

Intento alejar la mirada, pero la intensidad de sus ojos me mantiene ahí.

—Estoy aterrada.

Sus dedos se quedan en el espacio de mi cuello.

—¿Por qué crees que te tomé de la mano cuando caímos?

—Porque yo estaba a punto de tener una crisis nerviosa.

—No. Porque yo estaba a punto de tener una crisis nerviosa.

Sin la lámpara con forma de pluma, es imposible ver si sus ojos reflejan la misma desesperada vulnerabilidad que hay en su voz. Por alguna razón me duele. Me hace querer conocerlo mejor, conocer todo de él, quién es, quién quiere ser. Cientos de pensamientos se arremolinan en mi mente, pero uno en particular eclipsa a los demás: «Me alegra que fueras tú».

Deja que su mano caiga, pero mi piel aún arde con su tacto.

—Nos construiste un refugio fuerte —le digo.

—Pues no es bonito, pero basta.

—¿Construiste muchos tipis de niño?

Sonríe.

—Mi papá solía llevarme a todo tipo de construcciones.

—Ah, claro. Tu papá arregla techos. —No lo dije para que sonara condescendiente, pero a pesar de la mejor de las intenciones, así suena—. O sea, siempre he admirado a la gente que construye cosas.

—Ama su trabajo. Dice que en los días claros es como estar en la cima del mundo. —Parece reflexionar—. ¿Qué hacen tus papás?

—Mi papá es doctor, y mi mamá es abogada fiscal... o algo así. Una vez le pedí que me explicara y literalmente me quedé dormida mientras hablaba.

Se ríe. Por un momento, pienso que podría contar voluntariamente algo sobre su madre, pero no lo hace.

—Son buenos padres. Soy afortunada.

—Estoy seguro de que ellos sienten lo mismo.

Un calor recorre mi panza con el cumplido. Soy afortunada. Era afortunada. Mi papá nunca me trató como su delicada hija; me crío para ser fuerte y capaz. Mi mamá equilibró su mentalidad de no aceptar tonterías con palabras amables y apoyo constante. Me abrieron camino, pero siempre fue mi decisión tomarlo. Y eso me trajo aquí, a la ladera de una montaña en medio de la nada, con nada más que mi ingenio y Colin Shea para sostenerme.

—¿Alguna vez lloras? —le pregunto.

Se reacomoda, pero mantiene su brazo izquierdo alrededor de mis hombros. Espero que lo deje ahí, aunque probablemente ya está perdiendo la circulación en sus dedos.

—A veces —responde.

—Pregunto porque..., no sé, este parece el momento perfecto.

Mira a los niños mientras se revuelven tomando posesión de sus brazos. Aayu trae múltiples capas de playeras, camisetas, mamelucos, sudaderas y encima una parka rosa. Liam estaba reacio a cederla al principio, pero ha desarrollado una increíble amistad con Aayu. Se ve como una pequeña uva en su abrigo morado, capucha morada, pants morados. Incluso sus botas son moradas. Y Tim... Tim se ve igual que Colin. Mismos colores, mismos pantalones negros y chamarra verde, incluso el gorro con un solo agujero deforme por el que saca su cara.

Cuando Colin vuelve a hablar, es apenas un susurro.

—Lloré cuando dieron el diagnóstico de mi mamá.

«¿Diagnóstico?» Esa palabra siempre ha tenido peso en la casa de mi padre; evoca claridad, respuestas y hechos. En muchos casos, un diagnóstico significa tratamiento. En otros significa el fin.

Sé por el húmedo azul revuelto de los ojos de Colin cuál de estos fue para él.

—Llevaba menos de una semana de haber regresado a la escuela —me cuenta—. Todos sabíamos que algo andaba mal el verano pasado... Le

daban unos terribles dolores de cabeza, y nunca antes los había tenido. Se cayó algunas veces, como que perdía el equilibrio.

Respira, rindiéndose ante una profunda batalla interior.

—Solo tiene cuarenta y dos años, ¿sabes? Siempre había estado sana. Nunca hizo nada para merecerse lo que le dio. —Se arma de valor antes de continuar—. Intento no pensar en la vida de ese modo, pero es difícil. A algunas personas les da cáncer, a otras no. Todos nos morimos, eso lo sé. Y ella lo aceptó. Ojalá yo también hubiera podido aceptarlo.

Colin nunca le mencionó nada de esto a nadie del equipo. Yo también lo habría sabido, porque es el tipo de información que atrapa la atención de la gente. Cuando el papá de Kai Landon tuvo cáncer de piel el año pasado, ella se lo dijo a todo el mundo. Todos firmamos cartas de «Alíviate pronto» y las enviamos en grupo, aunque realmente no estaba tan enfermo. Se sometió a un procedimiento definido y se curó el mismo día. Mientras tanto, Colin ha estado sufriendo en silencio, cargando solo su cruz.

—La noche antes de las Eliminatorias de Otoño, mi hermana me llamó. —Pone su mano libre en la espalda de Aayu, moderando el ritmo de su respiración superficial—. Dijo que mamá se había ido esa tarde. Cuando la policía la encontró, estaba lejos, en Quincy, completamente perdida y confundida, preguntando «¿Dónde está Colin?». —Su voz tiembla—. «¿Dónde está mi hijo?»

—Colin...

—Compré un boleto de avión esa noche. Sé que fue malo para el equipo. Sé que fue egoísta. Pero ni siquiera hubiera entrado a la universidad sin ella. Amo a mi mamá. Quería que sintiera eso hasta el final. —Se tropieza con esa última palabra—. Cuando sea que eso pase.

—Te juzgué mal —digo—. Todos lo hicieron. Si la gente supiera...

—No habría importado.

Coloca su cabeza en su mano, su codo sobre su rodilla. Durante el más breve instante, parece que vaya a llorar.

Pongo mi mano en su hombro. A pesar de todo ese músculo, se siente frágil bajo mi palma, una formidable estructura a punto de derrumbarse.

—Espero que sepa que no la abandoné.

Y entonces entiendo por qué tomó mi mano y me animó a sobrevivir, por qué le creí cuando dijo que seríamos rescatados. Las falsas promesas de

sobrevivencia lo han llenado durante meses, con la seguridad de la muerte justo en el horizonte. Esto lo podía controlar. Esto lo podía enfrentar.

—Lo sabe, Colin. —Pongo mi mano en su rostro, mis pulgares siguen el camino de sus lágrimas—. Lo sabe.

## 21

No es sino hasta después de las dos que nos estacionamos afuera de una casa azul pálido con persianas blancas. Es un pequeño hogar de estilo colonial, con un aura de antigüedad y experiencia que irradia desde su centro como un corazón latiendo. El ralo jardín se halla cubierto por montones de nieve, y al techo parecen faltarle algunas tejas. Un retorcido cerezo silvestre se extiende sobre el pórtico. A pesar de su cansancio invernal, la casa de Colin rezuma una calidez que supera todas sus carencias físicas. Cuando abre la puerta, se siente como si otra parte de él me dejara entrar.

Entramos por la parte trasera, los goznes rechinan a todo lo que dan a pesar de los esfuerzos de Colin por acallarlos. La cocina ofrece una amplia vista del patio trasero punteado por la nieve. Un reloj ruidoso y viejo hace tic tac sobre el horno.

—Mi mamá es tempranera —dice Colin—. Pero... ahora probablemente sigue dormida.

—Puedo esperar en la cocina...

—¡No! —Hace un gesto de incomodidad, echando un vistazo a los pisos de madera de arriba, esperando que crujan—. O sea, deberías dormir. Lo que pasa es... —Mete sus manos en sus bolsillos—. No tenemos un cuarto de huéspedes ni nada.

—Ah. —Miro hacia la sala—. Puedo dormir ahí.

—Mi papá duerme en la planta baja ahora, así que...

No me di cuenta de que esto sería tanto problema para él. ¿En qué estaba pensando al pedirle que me presentara a su mamá en mitad de la noche?

—Puedes llevarme a casa si es más fácil. Puedo conocer a tu mamá en otro momento.

—No habrá otro momento. —Durante un largo rato, observa sus zapatos mojados por la nieve derretida. Tiene razón, claro. Yo vuelvo a California mañana.

—Es decir, si quieres irte a casa, puedo llevarte sin problemas.

—¿Puedo dormir en tu cuarto?

Mi voz resuena en la quietud previa al alba, magnificada por la intimidad del cuarto y los delicados centímetros que nos separan. Quizá es el frío, o quizá es él o yo, o nosotros, pero estamos parados a tan solo unos centímetros. No me atrevo a levantar la vista. No sé qué sería peor: la fría irreversibilidad de un rechazo o las complicadas e irrevocables implicaciones de que él diga que sí.

Después de un rato, cuando el silencio comienza a transformarse en algo casi doloroso, dice:

—Si quieres.

Claro que quiero. Cada célula en mi cuerpo quiere. Toma mi mano enguantada y me conduce por las fotografías enmarcadas de unas niñas y de Colin, su hermano mayor, en juegos de beisbol y cumpleaños. Cada una captura una emoción ligeramente distinta: un guiño juguetón o una sonrisa de descubrimiento. En ninguna de las fotos nadie está posando. Esta es la familia de Colin sin filtros, sin adornos. Su padre se ve como se veía en el noticiero: increíblemente alto con una barba entrecana y un mechón de canas prematuras. Su mamá es el opuesto de su esposo: pequeña, con una cálida y adorable sonrisa, y esos conocidos ojos azul tormenta. Ama a su hijo con toda su alma. Puedo verlo en las fotos, en la forma en que ella brilla en todas y cada una, incluso cuando es claro que no tiene idea de que la están viendo. La cámara encontró sonrisas porque siempre estaban ahí; su felicidad siempre fue real.

El cuarto de Colin replica el mismo espectro de emociones, pero de una manera distinta. Las paredes son de un blanco inmaculado, adornadas con acuarelas *amateur* firmadas por sus hermanas, que ofrecen un intenso contraste con los libros de tapa dura de su escritorio, la mayoría de los cuales son viejos y desgastados, como si los hubiera echado a la calle un bibliotecario cascarrabias. Pero no hay señales de polvo ni indicaciones de largos periodos de desuso. De hecho, dos de ellos están con las páginas

abiertas, esperando a que su lector vuelva. Colin me descubre estudiándolos y se encoge de hombros con timidez.

—Soy anticuado, lo sé.

—¿Dickens?

Sonríe.

—Lo recuerdas.

Me acerco y miro la solapa: *Historia de dos ciudades*. Una edición antigua y polvosa, con páginas secas y amarillentas. Este también tiene un mensaje de «Si lo encuentras» escrito en la portadilla.

—Y bueno —dice, dando unas palmadas sobre su cabeza calva—. ¿Hay algo que te pueda dar?

—Un baño sería genial, la verdad.

Me mira con incomodidad.

—Está... bien.

—O sea, solo yo, ya sabes..., en el baño.

—Claro. —Mientras me pasa una toalla, tiene la decencia de no hablar sobre el feroz enrojecimiento de mi rostro—. ¿Algo más?

—No. —Acepto la toalla con manos temblorosas—. Gracias.

El baño es más pequeño que un clóset y está cubierto en linóleo, pero como el resto de los cuartos de esta casa, tiene calor de hogar. La puerta se atora en el marco, y tengo que usar todas mis fuerzas para cerrarla. El interior evoca un tema decididamente rosa: cortina rosa, cubierta del asiento rosa, tapetes rosas. Tres variedades de botellas de champú, gel de baño y rastrillos rosas llenan los entrepuestos. En el marco de la ventana, lejos de todo lo demás, está la esquina de Colin: un rastrillo, un cepillo de dientes e hilo dental. Sonríe recordando el tema de la infancia de Colin de Prohibidos los chicos. Aparentemente ha avanzado un poco.

En cuanto a mí, soy un desastre. No puedo conocer a la mamá de Colin así: con el cabello enredado, el vestido empapado en alcohol. Me quito todo y me meto a la tina. Me toma dos minutos enteros entender las llaves, pero la temperatura es perfecta, un caudal de calor y vapor. El alcohol, el sudor y el *grunge* de Gruder grande salen de mis poros y se revuelven en el desagüe. Robo un poco de champú rosa y enjuago la porquería de mi cabello. Para cuando el agua comienza a enfriarse después de cuatro, quizá cinco minutos, me siento como una persona nueva.

El pánico se impone cuando veo las toallas sin la compañía de ninguna pila de ropa. No puedo volverme a poner ese vestido. No quiero volver a ver a ese vestido nunca más.

Como si lo hubiera llamado, escucho un toquido suave en la puerta, seguido por la lenta desaparición de un sonido de pasos que van hacia el pasillo. Abro la puerta un poco y echo un vistazo. Hay un cambio de ropa en el suelo, de la hermana de Colin, según parece. Pantalones de franela, una sudadera de prepa. Nada demasiado revelador o femenino. Pero claro, no puedo imaginar que Colin quisiera que me pavoneara por su casa en lencería, eso es seguro.

Vestida, limpia y totalmente refrescada, vuelvo al cuarto de Colin. Los goznes rechinan con la más ligera presión, anunciando mi presencia.

—Estoy..., eh, tendiéndote la cama... —Se queda en silencio mientras se da la vuelta, recorriéndome con la mirada. No voltea hacia otro lado con pena o disculpa, ni yo quiero que lo haga. Deja que el momento perdure, como si se sostuviera en un deseo largamente negado, una especie de rendición.

Ya estoy ruborizada por el baño, y gotas de sudor caen por mi frente. Enredo mis dedos en mi cabello, desesperada de pronto por recogerlo. Está empapado.

—Gracias por la ropa. —Suelto mi cabello, que cae en descuidados mechones sobre mis ojos.

Se aclara la garganta y logra poner una sonrisa.

—No es nada.

Nos quedamos ahí por un largo rato, en un silencio diferente, nuevo e indefinible. No vuelve a la tarea de tender la cama, parece haberla olvidado por completo.

No entiendo sus silencios, pero siento como si él conociera los míos. Conflicto. Anhelo. Miedo. Miedo de lo desconocido, miedo de lo extraño. Miedo de interpretar como la verdad la confusión tras los trágicos eventos. ¿No es esto de lo que se trata? ¿No es eso lo que somos?

Señalo hacia el pequeño trozo de alfombra cerca de la ventana.

—Puedo dormir ahí.

—No lo creo. —Termina de acomodar la cama con sábanas; debe haber una docena de capas, suficientes para calentar a una familia de esquimales.

—Colin, no voy a dormir en tu cama.



—No puedes dormir en el suelo. Lo siento. Yo... —Roza su cabeza de nuevo—. No me parece bien.

—No voy a dormir de cualquier manera —digo, contemplando mis pies. Levanta la vista.

—¿Qué dijiste?

—No puedo...

Cruza el cuarto en tres grandes zancadas. Aunque ahora estamos más cerca, muy cerca, parece dudar si tocarme o no. ¿Está mal que quiera volver a sentirlo? ¿Qué lo extraña más que a nada?

—Avery, dime.

Levanta mi mentón apenas con la yema de sus dedos, pero basta. Basta para recordar el anhelo en su tacto, el febril calor de su piel. No sé cómo puede sentirse tan cálido todo el tiempo. Su corazón debe de ser tres veces más grande que el de una persona normal. Incluso ahora palpita sobre el silencio.

—Nada. —Logro poner una sonrisa—. Es solo que soy de sueño ligero.

—Aún tienes los sueños. —Quita su mano, y su repentina ausencia es un vacío más grande que el hambre, más agudo que el dolor físico.

—No, en realidad no...

—Avery.

—No quiero hablar de eso.

—Está bien, pero no me mientas. —Su garganta se atora con esa horrible horrible palabra. Sí, mentí. Le he estado mintiendo a todos. Miento para sobrevivir.

El pánico hierve en mi pecho; imágenes de fuego, agua y cielo vacío se cueban en mi subconsciente. Cierro los ojos, preparándome para recibir el embate de la fuerza de esos recuerdos. A veces me hace caer de rodillas; otras despierto arañando mi propia garganta, sin aliento.

Pero esta vez se enciende, crece... y simplemente se desvanece. Siento los fuertes brazos de Colin a mi alrededor, su latido retumba en mis oídos. Ha perdido peso, pero sigue teniendo una complexión sólida: su pecho, sus hombros, su espalda. Como si pudiera soportar cualquier cosa: viento, nieve, accidentes de avión. La muerte de un ser amado.

Los recuerdos llegan en alud, un flujo intenso de experiencias y emociones sin resolver. Mi mente no sabe qué hacer con ellas, así que cede.

No me marchito y muero. No me rompo en mil pedazos. Sigo de pie. Estoy bien.

En el cuarto de al lado, algo se estrella contra el suelo. Una alarma comienza a sonar, un bip bajo y melódico que se roba la atención de Colin.

—Volveré en un minuto. —Echa un vistazo sobre su hombro mientras avanza hacia la puerta—. ¿Podrías...? —Se detiene y sopesa la pregunta como si significara todo para él—. ¿Podrías venir conmigo?

—Yo... —Por un momento no puedo encontrar las palabras—. Claro.

Caminamos juntos por el pasillo y mi inquietud crece a cada paso. Colin no parece tener mucha prisa. Camina con un ritmo tranquilo, dando un paso por cada dos míos. Ninguna de las otras puertas en el pasillo están abiertas.

La duela cruje bajo nuestro peso, pero luego me doy cuenta de que soy yo quien hace tal escándalo; Colin sabe exactamente dónde pisar. Me gusta que conozca tan bien su casa. Lo hace terrenal de alguna manera, me da un lugar en el cual imaginarlo.

El cuarto principal es apenas un poco más grande que el de Colin, un tamaño bastante modesto, con la cama pegada contra una gran ventana panorámica con vistas a la esquina de la calle. Un segundo cerezo obstruye parte de la vista y ofrece sombra en verano y una explosión de flores rosas en primavera. Debe de ser su madre quien ama esos delicados árboles. Lo sé con seguridad cuando Colin prende la luz y una mujer sentada en una cama perfectamente tendida me mira a los ojos. Los suyos son de un vibrante e inquisitivo azul, dos albercas de vida en un cuerpo destrozado por la enfermedad. Incluso desde el otro lado del cuarto, puedo ver todos los huesos de su mano y sus nudosidades. Debe de pesar unos treinta y dos kilos.

Colin apaga la alarma y levanta el tanque de oxígeno que se cayó al suelo. Fuera de eso el cuarto es parco, al menos en cuanto a aditamentos médicos, solo unos cuantos botes de pastillas en el tocador y una cómoda en la esquina, cubierta con una sábana blanca.

Colin se sienta en la cama y arregla la cánula para que descanse perfectamente bajo su nariz. Ella no hace ni un gesto, aunque su mirada pasa de mí a Colin, con una sonrisa brillando en sus ojos.

—Mamá, ella es Avery. —Colin me toma de la mano y me acerca unos cuantos pasos—. Avery, ella es mi mamá. —Él estudia su rostro, quizá ve a la mujer que solía ser—. Se llama Caroline.

Su mano está fría y ligeramente húmeda; es apenas huesos y piel. No responde a mi contacto, se siente floja dentro de la mía, pero está bien, porque sé que me hubiera dado un firme apretón si pudiera.

—Es un placer conocerla, señora Shea —digo.

Me pregunto cuánto ha pasado desde la última vez que habló. Me pregunto qué le dijo a sus hijos cuando se dio cuenta de que el día había llegado, de que se quedaría completamente sin voz, sus palabras finales dedicadas a quienes más amó. Imagino que tenía una voz hermosa, enriquecida por toda una vida de emociones profundas y genuinas. Es raro pensar que nunca nos habíamos visto. Siento como si hubiera conocido a esta mujer desde hace mucho.

Nos sentamos con ella hasta que sale el sol, un alba roja que colorea los grises y azules de Dorchester. El único sonido es el delgado silbido del tanque de oxígeno, pero de alguna manera me tranquiliza, dándome la fuerza para enfrentar el día.

Enfrentar un futuro sin el hombre que me lo dio.

Viernes. Nieve.

Sábado. Nieve.

Domingo. Total y absoluta desesperanza.

Ayer nos quedamos sin comida. Hace demasiado frío para pensar siquiera en buscar más comida que haya sido arrastrada a la orilla. Nuestra única esperanza es que una ráfaga de aire benevolente nos la traiga. Los dedos de mis manos y pies están cambiando de color, sucumbiendo al congelamiento. Mi cara se siente como si hubiera sido azotada con cuero sin curtir. Y yo soy la que está en mejor forma de todos.

Cuando cayó la tormenta el viernes en la noche, nos obligó a pasar dentro del cobertizo treinta y seis horas seguidas. La claustrofobia tomó distintas formas, primero fue una inquietud que derrumbó el ánimo colectivo, luego un frenético impulso de salir y respirar. Los berrinches de los niños se volvieron menos frecuentes, transformándose lentamente en letargo. Ahora duermen sueños inquietos, ahogándose en aire húmedo y rancio. Me he propuesto sacudirlos para despertarlos cada treinta minutos, especialmente a Tim, sobornándolo con nieve derretida.

—Hey —digo, dándole un golpecito a Colin. Es más como un empujón, que es lo que se necesita ahora para despertarlo—. Oye, despierta.

Abre los ojos con lentitud. Una mezcla de emociones empaña sus rasgos demacrados: pánico porque nunca sabe dónde está al principio, rabia hacia sí mismo por quedarse dormido. Luego, finalmente, preocupación. Siempre preocupación.

—¿Sigue nevando? —pregunta con la voz como lija. Le paso una taza de nieve derretida. Tiene los dedos helados, pero el resto de él es de una

tibieza húmeda y pegajosa. Esto es nuevo.

Pongo una mano sobre su frente, pero es innecesario; puedo sentir su fiebre desde aquí.

—Déjame ver tu hombro...

—Está bien —me asegura—. No duele.

—Claro que duele. —Comienzo a desenrollar sus vendajes con dedos temblorosos. La primera capa está húmeda. La segunda, tercera y final están saturadas con un líquido amarillo y acre. Parece y huele a pus.

«Ay, dios. Ay, dios. Ay, dios.»

Le echa un vistazo a la herida por primera vez, como si finalmente aceptara que existe. Casi suplicando, dice:

—No dejes que los niños la vean.

Hago bola las telas empapadas y las dejo en una esquina por ahora. En cuanto tenga oportunidad, saldré y enterraré todo.

—Creo que deberíamos dejar que el aire salga un momento.

Para calmarlo, pongo una camiseta limpia sobre su hombro.

—Pero ¿es contagioso? Con el aire de aquí...

—No. Es solo una herida infectada...

—Claro que sí —dice, forzando una débil sonrisa que me parte el corazón. Debe de notar la fiebre embravecida en su sangre, el delator fuego de la sepsis. Podría morir por esto.

Morirá por esto.

Volteo la cabeza antes de que pueda verme llorar. Colin, nuestro héroe fuerte, enorme y aparentemente indestructible, no sobrevivirá otro día aquí afuera. Apenas otra hora. Los niños podrían sobrevivir otra noche, pero solo si los más pequeños se mantienen sanos. Tim ha dejado de vomitar y ahora duerme todo el tiempo. Su fiebre se ha transformado en un frío de mal agüero. En la noche, tiembla en mis brazos, con su respiración rápida y descontrolada. Aunque lo animo a tomar tragos de nieve derretida, apenas tiene la energía para tragar.

Como si leyera mi mente, Colin dice:

—Ocúpate de Tim. Yo estaré bien.

«Ocúpate» en este caso significa «velo morir». No puedo simplemente esperar a que pase eso, aunque pasará, porque no hay aviones, no hay esperanza.

Me arrastro hacia la puerta de cualquier modo.

—Ahora vuelvo.

—Avery... —dice Colin, tomando mi brazo.

—Cinco minutos —le aseguro, y me deja ir.

Bajo el cielo sombrío es imposible saber qué hora es. Mediodía, quizá, a juzgar por la profundidad de las sombras en los árboles. El tiempo en este lugar parece alternar entre la prisa y un estado completamente estático. Las horas logran cierta monotonía; la mañana se mezcla con la tarde, que se mezcla con la noche. Parece inevitable este diligente paso de las horas, este infinito ciclo de día y noche. Vamos en un tren sin frenos, corriendo hacia un precipicio.

Los vientos cambiaron con la tormenta, alejando aún más el equipaje flotante. La bolsa de lona naranja debe de haberse atorado en algo porque no se ha movido en días, pero aún está al menos a un kilómetro y medio de la orilla, lo cual significa más de tres kilómetros nadando. Y la cabaña...

«Olvida la cabaña...»

Colin nunca tuvo duda de que él podía llegar hasta allá, pero claro, es Colin. Más grande, más fuerte, más rápido. No nada sino que se desliza. No duda de sus habilidades porque no tiene razón para hacerlo. Vio esa cabaña y vio esperanza. Yo vi derrota.

Lo cual me recuerda, de alguna extraña y nostálgica manera, el día que nos conocimos. Durante mi primer y segundo año, nadé los doscientos y quinientos metros estilo libre, las disciplinas normales de media distancia. No soy la mejor en el equipo, pero no soy la peor. El entrenador aprecia mi habilidad de «ir adonde me necesitan». No hay expectativas reales, no hay presión. Nado porque puedo, media distancia es mi disciplina ahora y el equipo me necesita para eso.

Pero extraño los mil quinientos, lo más cerca que la natación tiene a una milla. Un kilómetro y medio para encontrar mi ritmo, para volverme una con el agua. Extraño todo aquello.

La cabaña no está mucho más lejos, quizá a dos kilómetros. Me digo que no está demasiado lejos ni demasiado frío, pero lo está.

La verdad es que tengo miedo.

Colin no me ha pedido que lo intente desde aquella noche que cerramos el tema, pero me pregunto si ha pensado en eso. Me pregunto si recuerda esa conversación en el club de golf, me pregunto si no me lo ha dicho porque no quiere escucharme decir las palabras: «No puedo hacerlo».

El viento se revuelve a mi alrededor en ráfagas perezosas, burlándose de mí con su impredecible poder. Pensé que estar afuera regeneraría un poco de esperanza en el rescate, o al menos la animaría. En vez de eso, me descubro odiando este lugar que he llegado a conocer: el cielo, los picos grises, la insoportable calma del lago. La imponente naturaleza ya no me inspira, me enfurece. Luchando para contener las lágrimas, camino por la orilla con la mirada clavada en el suelo, viendo nada más que un lienzo de nieve blanca y revuelta.

Es por esta razón que casi me lo pierdo, el ruidito de mi cerebro que se convierte en un zumbido.

Un avión.

Se ve como un pájaro rojo trazando círculos sobre el lado norte del lago. Lo observo, demasiado impactada para hacer nada más que quedarme ahí, admirando la mancha de color en el cielo anodino.

Luego, un pensamiento distinto: «rescate».

Comienzo a correr, cayendo sobre mis manos y pies en un intento desesperado por ser notada. El dolor de mis pulmones explota con cada aliento. Agito mis brazos, ignorando el dolor de mis hombros, la merma de energía de mis músculos cansados.

Entonces, como un telón que baja al final de una obra de un acto, el avión sobrevuela un pico y desaparece. El rugido de su motor se convierte en un bajo murmullo y luego en silencio.

Se fue.

El dolor físico se rinde ante un agudo sentimiento de pérdida. Esta era nuestra única oportunidad de ser rescatados, un desesperado último intento de las autoridades para encontrar a unas cuantas almas afortunadas que podrían haber sobrevivido a un avión que se hundió, que podrían haber nadado a la orilla, que podrían haber sobrevivido durante cinco días seguidos a las tormentas sin un refugio real. Vieron los escombros, echaron un buen vistazo al lago y asumieron lo que cualquier persona lógica habría asumido: nadie sobrevivió.

Nuestro pequeño cobertizo se yergue digno en la distancia. Su logo rojo brilla en la luz grisácea. Increíblemente, veo a Colin agitando su brazo izquierdo. Hacia mí, hacia el avión..., no lo sé. Debe de haberlo escuchado también.

La caminata por la orilla era difícil antes, pero ahora es una tortura. Cada paso refuerza el vacío hacia el que estoy caminando. No hay una meta, no hay un propósito. Voy a perderlos. Colin. Tim. Liam. Aayu. No puedo hacer esto sola. No puedo hacerlo todo. Mis rodillas se rinden con cada impulso de seguir avanzando.

¿Qué diría Edward? O mi padre, quien ha dedicado su vida a salvar la vida de la gente. No sería tan malo que creyeran que estoy muerta, como cualquier persona razonable creería. Pero la cosa es que no lo sé. Y no saberlo significa que simplemente no puedo asumir que han dejado de luchar por mí. No saberlo significa que mi papá puede estar ahí, en algún sitio, acosando al equipo de búsqueda y rescate porque su hija sabe una cosa o dos para sobrevivir, maldita sea.

Me levanto, frotando mis palmas para aminorar el dolor de las nuevas heridas. Mi primer paso es inestable. El segundo es mejor. Levanto la vista y observo a Colin en la distancia, aún moviendo su brazo. Pero no hacia arriba, no hacia alguien o algo que cruzó el cielo y desapareció.

Me está llamando a mí. No me está diciendo adiós. Hola. Vuelve. Te necesito.

Y eso, por ahora, es suficiente.



## 23

Cuando Lee llama a las siete, Colin insiste en pasar por él y llevarnos a los dos a casa. Escucho esta conversación desde mi cómodo lugar en su cama, que huele tanto a Colin que me hace sentir mareada. Mareada en un buen sentido. En un sentido confuso, también.

Cuando voy saliendo del baño, me pasa el celular de Lee junto con mi vestido recién lavado.

—No quedó perfecto —señala—, pero he aprendido algunas cosas con los años.

Mascullo un «gracias». «¿Colin sabe lavar un vestido?»

Se ve bien, cansado, pero con un tipo saludable de cansancio. Trae *jeans* y una vieja camiseta de beisbol con su apellido cosido sobre los omóplatos.

—¿Jugabas beisbol? —pregunto.

—Te ves sorprendida. —Se ríe—. ¿Soy tan torpe?

—No, es solo que... —Me siento en la cama y doblo el vestido sobre mi regazo—. Me imaginé que solo eras nadador.

—¿En este barrio? Me sacarían a punta de burlas.

Tiene razón, claro; es otra parte de su historia que nunca he considerado ni explorado. Es mucho más fácil meter a la gente en ordenadas cajitas.

El teléfono vibra con un nuevo mensaje. Es de Lee. «¿Dónde estás?»

—Voy a calentar el coche —dice Colin. Unos segundos después, baja las escaleras y sale de la casa.

Dejo que el vestido caiga sobre mi cadera, impactada por su transformación. Se ve totalmente nuevo, plisado en todos los lugares correctos, el escote ha recuperado toda su gloria inalámbrica. Huele a suavizante de telas y lilas, como una mañana de primavera.

Mi garganta se cierra mientras pienso en su mamá, dormitando pacíficamente al final del pasillo.

Estaría tan orgullosa.



Cuando llegamos a la casa del sur, Lee se encuentra sentado en el nevado pórtico de Gruder. Tiene unos ojos enrojecidos que delatan una noche en vela. Cuando nos ve llegar, camina pesadamente y suelta un suspiro.

—Maldita sea, Aves. Me asustaste horrible anoche.

—Lo sé. —Intento no mirarlo—. Lo siento.

—Resulta que el hermano de Gruder tiene antecedentes penales. —Gruñe mientras se sube al asiento trasero—. Pendejo.

—¿Gruder o su hermano?

—Los dos. Los dos son unos pendejos. —Le hace una señal con la cabeza a Colin—. Gracias por..., eh, salir al quite. —Su voz suena tensa, y comienzo a preguntarme si la cena en la taquería fue más de reconciliación que de reencuentro.

Colin responde con su encanto natural.

—No hay problema, estoy a solo unas cuadras de aquí.

Lee no dice nada; evalúa las estrechas calles salpicadas de nieve y las pequeñas casas. La cuneta está flanqueada por coches de viejos modelos, estacionados en ángulos azarosos para evitar la nieve. De vez en vez un individuo abrigado se anima a salir al frío de la mañana.

—Como sea —dice Lee—, espero que Avery no haya arruinado tu Año Nuevo.

La implicación de Lee cuelga en el aire y flota como un peso muerto.

Colin se detiene suavemente en una luz roja y abre un poco la ventana.

—Para nada.

—¿No tenías una cita de Año Nuevo?

La luz tarda siglos en ponerse verde. Intento hundirme en mi asiento, pero el área entre mis piernas y el tablero es apenas un poco más grande que una caja de zapatos.

—No. —La tensión en la voz de Colin es casi indetectable, pero ahí está. Probablemente no lo suficiente para que Lee la note, pero resulta obvia

para mí.

—Ah. —Lee le sostiene la mirada a Colin por el espejo retrovisor—. No puedo decir que me sorprende. Siempre fuiste evasivo.

—Lee... —Comienzo a decir, pero Colin me calla con una mirada.

—Estaba cenando con mis hermanas —dice Colin.

—Ajá.

—En serio, Lee. Su mamá está enferma y lo ha estado durante mucho tiempo. Por eso faltó a las Eliminatorias de Otoño. —Colin hace un gesto de dolor. La culpa llena mis entrañas, pero sigo—. Tienes que superarlo.

—¿Superarlo? Avery, esa competencia era todo por lo que trabajé.

—¿Más importante que alguien que se está muriendo?

Lee mira hacia otro lado. Las manos de Colin se tensan sobre el volante.

—Lamento lo de tu mamá —dice Lee.

Colin me mira, pero yo no puedo soportar mirarlo.

—Yo también lo lamento —responde. Me pregunto exactamente qué lamenta, aunque supongo que no importa. La disculpa está ahí, como una especie de ofrenda de paz.

—¿Y cómo terminó la fiesta? —pregunto con falsa alegría.

«Por favor, responde. Por favor, que funcione. Por favor, que se lleven bien.» Afortunadamente, Lee tiene un margen de atención hermosamente corto.

—Eh... —Lee se encoge de hombros—. Golpeé en la cara al hermano de Gruder.

—¿Qué? —Me giro, encontrándome con la mirada firme de Lee.

—Se lo merecía y lo sabes.

—Sí, pero es el hermano de Gruder. Nunca volverás a competir si Gruder te odia.

—No me importa lo que Gruder piense. En lo que a mí respecta, él también es un imbécil.

Con esto, una pequeña sonrisa se posa en los labios de Colin.

—¿Ves? —dice Lee—. Shea lo entiende. No dejas que un tipo trate a tu novia así sin repercusiones.

—Esto no es el siglo XIX.

Lee me quita unos mechones de cabello que han caído en mi cara. Su aliento huele bien, a canela, como siempre.

—No soy un vengador, Aves. —Deja que los mechones rubios caigan sobre mis hombros—. Pero tampoco soy un marica.

—Sí, pero hay consecuencias. —Miro mis manos, apenada de lo tonto que esto suena pero sabiendo que es verdad—. Gruder puede hacerte la vida mucho más complicada.

—Déjalo.

—Lee, mira. Cometí un error, ¿sí? ¿Por qué no me dejas hablar con Gruder?

—No.

Colin sale de la carretera cerca de Fenway, y ya estamos a menos de dos kilómetros de mi casa. Probablemente solo ha estado en Brookline unas cuantas veces, pero Boston es lo suficientemente chico para orientarse una vez que se comprenden los acomodos sin sentido de las calles. Colin maneja como un local: seguro pero un poco impredecible. Evitando las calles de un solo sentido donde probablemente no debería haberlo. Ignorando las intersecciones donde tres de cada cuatro calles que intersectan tienen el mismo nombre. Evadiendo vías de tren y pasos de peatones azarosos.

—¿Aún voy por el camino correcto? —me pregunta Colin.

Logro asentir con la cabeza, y cinco minutos después, estamos ahí. El coche aún no se ha detenido por completo cuando Lee sale del asiento trasero. Abre mi puerta con los dedos semicongelados.

—Ven, nena. —Sus dientes están castañeando—. Necesito un baño caliente ahora mismo.

Se estira para tomar mi mano, pero cada hueso en mi cuerpo se resiste. No debería decirle nada a Colin, no con Lee observándome, no con esa pregunta incriminatoria que no será respondida. Entonces las palabras salen de mi boca y es demasiado tarde.

—¿Vas a volver a la escuela algún día? —le pregunto.

Contempla la calle vacía frente a él. Quiero que me mire. Quiero que diga «Sí, tan pronto como pueda».

En vez de eso, murmura:

—No.

Lee finalmente logra sacarme del coche y mi tacón se atora en la banqueta en un intento tonto de voltearme. Quiero decir algo. De verdad. Debería...

Pero Colin ya se ha ido y el sonido de un motor desgastado se desvanece tras su partida.

Lee toma mi mano y la calienta en la suya. Caminamos hacia el pórtico cansadamente por la acera que las palas despejaron de nieve. Solía contar mis pasos cuando era pequeña, solía saber adónde iba sin ver el mundo frente a mí y disfrutaba la seguridad de cada paso. El conocimiento de que mi casa de doscientos años seguía ahí, plantada en sus cimientos, envejeciendo lo suficientemente lento como para que yo sintiera que nunca cambiaría, era suficiente para afianzar mis pasos.

Pero ahora, cada paso, incluso con los ojos abiertos de par en par, se siente como un salto a ciegas.

La oficina del entrenador Toll es un cuchitril clorado. Gracias a años de nadadores sudorosos y una pobre ventilación, apesta a poliéster, olor corporal y concreto mohoso. Un acomodo aleatorio de trofeos que proclaman varios triunfos llena las repisas: campeones de liga, campeones de división, campeones nacionales. En su escritorio hay algunos figurines de latón con los brazos abiertos, condenando el estado de caos. Porque realmente es un caos: papeles tirados por todas partes. Medallas colgadas de clavos. Plumas en el suelo. No hay señales de ninguna computadora salvo que la antigüedad abultada de la esquina prenda.

Gira una pluma entre sus gruesos dedos mientras me mira con ojos hundidos. He llegado a creer que su presencia intimidante es solo una parte de su truco. Se necesita a una persona especial para controlar a un montón de deportistas universitarios.

—¿Estás segura que estás lista para volver? —El calendario diario sobre su cabeza muestra la fecha: 15 de enero. Después de una semana viajando en tren desde el otro lado del país y otra de regreso en el campus, estoy preparada para nadar de nuevo, o al menos eso me digo.

—Eso creo.

—¿Eso crees?

Intento vender mi entusiasmo con una sonrisa.

—Totalmente, entrenador.

—¿Pero?

—Pero ¿qué?

—Tienes algo en mente.

El entrenador nunca me pareció una persona empática, o quizá soy muy transparente. Es verdad que el agua me pone de nervios, también es verdad que he evitado las albercas desde el día que nos rescataron. Pero esta es mi alberca. Mi equipo. No tengo que salir y luchar por los doscientos. Solo necesito meterme en el agua y nadar. El resto se acomodará solo.

—Bueno, veo esto como una oportunidad para empezar de cero. Quizá rompa mi rutina un poco.

Deja de girar la pluma.

—¿Cómo?

—Aún no estoy segura.

—Está bien —comenta, y yo respiro.

—Sé que estoy fuera de forma, pero estoy lista para esforzarme mucho...

—Claro que estás fuera de forma. Eso va a cambiar.

—Genial. —Intento no pensar en las palizas de más de setecientos metros que seguro vendrán en los próximos días y semanas. El entrenador Toll me presionará hasta ponerme en forma y yo lo soportaré y lo disfrutaré, porque no estoy luchando contra una herida que acabó con mi carrera. Aún tengo un futuro en la alberca.

—Necesito un alta médica de tu doctor —dice.

Se la paso. Está firmada por tres doctores distintos: el médico de mi familia en Boston, el internista en Denver y mi papá. Los primeros dos no tuvieron problema en darme de alta para hacer lo que quisiera. Mi papá, claro, escribió un *addendum* de tres párrafos.

El entrenador ondea las hojas.

—¿Qué es esto de problemas de salud mental?

—No es un problema —mascullo, sintiendo una punzada de vergüenza—. Mi papá está paranoico.

—Dice aquí que insiste en que veas a un psiquiatra en el campus.

—Ya lo hice. —Lo cual es verdad. La semana pasada visité a una mujer tímida y amante de los cuellos de tortuga que luchaba por ser escuchada con el zumbido de la máquina de ruido. Era técnicamente una consejera que se especializa en cosas como nostalgia y borracheras. Aunque mi padre escribió «síndrome de estrés postraumático» por todas partes en su *addendum*, ella nunca lo mencionó y yo no pregunté.

—¿Puedes traerme una nota de esta persona? —pregunta.

Se la paso también. Su firma es un garabato indescifrable, y también lo son las letras que siguen a su nombre. El entrenador no parece notarlo. Dudo que realmente entienda la diferencia entre un psiquiatra, un psicólogo y un consejero.

—Hmm —gruñe. Se reclina en su silla antigua y dobla los brazos sobre su pecho. Es increíble que pueda alcanzarse. Todo en él es enorme, firme y extremadamente tenso.

Extiende una mano, lo cual es lo más cercano que tiene a una sonrisa.

—Bienvenida de nuevo, señorita Delacorte.



Mi primer día de regreso comienza como los cientos que lo han precedido. La alarma se activa a las 4:30 a.m. Aprieto el botón de pausa una vez. Ahora son las 4:39. Salgo de la cama, vacío mi vejiga, me lavo los dientes y me pongo un viejo traje, usualmente con los ojos aún cerrados, pero hoy estoy totalmente despierta. Incluso el botón de pausa del despertador fue innecesario. Me pongo mis pants más gruesos y me preparo para la ventisca de enero que nunca llega. Sin ese horrible azote ártico, resulta que es más difícil despertar. Pero hoy estar alerta no es un problema. Hoy cada célula en mi cuerpo se siente como un cable con corriente.

Los chicos practicarán más tarde, así que ahora solo somos las chicas. La plática en el vestidor es mínima. Un grupo de chicas de primero me saluda agitando la mano; una incluso suelta un grito de «¡Bienvenida de vuelta!». Hago mi mejor esfuerzo por ignorar la atención y llegar hasta el carril 2, mi base. Brilla con las luces del techo, el agua clara pulsa con una energía surrealista. Siempre he disfrutado este momento, antes de que el agua se llene del furioso ritmo de los brazos arremolinándose y la agitación de los tobillos.

Pero hoy mi usual sentido de calma es sobrepasado por un rugido ensordecedor. Viene desde adentro, crece y aumenta a pesar de mis esfuerzos por no dejarlo salir.

Una mano húmeda se posa en mi hombro.

—¿Avery? —Marjorie Kline aparece en mi visión—. ¿Estás bien?

—Sip. —Me acerco un poco más al agua—. Súper.



Responde con una mirada confundida.

—Bien. Súper. ¿Te quieres lanzar?

Usualmente voy primero en el carril 2, lo que significa que soy lo suficientemente rápida para nadar en el carril 3 pero realmente no quiero. Nunca me he alejado de las comodidades de mi carril de «velocidad media». El entrenador no me presiona, supongo que piensa que haré el cambio cuando esté lista, lo cual, claro, será nunca. Pero hoy el carril 1 (para los «haraganes») parece atractivo.

—¿Avery?

—Sí, claro. —Todos a excepción de mí, Marjorie y las otras tres chicas en el carril 2 están ya en la alberca. El entrenador se sienta bajo su pizarrón, contemplándome. El sol ha comenzado a salir, creando un resplandor abrasador a través de la ventana. La temperatura se eleva unos cuantos grados. El sudor corre por mi nuca, encharcándose en el espacio entre mis omóplatos.

—¿Por qué no te adelantas? —digo—. Estoy fuera de forma.

—Ah. —Ella se limpia los *goggles* por enésima vez—. Claro. Sí. Bien.

Se lanza en un movimiento suave y ágil. Las otras la siguen. Un constante ritmo de nadadoras hechas de hombros musculosos y piernas bronceadas desaparece bajo la superficie. Todas comienzan con estilo libre. El suave y confiable estilo libre. Todo se ve tan fácil. Incluso mecánico.

Estoy sola en la orilla, con los dientes castañeando por el frío. No hay ningún lugar donde esconderme, no hay excusas que valgan la pena. El entrenador tapa su plumón y viene hacia mí. Sus ojos son estrechos y están llenos de dudas, sus labios pálidos forman una delgada línea. Los separa para decir algo.

Y me lanzo.

Frío. Mucho frío. Me recorre hasta llegar a mi sangre por cada poro, cada imperfección de mi piel quemada por el viento. Se roba el oxígeno de mis pulmones y embrutece mis sentidos. El hielo líquido corre por mis venas. Mi corazón pierde el ritmo, latiendo en frenético desafío a lo que he hecho.

La agonía de ahogarme me llega como una descarga de electricidad, un miserable nudo en mi garganta. No lucho para llegar a la superficie, solo respiro, inhalando agua en vez de aire. Pronto la calma regresa. El fuego, el

miedo y el frío simplemente se van, liberándome en un extraño y silencioso punto medio.

«No soy tan fuerte como tú.»

Luego el dolor. Dios mío, es terrible. Algo que desgarrar mi pecho; mis huesos se abren de par en par en manos de un demonio invisible. Mis pulmones luchan por expandirse en su contra, pero alguien los está aplastando. Rompiéndolos. Rompiéndome.

No puedo respirar. «No puedo respirar.»

—Siéntenla. ¡Siéntenla!

El agua de mis pulmones llega a la orilla con un asqueroso salpicón. Mi lengua sabe a químicos y sangre, un fuego abrasador. Alguien me rueda sobre un costado y espera hasta que dejo de toser. El dolor comienza a mezclarse con la punzada de la humillación.

Finalmente abro los ojos para ver una docena de tobillos y pies, luego piernas y caderas y hombros, luego caras azoradas.

—Los paramédicos ya vienen para acá —dice alguien sollozando, y sé que es Marjorie Kline. Sus tobillos se alejan del grupo hacia el vestidor.

El entrenador dispersa a todas las demás, pero no importa. Es demasiado tarde. Ahora todos saben mi secreto. Todos saben que no estoy lista, ni siquiera estoy bien.

Sigo en ese lago, esperando un rescate.

Esa noche, después de muchos exámenes, Lee me lleva a los dormitorios. Normalmente maneja con el asiento reclinado hacia atrás, con la música a todo volumen y una mano en la parte de abajo del volante. Esta noche maneja con el asiento recto, en silencio.

Al menos los dormitorios están tranquilos. Es jueves por la noche y el campus ha caído en su usual calma diligente. Lee carga mi bolsa y abre las puertas del edificio. Una docena de nadadoras vive en mi dormitorio y dos de ellas pasan junto a nosotros con la cabeza baja mientras descienden las escaleras. La pena me inunda. Pena, vergüenza y el temido hecho de que este episodio cambiará todo. El entrenador contratará un salvavidas para las prácticas. Seré relegada a la parte baja, nadaré con un chaperón. Ni siquiera participaré en las competencias. Les serviré Gatorade y trozos de naranja a las personas que sí lo hagan.

La parte lógica de mi cerebro intenta argumentar que solo fue un mal día. No habría pasado ayer y no pasará mañana. Un momento extraño. Quizá fue la sonrisa incómoda de Marjorie Kline, o la forma en que las luces chocan con la alberca, un reguero de sombras que me cayó mal. Quizá no tiene nada que ver con eso, quizá solo tragué un montón de agua y me desmayé. Podría pasarle a cualquiera.

Excepto que no pasa. Nunca pasa. En mis quince años de competencias de natación, nunca había visto a nadie ahogarse o siquiera necesitar los servicios de un salvavidas. La gente no se rompe el cuello caminando por la calle. Es lo mismo. Para mí nadar es tan fácil como respirar. El hecho de que esto haya pasado no solo es impactante, es patético.

Lee me lleva a mi cuarto y prende la luz. El estado de desorden es impresionante. La ropa cuelga en las ventanas y lámparas y sobre la televisión. El suelo está lleno de textos inservibles y libros de bolsillo. Mi *laptop* espera congelada en un estado de abrupto abandono. Solía ser mejor que esto. Más organizada. Solía tener un poco de orgullo.

Lee, por suerte, no habla de ello. Ignora las pilas de ropa en la cama y se sienta sobre ellas. Me hace una señal para que me acerque, dando unas palmaditas sobre la colcha. Avanzo hacia él. Aún me arde la garganta y siento las costillas adoloridas, pero no es nada comparado con la angustia de decepcionarlo. Lee intentó convencerme de no volver al agua tan pronto, y lo ignoré.

Aparta un mechón de cabello de mi cara y toma mi mano. Suspira, pero su expresión no es enojada ni sentenciosa. Es de dolor. Como que sabía que esto pasaría, lo vio pasar y ahora de alguna forma se siente responsable por ello.

—¿Podrías dejar de tentar a la muerte, Aves? —Finge una sonrisa—. De verdad me complica la vida.

—No sé qué pasó. —Intento respirar profundo, pero mis pulmones se sienten como si hubieran sido lavados a toda potencia con una manguera—. Qué vergüenza.

—¿Vergüenza? Vamos. Esto no se trata de tu reputación.

—¡Claro que sí! —Me doy la vuelta para quedar frente a frente, preparada para una discusión. Pero todo se ha ido de él: el enojo, la actitud defensiva, la bravuconería. Se ve herido.

—Quiero que estés bien de nuevo —murmura.

—Estoy bien.

—No, Aves. —Levanta la vista—. No lo estás.

Puedo sentir el cambio en ese momento: el eje cambiando de lado, el suelo bajo mis pies. Incluso el techo se siente como si se estuviera alejando de mí.

—Estoy tratando. He estado tratando.

Su mirada se posa en una mancha en forma de media luna en la alfombra, que es un resto de una gelatina con alcohol que nunca cuajó como esperábamos. Eso fue en el primer año, solo dos días después de que nos conocimos.

—Hablé con tu papá —dice.

—¿Qué? —Se escucha como un hipo.

—Le llamé. —Pone su mano en mi brazo y siento la tensión por todas partes. Como un resorte estirado hasta el punto de romperse.

—¿Por qué?

—Quiere que veas a alguien —me informa.

—Vi a alguien.

—Alguien que esté capacitado de verdad.

Echo un vistazo a la ventana y me imagino lanzándome por ella. Cualquier cosa sería mejor que este tema.

—Tu papá es doctor —dice—. No entiendo. ¿Le tienes miedo a la gente de salud mental?

—¿A los psiquiatras?

—Mira, no sé qué hacen. No soy experto. Solo quiero descubrir cómo ayudarte.

—No necesito tu ayuda. —Otra vez, la ventana abierta me llama la atención. La noche es silenciosa, el campus engaña a la melancolía de las horas entre semana. Siempre hay gente afuera, claro. Grupos de amigos que vuelven de una cena en la ciudad. Intensos estudiantes de medicina que caminan de la biblioteca al dormitorio y de regreso. Parejas hablando o peleando o besándose; alguna pareja quizá haya logrado las tres. No logro ver sus rostros en la oscuridad, solo son siluetas que pasan por mi ventana en un gran desfile universitario.

—Tu papá dijo que va a sacarte de la escuela si no buscas ayuda. —Lo dice de la forma más suave posible.

—¿Y? Siempre está amenazando.

—Esto suena real.

—Pues me voy de la escuela. ¿A quién le importa?

Sus músculos se tensan mientras su brazo roza mi costado, haciendo crujir mi camiseta.

—¿Así te sientes sobre esto? —Inhala—. ¿Sobre nosotros?

Una luz desde afuera cae en su cara, acentuando sus rasgos esculpidos y perpetua barba incipiente. Me estiro y la toco, disfrutando la sensación de algo tan predecible.

—No —susurro—. No me siento así.

—Entonces déjame ayudarte.

—No puedes...

—Puedo. —La fuerza de su voz me sorprende. Levanto la vista, esperando ver señales del temperamento fuerte (y completamente bondadoso) de Lee, pero cualquier rabia que pueda haber traído a este cuarto se ha disipado por completo.

—¿Cómo?

Sonríe. Una sonrisa honesta y sin restricciones, clásica de él: más pícara que amable, con sus ojos bailando a ritmo.

—Tengo algunas ideas.



Mi padre cumplió su amenaza. Se apareció en el campus al día siguiente y me llevó de regreso al hospital para revisar mi plan de alta y coordinar una audiencia con el entrenador sobre «mi futuro en esta organización». Después de noventa minutos agónicos en esa oficina mohosa, se llegó a un arreglo, un contrato se firmó. Me comprometí a ir a sesiones semanales con la doctora Linda Shin, una psiquiatra que se especializa en estrés postraumático y fobias específicas. Papá la conocía de la escuela de medicina (claro, ¿a quién no conoce?) pero esta vez yo tenía poder de veto. Si la primera cita no salía bien, papá buscaría a alguien más.

Dos días después, estoy sentada en la inmaculada oficina de la doctora Shin en el centro. Hasta ahora nuestro futuro juntas no se ve prometedor. Su oficina tiene demasiadas plantas en macetas. Las pinturas son insulsas, la alfombra es de un amarillo demasiado entusiasta. La ventana tiene vista a la calle, y me siento muy lejana de ella, temiendo profundamente ser reconocida por un peatón.

Al menos las revistas están actualizadas. *People* me ofrece un entretenimiento ligero e intrascendente mientras el reloj avanza hacia las dos en punto. Paso las páginas, preguntándome cuándo saldrá mi cara con la frase «Qué pasó con...».

—¿Avery? —La puerta se abre y la doctora Shin asoma su cabeza. Es una pequeña mujer asiática, con pómulos inclinados y una mirada a la que nada se le escapa.

Extiende la mano.

—Soy la doctora Shin.

La estrecho, quizá un poco más firme de lo normal.

—Hola.

—Entra, por favor. —Señala hacia la acogedora oficina. Para ser una mujer tan pequeña, tiene una voz sorprendentemente profunda.

La prolija habitación ofrece varias opciones para sentarse: dos sillas o un sofá que se ve duro. Elijo la silla. Está un poco más cerca de la puerta, más lejos de la ventana.

Ocupa la otra silla.

—¿Cómo estás? —pregunta.

—Bien. ¿Usted?

Asiente de manera casi imperceptible.

—Estoy bien, gracias.

Le paso el cuestionario que me pidió que llenara antes de nuestra cita. Es mayormente una hoja en blanco salvo por mi nombre. No a «ánimo depresivo», no a «alucinaciones», no a «recuerdos vívidos», «pesadillas» e «historial de traumas». Todo es relativo, pues visto de algún modo, mis pequeños episodios no son nada comparados con los ataques totalmente psicóticos que ella quizá enfrenta a diario. He visto a esas personas en la sala de urgencias de mi papá, volviendo de momentos maniacos o hablando con agentes de gobierno imaginarios. He visto intentos fallidos de suicidio y también exitosos. Adolescentes, veteranos, profesores. Todos continúan con su vida diaria, escondiendo sus demonios.

«No soy como ellos.»

Ella ojea las páginas y las echa en su escritorio. Una sensación de náusea surge en mi estómago. Negué demasiado. Negué todo.

Y ella lo sabe.

Descruza sus tobillos y me estudia por un largo momento. El insípido tono de consuelo en sus ojos se ha ido.

—Avery, ¿qué esperas exactamente de estas sesiones?

La máquina de ruido blanco emite su tonada sin ritmo, una vaga estática que realza cualquier otro sonido. Pongo mi cabeza en mis manos y dejo que todo me llene: el silencio, las expectativas, el peso de la pregunta de la doctora Shin que cuelga en el aire.

—No estoy segura —digo—. ¿Un pase de libertad de mi papá?

Ella no sonríe.

—¿Sabes? Puedo saber mucho por este formulario.

—A mí me pareció bastante genérico.

—Es genérico. E irrelevante, al menos en términos de entender a alguien. Pero la gente que realmente quiere que la ayuden llena todas las casillas y responde todas las preguntas. Es honesta. Quizá demasiado.

—Pues quizá yo no puedo ser encasillada tan fácilmente.

—Quizá no. O quizá no quieres que te ayuden.

Mi mirada se va hacia la ventana, a las despreocupadas multitudes que caminan por la ciudad. Niños riendo. Padres empujando carriolas. Mujeres en su descanso, hablando de estrategias de negocios.

—Quizá no necesito que me ayuden.

—Creo que tu entrenador y otras veinte nadadoras estarían en desacuerdo con eso.

—Tuve un mal día.

—¿Eso fue todo?

«Claro que no», quiero gritar. Ese día fue todos mis peores miedos envueltos en un desgarrador momento de temor, dolor y pérdida. Fue sobre mi vieja y mi nueva vida, el antes y el después. Antes de ver a doscientas personas gritar, llorar y clamar por el Dios que los había abandonado. Antes de que mi confianza en los viajes aéreos se estrellara y ardiera en un lago congelado, destrozando mi capacidad de sentirme segura en cualquier lugar. Antes de que Tim, Aayu y Liam perdieran a sus padres, antes de que se volvieran huérfanos en un lapso de minutos. Antes de que Colin tomara mi mano, me dijera que todo iba a estar bien y no lo estuvo. No está bien desde esa noche, y en mis momentos más oscuros y callados, estoy convencida de que nunca lo estará.

Sé que ella no puede oír mis pensamientos, pero sus secos ojos grises y su elegante profesionalismo me hacen sentir como si estuviera bajo escrutinio, y el escrutinio está a nada de la crítica.

—¿Estás familiarizada con el desorden por estrés postraumático? —pregunta.

Mis entrañas se agarrotan como respuesta. Odio esas palabras, su calculada ambigüedad. Me pregunto si es posible experimentar síntomas de desorden de estrés postraumático solo por escuchar ese nombre.

—He escuchado al respecto —respondo, escogiendo cuidadosamente mis palabras.



—Se ha vuelto un término coloquial bastante común en nuestra cultura, lo cual es desafortunado en mi opinión. El estrés postraumático es un desorden severo de ansiedad que requiere un tratamiento cuidadoso, enfocado y longitudinal. No estoy diciendo que es lo que tienes, Avery... Aunque tu padre parece creer que sí.

—Es doctor de urgencias.

Se permite una sonrisa ante esto.

—Sí, bien, me imagino que por eso me llamó.

—¿Y usted es experta?

—Trabajo con muchos pacientes con el desorden. He dedicado toda mi carrera a eso, he dirigido estudios clínicos, he enseñado a cientos de residentes, me he reunido con expertos de todo el mundo. He hablado en varias conferencias. —Su voz carece de la arrogancia que he llegado a esperar de los doctores—. ¿Eso me hace experta? No lo sé. Pero me gusta pensar que estoy cualificada.

—¿Y cómo hace..., eh, el diagnóstico?

—Te pregunto por tus síntomas. La psiquiatría es diferente a otras áreas de la medicina en el sentido de que tengo que confiar en tus ideas y experiencias para hacer un diagnóstico clínico. No puedo apoyarme en eso si no hablas conmigo.

—¿Qué tipo de síntomas?

—Pues hay varios, y nadie los experimenta exactamente de la misma manera. Pesadillas. Recuerdos vívidos. Evitar los disparadores que estimulan los recuerdos o sentimientos asociados con el evento traumático.

—Se queda un momento en esa palabra: «evento».

—¿Es todo? —pregunto.

—No. Algunos pacientes experimentan hipervigilancia, se asustan con facilidad, tienen dificultad para dormir. Es un espectro amplio. El desorden de estrés postraumático requiere tratamiento personalizado porque los individuos son diferentes. Eso es lo que lo hace un reto para mí como facilitadora. Para ti, el reto es interior.

Miro el reloj. Queda mucho tiempo; una eternidad, en realidad. La doctora Shin se inclina hacia adelante y pone sus muñecas sobre sus rodillas.

—Entonces —dice—. Una segunda oportunidad.

—¿Para qué?

—Para que me digas por qué estás realmente aquí. —Me señala el reloj —. Pudiste haberte ido hace diez minutos.

La máquina de ruido blanco sigue zumbando, pero ahora se siente más silenciosa, la estática en mi cabeza es menos intrusiva.

—Quiero volver a nadar.

Es difícil imaginarse a esta diminuta asiática lanzándome a la alberca, pero quizá ella tiene otras ideas. No quiero experimentarlas en toda su gloria psicoanalítica, pero estoy desesperada.

—Muy bien —dice.

Su respuesta me toma por sorpresa.

—¿En serio?

—Sí. Podemos trabajar en eso.

—Okey, bien. —Me estiro para tomar mi abrigo. No importa el pago por hora, he tenido suficiente por un día. Mi papá simplemente tendrá que entender.

—Entonces —me interrumpe—, ¿a la misma hora la próxima semana?

—Espere un momento.

Se detiene; su expresión neutral es reemplazada por una ceja alzada que sugiere preocupación real.

—Claro. ¿Qué tienes en mente?

—No quiero que hable con mi papá después de estas citas.

Su ceja se relaja un poco, pero sus ojos mantienen su intensidad.

—Nuestras conversaciones son confidenciales. Tu papá está pagando por estas sesiones, así que recibirá la cuenta, pero eso es todo.

Algo sobre mi papá recibiendo las cuentas me hace sonreír... casi.

—Bueno.

—¿Bueno?

—Bueno significa «veremos».

—Me basta —asegura mientras el reloj suena anunciando que ha pasado la hora—. Te veré la próxima semana.



Seis semanas después, después de una inusual cita por la tarde, Lee me intercepta afuera de la oficina de la doctora Shin. Mi rutina habitual es

entrar y salir corriendo, intentando con todas mis fuerzas no ser vista. Esto me toma por sorpresa.

—Hey —dice.

—Hey.

—Es primero de marzo.

—Sí...

—Día Nacional de las Albercas.

—¿Eso existe?

—No, pero debería. —Besa mi mejilla. Hemos hablado del Día Nacional de las Albercas, o al menos una versión de ello. La doctora Shin lo apoya, pensó que sería bueno ponerse metas. Para mí, el Día Nacional de las Albercas es el primer paso hacia nadar de nuevo.

Pasan de las nueve para cuando llegamos a las escaleras de la alberca Naudler. La fachada del lugar no deja de maravillarme: es un enorme edificio cubierto de cristal, con escalones de ladrillo pulido que llevan a un atrio lleno de luz. Es como entrar en una playa interior, con suelos color arena y paredes azul cielo. Los techos son altos e inclinados, una suerte de catedral transparente.

Pero el foco central, el gran final, es la alberca. Un nítido azul transparente que llena el área como un mar resplandeciente. Una mezcla de maravilla y terror me sobrecoge mientras nos detenemos frente a ella.

—No tenemos que entrar —me asegura Lee—. Pero podemos hacerlo si quieres.

—De por sí tú ya pasas bastante tiempo aquí...

Voltea hacia mí sin soltar mi mano en ningún momento.

—Entonces pasaré más tiempo.

—Pero es tan... —Me quedo sin palabras, sin saber cómo completar esa idea.

—¿Difícil? —Me aprieta los nudillos—. Lo sé, va a ser muy muy difícil. Pero quieres volver a nadar, ¿verdad?

—Más que cualquier otra cosa.

Me observa mientras proceso la vista de la alberca, sin nadadores por primera vez en mi memoria reciente. La luz de la luna se cuela por el cristal, y se refleja al tocar el agua. Tengo que admitir que la alberca se ve inevitablemente romántica en este momento de la noche. No hay entrenadores gritando, no hay patadas zumbantes ni brazos azotando. No

hay universitarios exhaustos saliendo torpemente de los vestidores hacia la parte profunda de la piscina. Es solo una alberca. Una segura, extensa y gloriosa alberca, tres veces más grande que en la que aprendí a nadar, pero fuera de eso exactamente igual.

Lee aprieta mi mano y me jala hacia él. Huele bien, a jabón y especias, una mezcla que me recuerda las prácticas mañaneras.

Nuestras manos unidas se convierten en una caricia, la caricia se transforma en un beso. Mi mano encuentra el hueco de su cuello mientras él mueve su mano por mi cabello, apartando los mechones de pelo de mis ojos. Siempre me ha gustado la forma en la que Lee me besa: libre y ferozmente, como si lo estuviera haciendo por instinto. Es un poco rudo, un poco húmedo y luego es un frenesí. No nos detenemos hasta quedarnos sin aliento.

—¿Sabes? —dice, plantando besos por mi cuello—. Podemos cambiar el plan un poco. Agrega nadar desnudos a la mezcla si prefieres.

—Ajá. —Sonríó—. Empecemos lento, ¿sí?

—Sí, *madame*. —Me toma de la mano y me jala hacia la alberca. Un zumbido ligero traiciona la presencia de las luces de techo y el sistema de filtración. Lee lo recibe con el entusiasmo de un jugueteo primaveral.

—No hay nada como esto —declara.

—Por favor, a veces lo odias.

—Sí, carajo. Lo odio a las cinco de la mañana.

—Pero ¿ahora está bien?

—Sí. —Se inclina para susurrar cerca de mis labios—: Porque ahora estoy contigo.

Las palabras me recorren dándome calor, llevándome a un lugar que se siente al mismo tiempo diferente, equivocado e inesperado.

«Colin.»

Pienso en él en este momento, esos ojos azul tormenta que parecían reflejar todo el mundo. El equipo no habla sobre él, lo cual lo hace más fácil. Olvidarme de Colin y nuestros cinco días en esa montaña lo hace todo más fácil. Y así, cuando su recuerdo me encuentra en un momento como este en el que debería estar pensando en alguien más, lo hago a un lado.

—¿Aves? —La humedad de los labios de Lee en mi piel me hace cosquillas mientras se separa de mí—. ¿Qué pasa?

—Nada. —Intento sonreír—. Solo me alegra estar aquí contigo.

Nos paramos en la orilla de la alberca, lo cual, por primera vez en meses, no me llena de un terror instantáneo. En vez de eso, es tranquilizador, casi me fortalece. Me quito los zapatos, me saco los calcetines y saboreo la fría humedad de las losas bajo mis pies.

—¿Aún estás bien? —pregunta Lee.

—Maravillosamente. —Y es la verdad. Estar aquí se siente natural, como una inesperada bienvenida a casa.

Juntos, nos tomamos nuestro tiempo recorriendo el perímetro de la alberca. Es la primera vez para ambos. Mi visita de reclutamiento fue rápida y apresurada. Las prácticas siempre son un ejercicio de eficiencia y aprovechamiento del tiempo. Las competencias son eventos multitudinarios y caóticos con orillas llenas de nadadores que corren de un lado a otro. Nunca pensé en cuán puramente funcional se podría volver una alberca, casi como un lugar de trabajo. No es de extrañarse que tantos de nosotros nos hartemos de ello después de la universidad.

—Se ve distinta de noche —comento mientras doblamos la tercera esquina. Por encima y por debajo de nosotros, la luna y las estrellas y el cielo de California se ciernen sobre la bahía.

—Lo sé. —Se detiene y levanta la vista—. Me siento como si estuviera en un lago. —Hace un gesto de dolor—. O sea, no como...

—Está bien. —Me recargo en él y encuentro refugio en el hueco de su abrazo.

—Aves —dice—, las sesiones con la doctora Shin...

—Están ayudando.

Lo cual es verdad. Están ayudando. Los recuerdos vívidos son menos frecuentes, los disparadores menos azarosos. Algunas noches ni siquiera sueño.

—Fue su idea intentar con terapia de condicionamiento y pensé que podría ayudar... —Se apresura a decir—. ¿Eso estuvo fuera de lugar? Juro que no pregunté sobre...

—No, no, está bien.

—¿Segura?

—Totalmente.

—Sé que no tengo mucho entrenamiento...

—¿Mucho entrenamiento?

—Bueno, nada de entrenamiento. Pero le dije que confías en mí. —Su sonrisa vacila—. Confías en mí, ¿verdad, Aves?

—Claro. —Entrelazo mi brazo con el suyo y nos sentamos en la orilla. Balanceamos nuestros pies desnudos dentro del agua a veintiséis grados, una temperatura que se siente simplemente perfecta cuando estás nadando con fuerza. Incluso ahora es un lujo, tibia pero refrescante. Diseñada para la comodidad humana, ajustada hasta el grado más perfecto.

Levanto mi pie y observo el agua correr entre mis dedos y volver a la alberca. Una pequeña oleada de intranquilidad me recorre, tan poco bienvenida como pasajera. Se va antes de que Lee pueda ver la tensión en mi quijada, la sonrisa luchando por quedarse ahí.

—¿Aves? ¿Estás bien?

Acomodo mi cabeza sobre su hombro y cierro los ojos. Cuando los abro de nuevo, el mundo ya no da vueltas. La alberca brilla y zumba, y la humedad me da calor por todas partes. Todo se siente seguro, natural y correcto.

Tan correcto, de hecho, que casi me olvido de los peligros que acechan bajo la superficie.

## 26

La doctora Shin espera hasta el primero de abril para preguntar por Colin.

Es nuestra décima cita, la mitad de una relación que comienza a sentirse como que tiene que ir hacia algún lado. Y la doctora Shin no es el tipo de persona que se estanca. Así que comienzo a soltar algunos chismes sobre mi familia (uno de sus temas favoritos), lo cual espero que sea suficiente para alimentarla hasta que la cita termine. La próxima semana pensaré en otra cosa sobre lo que comentar tonterías.

—Mi hermano me ofreció un trabajo —digo, jalando la borla de hilos grises del descansabrazos.

—¿Qué hermano?

—Edward.

—¿El jugador de beisbol profesional que vive en L.A.? Nunca habías mencionado su nombre.

—Ese es Edward.

—Pensé que habías dicho que iba a volver a Boston.

—Lo hará. —Regreso las manos a mi regazo—. El trabajo es en Boston.

Una larga pausa.

—Ya veo —murmura. A la doctora Shin no le gusta bombardearme con preguntas. A veces nos quedamos en silencio durante diez o veinte minutos mientras espera que yo diga algo.

—Como sea, lo rechacé.

—¿Puedo preguntar de qué es el trabajo?

—Intenta revitalizar los programas de atletismo para las escuelas del interior de la ciudad. —Jalo los hilos hasta que otros tres se sueltan. Quizá compra estos sillones porque sabe que la tela corriente es terapéutica.

—Me dijiste una vez que no creías que dejara el beisbol profesional.

—Bueno —digo, levantando la vista—, me equivoqué.

La intensidad de su mirada hace que quiera apresurarme a decir más de lo que probablemente debería. Esto es parte de su eficacia como psiquiatra, es un arma más que una herramienta de trabajo.

—No puedo volver a Boston —declaro.

No se molesta siquiera en expresar el largo «hmmm» que normalmente sigue a una declaración como esta. Sin más hilos que desenredar, lo único que me queda para enfocar son sus ojos.

—¿Por qué no? —pregunta.

—Porque mi vida está aquí. Tengo el equipo, a Lee y la natación.

—Pero no estás nadando, la terapia de condicionamiento no ha funcionado.

Tiene razón, por supuesto. Estoy segura de que Lee estuvo acosándola con *e-mails*, suplicándole consejo. Después de esa primera «clase» llevé mi traje favorito para la segunda, toda arreglada y lista para nadar. No pude meterme más allá de mis rodillas.

—¿Lee le dijo lo que pasó?

—Un poco. —Junta sus manos mientras medita sus ideas—. Pero él no puede decirme cómo fue para ti.

—Bueno, realmente no puedo describirlo. Es como si otra parte de mi cerebro se apoderara.

—¿Es parecido a los episodios que has tenido antes?

—Sí.

—Entonces sientes miedo cuando estás en el agua. No cuando estás cerca, sino dentro de ella. —Dirige su mirada hacia arriba por un momento, pensativa—. ¿Cómo te sientes?

—Indefensa, frágil. —Mi voz se convierte en un susurro—. Fuera de control.

—¿Ha sido capaz de recobrar el control alguna vez?

Niego con la cabeza, señalando lo obvio.

—El sentimiento pasa después de unos cuantos minutos, y me toma un rato sentirme yo misma de nuevo.

—¿Cómo?

—Simplemente me siento perdida.



Cruza los tobillos y me estudia durante cinco, quizá diez segundos. Se siente como una eternidad, pero de acuerdo con el ritmo de nuestros prolongados y frecuentes silencios, realmente no es tanto.

—¿Cómo te sientes respecto a pasar el verano en Boston? —pregunta.

—Indiferente. —Levanto la vista, notando la acusadora frustración de sus ojos con un dejo de decepción. Siempre parece saber cuándo estoy mintiendo.

Espera con paciencia a que reconsidere mi respuesta.

—Estoy intranquila al respecto —admito.

—¿Y por qué crees que es así?

—Pues todos viven en el área de Boston. Me refiero a los niños.

—¿Los has visto? —pregunta.

La respuesta llega titubeante y la culpa me llena cuando digo:

—No.

Sus voces. Los cantarines sonidos de sus risas. Los detalles de cómo eran bajo ese inclemente cielo azul se han desvanecido, pero mi mente aún vaga. A veces los visualizo sentados bajo las estrellas, rogando que les dé bastones de caramelo. He soñado con verlos de nuevo, y cada vez despierto con lágrimas en los ojos y dolor en mi garganta.

—¿Y Colin?

—¿Qué con él? —Me ahogo al decirlo.

—¿Hablaste con él?

El súbito cambio en el ritmo me toma por sorpresa; solo en raras ocasiones la doctora Shin va directamente a la yugular. Me desequilibra. Me hace menos propensa a torcer la verdad. Al menos esta vez logro suprimir el primer pensamiento que me viene a la mente.

—No quiero hablar de él.

Se reclina en su silla pero no retira la vista. Tiene el cabello recogido en un apretado chongo que acentúa la firmeza de sus rasgos y la profundidad de sus ojos. La verdad es que no quiero hablar sobre Colin nunca más. Porque si no hablamos de él, quizá no me perseguirá de esa forma que confunde mis emociones y sabotean mis intentos por superarlo. Quizá la verdad nunca saldrá.

Bajo la cabeza e inspecciono los pequeños nudos del tapete y fantaseo con hundirme en él.

—Quiero olvidarlo.

Su voz es suavemente inquisitiva.

—¿Por qué?

—Porque me recuerda todo lo que pasó allá.

«Mierda.» Me metí en eso.

—Pensé que dijiste que se separaron al principio.

—Lo hicimos. Sí. —Los medios se negaron a aceptar la excusa del «no recuerdo nada» cuando les dieron cuerda con las suturas de hilo dental de Colin. Les dije que estuvimos juntos cinco horas en vez de cinco días, apenas lo suficiente para que yo le cosiera esa herida—. Eso es lo que quise decir.

—Dijiste «todo».

—«Todo» es un término vago. Quise decir Colorado. El avión. Lo que sea.

—No estoy segura de que eso hayas querido decir.

—Claro que es lo que quise decir. —No me doy cuenta de que estoy gritando hasta que alguien toca a la puerta y pregunta si está todo bien.

—Sí, todo bien —dice la doctora Shin. Espera que yo continúe, pero no lo hago. No puedo. La persona de la puerta ahoga un grito cuando la abro de golpe y corro hacia la sala de espera.

Resulta que mi abrupta salida de esa oficina no es tan liberadora como habría esperado.

Es incriminatoria.



Los medios querían un héroe, pero más que eso, querían saber sobre Colin y esos tres niñitos. Querían saber por qué terminamos tan separados; era una anomalía logística dado que no había más sobrevivientes. La única respuesta razonable era no decir nada, y luego, cuando las suturas de hilo dental pusieron en tela de juicio toda la historia de la amnesia, salí con una versión abreviada de la verdad. Le dije al mundo que nos habíamos separado al principio, lo que pareció una historia bastante sosa.

A los niños nunca los entrevistaron; los medios asumieron que eran demasiado pequeños o estaban muy enfermos o traumatizados para recordar nada. Y luego, claro, estaba el tema de la sensibilidad. Nadie quería torturar

niños, dragar en sus malos recuerdos. «Pero Avery Delacorte sí puede soportarlo.» Salvo que no era así. Así que mentí sobre lo que pasó y las entrevistas se detuvieron.

Para cuando Colin se recuperó lo suficiente para hablar con los medios, no contradijo los detalles que yo había dado, tan escasos como eran. Lo hizo por mí, claro, igual que hacía todo lo demás.

Por alguna razón el mundo fue más amable con él. Los titulares lo pintaron como el héroe silencioso. De hecho, las fotos que todos los medios reciclaron una y otra vez eran halagadoras. La mayoría fueron tomadas en Boston o los alrededores, después de su alta del hospital. Y luego, claro, las imágenes del estacionamiento. Los tabloides se dieron un gran banquete con eso: «¿Avery Delacorte está guardándose la historia de lo que realmente pasó allá?». Durante semanas me sentí como en un *reality show*.

Pero pude soportar el bombardeo de los medios. Aprendí a navegar a mi modo, al amparo del campus universitario. El público tiene poca memoria. La gente olvida. Siguen adelante. Otras historias, otras tragedias se roban su atención. Y yo dejé que pasara porque ser «normal» significaba más que ser «yo».

Colin nunca dijo nada sobre la libreta en las pocas horas que pasamos juntos en Año Nuevo, aunque por momentos me pregunté si pensaba hacerlo. El personal de recuperación nunca la encontró y no es como que yo haya hecho ningún esfuerzo por buscarla. No quería revivir esos cinco días desgarradores ni pensar en ellos en lo más mínimo.

La verdad es que los niños merecían más.

—¿Aves?

Levanto la vista y veo a Lee, sentado en los escalones de mi dormitorio. Tiene flores en una mano y un nuevo traje de baño en la otra.

—Hey.

—¿Qué sucede? ¿Pasó algo?

El silencio se expande hasta que está por todas partes al mismo tiempo, torturándome de maneras que las palabras nunca podrían. Agoté mi capacidad de mentir. Solo queda la verdad, grabada en recuerdos. Recuerdos que me atormentan, recuerdos hermosos.

«Esto es lo que soy ahora.»

—Sí —respondo, deseando que la respuesta fuera otra.

Distribuyo otra ronda de nieve derretida que no logra despertar el entusiasmo de los chicos. Aayu apenas tiene energía para sentarse, y ahora Liam también está con tos. A Tim se le han puesto los dedos de manos y pies de un desconcertante color púrpura. Nadie se siente con ganas de beber nada.

Colin le frota las manos y pies a Tim mientras les cambio la ropa a los otros niños. Todo está húmedo, la ropa, las sábanas, los gorros, los guantes. No sé si es porque todos tuvieron fiebre o porque no logramos secar las cosas esta mañana. Lo que parecía práctico hace dos días ahora se siente como un ejercicio fútil.

«La gente muere porque entra en pánico.» Las palabras de mi padre, repetidas en cada viaje a esquiar, en cada excursión para hacer canotaje, en cada expedición llena de adrenalina a la que nos llevó, repican en mi cerebro. «Con calma», diría, «relájate». Él nunca entró en pánico, incluso cuando sus propios hijos estaban en peligro. Pero no está aquí y yo no soy él.

—Voy a salir. —Colin se pone su gorro, el que tiene el agujero agrandado para la cara—. Los niños necesitan comer.

—Colin, no puedes.

Se coloca sobre sus rodillas junto a mí. Respira trabajosamente, de manera superficial, con inhalaciones rasposas que suenan como un motor oxidado. Su mente quiere seguir, pero su cuerpo no puede cumplirle. Duele verlo.

—Quizá tienes razón —dice finalmente.

Escuchar cómo lo admite es peor que el ominoso golpe que escuchamos justo antes del impacto, peor que el rabioso rugido del oso. Se está rindiendo. «Lo sabe.»

—Escúchame. —Toma mi rostro con las manos, dándome calor por todas partes—. No te vas a morir.

—No nos vamos a morir. —Lo sujeto de las muñecas para que deje sus manos en mi cara. A nuestro alrededor todo se derrumba. Solo está él, justo como en el avión. Rodeamos nuestras rodillas con los brazos, con la cabeza girada hacia el otro. «Solo tú.»

—Avery...

—No lo digas. No ahora —susurro junto a sus labios—. Nunca.

—No lo haré —dice, y su voz se quiebra mientras me quita los guantes. Lucha contra ellos, el izquierdo, luego el derecho, y luego los suyos, hasta que solo somos nosotros, piel con piel, mis manos en las suyas. Está tibio, agradablemente tibio. Descansa su frente contra la mía, y durante un raro momento robado, se siente como si estuviéramos respirando por el otro.



Tiempo después, las paredes grises de mi sueño se vuelven negras, luego rojas, y de pronto no hay nada frente a mí salvo una salvaje e incontenible llama que lame las curvas plásticas de la cabina. Todos los pasajeros se encuentran fantasmalmente silenciosos y tienen sus tobillos, muñecas y cuellos atados a los asientos. Voy hacia ellos, uno tras otro, arrancando cinturones que no tienen hebilla. El fuego viene de todas partes y los consume mientras yo lucho por liberarlos. El agua entra a raudales, mezclándose con las llamas. La gente se arranca la piel en delgadas tiras, revelando hueso calcinado debajo. No me dicen nada, pero sus pechos se levantan y caen con el agotamiento de mantenerse vivos. Su aliento se siente cálido en mi cara. Se están muriendo, y yo no puedo salvarlos...

«No puedo salvarlos.»

Me despierto de golpe con el sonido de nuevos horrores azotando las paredes: granizo, nieve, aire. Con fuerza, golpea los árboles frenéticamente y transforma al lago en un mar espumoso. Las olas azotan la orilla y se siente casi personal, la rápida metamorfosis del lago de un dócil compañero

a un monstruo vengativo. El oso que nos causó tanto dolor probablemente está dormido en una cálida madriguera, resguardado de los elementos que conoce tan bien, mientras nosotros nos congelamos bajo un casco de metal.

Mientras el viento azota las paredes, reúno todas las piezas de ropa y envuelvo a los niños como momias. Eso incluye corbatas, chales, *pashminas*, medias..., todo. Hago pequeñas ranuras para sus ojos, narices y bocas, cubriendo con cuidado cada centímetro de piel. Los niños están demasiado azorados para protestar, incluso Aayu, quien siempre llora cuando se pone el sol. Tim ya no está consciente, pero su pecho se eleva y cae con cada respiración, y eso es todo lo que puedo esperar.

—Tengo frío —dice Liam, y yo lo abrazo y le digo que todo va a estar bien, que vencimos a las otras tormentas y venceremos también a esta. Colin le canta a Aayu, con palabras rasposas porque es todo lo que puede hacer. La letra no tiene sentido: océanos, reyes y dulces de mantequilla, pero no es que eso importe. Nunca deja de cantar, aunque debe de estar sintiendo cómo esos niños mueren en sus brazos, sucumbiendo a las circunstancias que lo traicionaron.

Su voz es rasposa por la fiebre, su cara está quemada por el viento, pero sigue siendo Colin: fuerte, amable y ferozmente leal. Busca mis ojos y me ofrece esa suave y adorable sonrisa, y aunque conjuro cada trozo de esperanza que queda en mí, puedo ver la verdad ahí también: este es el fin.

Aprieto su mano y veo nuestros dedos entrelazados como estaban en el avión, como debieron haber estado hace meses. ¿Sabía lo que pasaría cuando nos conocimos? ¿Pensó, de alguna extraña y trágica manera, que el mundo nos reuniría de nuevo?

Deja de cantar para recuperar el aliento, para besar el pequeño espacio que separa los párpados de los niños. Una vez más, mi aceptación se vuelve pena y luego rabia: odio que estos niños nunca se convertirán en hombres. Odio que Colin nunca será padre.

—Colin.

Levanta la vista y ya no esconde el anhelo en sus ojos, mezclado ahora con arrepentimiento. Veo a Colin Shea parado afuera del vestidor en mi primer día de práctica, rescatándome de una inseguridad paralizante. Veo su amable sonrisa, sus inquisitivos ojos azules. Veo a alguien que me entiende.

—¿Te acuerdas del día en que nos conocimos? —le pregunto.

Sonríe con una sonrisa suave y adorable que me recuerda a esa primera tarde.

—Claro. El mejor día de mi vida.

Me quito los guantes y trazo con mis manos desnudas la exagerada curva de sus rasgos, la gruesa pelusa de su mentón. Es la primera vez que lo he tocado de esta manera. Íntimamente, explorándolo. Su aliento se detiene, su mano izquierda busca la mía mientras me sostiene la mirada durante un instante de puro y doloroso reconocimiento. El latido de su corazón llena el silencio, me llena por todas partes.

—Me alegra que fueras tú —susurro.

Lo beso suavemente al principio, con un susurro de gratitud, de pérdida. Pero no se siente como un adiós. Se siente como un primer beso, eléctrico, cargado de deseo y trágicamente caduco. Cada parte de mí se llena de vida de nuevo: los labios, los dedos de mis manos y pies. El adormecimiento de mis venas se convierte en fuego, más intenso que ninguna otra cosa que haya sentido, que ninguna otra cosa que haya pensado que era capaz de sentir. Lo absorbo. Sabe a menta, «¿cómo lo hace?», tiene los labios cálidos y húmedos y responde con un hambre que se combina con la mía. No hay pena, no hay restricciones. Me jala hacia él y ya no me siento desesperanzada ni furiosa. Me siento amada.

Cuando se aleja, la tormenta sigue azotando con furia a nuestro alrededor, pero el mundo es diferente.

Me quedo dormida en su hombro y sueño con aguas claras y cielos azules, las calles de Brookline y donas cubiertas de chocolate, juegos de beisbol y góndolas. El Bicho. Gente que he conocido durante toda mi vida, extraños que han pasado junto a mí.

Tim, Liam, Aayu.

Colin.

Lee me toma de la mano, dejándonos suspendidos en una niebla en medio de todo. Me recuerda el «antes» y «después» que me ha seguido desde el accidente, implacable como una sombra e igual de intangible. El resto del mundo, alguno que otro rezagado en la noche, el dormitorio, el cielo de California, se disuelve a nuestro alrededor.

Espero que suelte un alud de preguntas, pero no lo hace. Esos recuerdos no son suyos. No son nuestros. Y sin embargo, siguen siendo relevantes.

Lo son todos.

—No quería hacerlo así —confieso.

—¿Hacer qué, Avery? —La forma en que dice mi nombre sin abreviar hace que mi estómago se encoja—. Dijiste que algo pasó. ¿Estás herida? Fue algo que dijo la doctora Shin...

—Mentí sobre lo que pasó después de que el avión se estrelló.

«Ahí está.»

—¿Avery?

—Mentí sobre muchas cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

«Muchas.» Pero las palabras no llegan porque no son para él.

—Aves, tienes que hablar conmigo,

—No sé qué decirte.

—Lo sabes. Dime.

—Los abandoné —susurro.

—¿A quién abandonaste?

—A los niños —digo en un susurro—. A Colin.

—¿Después del accidente? Pensé que ni siquiera estaban juntos.



—Estuvimos juntos. Durante cinco días estuvimos juntos.

—Pero dijiste... —Se calla.

—Mentí sobre lo que pasó porque no era lo suficientemente fuerte para decir la verdad. —Suelto sus manos y él las cruza sobre su pecho—. Los amaba, Lee. Los amaba y los abandoné. Y ahora tengo que enfrentarlo.

—¿Cómo?

—Voy a volver a Boston.

Tiene las mejillas brillantes y mojadas. No hace el intento de tocarme, ni siquiera levanta la vista. El traje rojo que había planeado darme cuelga de sus dedos.

—¿Aún lo amas? —pregunta.

—No lo sé —digo, porque decir que no sería una mentira.

—Entonces te esperaré. Y estaré aquí cuando vuelvas a casa.

«Casa.»

La verdad es que ya no sé dónde es eso.

## 29

La doctora Shin no parece sorprendida de verme cuando me presento el último día del semestre, pero sé que solo es su estoicismo infalible. Después de dos meses de silencio total, probablemente se preguntaba qué me pasó.

—Es bueno verte de nuevo. —Parece decirlo de verdad.

—Quería darle las gracias.

—¿Por qué?

—Por hacerme las preguntas difíciles.

Se permite una sonrisa.

—Es mi trabajo.

—Voy a volver a Boston en verano.

—Ya veo —responde sin mostrar ninguna emoción.

Miro por la ventana a los grupos de personas que pasan. Es el último día del semestre. Un final, pero también un inicio. He decidido que depende de cómo lo veas.

—Necesito hablar con Colin sobre lo que pasó, porque tiene razón, él estaba ahí. Estuvo ahí todo el tiempo.

No hay un movimiento de cejas delator, ni un «hmmm-hmmm» que suene a «te lo dije». Simplemente espera a que yo prosiga, con su mirada atenta pero no crítica y sus manos acomodadas en su regazo con remilgo.

—Bien —comenta—, avísame cuando vuelvas a nadar.

—No puedo nadar. —Incluso ahora, después de todos estos meses, me hiere admitirlo—. La terapia de condicionamiento no ha funcionado.

—Claro que no. —Me pasa mi cuestionario de nuevo paciente, con las páginas tan blancas que brillan. Quizá por primera vez, sonrío. Lo sabe.

—Buena suerte en Boston —me dice.



Una hora después, Edward me recoge afuera de mi dormitorio, con su Jeep lleno a tope para mudarse al otro lado del país. Podría haber enviado todo como lo hacen la mayoría de los millonarios, pero ese no es el estilo de Edward. Le gusta hacer las cosas a la antigua. Ser habilidoso.

Así que no es sorprendente ver cajas de todas las formas y tamaños llenando el asiento trasero, bamboleándose hacia adelante. El asiento del pasajero tiene como treinta y cinco centímetros de espacio libre, apenas lo suficiente para poner mi trasero. «Lo siento, camarada, vamos a tener que compartir.» Qué bueno que soy pequeña y estrecha.

—Espero que tu maleta sea de un tamaño razonable —señala—, o vamos a tener que amarrarla al escape y arrastrarla.

—Muy gracioso.

Edward me sigue hacia mi dormitorio, encuentra mi maleta llena hasta el tope y la carga por las escaleras. Ni siquiera me ofrezco a buscarle un lugar en el Jeep. Él lo tiene todo planeado, una muestra del gusto por la organización que heredó de nuestra madre. Mi maleta encaja perfectamente en el lado izquierdo de la cajuela como la pieza de un rompecabezas perdida.

Pero sus habilidades en el cuidado de coches dejan algo que desear. Sabe cómo reparar una transmisión, cambiar un mofle e incluso manipular los cables de encendido del motor, pero lavar un auto está más allá de sus capacidades. En este sentido, es como nuestro padre.

Frota el parabrisas con la mano, tomando el polvo entre sus dedos.

—Probablemente debí haberme encargado de esto un poco más temprano.

—Nah. Es la forma perfecta para ver el país.

Me lanza el polvo y acelera el motor. Vamos lento al principio; el tráfico de la bahía de San Francisco y los viajeros de verano tapan las carreteras. El sol se pone detrás de nosotros, lanzando su furioso resplandor naranja sobre el Pacífico. Frente a nosotros, las colinas verdes y los valles inclinados se extienden hacia un horizonte infinito. Es un paisaje maravilloso, un lugar que se merece toda la poesía, canciones y literatura que loan su belleza.

—¿Ya lo extrañas? —pregunta Edward.

—Los atardeceres me seducen con facilidad.

—Ah. —Busca una estación de radio—. Pero nada como un amanecer en Boston.

—¿Estás despierto cuando eso pasa?

Se ríe, pero una nota seria se abre paso en su voz.

—Intento estarlo. —Se decide por una canción de los noventa, una de sus favoritas cuando era chico—. Lo valen.



Casi cinco mil kilómetros y una semana después, llegamos al Mass Turnpike. Para un viernes por la noche, el tráfico hacia Boston no es tan terrible como lo recordaba. Es todo avanzar y detenerse, subidas estrechas y vueltas rápidas, a diferencia del monótono avance por las carreteras de California. Lo observo todo con las ventanas abajo y el aire de la ciudad inunda mis pulmones: los rascacielos en la distancia, el río a mi izquierda. Cuando Fenway está a la vista, con sus luces de cuento de hadas brillando en el horizonte, finalmente me siento en casa.

Mis padres están ahí para recibarnos cuando llegamos al camino de entrada. Papá farfulla un hosco «hola» y algo sobre que no llamamos lo suficiente y me jala en un abrazo bastante raro, el primero que puedo recordar desde mi infancia. Toma mi maleta y la arrastra a la casa.

—Ay, querida —es todo lo que mi mamá logra decir.

—Hola, mamá —le respondo, lo cual hace que se le llenen los ojos de lágrimas. Le doy un abrazo, absorbiendo el aroma conocido de su loción favorita, uno cítrico que me recuerda a la primavera.

Cada vez que llego a casa, el lugar se ve igual pero diferente de alguna forma. Retratos familiares de hace años cruzan la parte de arriba de la chimenea, donde a mi madre le gusta probar las cosas para la casa. Cuando éramos niños, siempre solíamos reunirnos aquí, y eso la volvía loca. Para empezar, hace calor en la cocina, a pesar de los múltiples aires acondicionados instalados en las ventanas. Prende el más grande y lo pone en alto.

—Qué maldito calor. Perdón, cariño. Probablemente no estás acostumbrada. —Le da un empujón al problemático electrodoméstico—. La

cena estará lista en treinta minutos.

—No lleguen tarde —bromea Edward mientras se estira para tomar un montón de platos y cubiertos. Poner la mesa era su tarea designada cuando niño. Ya que no estoy lista para una discusión sobre mi vida con toda la familia, subo las escaleras para instalarme.

Mi maleta se encuentra afuera de la puerta de mi cuarto, justo donde la dejó mi papá. Los compartimentos abultados me recuerdan cuánto me llevé a California y lo poco que dejé atrás. O quizá es solo la acumulación de cosas, el diligente paso del tiempo marcado por la diligente colección de posesiones insignificantes. Cruzo el umbral con la maleta y cierro la puerta.

En esos primeros segundos de estar aquí, en «casa», la carga de lo que hice pesa sobre mis hombros. No he pensado en la logística de mi visita, especialmente porque Edward exagera con los tiempos. En el camino a casa admitió que apenas lleva una agenda, para nada un programa. Es un negociador hábil, especialmente cuando se trata de su hermanita.

Me tiendo sobre el colchón rechinante y contemplo las conocidas estrellas amarillas. Aún están ahí, despegándose. Me descubro intentando evitar las lágrimas. «¿Cómo se supone que haga esto?» Ni siquiera sé por dónde comenzar. ¿Colin? ¿Los niños? ¿Qué pasa si se niegan a verme?

Un rato después, mi papá llama a mi puerta.

—¿Estás ocupada mañana? —pregunta.

Quisiera que la respuesta fuera «sí», pero no lo es.

—En realidad no.

—Bien.

En algún lugar al final del pasillo, Edward se ríe con disimulo.



Por lo general, las mañanas del sábado en una sala de urgencias son silenciosas; representan esa extraña prórroga entre las dos noches más salvajes de la semana. Hoy la sala de espera se extiende al estacionamiento, el triaje está abarrotado y las camillas ocupadas bordean las paredes. Mi papá me ordena comenzar con esos desafortunados camaradas: anotar su historial, obtener una lista actualizada de medicamentos, intentar calmar a los locos. Doblo la esquina siguiendo a un lastimoso adicto a la heroína

cuando una voz vacilante dice mi nombre, un destello de claridad en el caos.

Reduzco mi paso hasta detenerme. La vocecita se repite, pronunciando cada sílaba con una tranquila autoridad:

—Avery.

Sé quién es mucho antes de darme la vuelta, pero aun así ver a Tim en la sala de urgencias de mi padre me quita el aliento.

Está sentado en una silla de plástico para adultos, con las piernas colgando, mientras aprieta su brazo contra su pecho. Manchas de pasto y sangre ensucian la inmaculada manga blanca de su camiseta de beisbol. A pesar de esto, no parece asustado en lo más mínimo, ¿y por qué lo estaría? Ha visto cosas mucho peores.

Se levanta de un salto de la silla, olvidándose de los peligros de correr sin control por una sala de urgencias. Tiene una sonrisa luminosa en su rostro. Se estrella contra mí, olvidándose del brazo ensangrentado mientras envuelve mi cintura.

—¡Sabía que eras tú! —Se tropieza con sus propias palabras; está tan emocionado que apenas puede hablar. En ese sentido, está mejor que yo, que no puedo hacer ni un sonido. Tim estuvo tan enfermo durante todo ese tiempo que es impactante que me recuerde siquiera.

—¿Trabajas aquí? —pregunta.

Es más fuerte ahora, y más alto también, con un bronceado que no está en carne viva ni es preocupante. Es un bronceado de beisbol juvenil y hace que su piel brille.

—No, no en realidad... —Le echo un vistazo a mi ropa quirúrgica prestada—. O sea, sí. Más o menos.

—Ah —dice, aun sonriendo con fuerza—. Pues ¡espero que sí, porque así podrás arreglar mi brazo!

Su confianza me llena, haciéndome virar hacia un recuerdo que no es malo por completo, solo duro. Incluso ahora, después de todo este tiempo, esos detalles tienden a surgir ante la mínima provocación.

Un hombre mayor se nos acerca, su corto cabello manchado de gris. Lleva la camisa abotonada casi hasta arriba y su sonrisa es cálida y formal, haciendo eco de su ropa. Extiende una mano.

—Joe Caldwell. Es un placer conocerla finalmente.

—Señor Caldwell —mascullo, recordando todas sus cartas firmadas con mano fuerte, sus infinitas invitaciones para ir a visitarlos. Todas fueron aplazadas o rechazadas; yo tenía un infinito número de excusas.

—Yo...

—No tiene que explicarse. —Toma mi mano en las suyas. La sostiene durante un momento, dispersando todos los sentimientos de culpa e incompetencia en un solo gesto.

Le sonrío a Tim y esta vez es fácil.

—¿Y cómo va la temporada de beisbol?

—Va bien. —Deja caer su mirada hacia sus pantalones manchados de pasto—. Bateé en la onceava.

—No está mal. Todos tienen las mismas oportunidades para un *hit*, no importa en qué parte de la alineación estén.

Asiente, reconociendo la lógica.

—¿Ya jugaste en el diamante?

—Jugó de parador en corto algunas veces —dice el señor Caldwell, mayormente para reconfortar a Tim—. Ha mejorado mucho desde la primavera.

Tim se encoge de hombros con timidez.

—Gracias, abuelo.

La forma en que le da las gracias me llena con mi propio sentimiento de gratitud, aunque es difícil expresarle una cosa así a un niño de siete años. Espero que los últimos seis meses hayan sido buenos para él; espero que haya encontrado su propia manera de superarlo sin olvidarlo por completo. Creo que sus padres habrían querido que así fuera.

—¡Tú y Colin deberían ir a un juego! —grita.

—Ah. —Reacomodo la tabla de notas en mi regazo, como si eso lo fuera a distraer de alguna manera. No lo hace—. Bueno, quizá algún día. Realmente no he hablado con él...

Tim asiente.

—Ya sé.

—¿Sí?

—Has estado en la escuela.

—Ah. —Me lleno de alivio—. Eso es cierto.

—Él va a los juegos todo el tiempo.

El nudo en mi garganta es monstruoso.

—¿Sí?

—Me ha ayudado mucho. Deberías venir. A veces me da un poco de pena verlo sentado solo en las gradas.

—Tim, Avery es una señorita muy ocupada. —El señor Caldwell acomoda su brazo alrededor de los hombros de Tim—. No pongamos más presión en su agenda.

—Ah. —Tim frunce el ceño—. Lo siento, Avery.

—No estoy tan ocupada. —Paso mi mirada al señor Caldwell, cuya sonrisa es tan imperceptible que podría ser solo mi imaginación. Tiene los ojos de Tim, de un verde pálido de ensueño, llenos de significado.

—¿Dónde está Tim Caldwell? —Un residente con la bata manchada de sangre se mete en la conversación, con sus bolsillos llenos de plumas y otros aparatos brillantes.

Tim asiente con resignación, como si fuera al matadero.

—Soy yo, supongo.

El joven doctor saca un banco y se acomoda frente a Tim con brusquedad. La mayoría de los residentes me tratan con algo parecido al respeto por mi padre, pero este chico no es de esos. Su nombre es Kyle y me ignora con el mismo aire condescendiente con el que ignora a todos los alcohólicos que acampan afuera.

—¿Y bien? —dice Kyle dirigiéndose al señor Caldwell. Es como si Tim, el paciente, ni siquiera estuviera ahí—. ¿Qué pasó?

—Me caí sobre una piedra —responde Tim antes de que su abuelo pueda responder.

—¿Jugando beisbol?

—Fue en el campo. Había una botella rota en el pasto.

El señor Caldwell muestra el trozo de vidrio, que parece un resto de una botella de cerveza rota. El simple acto de tenerlo en su mano parece lastimarlo, como si la herida de Tim fuera su culpa, aunque obviamente no lo es. Algún tipo estúpido la dejó ahí después de llegar a casa tambaleándose tras una fiesta.

Kyle le echa un vistazo desinteresado.

—Sí, pasa todo el tiempo.

—¿No deberíamos hacer un examen de tétanos o algo...?

—Nah. —Kyle recorre la manga de la camiseta de Tim para inspeccionar la herida. Tim aprieta los dientes pero no emite sonido



mientras Kyle lo pica y lo pincha con unos instrumentos que se ven aterradores.

—¿Estás bien, Tim? —le pregunto.

Tim asiente. Kyle finalmente reconoce que estoy ahí y me echa una mirada de molestia.

El señor Caldwell abre una y otra vez la boca para decir algo, pero la cierra de nuevo como si tuviera miedo de interrumpir el trabajo del doctor. Le ofrezco una sonrisa de ánimo, que parece calmar sus nervios un poco. Mientras tanto, Kyle ignora la incomodidad en el rostro de Tim mientras toma una jeringa.

—¡Espere! —grita Tim.

Kyle suspira.

—No dolerá tanto. Te pondré anestesia en espray.

—Pensé que lo haría Avery.

—¿Avery? —Me mira de arriba abajo levantando las cejas. Una sonrisa arrogante aparece en su rostro. Se da la vuelta para ver a Tim—. Es una voluntaria. No sabe cómo arreglar cosas como estas.

—Lo arregló con hilo dental la última vez.

—Ajá. —Kyle sonríe mientras se pone sus guantes—. ¿Eso te dijo?

—No. —Tim se tensa y aleja su brazo—. Yo estaba ahí.

—Ajá. —Kyle lo repite mientras enhebra la aguja.

Para entonces mi padre está parado junto a nosotros, con los brazos cruzados, mientras observa esta triste demostración de arrogancia seguida rápidamente por la mortificación.

—Ve con la gastroenteritis de la 2 —dice, señalándole a Kyle en esa dirección.

—Mire, doctor Delacorte...

—Dije que a la gastro de la 2. Pero ponte una bata desechable y también una máscara. Al pobre chico se le está saliendo todo por todos lados.

Kyle camina por el pasillo con pesadez, mientras se quita los guantes y se dirige a una lúgubre extensión de cuartos. Los sonidos ahogados de alguien vomitando llenan el pasillo cuando abre la puerta para entrar.

—Hola, Tim. —Papá extiende su mano para estrechar la de Tim, luego hace lo mismo con el señor Caldwell. Las presentaciones son breves pero profesionales, bañadas por el mutuo respeto que tanta falta hacía minutos atrás.

—De veras lo hizo —insiste Tim—. Salvó nuestras vidas.

—No es cierto, Tim —digo.

—Lo es. Ayudó a Colin con la señora gorda y me hizo sentir mejor cuando me enfermé. Nos dijo que todo iba a estar bien, y lo estuvo.

Antes de que yo pueda pronunciar palabra, mi papá dice:

—Pues no puedo decir que me sorprenda. —Sostiene mi mirada mientras prepara las suturas—. Avery es la chica más ruda que conozco.

Quiero decir algo más, pero mi padre niega con la cabeza y lo dejo ir. A Tim no parece importarle mi aversión total a la verdad. Quizá a Colin tampoco le importa.

Quizá soy yo.

Tim no abandona la sala de urgencias hasta que le prometo ir a su próximo juego de beisbol. El señor Caldwell me da los detalles: la noche del viernes a las siete de la noche. En Newton, a diez minutos en coche de mi casa en Brookline y por tanto demasiado cerca para usar el tráfico como pretexto. Sé que debería ir. Incluso querría ir si no fuera por Colin.

Salgo del hospital con una extraña mezcla de fatiga y nervios, disfrutando el calor que se extiende por la ciudad. En las dos horas que me toma caminar a casa, he considerado cada pretexto, ficción y accidentes falsos de mi espectro de posibilidades para explicarle mi ausencia a Tim. Nada suena siquiera remotamente razonable. Él lo sabrá, y eso lo lastimará. Es algo que simplemente no estoy dispuesta a hacerle a un niño que vio a morir sus padres.

El resto de la semana avanza en cámara lenta hasta que finalmente comienza el viernes, primaveral y tranquilo. Es el día más largo del año, el primer día oficial de verano. Paso la mañana consintiéndome bajo el cálido sol, leyendo uno de los viejos libros de medicina de mi padre en nuestro pórtico frontal. En la tarde voy a correr; es algo así como una rutina desde mi animada aventura con Edward, aunque nunca exactamente igual que esa primera. Cuando vuelvo, el día ha perdido su paso lento y lánguido. Las horas se agolpan. Y entonces, de pronto, pasan de las seis. Es hora de tomar el tren.

Le echo una última mirada al espejo antes de salir. El fleco en mi frente ha comenzado a enchinarse, cediendo ante la humedad. Al menos el color está bien de nuevo, un dorado nostálgico y casi translúcido, lo más cercano al cabello blanco que se puede tener en la gama del rubio. El cloro solía

darle un brillo verdoso, pero eso también se ha ido. Es un tono más honesto de lo que ha sido en años.

Mi mamá se asoma a mi cuarto, como hace con frecuencia dado que mi puerta siempre está abierta. Después de despertar una docena de veces para descubrirla viéndome dormir, «Solo quería asegurarme de que siguieras respirando, ¡olvídate de que estoy aquí!», hicimos un trato. Prometí dejar la puerta abierta todo el tiempo, pero no más aterradoras visitas nocturnas. Los sueños no me matarán, aunque tomó un tiempo convencerla de eso. Y anoche fue una buena noche, una sin sueños. Me siento totalmente despierta, inquieta, con la sangre hirviendo por la energía frenética.

—¿Necesitas que te lleve? —pregunta. La mirada esperanzada de su rostro nunca flaquea. La culpa me recorre. ¿Cuántas veces he dicho que no desde la secundaria? ¿Cien? ¿Mil?

—Claro. —Sonrío, y esta vez es en serio—. Me encantaría.

—¿De verdad?

—Extraño tu forma de manejar, mamá.

—No es cierto —Se ríe. Por primera vez en muchos meses, en años quizá; me doy cuenta: me extraña. Me extraña mucho, no quiere que me vaya.

—Y yo a ti. O sea, te extraño a ti también.

Su risa se convierte en una suave y comprensiva sonrisa mientras me abraza.

—Lo sé.

Porque las mamás siempre lo saben.



Me deja cerca de la cafetería donde pasaba la mayor parte del tiempo durante los juegos de mis hermanos.

—Háblame cuando estés lista para volver a casa.

—Creo que mejor tomaré el tren —respondo—. Pero gracias.

—Diviértete. —Me despide con una palmada en el brazo y una sonrisa de apoyo. Eso ayuda. Estar aquí desata un manojo de nervios que ha estado elaborándose desde ese día en la sala de urgencias.

Además de los uniformes más elegantes y el tablero electrónico, no ha cambiado mucho: tres campos de las ligas menores bajo un domo de luces blancas, las paredes cubiertas de lonas de comerciales locales y tapetes verdes para niños. Pero es la energía que me trae tantos recuerdos lo que me hace extrañar esas largas y perezosas tardes viendo a mis hermanos jugar mientras mis padres me compraban mi ración de *hot dogs* y dulces.

Gravito hacia la línea de tercera base, buscando la cara conocida de Tim entre un enjambre de camisetas naranjas y negras. Cuando finalmente la encuentro, está saludándome con la mano desde el banquillo, con una sonrisa cegadora en su rostro. Le devuelvo el saludo, contagiándome de su evidente entusiasmo. Aún saludando, se lanza al campo con sus amigos, tropezándose sobre el montículo del *pitcher* mientras toma su lugar en segunda base.

Los abuelos de Tim se encuentran sentados en la primera fila, comiendo palomitas acarameladas como si fuera 1952. A gritos me lanzan unos saludos amistosos y yo les respondo con un movimiento de mano. No parecen ni un poco sorprendidos ni insultados cuando voy hacia lo alto de las gradas, que se sienten menos amenazante que las primeras filas llenas de gente. Siempre me ha gustado estar aquí: no hay multitudes, hay corriente de aire pero es cálido, con una vista espectacular. Después de acomodarme en el asiento que elegí, me recargo y silbo de la forma en que mi papá me enseñó: fuerte y sonoro, que se escuche por encima de todos los demás.

Hasta que alguien detrás de mí hace lo mismo.

«¿Detrás de mí?» No hay nadie detrás de mí, es una de las ventajas de la fila más alta. Las familias de los jugadores están amontonadas al frente, masticando semillas de girasol, tomando fotos y mandándoles mensaje a los familiares cada vez que golpean la bola o la atrapan o la fallan por completo. Y luego estoy yo, la desconocida del gallinero, apoyando a un niño que es muy grande para ser mi hijo y demasiado joven para ser mi hermano. No, nuestra conexión es diferente. Única. Y es mía, solo mía, hasta que Colin llega al asiento junto a mí y se sienta.

Y entonces es nuestra.

—Buen lugar —dice—. Sin nadie que te lance semillas de girasol en la cabeza.

Sonríe y le brillan los ojos mientras se acomoda junto a mí. Mi primer pensamiento es que se ve bien, muy bien. No tiene el hombro derecho

desacomodado como hace unos meses, aunque la cicatriz permanece.

Mi segundo pensamiento es «cabello». Tiene la mayor parte bajo su gorra de beisbol, pero aun así el cambio es obvio. Su hermoso cabello dorado por el sol está cortado casi a ras, pero alejado de la calvicie. Debe darse cuenta de que lo estoy contemplando porque se sonroja.

—Es... —Me descubro buscando las palabras—. Te ves muy bien.

—Gracias —responde, y su mirada me recorre sutilmente. La súbita y desvergonzada atención me hace sentir mariposas.

—Te ves encantadora —declara, y las mariposas se vuelven locas, llenan súbitamente el vacío de nuestra separación. Es tan dulce que Colin diga eso... Nada engalanado. Solo una palabra, tal como la quiso decir.

—Yo..., eh, gracias.

—De nada.

Como antes, me toma un momento reconciliar el recuerdo de Colin Shea con su realidad. Siempre espero lo peor: recuerdos vívidos, arrepentimiento, tensión insoportable. En vez de eso, lo que me recorre es alivio, alivio y una extraña sensación de terrenalidad.

—¿Es mejor el clima aquí arriba? —Me observa por un momento, quizá sopesando mi reacción a su tono de burla, a su sonrisa tímida. Veo entonces que también ha cambiado de otras formas: se ve relajado, liberado de una terrible carga. No sé si esa carga es el accidente o las expectativas o incluso yo, pero su ausencia se nota en su rostro.

—Más a salvo de las bolas perdidas —digo.

—No estoy seguro de eso. —Señala al niño que está en la caja del bateador y que porta su uniforme como una segunda piel—. Ese niño puede lograrlo.

Sonrío pensando en los días que pasó Edward en las ligas menores. Era todo delicadeza: un *swing* perfecto, un mecanismo impecable. Nunca fue el niño más grande del equipo pero tenía un talento natural. En ese sentido, me recuerda a Colin.

—Escuché que vienes a muchos juegos.

—Intento. —Le ofrece a Tim un saludo militar y el pequeño sonrío mientras le responde de la misma manera. Es una conexión curiosa, una que parece desarrollada en vez de instantánea. Colin no ha pasado los últimos seis meses escribiendo cartas que no envía, eso es seguro. Ha estado aquí,

en la vida de Tim. Probablemente también en la de Aayu y Liam. La culpa me inunda.

—¿Estás bien? —pregunta.

Mi visión se nubla.

—Lo siento mucho, Colin. —A pesar de la energía eléctrica de la noche y el ciento de personas gritándole a niños de siete años, lo único que mis sentidos pueden procesar es a él. Pongo mi cabeza en mis manos, robando un momento de calma.

—¿Por qué?

—Por muchas cosas.

No hay enojo ni reproche en su mirada, solo una pena que se refleja en ese par de albercas azules. Siempre ha sido así, pero ahora puedo sentir un cambio en él, una especie de calma. El señor Caldwell me escribió para avisarme de la muerte de la señora Shea poco después de que volví a la escuela, y aunque le hablé a Colin para darle mis condolencias, nunca devolvió el mensaje.

El golpe del *bat* reverbera por las gradas y Tim se agacha cuando la bola pasa junto a él en el campo. Su entrenador le hace una señal con todo el cuerpo mientras cuatro jugadores la persiguen.

—Le tiene un poco de miedo a la pelota —aclara Colin.

—Pero no le tiene miedo a la sangre. —Mantengo mis ojos en el campo, escondiendo una sonrisa vacilante—. A diferencia de algunas personas que conozco.

Colin se ríe mientras estira sus piernas e inhala una bocanada del verano.

—Y... —Se quita su gorra de los Sox y dobla la orilla en sus manos—. ¿Qué te trae por aquí esta noche?

—Tim. —Hago una pausa para recuperar el aliento—. Lo vi en la sala de urgencias.

Colin frunce el ceño y la preocupación nada en sus ojos.

—¿La sala de urgencias?

—Solo estaba de voluntaria. Acompañando a mi papá.

—Ah.

—Probablemente debí haber llamado. —Bajo la vista hacia mis pies desnudos, mis chanclas están cubiertas de tierra de beisbol—. Ya sabes, darte una especie de aviso...

—Nah. Tu presencia no es de esas cosas sobre las que me tienes que advertir.

Vuelve a ver el juego, totalmente conforme con sentarse y estar ahí. Durante nuestros cinco días de aislamiento total, los largos silencios eran frecuentes y necesarios. Debíamos atesorar cada aliento, cada palabra era un pequeño pero innegable gasto de energía. Las conversaciones, cuando las había, siempre terminaban en lo mismo: comida, suministros, el clima.

Ahora todo es diferente. Nosotros somos diferentes. Todos los temas pertinentes son potenciales campos minados: la familia. Lee. La recuperación. Nada se siente seguro, salvo quizá la carrera de Tim en el béisbol.

Y tal vez ese es el secreto, quizá no tenemos que hablar de nada. Vine por Tim, por ninguna otra razón más que apoyarlo. Sí, siempre estuvo la posibilidad de ver a Colin. Sí, me tomé el tiempo para secarme el cabello. Pero una vez que me doy cuenta de que no tenemos que hablar, de que podemos sentarnos juntos como la gente normal y estar bien, las luces de arriba no son tan intrusivas y el silencio se siente más natural. Después de un rato, estoy apoyando a Tim como solía hacerlo con mis hermanos, con canciones bobas y rimas que solo las «niñas tontas» usan. Edward esperó hasta el último año para admitir que de hecho le gustaban esas porras, que a todo el equipo le gustaban.

El juego termina por clemencia, pero los jugadores apenas lo notan. Después de estrechar las manos con los ganadores, los quince compañeros de equipo de Tim salen corriendo hacia el camión de helados, pero él no. Nos espera detrás del *home* mientras Colin y yo bajamos las gradas.

—¡Gracias por venir, Avery! —Tim se lanza y me da un abrazo, luego lo reconsidera cuando recuerda dónde está. Los demás se portan rudos, chocando sus palmas unos con otros y pateando la tierra en cualquier oportunidad. Tim lleva el uniforme más limpio de todos.

Le ofrezco chocarlas, y acepta entre risitas.

—Gran juego, Tim —digo con más honestidad de la que él podría llegar a saber.

—Gracias. —Se ruboriza. El ceceo sigue ahí, pero menos pronunciado. El dolor de un recuerdo me atrapa, luego desaparece.

—Eh, tengo que hablar con Colin un momento —dice Tim—, es nuestra charla de después del juego.



—Ah. Claro.

Colin baja la gorra de Tim mientras caminan hacia la camioneta de helados, un gesto juguetón que me recuerda el vínculo que solía existir entre mis hermanos. Antes de que cualquier discusión de beisbol pueda tener lugar, se forman detrás de un alborotado grupo de chicos. No estoy segura de cuál es la prioridad: consejos de beisbol o el postre de después del juego. Como sea, ambos parecen disfrutarlo.

Mientras Tim discute su opinión, su abuela extiende sus brazos de par en par mientras avanza hacia mí.

—Ay, Avery, estamos tan felices de que pudieras venir —dice, y me atrapa en un abrazo—. A Tim le encantó tu carta. La lee cada noche.

—Me alegra.

Debió de recibir cientos de cartas. Miles.

Mientras este pensamiento se asienta, Colin y Tim se reintegran en nuestro pequeño círculo. Tienen las manos cubiertas por los pegajosos restos de sándwiches de helado.

La señora Caldwell le limpia los dedos a Tim.

—Por Dios, esto va a ser un desastre en tus niveles de azúcar. ¿El abuelo se acordó de traer tu insulina?

—Yo me acordé, abuela. No te preocupes. —Levanta la vista hacia ella con una de sus cálidas y encantadoras sonrisas, y ella solo puede sonreír.

Colin me ofrece una paleta de crema de naranja.

—Está un poco derretida —explica Tim.

—Ah, está bien. —Hago un desastre mientras me la como. Es una noche tranquila, casi primaveral, y la nieve no se mantiene sólida por mucho tiempo. Una parte de mí se pregunta si los camiones de nieve se conservan a temperaturas más altas porque todo sabe mejor semiderretido. O quizá solo se siente mejor, como un recuerdo de la infancia que todos comparten.

—¿Te divertiste? —me pregunta Tim.

—¿Yo? —No puedo evitar sonreír—. ¿Y tú?

—Sí. —Lo piensa durante un segundo—. Me divertí.

—Esa atrapada que hiciste en la cuarta entrada... wow. Pusiste nerviosos a todos. —Lo cual es verdad, aunque pudo haber sido porque la colisión parecía inminente. Afortunadamente, el bestial primer jugador de base se tropezó con sus propios tobillos antes de aplastar a Tim.

Tim sonríe.

—Gracias. Esa fue difícil.

—Bien, Timmy —dice su abuela—. Se acerca tu hora de dormir.

—¡Abuela! —reclama con enojo, aunque es mayormente por el *show*—. Es viernes por la noche.

—Sí, pero tú tienes siete años, no diecisiete.

—Bueno —lloriquea. Con una lamida final a su dedo, se acomoda en los brazos de Colin y lo abraza lo suficientemente fuerte para dejar la marca de sus brazos en su camiseta. Mirándolos, me doy cuenta de que estas desenfrenadas muestras de afecto no han cambiado para nada desde los días en la montaña. Colin también lo abraza, tocando el borde de la gorra de Tim mientras las chocan por última vez.

Luego Tim voltea hacia mí con una sonrisa ligeramente tímida, como Colin en cierta forma. Tímida pero cómplice. Cuando me abraza, se siente como si yo fuera la que se está aferrando a él. Se queda un largo rato, o quizá soy yo, quizá siempre fui yo, y se aleja tan suavemente como puede. Tiene las mejillas sonrojadas, con trozos de sándwich de nieve pegados en sus labios y mentón.

—Te extraño, Avery. —Son las tres palabras más hermosas que he escuchado.

Sus abuelos se lo llevan de la mano, conduciéndolo bajo las luces reverberantes de beisbol y las estrellas de verano. Se da la vuelta por segunda vez, agita el brazo con el mismo entusiasmo inquebrantable y se va. Su súbita ausencia me deja tambaleándome.

Colin lo presiente y rodea mis hombros con sus brazos. No es un gesto íntimo, nada que sugiera algo más que una conexión que comparten dos buenos amigos, si somos eso al menos.

—Es una temporada larga—dice.

Colin me lleva a casa en su avejentado Honda, que está hasta el tope con artículos de natación. Aletas, remos, tablas, flotadores para piernas. Una pila de trajes de baño se seca en el asiento del frente. El interior huele a bloqueador solar y verano, a humedad y ventanas abiertas.

—Sí, eh... —Colin lanza los trajes al asiento trasero—. Perdón por eso. El asiento no debería estar mojado ni nada.

La pregunta me quema en los labios. «¿Volviste a nadar?» Pero él no me mira y evita cualquier discusión mientras mete la velocidad. Esta vez mueve la palanca con facilidad, sin hacer gestos de dolor ni arrastrar su lado derecho. Una serie de cicatrices abultadas, algunas dentadas, otras claramente quirúrgicas, suben por su brazo hasta la base de su cuello. Se ve fuerte, no exactamente como antes, pero ahí la lleva. Sus enormes manos se cierran con seguridad sobre el volante.

—¿Cómo va el hombro? —pregunto.

Se agita un poco.

—Ah. Mejor. El Bicho ha estado poniéndolo en forma.

—¿El Bicho?

—Mi fisioterapeuta no oficial.

No puedo ni imaginarme qué implican esas sesiones, probablemente horas y horas de estiramientos, fuerza y dura convicción. Si Colin trabaja tan duro en la terapia física como lo hace en las prácticas, no es raro que haya llegado tan lejos.

—Parece que te sometiste a una operación —comento.

—A unas cuantas, de hecho. Arreglo de articulaciones, bursectomía, unas cuantas extirpaciones de material necrótico.

—*Wow*.

—Me convencí sobre las cirugías.

—¿Superaste tu miedo a la sangre?

Sonríe.

—Eso, y mi papá me pidió que dejara de sentir lástima por mí mismo.

—Suenas como un buen consejo —digo, cuidándome de evitar cualquier señal de «te lo dije» en mi tono.

—Lo fue. Debí haberte escuchado hace meses. —Se estira hacia el tablero y ajusta las ventilas del aire—. ¿Estás bien con esta temperatura?

—Estoy bien.

Mueve las manijas hasta que tengo que llevar su mano al volante.

—Estoy bien, Colin —insisto con amabilidad.

—Muy bien.

Sigue mirándome, listo para subir a tope el aire acondicionado a la primera señal de sudor. O calor, si se me pone aunque sea un poco la piel de gallina.

Volteo hacia la ventana y encuentro solaz en el escenario conocido. Pronto los chicos volverán de la universidad y el ciclo comenzará de nuevo. Verano, otoño, invierno. Humedad, puestas de sol color ámbar, nieve. Turistas, estudiantes. El cambio es sutil de año a año, pero suficiente para notarlo y para extrañarlo cuando ya no es parte de tu vida.

—Dejé de nadar —anuncio.

Colin se tensa y luego baja la velocidad hasta parar por completo cuando la luz frente a nosotros se pone en rojo. Estamos solos en la intersección, no hay otros coches ni distracciones. No hay escape de una conversación que no he tenido con nadie.

—Casi me ahogo en una práctica.

La luz se pone en verde, pero nos quedamos ahí, sin hacer nada. Es una noche tranquila, casi solitaria. Las aceras están vacías, las calles estrechas que llevan a los hospitales locales han cobrado la apariencia de un callejón a medianoche. Todos se han ido a casa.

Después de otro ciclo de cambios del semáforo, Colin mete la velocidad. Aún no ha dicho nada, pero la tensión de su quijada me convence de que tiene mucho que decirme. Quizá quiere que yo abunde en el tema. Quizá no sabe por dónde comenzar.

En la última parte del camino cruzamos un parque con algunos árboles, hacia un puente por encima de la T. La plataforma ya está repleta de gente joven que ha terminado su semana laboral y apenas empieza su fin de semana. Los observo y me pregunto: «¿Algún día será así para nosotros?».

Da la última vuelta hacia mi calle. Delante, mi casa brilla con su seductor resplandor veraniego. Colin parece sentir mi inercia; su mano sobrevuela el *switch* de encendido mientras pone el coche en neutral. Sé lo que piensa: si deja la llave puesta, significa que la noche se acabó, es hora de irse. Si la saca..., pues no sé. Normalmente si un chico quita la llave en una noche como esta, significa que quiere besarse. No hay mucho terreno a la mitad.

Mientras el debate crece (o quizá es solo en mi mente), mi mamá asoma la cabeza por la ventana del cuarto, evitándole a Colin la agonía y las implicaciones de esa elección. Nos sonríe agitando los brazos. Colin se ríe.

—Tiene buena vista —comenta.

—Mucho.

Le hace una señal con la mano a mi mamá, luego pone la suya de vuelta en el *switch*.

—Bueno...

—Bueno.

Este no debería ser un momento incómodo. No debería ser siquiera un momento.

—¿Estás libre mañana en la mañana? —pregunta.

Le echo un vistazo a la ventana del segundo piso, pero mi sigilosa madre ha desaparecido.

—Creo que sí. ¿A qué hora?

—¿A las seis?

—*Wow*. Bien.

«¿De veras salen los camiones tan temprano?» No importa; encontraré la forma de llegar.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Yo, eh..., no tengo coche...

—Paso por ti.

—Claro que no, está muy lejos...

—¿Muy lejos?

Suelto un largo y lento suspiro, reconociendo la estupidez de mi razonamiento.

—De acuerdo.

—Genial. —Colin se inclina hacia mí y su camiseta roza mis muslos mientras empuja la puerta para abrirla. Inhalo profundamente, pero no funciona para controlar un súbito ataque de nervios—. Por cierto, ¿qué pasó con tu traje morado?

—¿Por qué? —Mi estómago da un vuelco—. ¿Vamos a nadar mañana?

Antes de que pueda responder, la ventana de un cuarto se cierra de golpe. Colin se ríe.

—Creo que tu mamá está ahí arriba con un telescopio.

—No me sorprendería.

—En fin.

—En fin.

Su pie se queda en el *clutch*. Su mirada, en mí.

—Me la pasé bien esta noche —confieso.

—Qué bueno.

—¿Y tú?

—Claro.

Sus manos siguen sobre las llaves, que tienen un destapador colgando del llavero.

—Bueno...

—Bueno...

—¡Espera! —Mi mamá viene corriendo desde el pórtico con una bandeja de corteza de menta, que hace los doce meses del año—. Hice esto.

—Mamá, es verano —comento, riéndome.

—Pues no veo que tu amigo se queje.

—Para nada. —Colin elige un gran trozo—. Se ve delicioso.

—Muchas gracias —responde encantada. Entonces me doy cuenta de que no se conocen.

—Eh..., mamá, él es Colin Shea. —Hago las presentaciones necesarias y recuerdo que él hizo lo mismo por mí meses atrás—. Colin, ella es mi mamá.

—Encantada de conocerte al fin. —Enfatiza el «al fin» y pone sus codos sobre el marco de la ventana, inclinándose hacia el interior.

—Y entonces —dice, acomodándose para una larga plática—, ¿cómo estuvo el juego?

Un rato después, Colin saca sus llaves del encendido. Se queda un largo rato, más de lo que me imaginé. Está mal pensarlo, pero en algún momento durante el transcurso de la noche, pasa de cualquier modo: deseo que se quede para siempre.



Las seis de la mañana llegan después de una noche en vela, pero no del tipo que garantiza su trabajo a un psiquiatra o conflictúa a mis padres. Para cuando Colin se estaciona afuera de mi casa, el alba ya se anuncia en un cielo lleno de brillantes rojos y amarillos. Una fresca brisa se cuela por las ventanas abiertas. Me pongo mis *shorts* y chamarra con capucha, con las mangas estiradas por encima de mis puños.

Colin abre la puerta del copiloto; siempre es un caballero. El interior está sorprendentemente cálido, tal como sospeché que estaría. Cálido pero vacío.

—¿Qué pasó con tu negocio de natación sobre ruedas? —pregunto, riéndome.

—Sí..., me encargué de eso. —Se toca la cabeza, una señal que delata sus nervios, como recuerdo bien—. ¿La temperatura está bien?

—Perfecta —respondo, aunque aún se está peleando con las ventilas. Este hábito podría no cambiar nunca, pero creo que me gusta que le importe tanto.

Manejamos dirección a Fenway, luego hacia el centro, recorriendo las calles en un silencio natural. Mucho antes de que lleguemos, sé exactamente adónde vamos.

El cielo tiene un voluptuoso azul para cuando nos estacionamos en la alberca comunitaria de Dorchester. Aunque el estacionamiento está vacío, el vecindario vibra por la actividad. La gente ya está afuera y se dirige a sus trabajos de fin de semana, cuida sus jardines arreglados, platica con los vecinos. La tienda de la esquina del otro lado rebosa de tempraneros; el afable olor de los panes y el café sale de las ventanas abiertas de los coches.

Colin saca una bolsa de la cajuela y se la cuelga en el hombro. Me hace un suave asentimiento con la cabeza.

—¿Lista?

—Colin... —Contemplo el asfalto quebrado—. No lo entiendes. No puedo nadar...

—¿Quién dijo que tú fueras a nadar?

Busco una respuesta, pero él ya está caminando hacia la puerta. Para abrirla, usa un juego de llaves con una medalla olímpica falsa como llavero.

—Cortesía de la alberca —explica.

—¿Trabajas aquí?

Sonríe.

—Cuando me dejan.

Después de una tensa caminata por un estrecho pasillo, la alberca se extiende frente a nosotros en toda su gloria urbana. El agua es de un azul mágico y sedoso y está bordeada por cemento quebrado y un azaroso despliegue de sillas de jardín. Las líneas de los carriles están borrosas, de un rojo cansado, y el lugar del salvavidas se ve como de unos cuarenta años. Un trampolín solitario se eleva sobre la parte más profunda. No se parece en nada a las albercas en las que he nadado los últimos dos años, adornadas con gradas, dispositivos electrónicos y banderines sin fin que anuncian los logros pasados. La alberca comunitaria de Dorchester ni siquiera tiene banquillos de salida. Es solo agua que brilla bajo un conocido sol de verano. Es segura.

Me acompaña hacia la parte más baja, una zona tibia para los niños que apenas están aprendiendo a nadar. El agua tiene menos de un metro de profundidad, lo cual repugnaría a cualquier entrenador universitario. Las albercas bajas son notablemente lentas, y eso es lo único que importa en el nivel elite. El agua profunda significa tiempos rápidos, y los tiempos rápidos representan campeonatos. Cualquier otra cosa es considerada inferior, apenas merecedora del estatus de alberca.

Colin se quita la camisa, cuidándose de hacerlo con la mínima ostentación. Estoy tan acostumbrada a verlo con brillantes trajes de baño en las prácticas que no parezco superar verlo con esos *shorts* con estampado floral. No es que me quede viendo su traje de baño por mucho rato, porque su pecho desnudo me roba la atención durante todo un minuto. Siempre fue



muy delgado y tonificado. Tan natural. Lo único diferente son las cicatrices que bajan por su hombro derecho.

Me obligo a bajar la mirada, aunque tampoco es la mejor idea.

—Bonitos *shorts* —digo, intentando sonar casual.

Se ruboriza mientras mete sus manos en los bolsillos.

—Un regalo de navidad de mis hermanas.

—Me gustan.

—Gracias.

Su respiración se complica. Quizá no estoy tan sola como pensaba. Estar tan cerca del agua, tan cerca de él, me lleva al borde del recuerdo, del miedo. Incluso aquí, incluso ahora, a miles de kilómetros y miles de horas de la fuente de todo el problema, estoy asustada.

Pero a diferencia de todos los demás, mis padres, los doctores, incluso Lee, Colin no me mira como si estuviera arruinada, frustrado por mi incapacidad de enfrentar algo tan bueno. No me obliga a ir a la orilla del agua. No me pregunta cómo se siente mirar la alberca.

—No voy a entrar —digo, aunque no pregunta. Solo quiero aclarar el aire. Admitir mis fracasos antes de que él tenga que descubrirlos de mala manera.

—Lo sé.

—Entonces ¿por qué me trajiste aquí?

—No sé.

El brillo en sus ojos me dice que sí lo sabe. Con eso, se lanza desde la orilla. El agua fresca y fría salpica mis piernas, y me recuerda los primeros días en los que aprendía a nadar: la agonía de entrar por primera vez, la presión de los ojos que me observan, la mordida del agua fría. Otros recuerdos, el avión, el lago, el sabor de la nieve derretida, se van al fondo de mi memoria.

Me siento en el cemento mojado y disfruto el sol mientras calienta mi espalda. Colin se desliza entre el agua y nada con ese tipo de suave y lánguida magnificencia que solo unas cuantas criaturas pueden reclamar. Es hipnótico. Podría sentarme aquí todo el día, todo el verano, simplemente viéndolo.

Después de un rato se detiene en la pared y llena sus pulmones con una gran bocanada al salir frente a mí. Descansa sus codos en el concreto y me

mira a los ojos. Cuando frunce el ceño, me toma un segundo darme cuenta de lo que pasa.

Estoy llorando.

—Avery...

—Los abandoné.

Toma mis manos, y el agua de la alberca gotea por mis muñecas hacia mis piernas. Me recuerda una docena de veranos de la infancia, los días más felices de mi vida.

Lo digo otra vez.

—Los abandoné, y luego mentí sobre lo que pasó.

—No mentiste. No querías hablar al respecto. Lo entiendo.

—Mentí, Colin. Hice que pareciera que esos días no habían pasado.

—Yo sé que pasaron. Tú lo sabes. Los niños lo saben. —Sale a la orilla junto a mí—. ¿Quién más importa?

—Los niños no lo saben —digo—. Solo les escribí una carta después del accidente. Una carta de despedida para cada uno. —Me toma un momento aclarar mi garganta—. Nunca les dije nada.

—Lo harás. —Su voz es amable, sus ojos de un azul contundente y lleno de vida. En ese momento se parece tanto a su madre que me deja sin aliento.

—¿Lo haré?

—Avery, todos pasamos nuestro luto a nuestro ritmo. Todos tenemos nuestros miedos y fallas. Mi hombro, por ejemplo. Me sentí tentado a arrancármelo por meses. —Intenta sonreír—. Me rendí.

—Pero ahora estás nadando.

—Sí —dice—. Hoy.

—¿Hoy? —Abro los ojos como platos—. ¿Hoy es tu primer día de regreso en la alberca?

—Así es.

—Pero tu negocio de natación sobre ruedas...

—Pequeños pasos.

Aun así, su debilidad parece diminuta comparada con la mía. Tres niñitos contaban conmigo, y los abandoné.

—Debí haber estado aquí —digo.

—Entonces quédate.

Mi respuesta es automática, una negación que se siente como un juramento.

—No puedo.

El hecho de que él no discuta lo hace peor, lo hace mil veces peor. Subo mis piernas a la orilla, y siento la ausencia del agua tan intensamente como una pérdida física. Se estanca entre mis dedos, en lo más bajo de mi alma.



Ir a nadar el sábado da paso en las lecciones del sábado a las nueve en punto. Colin les ha estado enseñando a los niños del barrio desde que tenía quince años, y se nota. Los más jóvenes desean un lugar en sus clases, mientras que algunos de los de ocho y nueve años ahora son tremendos nadadores del equipo local. Colin estuvo ahí cuando dieron su primer salto, cuando soltaron sus primeras brazadas. Si esta alberca tuviera una mascota, sería él.

Mientras Colin enseña, me siento en una de las sillas de jardín y observo. Me sorprende lo fácilmente que he olvidado los sonidos familiares de niños aprendiendo a nadar: los gritos, las protestas, los llantos y luego, inevitablemente, las risas. Algunos no tienen ni un poco de miedo. Avanzan hacia la orilla de la alberca y se avientan, mientras sus padres ahogan un grito y Colin los toma entre sus brazos. Otros odian todo lo que tenga que ver con el agua: la superficie en movimiento, el frío, la profundidad. Incluso para ellos, siempre llega un momento de una súbita e imponente maravilla, el momento en que aprenden a confiar en ella. No solo en el agua sino en ellos mismos.

Estoy procesando esta transformación cuando una niña me jala de los *shorts*. Su traje de baño es de un encantador púrpura con espirales naranja. Sus *goggles* de un rosa intenso combinan con su gorro torcido. Se parece a mí a los seis años. Podría ser yo.

—¿Eres la otra maestra? —me pregunta.

—Yo..., eh...

—Con Colin. Vienes todas las semanas.

Colin sonríe desde el otro lado de la alberca pero no da ninguna señal de que vaya a unirse a la conversación. La niña me estudia, sus *goggles* se

empañan mientras habla.

—Solo observo —respondo.

—¿Por qué?

—Porque... —Respiro—. Porque me da miedo el agua.

—Ah. —Parece pensarlo un poco—. ¿Por qué?

«Porque es fría y ajena y llena de desesperanza. Porque pensé que nos íbamos a morir allá. Porque es lo que más amé y ahora es lo que más odio.»

—No sé —susurro.

—Ven conmigo —ordena, y le da un jalón a mi mano. Colin observa mientras ella me conduce hasta la orilla del agua, con los dedos desnudos de nuestros pies retorciéndose sobre el cemento azotado por el sol. Este no es el lado bajo; es profundo, azul y cargado de incertidumbre. Es donde la gente se ahoga.

—No puedo...

Aprieta mi mano con la suya. Colin se acerca hasta quedar junto a nosotros; su conocido aroma veraniego me llena mientras toma mi otra mano. El revoloteo en mi pecho se aquieta. Las oleadas de pánico de mi garganta bajan.

—No te voy a soltar —me dice.

Y entonces saltamos.

Amanece sobre el lago con un sonido suave y musical.

Cada verano, Brookline ofrece conciertos al aire libre a unas cuadas de nuestra casa. El sonido de las festividades siempre estuvo a nuestro alcance, aunque los detalles más finos se perdían, devorados por el ruido de la calle. Solo el eco de algo ligeramente instrumental llegaba hasta mi ventana.

Esto se escucha igual, pero recubierto de oscuridad. Se vuelve más fuerte, crece y crece hasta que rompe el silencio de esta oscura y fantasmal hora. El frío azota mi espalda como una descarga de electricidad. Tengo la cara y los dedos entumidos. Mi nariz, cubierta de hielo. Intento lamerme los labios, pero mi lengua se siente hinchada y seca y mis músculos no responden a la orden.

El leve sonido ahora es un zumbido. Un rugido. Un motor.

«Un avión.»

Mi visión se toma un agónico momento para aclararse. Colin tiene los ojos cerrados, sus labios están teñidos de azul. Los niños siguen agazapados en nuestros regazos, sus cuerpos cálidos, «¡cálidos!», al tacto. No tengo el tiempo ni la sensatez para despertarlos. Me voy.

Intento abrir la puerta con una patada, pero la nieve está por todas partes. Un metro de nieve, quizá metro y medio, nos rodea. Mi primer pensamiento es una avalancha. «¿De qué otra forma podría haber tanta nieve?» Luego recuerdo la fase final de la tormenta: los relámpagos, el granizo, las violentas ráfagas de viento. Debemos de estar enterrados en un montón de nieve.

Poniendo ambas manos en el techo, empujo con mi espalda, piernas y hombros. El fuselaje apenas se mueve. Intento de nuevo, luchando contra el

dolor eléctrico de mis manos y brazos y el incansable dolor de mis costillas. El proceso continua durante lo que parecen horas, hasta que finalmente algo se mueve y uno de los bloques cede. Me impulso hacia arriba para salir de la nieve.

El alba, la calma, los cielos escarlata, los picos cubiertos de nieve que lanzan sombras en el valle: todo está increíblemente claro. No hay ni una nube en el cielo.

En esta escena de perfecta calma, el suave sonido se ha callado.

No. «No.» Quiero llorar. Gritar. Lanzarme en el abismo de este lago olvidado por Dios y fenecer. Después de todo lo que hemos pasado, a todo lo que hemos sobrevivido...

Me arrastro hacia la orilla del lago, ya sin saber cómo o para qué; simplemente algo me atrae ahí, una fuerza invisible que jala mi alma. Mi cuerpo ya no se siente como mío. Tengo mucho frío y estoy muy cansada, profundamente extenuada después de días en una naturaleza que no ha mostrado ni un ápice de clemencia.

Y en ese momento, claro, la veo. La bolsa de lona naranja que flota a una distancia imposible de la playa. El hielo y la nieve que llevaba el viento arañaron mis córneas y me resulta difícil ver bien, pero sé que está ahí. Esa estúpida bolsa y la cabaña inalcanzable son las únicas constantes en este lugar salvaje que no deja de cambiar.

El agua fría y clara llega hasta mis pies. No soy la adolescente que nadó por el lago Otsego unos plácidos pero sólidos nueve kilómetros. No soy la chica de dieciocho años que nadó a Alcatraz en una de nuestras vacaciones familiares en el oeste. Estoy débil, exhausta y más cerca de la muerte de lo que nunca he estado.

Pero como Colin diría, sigo siendo una nadadora. Una nadadora de distancias. Y ahora hay una distancia frente a mí, un espacio mortal de aquí a allá.

Tengo que hacerlo. Por las familias que dejamos atrás, por la que encontré aquí. Tim, Liam, Aayu.

Colin.

El aire azota mi piel desnuda mientras me quito las gruesas capas: primero los guantes, luego el gorro, las botas y todo lo demás. Los latigazos ya no me afectan tanto. Estoy entumida. Mis piernas tiemblan mientras me giro hacia la orilla y parecen rendirse cuando el agua helada toca mis

tobillos. Durante muchos años esta sensación fue totalmente diferente, mojarme era como llegar a casa. Ahora se siente como mi acto final. Una batalla librada contra una dama cruel a la que no le importan todos esos años, todos esos recuerdos. El agua nunca fue mi lugar. Este nunca fue mi lugar.

Mi cerebro se contrae como un puño cuando me lanzo al agua, asqueado por el frío. Las primeras brazadas son un esfuerzo desesperado y horrendo. Me duelen los hombros y mi pecho parece astillarse a cada instante. Es más que dolor: es una agonía visceral y eléctrica. La helada invade mi campo visión y me roba la capacidad de formar pensamientos coherentes. Mi primer y único impulso es dormir, qué sublime sería dormir.

De alguna forma, encuentro mi ritmo: los brazos se estiran, las caderas ondulan, las patadas a dos tiempos. Estos movimientos me mantienen en curso, cruzando una masa de agua tan extensa que parece que nunca termina. Estoy acercándome a los límites de mis reservas cuando la bolsa naranja flota hacia mi mano.

El fondo está chamuscado, pero de alguna la etiqueta manera está intacta: EMERGENCIA. Ato una de sus correas alrededor de mi tobillo, pero la bolsa debe de estar atorada en algo porque se resiste tras unos cuantos tirones. Jalo con fuerza, a un lado y a otro, abriéndome paso entre el agua, intentando liberarla mientras me mantengo a flote a una temperatura glacial. El entumecimiento da paso al miedo. Un cielo vacío con unas cuantas estrellas distantes y una luna creciente se burlan de mis esfuerzos. Quiero gritar, pero mis músculos están entumidos, mis pulmones fríos, en carne viva, y fallan.

«Vas a sobrevivir.»

La voz de Colin me recorre, y aunque es solo un recuerdo, se siente real, de alguna manera intensificada. Me hace pensar en la última vez que me hizo esa promesa y el fervor con el que la mantuvo. Hace que los pensamientos de rendirme sean un poco menos viscerales.

Así que sigo luchando hasta que finalmente, finalmente, la cuerda se suelta.

Y la bolsa se abre.

Estoy demasiado entorpecida por el frío para atrapar el contenido. Botellas de agua, paquetes de comida, medicinas. Algo plástico y angular

que se siente como una bengala de emergencia. Nunca lo sabré. Lo único que importa es que la esperanza, una vez más, está perdida.

Me mantengo a flote durante unos preciosos segundos. Mi cabeza palpita, los músculos me duelen de forma imposible, como si estuviera quemándome viva. Otros diez minutos aquí y moriré congelada; luego me hundiré. La peor pesadilla de un nadador y definitivamente la mía desde ese día, hace quince años, cuando mi papá me sentó en la mesa de la cocina y me explicó lo que significa morir.

Frente a mí, la orilla opuesta se extiende en todo su imposible y aterrador misterio. Nunca pensé que lo lograría, pero ahora estoy a medio camino. Apenas un kilómetro hasta esa maldita cabaña, quizá menos. Quince minutos si nado hasta quedar exhausta. Si me toma más que eso, no sobreviviré.

Cada brazada es más difícil que la anterior y mi ritmo se deteriora, convirtiéndose en movimientos torpes y desarticulados. Mis piernas flotan tras de mí como un peso muerto, una máquina sin motor. Apenas puedo respirar. El agua helada aprieta con fuerza mi corazón y no lo suelta. Espero que mis pulmones se rindan y que mis brazos dejen de funcionar.

Mientras tanto, sigo nadando.

La orilla se acerca, pero no lo suficientemente rápido, porque el frío finalmente gana, mi cuerpo suspira con cansancio y mis piernas se hunden...

Y toco piedras, suaves y pulidas.

«Tierra.»

Luego: música. Un sonido suave por encima de las montañas baja por el valle como un tren que se acerca. O no, un tren no..., «un avión».

Mis piernas se rehúsan a sostenerme, así que me arrastro por la nieve hacia la arboleda. Mi sangre debe de haberse congelado porque mis dedos son de un blanco pétreo, mi piel está cubierta de cristales de hielo. Y sin embargo, mi corazón sigue latiendo y mis pulmones siguen respirando, lo cual me da un propósito. La cabaña está justo enfrente. Asequible. Real.

Abro la pequeña ventana con un golpe y entro arrastrándome. Tras una breve búsqueda, encuentro luces de emergencia, una docena acomodada en pilas, como puros naranjas. Llevo la caja hasta la orilla del lago, a una zona abierta. Solo me toma un segundo encender la primera luz y un segundo más dejarla ir.



Se expande por el cielo como un arco polvoso, una llamarada de color que me recuerda los épicos fuegos artificiales de Boston. Enciendo otra y otra, incluso después de que el avión —o no, es un helicóptero— cambia su ruta y sobrevuela la negra superficie del lago, suspendido en un vuelo sin límites mientras avanza hacia mí. Su cercanía me llena de una extraña sensación de logro que no merezco. No se siente real, como si estuviera en el sueño de alguien más, imaginando el rescate de otra persona.

Mientras aterriza, el mundo frente a mí comienza a deshacerse. Gritos distantes y luego voces que se filtran en mi subconsciente, pero todo se ve muy lejos. Conozco esta sensación; la he experimentado muchas veces en las que se sienten como cientos de vidas distintas.

Estoy bajo el agua, ahogándome, yéndome.

Ya no estoy.



Despierto tiempo después con el sonido de propulsores girando y chirriando. Un equipo de gente me baja del helicóptero en el techo de un edificio.

—Esperen. —Logro tomar el brazo de alguien—. ¡Esperen!

Nadie me oye. Toco la máscara de oxígeno y me la arranco de la cara.

—Los demás —digo con voz rasposa—. Los demás, por favor.

La camilla en la que estoy tendida se detiene de golpe. Una doctora con unos ojos grises deslumbrantes y un acento del medio oeste se acerca a mí, y su oreja casi toca mis labios.

—¿Qué dijiste?

—Los demás.

Me echa una mirada de confusión que me aterra en ese momento y aún ahora.

—¿Quiénes?

El cloro quema el blanco de mis ojos, pero no es nada comparado con el ardor helado de ese lago gélido; es conocido, normal. Todo está borroso pero de alguna manera aumentado. La niñita con los *goggles* rosas me sonríe, luego patalea para salir a la superficie.

Colin también tiene los ojos abiertos, pero no él va a ningún lado. Toma mis dos manos, aferrándose a ellas como prometió que haría. Nos sentamos al fondo de la alberca, con nuestras piernas estiradas frente a nosotros y burbujas que corren hacia la superficie.

«Gracias», digo, articulando la palabra con la boca para que pueda entender.

Todo se aclara de pronto mientras flotamos hacia la superficie. Nuestra historia no es la de dos amantes malhadados que sobrevivieron cinco días en la naturaleza.

Se trata de dos personas que encontraron su camino a casa.

Con excepción de los juegos de beisbol de Tim, mis interacciones con Colin se limitan a la alberca comunitaria de Dorchester. Pasa sus días ocupado con trabajo, clases y deberes familiares. Vivimos de sábado a sábado hasta que un día la rutina cambia.

Estoy en el pórtico, escuchando el zumbido de las cigarras, cuando Colin llega justo después del alba. Abre la puerta del coche y le echa un vistazo a mis hombros mientras me subo. Está buscando los tirantes del traje de baño, como hace cada vez que me recoge. Como siempre, solo ve mi piel pecosa y desnuda.

Después de pelearse con las ventilas, «¿la temperatura está bien?», se enfoca en el camino. Da unos golpecitos en el volante mientras maneja, un extraño despliegue de energía nerviosa. Cada minuto más o menos suena un mensaje en su teléfono.

—Alguien quiere hablar contigo en serio —comento, acomodándome para ver la pantalla.

—Mis hermanas. Quieren saber dónde estoy.

—¿A las seis y media de un sábado?

—Me toca hacer el desayuno todos los viernes, pero ayer falté. Tuve que ir a trabajar temprano porque a uno de los chicos le dolía el pecho.

—Ah.

—Está bien, no te preocupes..., volvió a trabajar en la tarde. —Lo dice como si este tipo de cosas pasaran todo el tiempo—. Pero fue muy devastador para la rutina de desayuno de los Shea.

—Debes de ser un buen cocinero si te están mandando mensajes en cuanto amanece.

—Terrible, de hecho. —Me mira nuevamente para ver si estoy temblando—. ¿Tienes frío?

—Estoy bien, Colin.

Nunca lo aceptará, pero al menos ahora es una especie de chiste privado.

—Podemos saltarnos la alberca hoy, si quieres. —Bajo la ventana, desesperada de pronto por respirar.

La respuesta de Colin llega antes de que las palabras terminen de salir de mi boca.

—Nos encantaría que fueras. —Y agrega, un poco apenado—: Aunque espero que no tengas hambre.

—¿Por qué? ¿No hay suficiente comida? Puedo ir a la tienda...

—Porque aún no he cocinado nada que sea comestible.

Le echo una mirada que dice «sí, claro».

—En serio.

—Solías hacer una deliciosa sopa de papas fritas.

Sonríe y la tensión de mi estómago, de donde sea que haya venido, lo que sea que signifique, se convierte en algo que es casi cálido.



El desayuno en la casa de los Shea es un evento animado. No hay un orden real, a pesar del papel de Colin como chef, cocinero y mesero. Durante la mayor parte de los preparativos, sus hermanas se la pasan corriendo del baño al cuarto una y otra vez, arreglándose para sus actividades. Una casa de chicas adolescentes, ay. Mi mamá apenas puede con una.

Colin explica que la más joven, Corinne, va a un campamento de verano. Elizabeth reprobó gimnasia («un fraude total», explica ella), así que tiene clases sabatinas. Y la mayor, Lauren, es voluntaria en un asilo al final de la calle. Me cuentan algunos detalles a toda velocidad; su acento de Boston es tan cerrado que a veces necesito que me lo aclaren. Colin me dice que están sobreactuando, que les gusta molestar a las personas de Villa Esnob.

Pero Corinne es tímida y respetuosa, como su hermano mayor. Una vez que estamos sentados, me hace preguntas consideradas sobre mis intereses

y escucha con atención embelesada. Parece de unos trece años y es una copia sorprendente de su madre.

—Eres muy bonita. Tal como lo dijo Colin.

Las otras chicas la ven con furia, como si acabara de revelar un terrible secreto. El cabello corto de Colin no ayuda en nada para ocultar el rubor que sube por su cuello mientras le da vuelta a los *hotcakes*.

—Gracias —respondo—. ¿Sabes? Eres igual a tu mamá.

Ella sonríe.

—¿De verdad? Era tan hermosa. Incluso cuando perdió el cabello. — Observa su plato vacío por un largo rato—. ¿Sabías que Colin se rasuró la cabeza para hacerla sentir mejor? Sé que el equipo solo lo hace para las competencias importantes y eso, pero él lo conservó así por mucho tiempo...

—¡Listo! —anuncia Colin, apagando los quemadores como toque final. El sudor resbala por su ceja y se lo limpia con el antebrazo. Tiene el cuello empapado y su piel brillante, pero huele bien. De alguna manera, siempre huele bien.

Si escuchó a Corinne, no lo demuestra ni hace comentarios sobre mi silencio. No dice nada mientras sirve un humeante altero de *hotcakes*, una pila de huevos, tocino crujiente y pan tostado, un impresionante despliegue de opciones. Los huevos quedaron un poco líquidos y el tocino está más bien quemado, pero nadie parece notarlo.

Colin y las niñas mascullan una rapidísima oración, apenas un murmullo.

—Es una tradición de mamá —explica Corinne en un susurro. Luego comenzamos a comer.

La comida desaparece en minutos, atacada por un grupo de adolescentes hambrientas. Colin regresa a la estufa dos veces para volver a llenar los platos y cuando finalmente se sienta, las niñas ya se encuentran en la puerta, despidiéndose a gritos y diciéndole que las recoja a tal y tal hora.

Una corriente de aire frío se cuela, dispersándose en el calor. Incluso las paredes parecen estar sudando.

—¿Haces esto todos los viernes? —pregunto mientras la puerta se cierra detrás de ellas.

—Solía hacerlo todos los días. —Se sirve una ración de huevos fríos—. Después de que mi mamá murió, intenté con todas mis fuerzas mantener

algunas de sus tradiciones. Pero hacerlo a diario me agotó. Ahora son solo los viernes y algunos días en que lo logro..., como hoy.

Espero que diga algo más sobre su mamá, sobre esos últimos días, los sacrificios que hizo para hacer las cosas más fáciles para ella. Pero Colin nunca ha sido de compartir. Bebe su jugo de naranja en un silencio contemplativo.

—¿La extrañas? —pregunto finalmente.

Asiente con una sonrisa melancólica, pero no triste.

—Todo el tiempo.

Cierra los ojos durante un instante y lo absorbe todo: el silbido del viejo aire acondicionado, la ausencia de las niñas platicadoras y todas sus obligaciones, el silencio de una mañana de fin de semana. Luego observa el resultado de una comida familiar y vuelve a la realidad. Se pone de pie.

—Yo limpio —le advierto—. Tú descansa.

Señala la enorme pila de trastes.

—No te traje para que le hicieras el aseo a cinco personas.

—El cocinero nunca limpia.

—Este cocinero sí.

Le echo una mirada molesta antes de ir al fregadero. La tregua dura como un minuto antes de que Colin se me una con un paño en mano. Junto a la estufa hace aún más calor, o quizá es él. Su calor corporal tiene un efecto lánguido y seductor. Solo quiero inclinarme hacia él.

El agua caliente del grifo empaña el cristal y oscurece la vista de los pequeños pero prolijos patios de los vecinos. Abro la fría, helada, tanto como da. Intento enfocar en los trastes, en la hogareña y floreada porcelana, los viejos tarros de gelatina que hacen las veces de vasos, las ollas y cacerolas y...

Colin se estira hacia mí, rozando mi mano con la suya mientras cierra el grifo. El contacto repentino me hace sentir mareada. La forma en la que se queda ahí, apenas un segundo, apenas lo suficiente para que me dé cuenta, me hace sentir algo completamente distinto.

Algo como deseo.

Bajo los platos y me giro para quedar frente a él. Mis manos chorrean, mi piel está pegajosa por el sudor. Es una sensación extraña y gratificante, una especie de abandono descuidado. No hay esperanza de recato con una temperatura de treinta y siete grados. Me reclino contra el fregadero y me

paso las manos mojadas por el pelo. No ayuda mucho, no como esperé o siquiera deseé.

Colin se aclara la garganta.

—¿Tienes calor? —pregunta.

—Muchísimo —murmuro.

Sonríe, pero no hay nada sumiso o tímido en ello. Su mente está en otra parte: en mis manos, en mi cabello, en mi camiseta empapada. Su voz suena profunda y grave.

—Qué bueno que mis hermanas no están aquí para reprenderte.

—Qué bueno.

Sus ojos se vuelven un tono más oscuro cuando la sonrisa pícara desaparece. Da un paso más hacia mí y mi espalda, arqueada y anhelante, choca contra los estantes que están sobre el fregadero. Espero a que él me toque de nuevo, que diga todo lo que estoy sintiendo, pero no lo hace. Parece suspendido en un solitario punto medio, el lugar que hemos ocupado durante meses.

Así que simplemente lo digo.

—Me enamoré de ti.

Doy un paso adelante, cediendo ante el calor, la electricidad y el misterio. Me sostiene la mirada con una intensidad febril, pero fuera de eso se queda quieto. Contemplo esos gloriosos ojos azules, preguntándome cómo dudé de su convicción. Cómo dudé de él.

—Te amo, Colin. —Mi voz se quiebra, pero no me importa. Quiero que me vea llorar. Quiero que sepa que estaba equivocada, que fui débil, que estaba aterrada.

—Colin, di algo...

Y entonces me besa.



No es como nuestro último beso. Este es todo calor y fuego, piel desnuda y sudor sensual. Una exploración que tiene lugar de formas que son nuevas pero aun así conocidas, una mezcla de necesidad y deseo que no pudo ocurrir en la gélida nada. Sabe a menta y naranjas, como una mañana de verano. Me dejo, reconociéndolo, mareada por su aroma y su contacto. El

beso se vuelve más profundo, rápido, frenético; está por todas partes. Amo la rudeza de sus manos, la facilidad con la que me acerca más a él. Es tan fuerte. Puedo sentir sus músculos en tensión sobre mí, sus caderas acercándose a las mías. Me levanta como si no pesara nada.

Me lleva hacia la sala y escaleras arriba, cuidándose de esquivar el azaroso acomodo de las mochilas y los libros que llenan el pasillo. Conoce esta casa. Conoce sus secretos, sus trucos. No hay incertidumbre en nuestro apresurado camino de la cocina al cuarto.

Apenas estamos en el umbral de la puerta cuando se detiene.

—Carajo, qué calor —dice en un susurro, y sigue por el pasillo. Va besando mi cuello cuando chocamos con la puerta del baño, entramos torpemente entre los mosaicos con relieves y terminamos en la tina. Abre la regadera y cae sobre nosotros una deliciosa cortina de agua fría. El cambio de temperatura me recorre como una descarga eléctrica. Mi espalda golpea los azulejos, mis piernas siguen enredadas en su cintura. Abro los ojos para verlo respirando con dificultad, para encontrar sus ojos llenos de deseo. El agua serpentea por su cara, su cuello, sus hombros, hasta que finalmente llega a su camiseta empapada. No se molestó en quitársela.

Así que yo lo hago por él. Más lentamente, aferrándome con mis dedos a la tela. Amo cómo se siente tocarlo, recuerdo cómo se siente. Fuerte. Cálido. Vulnerable de una forma mucho más profunda que las cicatrices físicas. El agua de la regadera vaga por sus hombros y cae en mis manos. Dejo que mis dedos suban lentamente a su pecho, temblando contra su piel. Él se tensa. Su corazón late con fuerza al ritmo del agua que corre.

—No te detengas —susurra.

Beso sus manos, sus muñecas, su hermoso pecho desnudo. Dice mi nombre y, de alguna manera, este cruza meses de recuerdos, dolor y arrepentimiento, y me encuentra en un lugar que se siente seguro, pleno y correcto.

«Me alegra que fueras tú.»

Me deja quedarme ahí un momento, luego me besa de nuevo. La novedad de todo hace que mi sangre arda, pero Colin no es como nadie a quien haya besado antes. Parece conocerme. Mis anhelos, mis necesidades, mis deseos. Nuestro ritmo tiene una dualidad, una naturalidad que va más allá del entendimiento mutuo. No intento respirar correctamente ni voltear



mi cabeza del lado correcto o besarlo en la forma en que él quiere que lo haga. Ni siquiera pienso en esas cosas.

Cuando estoy con él, no tengo que hacerlo.

—Quédate —susurra contra mi cabello. No hay nada amable en la forma en la que lo dice, no hay ninguna cortesía indecisa en su mirada dura y llena de necesidad. «Quédate.» Como si la palabra misma tuviera un poder físico.

Se reclina mientras sus manos se deslizan por mi mentón. Cuando ve que tengo la carne de gallina, corta el agua, pero en vez de perder su magia, el momento gana una tristeza surreal y tangible. Se siente como si me estuviera separando de mi propia alma.

—Quédate —dice de nuevo.

«Quédate.»

«Nada.»

«Respira.»

Nunca dudé de él cuando me animó a sobrevivir. Su convicción llevó a cinco personas de la tierra salvaje de Colorado a las comodidades de Boston; en muchos sentidos, él nos trajo a casa.

Y ahora, aquí, en mis manos, se termina. No puedo soportar verlo mientras niego con la cabeza, salgo torpemente de la tina y lo abandono.

Esta vez no volveré.

Paso las semanas del verano en mi viejo escritorio, con la *laptop* a un lado y mis manos entumiéndose a pesar de la pelota de estrés que tengo en la repisa. Dos plumas ya se han quedado sin tinta. El montón de papel junto a mis desgastados libros mengua hora tras hora.

    Escribo hasta que el alba cae sobre la ciudad.

    Escribo hasta que se siente que ya no es posible que escriba otra palabra.

    Escribo hasta que mi pena se convierte en dolor, y entonces sé que estoy yendo a algún lado.



El último sábado del verano le pido a Edward que me lleve a una bonita casa de Newton. Me debe una por el desastre de la escuela de ayer, cuando una pelea de espadas (con *bats* de beisbol) en una de sus primarias terminó con puntadas en mi ojo izquierdo y una nariz sangrante.

    Intento cubrirlo con maquillaje, pero la piel sigue inflamada y las suturas son obvias. Edward cierra el espejo de la visera con un golpe certero.

    —Te ves bien. Las puntadas te dan carácter.

    Respiro profundo, pero tengo los nervios crispados más allá de cualquier arreglo psicológico. El montón de papeles de mi regazo parece pesar una tonelada de pronto. Intenté darle una presentación decente, pero algunas de las hojas están arrugadas y otras tantas tienen tachaduras. Ciertas páginas se ven como si hubieran pasado por la lavadora: endurecidas por las lágrimas secas, con las emociones derramadas sobre ellas.

Debí escribir menos. Más. Menos detalles. Mejores detalles. Debí haber omitido la parte de la mujer embarazada, o la del oso, o la forma en la que se oía la nieve justo antes de salir el alba. ¿Y si leen esto cuando aún son demasiado jóvenes para procesarlo? ¿Y si nunca lo leen?

—Edward...

Pone una mano suave sobre mi hombro.

—Esta historia nunca fue para nadie más que para ellos —me dice—. No tiene que ser perfecta. Solo tiene que ser tuya.

Mía. «Nuestra.» Me pregunto si la versión de Colin sería distinta. «¿Qué pensaría Colin de que Tim dijera que me amaba?» Nuestra historia, en este sentido, está incompleta. Supongo que ahora siempre lo estará.

—Gracias —le respondo.

—No me lo agradezcas. Tú hiciste todo el trabajo.

Hacer el recuento de esos cinco días con todos sus horrorosos detalles fue un trabajo más duro, en cierto sentido, que volver a la alberca, regresar a la universidad o incluso cruzar a nado ese lago desolado bajo un cielo sin esperanza. La doctora Shin sabía lo difícil que iba a ser. Colin lo sabía. Y Edward... Bueno, Edward es mi hermano mayor y lo sabe todo.

Nos acercamos a la pintoresca casa de estilo colonial que está bajo una franja de maples. El sol brilla con tibieza sobre sus paredes de ladrillo rojo y su apariencia brillante y acogedora me recuerda a mi propia casa en Brookline.

No tengo que tocar el timbre. Resulta que ni siquiera tengo que preocuparme por el ordenado montón de páginas que llevo bajo el brazo y no hace falta cruzar el jardín, que se siente como un viaje de mil kilómetros. Los niños saben dónde estoy. Como dice Edward, probablemente están despiertos desde que amaneció, esperándome.

Liam me ataca primero con sus brazos regordetes y una enorme sonrisa, que se vuelve aún más grande cuando reconoce a Edward. A los cuatro años probablemente ya puede nombrar a cada jugador de cada equipo de la liga americana. Quizá también de la nacional.

Aayu se acerca a nosotros con más reserva. Me mira durante un largo momento antes de soltar la mano de su abuela. Sus ojos ámbar se suavizan. Sabe quién soy.

Se acuerda.

—Bonita —dice, y sonrío.

Mi corazón se eleva.



A diferencia de Edward, mi padre carece del gen de la sutileza. Había planeado pasar mi última noche en Brookline apegándome a la misma rutina de cenar, internet y dormir, pero esto da un giro cuando papá se ofrece a llevarme a tomar un helado. No ha dejado el trabajo desde que yo tenía ocho años, y aquella vez solamente lo hizo tras una tarde particularmente brutal en urgencias de la que, incluso ahora, se niega a hablar. Mi mente considera todo tipo de razones para explicar este súbito cambio en su conducta. ¿Quiere proponerme más citas con la psiquiatra? ¿Un periodo en un manicomio? Quizá quiere hablar sobre «mi futuro» (ugh). O quizá solo tiene mucho antojo de nieve.

Me subo al asiento delantero y me abrocho el cinturón. Es un fanático de los cinturones de seguridad, siempre lo ha sido, y normalmente no enciende el coche hasta que escucha el clic. Pero esta noche apenas me mira. No sé si es porque confía en mí o porque está preocupado. Toma el volante en su posición normal de diez para las dos, apretándolo con todas sus fuerzas, y se concentra en el camino frente a nosotros.

Durante un rato, viajamos en silencio. Me descubro admirando las enormes y suntuosas casas, los exuberantes jardines y los retorcidos árboles de maple. El eco de los conciertos semanales de Brookline flota por las ventanas abiertas. Cierro los ojos y escucho el sonido disonante de las conversaciones que se mezclan con la melodía. Pienso en Tim, Liam y Aayu, en sus nuevas familias y sus nuevas vidas, y me pregunto si me recordarán dentro de cinco, diez o veinte años.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, un escenario distinto se presenta frente a mí.

Una alberca. Mi alberca.

Entramos al estacionamiento. Todos los espacios están ocupados, así que papá tiene que estacionarse en el pasto. Un letrero cuelga en la puerta principal: ALBERCA CERRADA POR COMPETENCIA. Los vítores de los padres, niños y entrenadores flotan sobre el canto de las cigarras. No se parece en

nada al ruido blanco de mi séquito de la universidad. Esto es nadar por amor al juego, como Edward diría.

Nos quedamos en el coche con las ventanas abajo. La cerca que nos separa del terreno de la alberca es un poco mejor que la de Dorchester, pero aun así sigue siendo tosca, un poco gastada. Recuerdo envolver mis manos en la malla cuando era niña, con mis dedos pegajosos por el helado y el jugo de paleta. Quizá los residuos todavía están ahí, profundamente enterrados.

Le echo una mirada a mi papá.

—¿Quieres helado de aquí?

—¿Por qué no? Estoy seguro de que hay una cafetería ahí adentro.

Claro que hay una cafetería. La mitad de los nadadores solo están ahí por la comida, los dulces caseros, los *hot dogs*, las paletas de hielo y los caramelos. Nuestros entrenadores siempre nos dijeron que aguantáramos las ganas de atascarnos de comida hasta después de la competencia, pero es difícil explicarle el concepto de recompensa pospuesta a un niño de nueve años. Nadé con dolor de estómago más veces de las que quisiera recordar.

—No me trajiste aquí para tomar nieve, ¿verdad?

No dice nada mientras mira hacia el frente, perdido en las imágenes y los sonidos de un recuerdo distante. Mi papá nunca fue un nadador y el beisbol consumió gran parte de su tiempo libre, pero hizo todos sus esfuerzos para verme nadar. Durante años se sentó en el mismo lugar de las gradas con un cronómetro y una tabla de notas. Mis amigos le decían «loco», sus padres preferían «excéntrico». A mí no me importaba. Siempre nadé lo mejor que pude cuando él estaba ahí.

Dobla los brazos como si se estuviera armando de valor para decir algo.

—Mira, Avery —dice finalmente—. No soy bueno para los sermones, y para ser honesto los sermones son inútiles. No puedo decirles a los malos residentes cómo ser buenos doctores. Tienen que aprenderlo solos. Cometer errores. Darles malas noticias a los pacientes. Darse cuenta de sus propias carencias. —Finalmente me mira y sé que no es fácil para él—. ¿Sabes? Cuando esos tipos finalmente se amarraron los pantalones y te encontraron en esa montaña, no me sorprendió lo más mínimo. Eres una sobreviviente. Eres más fuerte que todos tus hermanos juntos.

Pone las manos sobre sus rodillas porque, tan estables como son, han comenzado a temblar. No me había dicho tantas palabras desde el día en

que me fui a la universidad.

—Papá...

—No he terminado.

—Bueno —digo, hundiéndome un poco en mi asiento.

—Pero a veces necesitamos un poco de ayuda en el camino. No importa si te estás congelando junto a un glaciar o solo intentas meter los pies al agua. No tengas miedo de pedirla, Avery. Y no sientas que es vergonzoso necesitarla.

Asiento con la cabeza, sin saber qué decir a todo esto. Mi papá, el fuerte, el obsesionado por las catástrofes, el epítome de la independencia, el despiadado doctor de urgencias que intimida hasta a los cirujanos más experimentados cuando tiene que hacerlo, con tal de ayudar a un paciente. Ya no soy una paciente, pero quizá él aún me ve así. Quizá nos ve así a todos sus hijos.

—Nos gusta tenerte en casa. —Pone sus manos de nuevo en el volante —. Siempre serás bienvenida aquí.

Suspira en busca de las palabras correctas.

—¿Sabes? Cuando tenía tu edad recorrí medio mundo para estudiar vidrio soplado por un tiempo.

—¿Vidrio soplado?

Hace un gesto con la mano para que lo deje pasar, pero su expresión se relaja con el recuerdo.

—Sí. Me fui a una choza absurda en la jungla e hice jarrones que más bien parecían bacinicas. Después de eso, me las arreglé para entrar a una buena universidad y bebí cerveza unos cuantos años. Luego trabajé en todo tipo de trabajos. Finanzas, investigación, leyes. Trabajé como guarda en un parque por un tiempo, buscando halcones. —Se ríe con esto, recordando—. Como sea, hice de todo. Me tomó quince años volver, darme cuenta de que toda esa búsqueda de mí mismo era solo andar en círculos. ¿Por qué crees que trabajo en una sala de urgencias?

—¿Por el caos?

Suelta una sonrisa.

—Porque se siente bien. Siempre ha sido así. —Mira la alberca por un segundo—. Tienes que hacerle caso a eso.

—¿Me estás diciendo que no quieres que me vaya?

—No. —Me mira, luego vuelve a ver la cerca y la alberca—. Estoy diciendo que debes hacerlo si esa es la vida que quieres.

—Pensé que así era —digo, escuchando el verbo en pasado.

Miro el agua durante lo que parecen horas, reviviendo mi infancia en las carreras, las porras y la nerviosa energía de los niños cuando experimentan su primera probada de la presión y la competencia. También hay otros detalles: los entrenadores en la orilla, enseñándole a los niñitos cómo funcionan las brazadas legales. Dos mejores amigas jugando manotazo en el pasto húmedo, con sus cartas arrugadas por el uso diario. Tengo el impulso de salir y ser parte de ello. Escupir en mis *goggles*, arreglar mi gorro torcido y tomar los bloques como si supiera lo que estoy haciendo. A su edad, no tenía idea; solo quería nadar. La chicharra sonaba, Edward gritaba mi nombre y el agua me empapaba como magia.

Entonces me doy cuenta: «antes» no son solo albercas aguamarina y cielos de California, fiestas y ostentosos campus verdes, un novio con un acento peculiar pero interesante, las carreras de media distancia, Eliminatorias de Otoño y alguien con un bronceado de miedo diciéndome que patatee más rápido que un presidente muerto.

«Antes» también es Brookline. Es esta alberca. Es mi casa que cruje y rechina y rechaza los aires acondicionados como una comida mala. Es mi calle, siempre cubierta de hojas o nieve o flores de primavera, dependiendo de la estación. «Antes» es la sala de urgencias a la que mi padre me llevaba de niña, un lugar donde aprendí a sobrevivir. Es el camión urbano que me llevó a la primaria y la secundaria y la prepa. Son esas ocho letras blancas, brillando en la lista de salidas: BOSTON, MA.

«Después» es lo que soy ahora.

Y creo que eso está bien para mí.



Mi única pieza de equipaje es una pequeña maleta de mano. Además de las necesidades estándar, su contenido incluye una extraña mezcla de equipo de natación, recuerdos deportivos y, claro, un equipo de emergencias. No hablo de un kit de primeros auxilios: tengo cerillos, luces de emergencia, antibióticos, paquetes de comida deshidratada y otras cosas que

seguramente me ganarán una revisión y probablemente un arresto. No me importa. Me siento mejor llevando esas cosas conmigo.

Mientras me acerco al control de seguridad, mi mente viaja hacia las mismas cosas, en el mismo orden: California, Lee, Boston, los chicos.

Y siempre, siempre..., a «Colin».

Nunca me habló de sus planes para el otoño, pero vi el sobre en la mesa de su cocina: Instituto Tecnológico de Massachusetts. Se va a transferir. Su nueva vida comienza en un lugar viejo y conocido, pero sigue siendo nueva. Nadie discutiría eso. Colin Shea encontró una forma de seguir adelante.

Los viajeros se agolpan en las filas de revisión con un ritmo caótico, ansiosos por que revisen sus licencias, sus pases de abordar. Es contagiosa, esta sensación de urgencia por pararse en una fila. A diferencia de los demás, yo no tengo prisa. Arrastro mi pequeña maleta detrás de mí, ignorando los codazos que lanzan en mi dirección. Mantengo la cabeza baja y sigo las señales.

Viajaré en clase de negocios por primera vez en mi vida, lo cual significa que tendré mi propia fila de revisión. Cruza mi mente el recuerdo de las miradas molestas y las copas de champaña de las doce personas que comenzaron su viaje en los brazos del lujo y lo terminaron en el fondo del lago. Alejo el pensamiento.

—Su identificación, por favor. —Un tipo con el pelo a rape me mira con molestia. Busco mi cartera en mis bolsillos, pero está enterrada en lo más profundo de mi maleta. Me toma todo un minuto encontrar mi licencia. La gente se queja detrás de mí.

La estudia por un momento y su mirada se transforma en curiosidad. «Ay, no.» Me reconoce. Mientras me preparo para el comentario inevitable que solo puede acompañar a la sobreviviente de un accidente aéreo que intenta abordar un avión, él me devuelve mi identificación.

—Que tenga un buen vuelo.

—Eh..., gracias. —La vuelvo a meter en mi cartera.

El control de seguridad es rapidísimo en la fila prioritaria, no hay señales de niños pequeños o monedas perdidas. Mi maleta pasa un rato en la máquina de rayos x, lo cual no me sorprende, dado su contenido. Una mujer con unos pantalones demasiado grandes me llama desde la banca de seguridad.

—¿Lleva luces de emergencia en esta maleta, señorita?



—Eh..., sí.

—¿Puede decirme por qué?

Agradezco el intento de privacidad, pero unas cuantas miradas perforan la parte posterior de mi cráneo mientras señala mi equipaje. Observo mis manos con culpabilidad.

—Quería tenerlas.

—Señorita, las luces de emergencia están prohibidas en el equipaje.

—¿Por qué?

Me mira como si estuviera hablando en otro idioma.

—¿Por qué? Porque son consideradas un arma por la Administración de Seguridad del Transporte.

—Pero entonces ¿cómo se supone que van a encontrarte si tu avión se estrella?

—Señorita, si eso pasa, no tendrá que preocuparse por las luces de emergencia.

—¿Puede regresármela, por favor?

—Sin las luces de emergencia.

—Bueno.

Tomo mi patética y confundida maleta y corro hacia la terminal. Una vez más, mantengo la cabeza baja. No quiero ser vista, reconocida ni molestada. Solo quiero llegar.

La fuerza de voluntad no me lleva muy lejos. En un instante estoy corriendo al baño, al otro estoy sentada en un compartimento, llorando detrás de la puerta de plástico. Los baños de los aeropuertos siempre son ruidosos y frenéticos, con un infinito flujo de tráfico de pies. Veo borroso mientras miro tacones, sandalias, zuecos y tenis que pasan hacia la puerta. Los baños se descargan en un remolino de ruido y urgencia. Los lavamanos se encienden y se apagan una y otra vez. Los secadores de manos zumban en mis oídos. Me quedo ahí durante diez minutos completos, bebiendo el sonido de la humanidad, de la vida, hasta que finalmente puedo caminar de nuevo.

Ahora voy tarde. Mi vuelo se prepara para abordar, lo cual significa que debo estar al principio de la fila junto con todos los demás pasajeros de primera clase. Pero la multitud se siente enorme. Los desconocidos se empujan para conseguir espacio, en espera de terminar con este horroroso proceso. Un bebé llora. Los que llegan tarde corren hacia la puerta, los que

se anticipan demasiado reacomodan su equipaje. Intento recordar el momento en que todo esto me emocionaba, pero no puedo. Lo único que siento ahora es pánico.

Así que en vez de eso me imagino lo que esa noche de noviembre debió ser. Colin, con su café en la mano, choca conmigo afuera de la puerta. Su sonrisa es cálida, sus ojos azules encendidos. Lo veo y pienso: «Me alegra que estés aquí», lo cual es verdad, y siempre lo ha sido, aunque he pasado meses negándolo.

Un anuncio habría sonado: «Pasajeros de primera clase, es el momento de abordar». Mientras, Colin me habría ofrecido comida, porque siempre nota los pequeños detalles, como que te saltaste una comida o tu estómago ruge. Y yo habría aceptado, porque verlo sonreír siempre ha valido la pena, incluso si la comida son unos Doritos sin gracia o un simple refresco.

«Estoy en el 34B», habría dicho. «¿Quieres venir conmigo a la parte lujosa?»

Y yo no habría querido, porque la última fila apesta en serio, pero habría dicho: «Sí sí sí».

Me ofrecería el asiento de la ventanilla, y yo lo habría tomado porque me encanta el asiento de la ventanilla. Solía encantarme el asiento de la ventanilla. El cielo, las estrellas, el espectáculo de la tierra a más de diez mil metros de tu hábitat natural. Es como nadar, en el sentido de que desafía los patrones comunes de la física, la naturaleza y la vida.

Yo habría notado su libro y comentado algo al respecto, y él me habría contado todo sobre su ciudad natal, su familia y la madre que tan desesperadamente quería ver en su festividad favorita. Él habría dicho: «Tienes que mandar a la fregada la media distancia», porque intenta con todas sus fuerzas no decir malas palabras, aunque las dice muy bien.

Yo habría respondido: «Tienes toda la razón».

Y un tiempo después, con un atardecer rosa y conocido en el horizonte, habríamos llegado a la ciudad que ambos llamamos casa. Nuestras familias nos habrían recibido en la cinta de equipaje. Después de las fiestas, habríamos vuelto a la escuela, a la alberca, pero las cosas serían distintas. Yo estaría nadando los mil quinientos. Colin seguiría siendo el nadador increíble que siempre fue, pero yo lo apoyaría, lo admiraría y quizá lo amaría.

En vez de eso, nuestro avión se desplomó. Y aunque estos últimos nueve meses han sido los más difíciles de mi vida, también han sido los más reales.

Y ahora la verdad es que debo subirme a ese avión.



Seis horas, dos minutos.

Me acomodo en el 6C, el asiento del pasillo. No hay ventana, no hay persiana. La autonomía de controlar la persiana es una ilusión, después de todo. No soy la que escribe mi destino, no aquí, no durante las próximas seis horas con dos minutos.

Cierro los ojos, decidida a dormir todo lo que dure: el despegue, la turbulencia, los tragos gratis y las comidas resacas. De alguna forma, pasa.

Y sueño.

Estoy rodeada de agua, pero la paleta es de un vivo y escurridizo azul. El cielo arde en el horizonte distante, lanzando rayos rosas, amarillos y naranjas sobre una superficie tranquila y cristalina. El agua es profundamente transparente y la arena de un pálido blanco nevado.

No estoy sola en esta orilla vasta y prístina. Estoy con tres niños y un hombre que podría ser su padre..., alto, fuerte, vagamente conocido. Estas son personas con las que estoy, aunque sus caras nunca son claras y sus voces permanecen a un paso de ser identificables. Todo lo que sé es que las amo.

La ola que cae sobre nosotros es cálida y agradable, el agua suave como la seda; la única cosa que temo es un vago sentido de final. No sé de dónde viene, quizá del sol que arde en el horizonte o de la risa que se disipa mientras rueda entre los silencios. O quizá es mi propia mente, escuchando las mismas despedidas mientras salen de mis labios, perdiéndose en el olvido.



Pasan de las nueve para cuando aterrizamos en San Francisco. Mi celular confirma ocho mensajes de texto, todos de Lee; su emoción crece hora tras

hora. «¡El Shinster te extraña! ¡Reservé la alberca para nadar desnudos!» Su desvergonzado entusiasmo me hace sonreír, pero es una sonrisa triste y dolorosa. Sé que está parado junto a la cinta de equipaje, sosteniendo un letrero que casi seguramente tiene un contenido sexual inapropiado, aunque solo de una forma que un adulto podría apreciar. No se atrevería a robarle la inocencia a un niño.

Me toma unos segundos más que a los demás apreciar el éxito del vuelo. Para los otros es solo otro viaje largo. Un viaje que siempre comienza con un video de seguridad y termina con una carrera loca hacia los compartimentos de las maletas. Para mí es un regalo, un respiro de alivio. Es reclamar un poco de fe en el sistema.

Tomo mi equipaje y avanzo hacia el baño. El pánico de hace siete horas ha comenzado a desvanecerse; se quedó atrás, en Boston. Intento no pensar en qué más dejé en Boston. Intento no pensar en nada más que Lee, mi dormitorio y mi primer día de regreso a las prácticas el lunes. La peor parte ya pasó. Todo lo que tengo que hacer es caminar hacia la terminal.

Arrastro mi maleta hasta la cinta de equipaje, lo suficientemente cerca para sentir la presencia de Lee en medio de todos los extraños. Casi puedo saborear la canela de su aliento, casi puedo escuchar el tranquilo y casual sonido de mi nombre mientras lo grita sobre el escándalo de la multitud.

Levanto la vista por un momento, sin ninguna otra razón que ver a los taxistas, conductores de limosina y viajeros que pasan junto a mí a toda prisa. Justo lo suficiente para ver la lista de salidas, que brilla arriba como una sirena.

Y ahí está: el mismo vuelo que se estrelló hace casi un año, anuncia su salida dentro de sesenta minutos. La misma aerolínea, la misma hora. Un vuelo nocturno. En un lapso de segundos, mi mente lo considera, lo digiere, lo interioriza.

El sonido de mi nombre, «¡Aves! ¡Aves!», flota por mi consciente. Giro mi rostro, hombros y cadera hacia él, pero mis ojos no abandonan la pantalla.

«¡Aves!»

Ahora escucho una voz distinta. La voz de mis sueños, de mi recuerdo. Una voz que he intentado con todas mis fuerzas acallar por completo.

«Avery.»

«Me alegra que fueras tú.»

Cierro los ojos y tomo la manija de mi maleta. Mis pies ya no están enraizados en un punto y de pronto mi mente también se siente liberada. Una cierta calma me sobrecoge, algo que nunca esperé encontrar precisamente en un aeropuerto.

Abro los ojos y comienzo a caminar.

## Epílogo

El niño está sentado bajo el sol, con las rodillas contra su pecho; tiene la mirada puesta en la brillante superficie. Es un día claro y bañado por el sol, y la alberca se encuentra rebosante de la descontrolada energía de los pequeños. No parece verlos. Simplemente contempla el agua, estudiando su profundidad. Yo estoy en la alberca, justo frente a él, preparada para atraparlo cuando esté listo.

Debo admitir que no esperaba esto. He enseñado a cientos de niños. Enseñé a Tim, quien ahora nada en el equipo de su prepa. Y a Liam, que se sintió en el agua como un pez en el mar, como sospeché que lo haría. Incluso Aayu confió en mí cuando lo tomé de la mano y lo convencí de que entrara a la parte baja.

Pero este niño es diferente. Me ve con lágrimas en los ojos y los pequeños músculos de su quijada se tensan. He visto el miedo antes, especialmente en niños de su edad. Pero esto no es miedo. Esto es frustración, una rabia desamparada que casi es desesperanza. Puedo verlo en sus brillantes ojos azules, en la forma en que aprieta los dientes cada vez que se acerca un centímetro a la orilla.

Chapoteo hacia él, aunque sé que no quiere que lo haga. Niega con la cabeza y corre hacia atrás.

—No puedo hacerlo... —Se limpia las lágrimas con la fuerza suficiente para dejar una marca en su cara—. Yo... tengo miedo.

La mayoría de los niños entran tarde o temprano. A veces se necesita una hora, a veces días. Pero él se ha estado resistiendo por semanas. Yo lo habría dejado de traer a la alberca después de la tercera clase fallida, pero él insistió en que volviéramos. Desde entonces, he aprendido a quedarme en el

agua hasta que me diga que ya terminó, lo cual puede tardar unos minutos o incluso horas. Para ser un niño de tres años, es increíblemente paciente. Bueno, quizá no increíblemente. Sé exactamente de dónde lo sacó.

—Está bien tener miedo —le aseguro—. Yo también lo tuve por mucho, mucho tiempo.

Niega con la cabeza con tono desafiante.

—Tú no tienes miedo.

—Pero lo tuve. —Pongo mis manos sobre sus rodillas—. Incluso más que tú.

Finalmente levanta la vista. Su cara es devastadoramente hermosa, con una piel que ama el sol y los ojos brillantes y expresivos. Las pecas de su nariz parecen pintadas, como el trabajo de un artista despreocupado pero talentoso.

Claro, sé que soy parcial. Es mi hijo.

—¿Cuándo? —pregunta.

—Antes de que tú nacieras. —Tallo sus rodillas con mis manos, mojándolas para aclimatarlas al agua. A veces hace un gesto de disgusto. Hoy parece relajarse solo un poco, pero es un inicio.

—¿Por qué?

—Pues iba en un avión de San Francisco a Boston...

—¿Con papá?

Echo una mirada hacia los carriles designados para entrenar, donde se ha reunido una pequeña multitud. No todos los días un atleta olímpico nada en una tarde de verano, pero conozco a mi esposo. Le encanta el caos, los nadadores despistados, el niño espontáneo que salta junto a él e intenta dar una vuelta de mariposa como si su vida dependiera de ello. Le encanta porque esto es su hogar, las multitudes, el ruido, el incesante chillido de los silbatos de salvavidas. Las medallas, la atención y todo lo demás palidece en comparación.

Ambos lo observamos por un rato, y es raro, pero creo que puede sentir que lo estamos viendo. Se desliza hacia la pared, se quita sus *goggles* y nos saluda agitando la mano.

—Sí —respondo—. Con tu papá. Tuve que nadar en un lago muy frío y tenía miedo.

—¿Y él te ayudó a hacerlo?

Me inclino hacia adelante hasta que nuestras frentes se tocan y el mundo somos solo nosotros: no hay albercas, no hay miedo, no hay otros niños salpicando por todas partes. Susurro mi respuesta para que solo él pueda escucharla:

—No, corazón. Él me dijo que podía hacerlo.

Asiente, serio de repente. Mientras me alejo, dándole espacio para ponerse de pie e intentarlo de nuevo, la superficie se mueve con una súbita agitación, y de pronto un par de brazos fuertes y amorosos me rodean. Colin murmura mi nombre y se siente bien: él, el agua, nuestra familia. La transferencia a la Universidad de Boston y los cuatro gloriosos semestres nadando los mil quinientos. La escuela de medicina, las clases de natación de verano, las largas y dolorosas carreras con Edward. Ver a los niños crecer. Estar ahí cuando pidieron, años después, que les contáramos la historia de nuestra vida.

Junto a nosotros, nuestro hijo de pronto se pone de pie y su sombra cae sobre el agua clara. Mira a Colin, luego a mí.

—Ya estoy listo.

Respira.

Y salta.



## **Agradecimientos**

Muchas gracias a mi extraordinaria agente, Stefanie Lieberman, por defender este libro y a su autora, y a Denise Roy, mi igualmente extraordinaria editora, quien lo llevó mucho más allá de mis capacidades. Convertiste en realidad el sueño de esta escritora y siempre te estaré agradecida por ello.

También quiero darles las gracias a mis padres, Bob y Teresa, quienes me dieron todas las oportunidades para desarrollarme; a Fletcher, por apoyar siempre mis búsquedas creativas; a mi familia y amigos, especialmente a Randee y David, quienes quisieron leer este libro mucho antes de que lo escribiera, y a mis compañeros de la escuela de medicina y compañeros residentes, quienes me apoyaron, creyeron en mí y me hicieron una mejor escritora, doctora y persona.

Este libro es para ustedes.

## **Acerca del autora**

**CLAIRE KELLS** nació y fue criada en Filadelfia. Estudió Letras inglesas en la Universidad de Princeton y Medicina en la Universidad de California. Vive y trabaja en el área de la bahía de San Francisco. Esta es su primera novela.

[www.clairekells.com](http://www.clairekells.com)

Título original: *Girl Underwater*

Traducción: Graciela Romero

Diseño e ilustración de portada: Estudio la fe ciega, Domingo Martínez

Imágenes de portada: © Shutterstock

© 2015, Kathleen Coggshall

Derechos mundiales exclusivos en español

Todos los derechos reservados, incluyendo los derechos de reproducción total o parcial en cualquier medio.

© 2016, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2

Colonia Polanco V Sección

Deleg. Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

[www.planetadelibros.com.mx](http://www.planetadelibros.com.mx)

Primera edición: abril de 2016

ISBN: 978-607-07-3346-8

Primera edición en formato epub: abril de 2016

ISBN: 978-607-07-3360-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Hecho en México

Conversión eBook: TYPE

# TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- ∞ Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- ∞ Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- ∞ Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- ∞ Votar, calificar y comentar todos los libros.
- ∞ Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

[Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com)



EXPLORA

DESCUBRE

COMPARTE